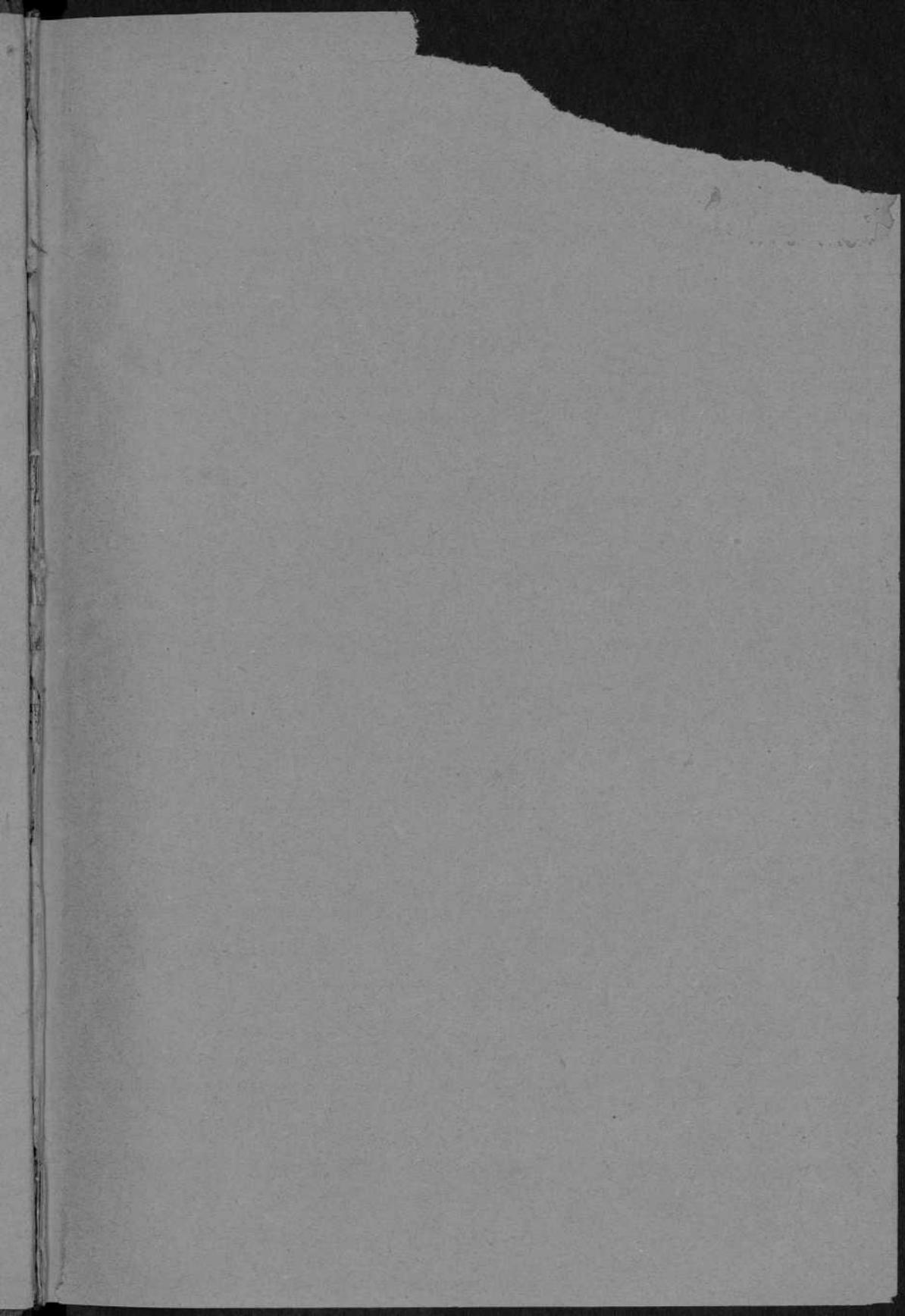
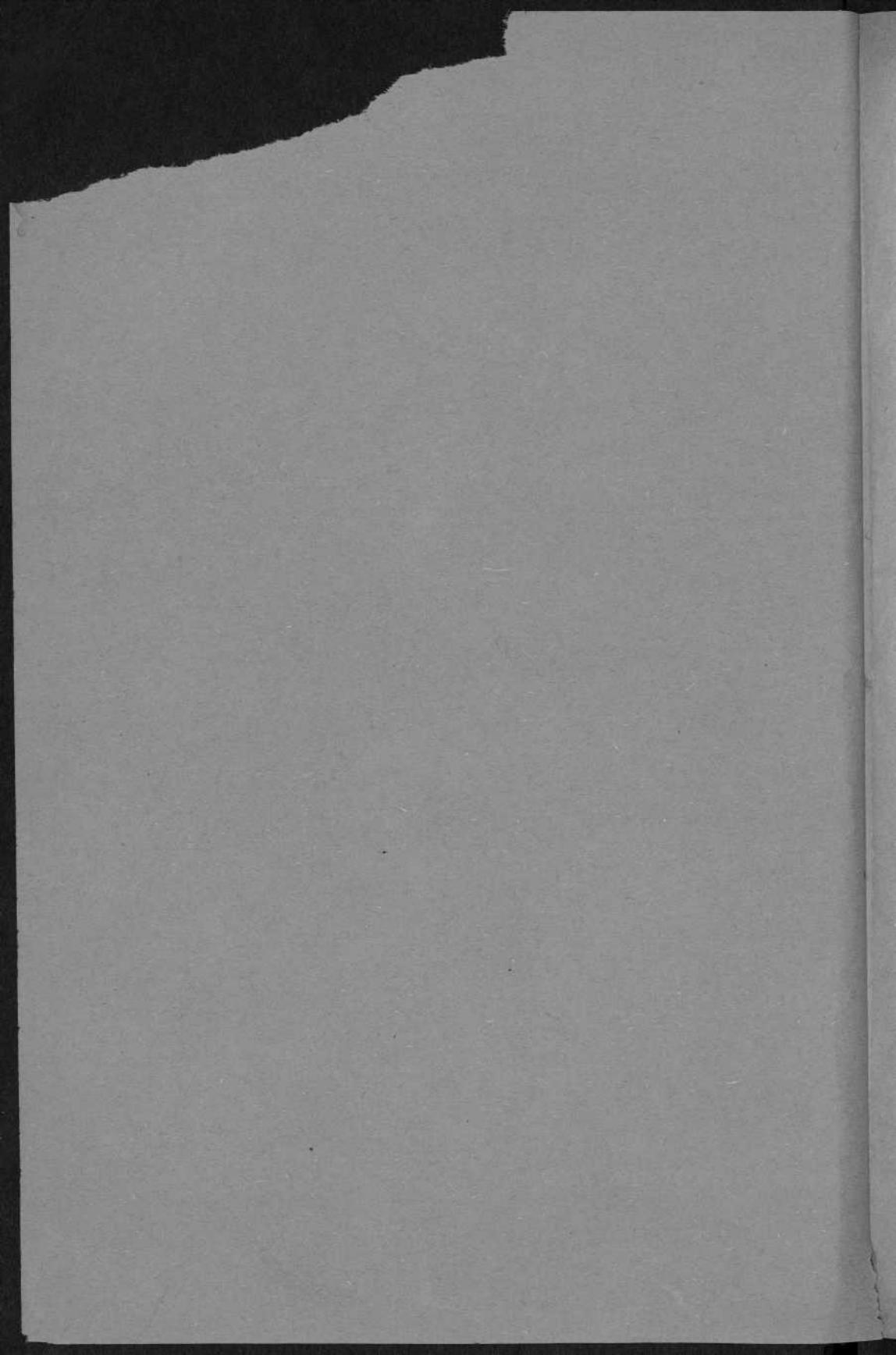


32

~~16.632~~
16.632





28
10/25

FL. MOSEN

EL MOSÉN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Pesetas.
Javier Malo (*) novela.....	2,50
Novelas cortas: conteniendo las tituladas <i>Un milagro en Venecia, Un dia de difuntos, La bofetada, El retrato.</i> (Edición agotada).....	2>
El Mosén, novela.....	3,50

EN PREPARACIÓN

Sola, novela.

La Narcisa, novela, dos tomos.

Las dos glorias, novela.

Novelas cortas: conteniendo las tituladas *El organista de Santa Inés, La casada de Sevilla, El duelo, ¡Pobre Panchita!, Las perlas negras.*

Poesías

(*) Adquirida por *El Cosmos editorial*.

ANTONIO VASCÁNO

EL MOSÉN

NOVELA ORIGINAL



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

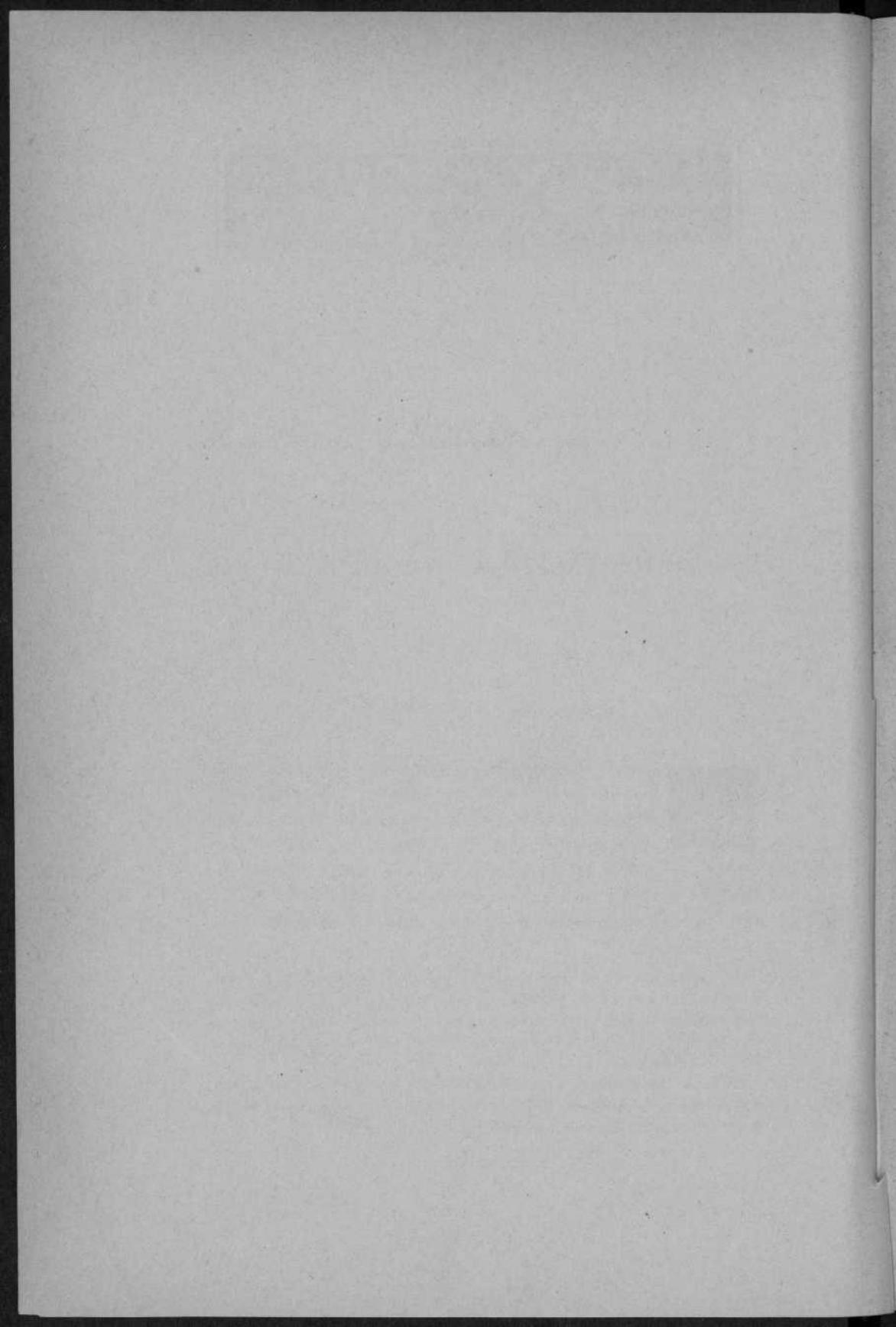
1887

Esta obra es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó traduzca sin su consentimiento.

Queda hecho el depósito que marcan las disposiciones vigentes.

A la memoria del Señor Don Vicente
Cuadrupáni y Bordanova

EL AUTOR





EL MOSÉN

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

«IN ILLO TEMPORE»



N aquel tiempo, los vientos que en España soplaban no eran sino calamitosos y tristes. El país atravesaba una crisis gravísima: densos nubarrones encapotaban el horizonte de la política, donde solo brillaba el esplendente «*sol de la libertad*» con sus reflejos de sangre y fuego, y sus traslucos de robos y de crímenes. Signos infalibles presagiaban próximas tormentas preñadas

(1) «*Mosén*.»—Es un título predominal que se daba á los nobles de segundo orden en la Corona de Aragón, como el de «*Monseñor*» en Francia ó «*Micer*» en Italia. Todavía en las provincias que baña el Ebro ó sus afluentes se da el título de «*Mosén*» á los eclesiásticos únicamente, y en especial si no son doctores ó prebendados.—(D. d. l. L. C.)

En la presente novela no tiene más significación que el de un sobrenombre, apodo ó mote, con el que los ejércitos carlista y liberal designaban al valiente guerrillero Jaime Parrolla.—(N. del A.)

de males. Todo se hallaba en guerra; desde el sentido común, y los hombruzuelos que deshonraban el carcomido y degradado solio del poder, hasta las míseras aldeas donde la guerra civil ardía cada vez más horrible. Las flores de lis, que sobre campo azul en medio del blasón nacional unían el castillo, las barras, el león y las cadenas, desaparecieron en el vendaval revolucionario. La bandera española acabó por no tener más color que el rojo: y mientras las gradas del trono rodaban profanadas: las vías férreas se cortaban; los barcos españoles eran apresados como piratas por los de otras naciones, y las barricadas estaban á la orden del día, las Cortes votaban la república como forma de Gobierno y nombraban Presidente del embrollo democrático á un General de cuyo nombre no quiero acordarme.

Y basta de política; pues de sobra conocerán ya los lectores, el año en que comenzó esta novela.

CAPÍTULO II

EL ESCENARIO

Hay en la provincia de Guipúzcoa un valle en que parece que la Naturaleza se propuso presentar, como en certamen de exposición, cuantas formas y maneras ha tenido de cambiar la materia primitivamente cósmica del globo.

En el reducido espacio de dos leguas escasas, que limitan como vallas altas montañas ramificaciones del Pirineo, se encuentra en primer término una extensa vega de maizales surcada de senderos que van buscando el suelo firme de los húmedos terrenos; por conclusión de esta pradera de mazorcas, se levanta escueta y árida una ancha cordillera de sierras y montañas calvas, que al doblarse para cerrar el valle, se truecan y convierten en altos montes de nogales, manchados de verde en sus laderas y con sombrías barrancas en lo más hondo de sus faldas. Tras de esta zona de barreras de granito, hay otras montañas casi azules que la mayor parte del año tienen nieve por corona de sus cimas; y tras de estas, más lejos y más altas, confundidas con el cielo, se ven otras cuyos dientes y picos plumizos recortan el horizonte del valle.

Le cierra por el Norte una espesa legión de robles y castaños asomando sus jorobas y sus sarmentosos miembros por entre marañas de zarzamora y musgo, abrazándose,

uniéndose y tejiendo su intrincado ramaje unos con otros, como si aburridos de tan lento crecer y tan quieto existir, se desmerezasen estirándose y retorciéndose, amarrados á los troncos de sus congéneres en dislocación y pesadez.

En medio del valle, retorcido é inquieto, se desliza un arroyo que las aguas del invierno convierten en río, y junto al mismo empieza, con la acumulación de cantos rodados, peñascos y columnas de granito y de basalto, la cantera de Aguirri, sobre la que, como águila sobre el abismo, se extiende una amplísima meseta, en que se desparrama un pueblo.

Llámase el tal Cristierna; y aunque rebasa los límites de miserable caserío, nunca pudo alcanzar la categoría de villa, con que la solicitud del municipio de cuarenta generaciones quiso ennoblecer su ejecutoria. Está embutido entre grupos de frutales, cercas de hermosas huertas, setos vivos, redes de cambronerías, y como recostado de Este á Oeste, apoyando sus melanas de castaños en el Gorbea, y sus pies de piedra en el ya citado abismo ó hendidura, que sobre su negro fondo de basalto, producto geológico de algún cataclismo de la antigüedad, hace destacar, para espanto de medrosos, una serie de monstruos de granito, que parecen sorprendidos por la congelación de la materia, en el instante en que tal vez riñendo alguna batalla, manoteaban con más furor. Allí hay, en efecto, hombres disformes, volcados y patas arriba; truncados pies; manos inmensas aplastando cráneos alargados, y todo con el color verdoso negro de las momias, y expresando en su espantable rigidez la petrificación rápida de una bacanal de demonios, en que hubiesen quedado hechos también piedra los aullidos y las blasfemias con que vomitaron los exabruptos de su embriaguez.

Sobre esta cantera que los siglos han hecho célebre, está Cristierna, formada por hasta diez docenas de casas, unas de frente, otras de costado, ninguna recta, que truecan con tan heterogénea alineación el plano del pueblo, en disforme tablero de triángulos, octógonos y cuadriláteros, cual si fuera el cartón donde estudiara un complicado problema algún profundo géometra. Confunden el dibujo de las líneas, elegantes chopos de oscilante copa, y las oscuras manchas de hiedra

y parra que enroscadas y retorcidas se encaraman por los tapias, doselan puertas, ocupan ventanas, y llegan á alcanzar algunas veces los prolongados aleros encima de los que, y sujetando las tejas de los furores del viento, hay una porción de piedras, como si sobre la miserable aldea hubiese caído una lluvia de monolitos, fragmentos de un perdido y desquiciado planeta, que cansado de errar por el infinito, hubiera estallado en mil pedazos, posándolos simétricamente en los tejados de Cristierna.

Es pueblo de los de historiado blasón en el porche de su Ayuntamiento; iglesia gótica, toda de piedra y embadurnada de yeso; regido por alcalde constitucional, médico propio y maestro fuerista, que apesar de las reiteradas órdenes del Gobierno, enseña el A, B, C, en ese idioma que á clasificarlo Carlos V, lo hubiera aplicado al habla de los gatos: el vascuence.

Discurrn por sus calles, y son los transeuntes más numerosos, lo mismo los animales productores del jamón (por no decir, con perdón, cerdos), que vacas, carneros, ovejas y hasta alguno que otro caballo de corta alzada; unos revolcándose en el polvo, otros descascarillando los troncos de las hayas en fuerza de rascarse, y los más, caminando lentamente hacia sus cuadras ó establos.

Turba el natural silencio de tan ínfimo rincón social, el áspero y estridente chirrido de las tradicionales carretas, y contemplan la monótoma comitiva de boyero, bueyes y alborotador vehículo, las *nescachas* que se apartan y la dejan paso, al mismo tiempo que llevan en la cabeza, irguiéndola para guardar el equilibrio, un odre de barro; bajo el brazo izquierdo un pan de colosales dimensiones y negras entrañas, y el derecho con la mano apoyada en la cintura esbelta, como diciendo: *aquí me las den todas*.

Esto en cuanto á la situación estética y acústica de Cristierna.

Respecto al modo de ser, diremos que sus veinte ó treinta vecinos dormían el sueño de la inocencia primitiva, arrullados por la callada paz de sus costumbres patriarcales, cuando en medio de su sueño fueron despertados por un horrible

grito de indignación que venía envuelto en sangre, y que les entró por un oído: el de *¡Viva D. Carlos!*... Y cuando al ir á darle indiferente salida por el otro, con el pasaporte del más profundo desprecio, volvieron á tratar de dormirse sin más incomodidad que la del que abandona su reposo para sacudir algún zumbón mosquito, se lo impidió otro no menos horrible: el de *¡Viva la República!* que á toda prisa hirió sus tímpanos, y se estrelló con el primero que escucharon, en la misma mitad de su cerebro.

Desde aquel día no hubo uno bueno para Cristierna; lo que pasó con los oídos de sus habitantes sucedió con todo.

Cristierna, por su estratégica posición, fué caballo de batalla, donde probaban como en yunque sus respectivos bríos los ejércitos de la República y de D. Carlos.

El cielo, que casi siempre era azul, y cuando se nublaba era para deshacer las nieblas en gotas de cristal que fertilizaban los huertos, se oscureció por el humo ceniciento y pesado de la pólvora; el abismo de la cantera que en tiempos de paz no coreaba con su eco más que los cantos de los campesinos, retumbó sin cesar al recoger los gritos del cañón; y hasta sus gigantes de piedra tambaleaban estremecidos al vibrar de las detonaciones; la torre de la iglesia donde antes las campanas saludaban el alba ó despedían con sus lenguas de metal los arreboles del ocaso, fué convertida en castillo; lloraron los establos y los rediles su soledad; las carreteras fueron cortadas por obras de fortificación; á cada paso se encontraban trincheras, fosos y reductos; la escuela hizo de polvorín; en el pueblo no quedaron más que las mujeres y los viejos; cada casa era un cuartel; todo fué luto, todo lágrimas, incendios, sangre... Y hasta el cementerio, el lugar bendito y santo donde se entierran los muertos, vió magulladas y arrancadas sus cruces, derribadas sus tapias y hechas añicos por las granadas y las balas las pocas lápidas de mármol que mirando al cielo impedían el olvido completo de los hombres, cuyas cenizas cobijaban.

La guerra civil, como hidra de muerte, había posado sus mil patas sobre las provincias; los rencores y los odios eran satisfechos por el plomo que, saliendo de fusiles es-

pañoles, entraba horrible en pechos españoles también...

Y si esta novela en vez de ser novela fuera un drama que necesitase sinfonía, bien estruendosa pudiera tenerla, mezclando los ayes de dolor de los heridos con el fragor y la gritería de encarnizados combates, en que el arrastre de la pesada artillería, las rachas de fuego, los silbidos de la metralla, las maldiciones, las llamadas, los toques de corneta, los relinchos de los caballos y las mil voces de angustia que en la agonía profieren los que mueren, llenaran el espacio de confusión, y el alma de tristeza, al pensar que tanto sacrificio no se hacía por salvar, por ejemplo, la independencia de la patria, sino por los intereses ruines y mezquinos de dos utopias á cual más absurdas, que no vacilan en olvidar al reunir sus principios, que ante todo y sobre todo está la paz de la nación.

CAPÍTULO III

EL «EXPOLIARIUM» DE CRISTIERNA

En tal estado de desorden y trastorno, la tarde del 14 de Mayo de 187..., caía el sol lujosamente reclinado en cojines de oro y bajo un dosel de púrpura sobre el famoso Gorbea, al mismo tiempo que el incesante tiroteo que todo aquel día se había sostenido con calor, cesaba perdiendo sus ecos por valles y montañas.

Por veredas y senderos comenzaron entonces á discurrir con dirección al caserío, pelotones de tropas, convoyes de heridos, carromatos y acémilas...

Y ya, cuando el paisaje se hubo sepultado en esa penumbra del crepúsculo que todo lo confunde y embadurna de sombras, que haciéndose cada vez mayores acaban por formar la noche, vióse aparecer por el camino real que lleva de Tolosa á Irún, una procesión de tres carretas, de aquellas que chirriaban arrastrando las mazorcas del maíz ó las espigas del centeno en los días de paz de Cristierna.

Mas por brusco cambio, ahora no eran mieses lo que llevaban entre sus altos varales; y aun cuando valiéndonos de la franquicia de que gozan los autores pudiéramos saber la clase de carga que conducían, preferiremos contener un poco la curiosidad y escuchar con atención lo que hablan los dos guardias de á caballo que cierran la misteriosa comitiva.

—Bien puede decirse, Cajucas—exclamó uno de ellos, que llevaba boína, ancho sable pendiente del cinto y fusil terciado sobre el arzón de su montura,—que el encuentro de hoy, si no nos ha costado caro, ha sido por la casualidad mil veces dichosa para nosotros de habérsele acabado la pólvora á los *guiris*...

—Cierto... ¡piñata!—contestó el aludido Cajucas, que era un fornido jayán de descomunales proporciones, armado del mismo modo que su compañero.

—Mas pronto—continuó el que había inaugurado el diálogo—la suerte cambiará por completo. Sabrás, querido amigo, como desde mañana, en ese día, se encarga del mando de la partida el Mosén.

—¿Es posible?—dijo preguntando Cajucas, y con ademán y tono del asombro más profundo.

—Sí, señor—proseguía el guardia.—Era un secreto que no podía divulgar, pero del que soy yo dueño hace más de ocho días. Me lo anunció un sargento que vino á traer órdenes al alcalde de parte de Urbina... y á estas horas es casi seguro que el Mosén está ya en Cristierna, pues esta mañana, cuando salimos para la Ermita, le estaban esperando.

—¡El Mosén!... ¡Eso se llama un hombre! y no un hombre cualquiera...

—Y no—interrumpió el otro á Cajucas—ese cobarde de Corceraga, que forrando de hipócrita prudencia lo que es asqueroso miedo, nos tiene hace un mes sin que vayamos adelante ni atrás... muriéndonos de tedio y siendo la vergüenza del ejército... Pero ya digo; el Mosén nos hará ganar el tiempo que hemos perdido en inútiles escaramuzas sin armar nunca una gorda; y ya verás, ya verás tú, Cajucas, los sustos que vamos á dar á esa cáfila de nenes que acaban de llegar de refuerzo á Vitoria. La primera batalla nos llevará hasta Zumárraga, la segunda hasta Miranda, la tercera á Logroño, y una vez ya allí, que vengan á tirar chinitas y pepinillos... Ahora, amigo, lo que hace falta es que lleguemos cuanto antes á Cristierna y podamos enterrar estos cadáveres, no sea que con lo avanzado de la estación se nos pudran en el camino y nos agujereen los estómagos con su perfume.

—¿Cuántos van en cada uno?—preguntó Cajucas.

—¿En cada carro?... En el primero deben ir cinco... en el segundo van siete... y en este de atrás llevamos los de los *guiris* que tuvieron la osadía ó la imprudencia de acercarse á la ermita de San Roque, y se quedaron allí boca abajo contándole á la tierra su desgracia... ¡Pues así que eran pocas y malas las peladillas con que hoy les hemos obsequiado!... ¡já, já!...

Y el feroz soldado reía con estrépito su barbarie.

—¡Piñata!—gritó Cajucas de nuevo—si de los que llevamos no he matado yo por lo menos la mitad, que me arrastre á los infiernos el demonio...

—Eso puedes tú jurar muy bien—replicó el del fusil terciado.—Mas entre todos los que tú despacharas, no valen lo que uno que he hecho yo caer en tierra.

—¿Cuál?...

—¿Recuerdas al capitancete que el otro día nos quitó la bandera?...

—¿Pues no lo he de recordar?—dijo Cajucas.

—Pues ese mismo viene ahí, tumbado, retorcido, con la boca abierta llena de sangre, y los ojos más fijos que los del Cristo de la Agonía que hay en la ermita. A fe que si esta caza la pagaran, la mía de hoy había de alcanzar buen precio.

—Tienes razón; pero yo en tu caso, no le hubiera matado.

—¿Qué habrías hecho tú, vamos á ver?—preguntó con curiosidad el soldado.

—¿Yo?... pues herirle solamente, y de ese modo era un prisionero más capaz de ser canjeado por uno de los nuestros, que como el hijo de Corceraga, aguardan Dios sabe dónde les saquemos de penas...

—¡Ah, Cajucas!... quise hacerlo así, porque al primer disparo no logré más que rozarle un poco el brazo derecho: pero se conoce que era valiente y sobre todo terco, porque después de liarse un pañuelo en la muñeca, volvió á la carga, y yo á mis disparos, hasta que le arrojé rodando lo menos un metro... Y es, amigo—añadió cambiando de tono,—que esta carabinita que quité el otro día al cabo del *Doña Blanca*, vale un tesoro.

Y aquí llegaban de su diálogo, cuando precedido de dos tiros, se oyó un *jalto!*

Paróse como por encanto la comitiva entera, y ambos soldados, abandonando la retaguardia, poniendo mano en sus fusiles y clavando las espuelas en sus bestias, avanzaron hasta el primer carro, que como los otros dos, se encontraba parado desde que se oyó la voz.

Habíala dado el corneta que iba delante de la fúnebre procesión.

Cajucas y su compañero echaron pie á tierra, y contuvieron hasta el aliento, á fin de notar el más pequeño ruido.

Sin embargo, nada más se oyó.

—Es preciso marchar con mucha precaución—dijo muy por lo bajo Cajucas, y luego añadió:

—Estamos aún muy lejos del pueblo, y nada tendría de particular nos sorprendiera un pelotón de esos bandidos.

Y después de haber registrado con minuciosidad las cunetas de la carretera, que por su hondura y frondosos matorrales con que estaban cubiertas, eran harto magnífica posición para emboscadas y sorpresas, y no hubieran visto nada; ya se preparaban á seguir su interrumpida ruta, cuando á su lado mismo creyeron percibir el rumor de un sable que chocara ó se arrastrara entre las zarzas.

Cajucas apuntó con su fusil hacia las sombras, y disparó en la dirección que le pareció haber sonado el ruido.

La luz del foganazo iluminó por un instante el lugar en que se encontraban; mas nada pudieron distinguir... Todo volvió al silencio. Entonces el soldado dijo:

—Alguien se esconde entre los jaramagos de la cuneta, Cajucas...

—¡Chist!...—le contestó Cajucas, poniéndose el dedo en la boca para que hablara más bajo.

—Es indudable; pero no sabemos si hay varios; si son más que nosotros...

En aquel momento los guardias de los carros y los boyeros sumarian entre todos ocho hombres.

—¡Una idea, Cajucas!—dijo el soldado atenuando la voz cuanto le fué posible.

—Habla—fué respondido.

—¿No nos estorban las tinieblas?—contestó.—¿No estamos perplejos por no saber con quiénes tenemos que habérmolas?... Pues aléjate tú hacia el pueblo, y prende fuego al matorral por aquel lado.

—¡Bah!... Si lo que quieres es tener luz para ver, aquí mismo podemos encender esas hierbas.

—Sí, pero entonces—objeto el astuto soldado,—nos verán mejor los que están escondidos que nosotros á ellos...

—Tienes razón—dijo Cajucas.—Dame un puñado de pólvora...

Y cogiéndolo, se acercó á la cuneta con sumo cuidado; y cuando se hubo alejado un tanto del convoy, lo arrojó sobre un montón de hierbas secas, y disparó sobre él á boca de jarro.

Una deflagración rápida como un relámpago incendió las matas, creando una hoguera que á su claridad dejó ver el pelotón blanco de gases que se disolvía y elevaba entre las sombras.

Todas las caballerías alargaron asustadas sus orejas hacia el fuego.

El resplandor era cada vez más vivo.

Chisporroteaban los cardos secos y se retorcían gruñendo los tallos verdes; algunas chispas saltaban y aumentaban el incendio: al poco tiempo, la carretera tenía por un lado una verdadera barrera de fuego.

—¡Uno!... ¡allí!...—gritó Cajucas poniéndose el fusil á la cara.

Y á la luz roja de las llamas, se vió correr por la vertiente á un soldado de artillería ó de ingenieros (no se distinguía bien el arma á que pertenecía el fugitivo) que arrastraba unas mantas.

Cajucas disparó tres veces sobre él.

Ninguno de los proyectiles le alcanzó.

—¡Piñata!—dijo el compañero de Cajucas acompañando su exclamación de un juramento.

—¡Qué pies tiene el maldito!...

—¡Tira otra vez!...

—¡Ya no alcanza!...

—¡Que sí!...

—Pues tira tú—dijo dando el fusil al soldado.

Pero el disparo hecho tampoco dió resultado alguno.

Las espadañas y los juncos iban extinguiendo sus llamaradas. Una nube de humo envolvía á los carros, y en la cuneta no restaban ya sino algunas brasas.

—¡Bah!—dijo Cajucas—sería algún pariente de uno de estos que van aquí diciendo que no. ¿No has observado tú que todos los muertos cuando los llevan al cementerio van meneando á un lado y otro la cabeza, como diciendo que nones?...

—Sí, amigo... Pero sea lo que sea, el asunto es que se nos ha escapado sin decirnos cuál era el objeto que traía al hacernos esta visita de sorpresa... En fin, sigamos—dijo devolviendo el fusil á su compañero.

—Sigamos.

Y dada la voz de marcha, rechinaron los ejes de las carretas, los muertos empezaron á decir que no (según frase de Cajucas) y toda la comitiva caminó en dirección á Cristierna.

A la vuelta del recodo, y cuando comenzaba la pendiente que terminaba en la meseta del pueblo, ya se distinguieron algunas luces de la pequeña población.

A la izquierda, las canteras de Agurrio se manifestaban por negras hendiduras de otras tantas abandonadas galerías, y sobre las tinieblas del abismo, parecía que fulguraban más las estrellas del cielo.

El fúnebre convoy ganó la cuesta y entró en el pueblo.

Algunos centinelas daban la voz de *¡alerta!*, pero una vez reconocida la clase de comitiva que era, penetró por las calles de Cristierna, seguida de una turba de soldados, mujeres y chicos.

Así fueron hasta llegar á la plaza, donde inmediatamente se procedió á la operación de tender sobre el suelo y en fila los cadáveres, para que fueran reconocidos por sus familias si es que allí las tenían.

Alumbraban la escena tres antorchas de viento, sostenidas por otros tantos muchachos desarrapados y andrajosos.

Seis ó siete mujeres y algunos ancianos se iban acercando á los muertos con terror al principio, con solicitud y ansiedad después, y últimamente con alegría, si entre ellos no veían el demacrado rostro de los hijos ó maridos cuyo paradero ignoraban ya hacía mucho tiempo. Entonces se pasaban la mano por la frente, como para enjugarse un sudor frío que les serpenteaba en las arrugas, ó quisieran borrar de ella la idea constante de la desaparición de sus seres más queridos; respiraban fuerte, como el que ha tenido largo rato una argolla oprimiendo la garganta, y alzaban la vista al cielo, como si decir quisieran murmurando: *¡aún no!... ¡gracias, Dios nuestro!...*

Aquella noche ni un cadáver tuvo la suerte de encontrar un beso cariñoso de despedida que le deshelara la congelada frente por un momento. Todos pasaron inadvertidos; lo que no tiene nada de extraño, atendiendo á que la mayor parte de ellos eran del ejército republicano, y á estar Cristierna entregada por completo á las hordas de D. Carlos.

De pronto, y cuando en torno de los muertos no se escuchaba otro ruido que el farfajeo de las antorchas al arder, por una de las confluentes de la Plaza aparecieron varios grupos ó pelotones de carlistas, que con las boínas echadas para atrás y los sables arrastrando, se dirigían al *Expoliarium* de la acción de aquel día, del modo mismo que los antiguos romanos se apresuraban á ver de cerca el arrastre de los gladiadores muertos en el circo.

Todos traían los rostros arrebatados, la mirada perdida, y se tambaleaban á un lado y á otro completamente ébrios. Venían cantando, hablando en voz alta, disputando, blasfemando y codeándose estúpidos entre sí, como si tocados de la misma electricidad se repeliesen...

Bien pronto los primeros tropezaron en uno de los cadáveres tendidos, rodando al suelo una vez perdido el equilibrio que con tantas dificultades habían venido sosteniendo hasta allí. Se levantaron luego con pesadez y miraron á los muertos.

Entonces comenzaron las burlas y las risotadas, intercalando entre sus chirigotas groseras y repugnantes algún que otro puntapié á los cuerpos echados en tierra.

Mientras tanto, Cajucas y su compañero fumaban y aguardaban la llegada del jefe que había de disponer lo que debía hacerse.

Las campanas del pueblo tocaron á ánimas. Eran ya las nueve de la noche, y un vientecillo suave, pero un poco fresco, acariciaba los rostros de vivos y muertos con la misma solicitud que si lo que estampara en ellos fueran besos.

El soldado compañero de Cajucas comenzaba á impacientarse, cuando mirando á la hilera de cadáveres, creyó ver agitarse á uno de ellos.

Inmediatamente votó como de costumbre, y dijo:

—Cajucas... juraría que aquel rana de allí se ha movido.

—¿Cuál?—preguntó Cajucas, mirando hacia donde la mano del otro le señalaba.

—Aquél, mira —fué respondido. — ¡Ahora se vuelve!... ¿No lo ves?...

—¡Tú sueñas!...

—¿Que sueño?...—repuso el soldado.

—Aquél es el oficial abanderado que yo maté.

—¿Y qué?...

—Que te respondo de que está bien muerto.

El cuerpo á que se referían Cajucas y el soldado se estremeció; agitó un tanto los brazos, y quedó luego inmóvil...

Cajucas, cuyo raro valor personal hacía que no se asustara ante cien vivos y temblara en cuanto se encontraba á solas con un muerto, se retiró con precaución, y gritó dirigiéndose al grupo:

—¡Compañeros!... ¡Ahí hay uno vivo!...

Y el coro de borrachos que había aumentado considerablemente con nuevos refuerzos, le rodeó aullando con ferocidad:

—¿Vivo?... ¡Pues matarle!... ¡Eso!... ¡Matarle!...

Cien brazos se extendieron sobre el oficial tendido en tierra que á Cajucas pareció se movía; todos se agolparon en su alrededor; todos querían hablar; todos gritaban:

—¡Matarle!... ¡Matarle!... ¡Es un *guiri!*...

Cajucas, aunque con poca serenidad, se volvió á acercarse al muerto; hincó la rodilla en tierra y le puso la mano en el pecho llenándose de sangre.

—¡Vivo está!...—afirmó al notar la respiración...

Y no había terminado de decirlo cuando cinco ó seis sables se desenvainaron; las bocas de aquellos bandidos vomitaron insultos y arrojaron con abundancia imprecaciones y amenazas.....

—¡Es un oficial!... ¡Matarle!... ¡Lo arrastraremos!... ¡Vamos á quemarlo!... ¡Mejor es fusilarlo!...

Y las distintas opiniones de martirio se disputaron y discutieron, arrastrando de los brazos y las piernas al militar moribundo, que lucía las insignias de capitán.

La tormenta creció; llegó á ser imponente; los gritos de muerte ensordecían el espacio y causaban pavor; dos ó tres revólvers apuntaban ya al presunto cadáver... cuando sonó una voz que hizo correr un murmullo rápido por entre los grupos; fueron éstos paralizándose y acallando sus gritos de venganza, y al poco casi todos guardaban silencio.

Un hombre que venía atravesando la plaza con toda la rapidez que su cojera le consentía, fué la causa de tan brusco cambio. Penetró entre las masas, y aún se oyeron algunos *mueras*, que al ser escuchados por el recién llegado, le hicieron detenerse ante el oficial que era objeto de ellos y que inmóvil continuaba en tierra.

—¡Dejadle!—mandó con imperio.

—Es un...—murmuraron dos ó tres voces.

—¿Y qué?... ¡Tan hombre es como vosotros!...

Aun restaba sobre el pecho del capitán una mano. El cojo volvió á decir:

—¡Fuera, imbéciles!...

Y se arrodilló frente al cadáver, para observar si efectivamente lo era ó no.

Y como si las cien gargantas hubieran enronquecido de pronto, y los cuerpos de todos los verdugos se hubiesen paralizado instantáneamente, todos se separaron con respeto...

Cajucas dió con el codo á su compañero, y le dijo al oído:

—¿No conocías al Mosén?...

—No—contestó el soldado.

—Pues mírale... es ese....

Y señaló al cojo.

CAPÍTULO IV

FUNERALES DE CAMPAMENTO

Aquella misma noche, y casi, casi á la misma hora, la taberna de Bartolo, sita en Zadorra (pueblo que distaría unas tres leguas de Cristierna, y en el que acampaba el cuerpo de ejército republicano que mandaba el General ***), estaba aún desierta; pero veíasela prepararse como para festival de boda ó algazara de bautizo. Efectivamente; Bartolo, su dueño, no cesaba de sacar botellas y más botellas de un viejo armario de nogal que detrás del mostrador tenía; y su hija, sobrina, mujer ó sirvienta, Fermina (que jamás pudo averiguarse de un modo cierto el parentesco ó relación civil que con ella tenía), las recontaba, limpiaba y ponía en fila, al mismo tiempo que enjuagaba vasos y pasaba un blanco paño sobre las mesas.

Era el local un ancho portalón, sostenido por cuatro columnas de piedra, embadurnadas de una tinta azul, que dejaba el inferior de ellas con la piedra al desnudo, por haber el rozamiento de los que allí asistían hecho saltar toda la pintura. A un lado y á otro había varias mesas, rodeadas de banquillos de pino, y presidiendo el insulso conjunto, el mostrador mencionado, el armario de las botellas y, sobre todo, un marco dorado (que fué), conteniendo unas veces una estampa, y otras una pintura al óleo, eminentemente

patriótica. Cambio que tiene su lógica explicación, expresando que Bartolo era hombre de una manga muy ancha, en materias políticas, y que sólo atendía con preferente esmero á dar gusto en todo á sus parroquianos. Y como Zadorra estaba alternativamente gobernada por la férula reaccionaria de un alcalde de Real orden y la ordenanza militar del jefe que tomase el pueblo en nombre de la República ó de don Carlos, Bartolo, según quienes fuesen sus favorecedores, ó mejor, los que tenían ocupado el pueblo, así ponía la estampa ó la pintura. En el caso de ser los carlistas los dueños del cotarro, Bartolo se encasquetaba su boína y ponía en el marco un originalísimo trabajo litográfico, que representaba á S. M. el Rey D. Carlos, retratado de medio cuerpo arriba y en posición de apoyarse sobre una balaustrada, en unos troncos de laurel, por los que serpenteaba enredada y juguetera una cinta, en cuyos pliegues se leían las palabras: «*Dios, Patria, Rey, Religión, Fueros, Justicia y Libertad.*» Debajo de la enramada de las hojas de laurel había, en forma de abanico de baraja, siete retratos de otros tantos Generales adictos á aquella especie de programa político que enunciaba la cinta; y firmando todo, la rúbrica autógrafa de un sobrino de Bartolo, en que dedicaba el grabado á su querido tío.

Pero si, como en la ocasión presente, eran los *guiris* los habitantes dueños de Zadorra, la estampa era sustituida por un óleo pésimamente pintado y que representaba una arrogante matrona, envuelta en un manto rojo, que ocultaba nada más que lo más preciso, y cubierta con un gorro frigio del mismo color. Tenía luego en su diestra muñeca colgada una balanza; que no sabemos si por buscar el efecto de perspectiva, estaba mucho más inclinada del uno de los platillos, y en la izquierda una espada, cuya punta apoyaba en la cabeza de un león, que pacientísimamente sufría sobre sí aquella nueva pena de Damocles. Componía el fondo un monstruoso sol amarillo, en cuyo centro se leía: «*República,*» y saliendo de él había muchos rayos, que decían: «*Libertad, Igualdad, Fraternidad.*»

Aquella noche este era el santo del templo de Baco; señal ciertísima de que los que irían á beber, serían los defensores

de las libertades de la patria: paradógica frase, que Bartolo, apesar de su empeño, jamás pudo entender.

Corría Fermina de una parte á otra, poniendo en orden el ajuar deteriorado y grasiento del establecimiento vitícola, y al tiempo mismo, tarareaba á voz en grito, zortzicos y danzas del país. Era la vascongada más desenvuelta y (en honor de la verdad sea dicho) más amable de cuantas escanciaron vino para que lo paladeasen militares. Tenía, al parecer, como veinticuatro años; la tez algo tostada y las facciones, aunque duras, expresivas y rebosantes de gracia por mejillas, boca y frente. Y se agitaba tan sin descanso, con tan febril actividad, que podía pasar en lo humano, como la personificación viva y real del movimiento continuo.

Con gesto de satisfacción miraba ya el resultado de su trabajo, viendo el brillar de la cristalería, la uniforme formación de las botellas y el relucir de las mesas, cuando, interrumpiendo la canción con que á la sazón hería los vientos, sonó lejana la corneta que daba el toque de silencio. Y su eco, cada instante más perdido, repetido que fué tres veces, hizo comprender á Bartolo que el momento se acercaba. Es decir, que las cornetas, obligando á los soldados á rendirse al sueño, daban la voz de rompan filas en la oficialidad para que fuera á trasnochar á su taberna.

Convencido, pues, de esto, instalóse gravemente tras del mostrador, requirió los cajones, tendió una ojeada de último examen al material de su industria, y tosió para hablar.

Y habló.

—Enciende ya, muchacha—dijo á Fermina.

Y ésta, sin hacerse repetir la orden, fué subiéndose en los respectivos banquillos que debajo de cuatro lámparas había, y dejándolas encendidas, entonó los ecos majestuosos del famoso *Guernicao arbola*.....

*«Según nuestros abuelos,
hace mil años ya
que extiendes por Vizcaya
tu brazo secular.»*

—¡Chist!.... muchacha—la interrumpió Bartolo, fingién-

dose contrariado.—Cállate con doscientos mil de á caballo... Esta noche no puedes cantar nada de eso: esta noche, mira...

Y la señalaba con el dedo el marcial continente de la matrona desnuda.

—¡Eh!... ¿Qué importa?... Mientras no venga nadie—dijo Fermina.

—No importa, mujer; pudieran escucharte y sospechar de mis opiniones, que—añadió Bartolo guiñando sus ojos para dar á entender á Fermina era irónico lo que iba á decir,—como tú sabes muy bien, son ningunas. Yo soy neutral; independiente; para mí son tan estimables los de allende como los de aquende; todos beben vino, y todos lo pagan bien.

Fermina soltó una carcajada.

Aún seguía riendo, cuando entraron cuatro tenientes de infantería que venían fumando y relatándose mutuamente los incidentes varios del encuentro habido con las tropas aquella jornada. Pronto tomaron asiento, y pidieron unos vino y otros aguardiente.

—Aunque hubiésemos continuado—dijo uno de ellos,—no habríamos conseguido nada; ya hasta Cristierna no hay lugar donde explicar campamento, y todo lo que se hiciera era inútil...

—Eso iba yo pensando—dijo otro,—cuando oí el toque de corneta que nos mandaba hacer alto.

—Pues ha sido lástima—expresó un tercero, arrojando una fuerte bocanada de humo por la boca,—porque la cosa no podía marchar mejor; éramos cerca del doble, y se había apoderado un pánico del enemigo, que á seguir, le cojemos hasta el cañoncillo con que tanto fuego nos ha hecho desde la Ermita... Y según creo hemos tenido pocas bajas...

—Pues no lo creas—dijo el primero de los que hablaron.

—¿Por qué?

—Porque he oído al coronel del Guadalajara que han muerto tres oficiales.

—¡Tres oficiales!

—¿De su batallón?

—No; ignoro de dónde...

—¡Caracoles!... Entonces ha estado la cosa más formal de lo que yo creía... ¿Y cuándo ha sido?

—¿Cuándo?... Al ganar la cuesta de la Ermita...

—Entonces las bajas son de artillería, porque la de montaña fué la primera, por no decir la única que estuvo por allí.

—De esa serán...

—Qué diablo, hombre, qué diablo...

Y siguieron fumando y bebiendo mientras hablaban.

Al poco, un numeroso grupo de oficiales de todas las armas penetró con ruido, desparramándose por las mesas y llamando con palmadas á Fermina, quien obedecía con fina voluntad y mejor deseo.

—Hola, Fermina—decía uno.

—¡Adiós, muchacha!... Qué guapa y qué... Tráete lo que haya; vino, bollos... Anda, mujer, corre—añadía otro.

—Buenas noches, señores...

—¡Qué!... ¿No ha tocado á nadie?...

—¡Pedro!... ¿Cómo tienes el brazo?...

—¿Has recibido carta?...

Estas voces que de mesa á mesa se dirigían unos á otros se confundieron con la entrada de muchos más. Entonces el alboroto subió de punto. Fermina se multiplicaba por atender á todos. El bueno de Bartolo sonreía groseramente detrás del mostrador, viendo con alegre semblante el buen cariz que presentaba su negocio.

—¡Fermina!... Dos botellas más.....

—¡Qué ha de haber bajas!....

—Que sí... lo aseguran.....

—¿Quién lo ha dicho?

—El coronel del Guadalajara.....

—¡Bah!... el bueno de Diego Vargas... ¡Guadalajara!... dile que está como los bizcochos de ídem.....

—Hombre, cuando él lo dice.....

—Ilusiones.....

—Adiós, mi capitán... ¡Bravo!... ya he visto á V. esta tarde batirse como un héroe... me pareció que cojeaba V.....

—No... fué un mal paso.

—¡Fermina!....

—¡Muchacha!....

—¡Escucha!... ¿Tenéis por casualidad chacolí?...

—Y magnífico—decía Fermina.

—¡Bravo!... tráete una botella.....

—Pero, ¿te gusta ese vinagre?...

—Martínez... ¿cómo anda aquello?....

—El qué, ¿Madrid?....

—Sí... cuente V.... ¿quién manda ahora?....

—Sigue todo lo mismo: dicen que al Duque le han hecho un recibimiento entusiasta: que la carrera de entrada estaba llena de arcos y gallardetes... Se conoce que en Madrid están muy al tanto de lo que por aquí sucede.....

—Allí... allí... jamás tendrán noticia de la verdad.....

—Ya están ahí Quintana y Valero... y Augusto.....

—¡Buenas noches!....

Y Quintana y Valero, los dos oficiales más divertidos y de buen humor que había en el ejército, entraron en medio de un tropel de militares que llenaron por completo el tabernucho de Bartolo. Ya no se podía dar ni un paso: había banquillo en que se sentaban seis personas, cuando no se hicieron más que para tres: alrededor de las mesas hablaban todos en corrillos, y llenaban la atmósfera de humo de tabaco, que subiendo en espirales azuladas, formaban al fundirse una espesa niebla en que apenas si respirar se podía.

—¡Quintana!... ¡Qué mala cara tienes esta noche!... ¡Y vienes triste!... ¿Has tenido malas noticias de Zaragoza?... Habla, hombre, habla.....

—Amigos—dijo muy serio Quintana,—una amarga nueva tengo que comunicaros.....

—Pues...—dijeron á una, tres ó cuatro voces.

—Que Augusto Monpavón ha muerto.

—¡Que ha muerto!—corearon un sín fin de voces.

Escuchóse el rozar de algunos sables, y el cascabeleo de las espuelas al ponerse muchos en pie.

La noticia era tan terrible, que dejó casi mudo al concurso entero.

—¿Que ha muerto Augusto Monpavón?...

—Sí... esta tarde.

—¿El capitán abanderado de artillería de montaña?

—Tal vez al subir la cuesta de la Ermita...

—Allí—prosiguió Quintana.—Y no es lo peor eso, sino que no se encuentra el cadáver. El coronel ha mandado una compañía á que lo busque... y ahora vuelven, después de dos horas de inútiles pesquisas, diciendo que no han encontrado ni un solo cadáver en el camino.

—Estará tal vez prisionero.....—se atrevió á indicar uno.

—¡Ca!... no es posible... es no conocer lo que era el pobre Augusto...

—Lo siento en el alma...

—¿No te decía yo que había habido muchas bajas?...

—¡Cómo estará el pobre Berrugas!

—¡Ah! sí, el asistente... pobre chico... con la adoración que por él tenía...

—Caballeros, no hay que afligirse—dijo Valero;—ha muerto mártir de la Libertad: luchando contra el oscurantismo clerical...

—Sí, sí, predica... veremos si con tus discursos eres capaz de resucitarle...

Quintana y Valero, con otros tres, se sentaron en la única mesilla vacante que junto al mostrador había, y allí continuaron su conversación. La de los demás volvió pronto á reanudarse y á armar la algarabía que reinaba antes de dar la fúnebre noticia. El vino que con exceso bebían muchos, iba ya subiéndose á las cabezas de todos, y siendo causa de que los diálogos fueran adornados de juramentos y puñetazos sobre los tableros de las mesas, que se tambaleaban haciendo oscilar á las botellas que encima tenían.

—¡Pobre Augusto!—murmuró Quintana.

—Déjalo—le respondió Valero, apurando de un solo sorbo una inmensa copa de aguardiente.—Así verá lo que tantas ganas tenía de ver: qué era lo que sucedía después de la muerte... Un hombre como él, que ni creía en Dios, ni en nada de lo que él tomaba (y á mi juicio con razón), por preocupaciones de viejas y cuentos de niñeras, no debe sentir el morirse... Además, tan cansado de la vida como él estaba,

en vez de sufrir, lo que hará será descansar. Ya tú recuerdas que ahora ni aun amores tenía...

—Sí... Amores sí tenía...

—Ningunos, hombre, ningunos; á no ser que tomes como tales esos pasajes de novela que tantas veces nos ha contado á ti y á mí...

—Pues esos eran sus amores—dijo Quintana.—Y amores de verdad. Pues qué, ¿no es raro que un hombre tan despreocupado en todas las materias como Augusto, tratara tan seriamente de aquella noche de Enero en que le sucedió aquel lance?... ¿No recuerdas cómo se inmutaba, y cómo juraba que veía de continuo á una mujer á quien él, sin saber quién era, deshonró en Murguía?... ¿No te vienen á la memoria hasta las lágrimas que se le saltaban cuando hablaba de ello?...

—Ya lo creo; lo menos setenta veces me lo contó.

—Pues si eso no es amor, dime qué es...

—No; si en eso tienes razón... Pero...

—Ya juegan—dijo Quintana al ver sacar varias barajas y escuchar el sonido metálico de las monedas que ródaban sobre el tablero de las mesas.

—¿Y qué fué ello?—preguntó á Valero uno del corrillo.

—Nada. Según parece, estando Augusto encargado de sorprender un caserío próximo á Murguía, le hicieron una resistencia tan obstinada y heroica, que Augusto enfurecido, cuando consiguió entrar en él, mandó acuchillar á cuantos allí estuvieran; y entre los que estaban, había una chica que Augusto en sus conversaciones ponía en las nubes; de la que decía fué la única mujer por quien sintió amor, y á la que *velis nolis* hizo suya en un dos por tres... Todo fué en una noche, porque al día siguiente tuvo que evacuar el caserío, perseguido muy de cerca por la división de Dorregaray... Pues siempre en sus relatos se lamentaba de no poder encontrar por ningún lado á su idolatrada víctima... Y lo hacía con una amargura, que como aquí ha dicho muy bien Quintana, se veía que lloraba lágrimas de sangre...

Un borracho gritó entonces, poniéndose de pie y cogiendo una copa en la mano:

—Señores: Brindo porque Augusto dé recuerdos en el otro mundo á Napoleón, á César y á Alejandro; los tres Capitanes generales á quienes yo más estimo...

—¡Cállate, bárbaro!... Vas ahora á chancearte con el pobre muerto... ¿Y si mañana eres tú el difunto?...

—¿Sí?... Pues brindo—siguió el ebrio, agarrándose al hombro de un compañero—por que si mañana soy yo uno de los fallecidos, me acuerde de dar expresiones de vuestra parte á Napoleón, á César y á Alejandro... los tres Capitanes generales... ¡Ah!... Y á Augusto Monpavón...

Esto dicho, se llevó la copa á los labios con la mano trémula, y tan insegura, que el líquido vertiósele por el uniforme, mientras él reía con brutales carcajadas su falta de tino.

Quintana habíase levantado quizás para castigar el insulto que el borracho había dirigido á su amigo, cuando le cortó la acción la entrada en la taberna de un soldado que sudoso y jadeante le hizo exclamar:

—¡Berrugas!... ¿Ha parecido?...

—No, mi teniente—le contestó el interrogado.

—¿Quién es ése?...—preguntaron varios á un tiempo.

—Ese—respondió Valero—es el asistente del pobre Augusto; es el célebre Berrugas, tan conocido de todos por sus cuentos y sus chistes...

Y Berrugas quedó en pie, alta la frente, rígidas las piernas, los brazos extendidos, los puños cerrados, presa de la desesperación, terrible, pero también cansado y sin aliento.

—Mi teniente—dijo.—Yo he hecho todo lo posible por encontrarlo; cuando se volvieron las dos compañías, persuadidas de que había desaparecido, yo quedé allí, solo, buscando... Pero he descubierto una cosa...

—¿El qué?—le preguntó Quintana con interés.

—Que es casi seguro que el señorito Augusto lo llevaban muerto ó herido en unas carretas, con dirección á Cristierna.

—¿Y por qué no te enteraste bien?—preguntó otra vez Quintana.

—Hice lo posible; pero era ya completamente de noche: disparé un tiro, y tal temor asaltó á los que iban custodiando los carros, que detuvieron su marcha y no pararon hasta

hacer arder toda la cuneta de la carretera... Entonces tuve que huir, porque, si no me engaño, iban más de doce hombres.... ¡y el diablo me lleve si no me dispararon más de cuatro tiros!...

Y la voz de Berrugas se ahogó entre el estrépito producido por una disputa acaloradísima, que se inició en uno de los rincones.

—¡Mentira!... ¡mentira!—gritaban furiosos y descompuestos los alborotadores...

—¡Es cierto!—chillaban otros.

Y entre todos formaban una algarabía tan estruendosa y abigarrada, que el tabernucho de Bartolo no era ya aposento albergue de hombres, sino especie de Arca de Noé, que al abrirse sobre el Ararat de Zadorra, dejaba hirieran el aire los discordes sonidos, en los que había imitaciones de todas las voces de alimañas posibles: relinchos, gruñidos, ladridos, silbos, baladros, mugidos, rebuznos de asno y blasfemias, que son los rebuznos del hombre, cuando, como en la borrachera, se convierte en animal.

Muchos, mareados por la gritería, se iban retirando y dejando vacías algunas mesas.

Valero preguntó á Quintana:

—¿Qué tienes, hombre? ¡Estás triste! ¿En qué piensas?...

—Pienso—le dijo Quintana—en los funerales que ha tenido el pobre Augusto... Primero, la sorpresa de la noticia, más como temor á que mañana nos pase lo mismo á nosotros, que como cualquier otra cosa... y después, ya lo ves: el olvido, la indiferencia; uno menos... ¡pché!...

—¡Viva la libertad!—voceó uno con entusiasmo, mientras con pasos vacilantes, rápidos y desiguales, se levantaba y trataba de salir buscando aire, espacio y frescura. Chocó contra una pared, retrocedió y fué á encontrarse con otra, hasta que ayudado de un empujón, salió fuera...

Los dos amigos del difunto Augusto salieron también.

Ya no quedaban en casa de Bartolo más que cuatro ó cinco oficiales.

A los pocos momentos, la taberna quedó completamente desierta.

Eran ya las dos de la madrugada, y mientras la Naturaleza esparcía el rocío sobre las yemas de las plantas, que luego el sol había de convertir con su calor en flores, preparándolo todo para la vida del nuevo día, los hombres se retiraban para descansar en el sopor de la embriaguez y cobrar bríos y fuerzas con que matar más al día siguiente, noche eterna para muchos.

—Fermina, cierra—dijo Bartolo.

Y mientras la vascongada le obedecía, el tabernero contaba y recontaba las monedas, pago de las libaciones de la noche, que amontonadas tenía en el mostrador.

—¡Ciento noventa reales!—exclamó al final.

Y mirando al cuadro de la matrona desnuda, la dijo con sorna:

—Gracias, hija... Por esta noche, soy republicano.

CAPÍTULO V

JAIME PAROLLA

Y volvamos á Cristierna, donde dejamos á la soldadesca contenida en sus instintos de ferocidad, por él que apareció en tan oportuno momento, y á quien Cajucas llamó el Mosén, como efectivamente se llamaba.

Era el Mosén un hombre como de unos treinta y dos años, alto, seco, curtidas sus mejillas y su frente de un color cobrizo oscuro, sin bigote ni barba, y de mirada encendida y brillante.

Llevaba puesto un solideo de paño negro que le cubría casi toda la cabeza, y su traje semi-guerrero, semi-religioso, era del mismo color. Apoyábase en un grueso bastón de hierro, y á poco que se observara el modo de estar parado, ó se le viera andar, se venía en conocimiento de que era cojo del lado derecho.

Todo él respiraba melancolía y abstracción; sus grandes cejas describían el mismo arco que el de un nicho, y para que el símil resultara del todo exacto, veíase que los ojos los tenía completamente hundidos en una especie de concavidad amoratada, en cuyo fondo irradiaban las pupilas, el brillo severo y terrible de dos ojos más oscuros que el carbón de piedra. Su mirada efectivamente cuando la fijaba en algo, daba pavor por la fuerza reconcentrada é inquisitiva con que cla-

vaba la visual; y en cambio había momentos en que sin cerrar los párpados, parecía que, ó el ojo se le vaciaba, ó el blanco de la pupila tomaba el mate vidrioso y de momia del cadáver. Su nariz era larga, fina, delgada como la hoja de un cuchillo y trasparente y rígida como la oreja de un tísico. Su boca era chica, de labios estrechos y negros, haciendo resaltar una magnífica dentadura de hermoso esmalte y correctísimo dibujo. De sus dos oídos grandes y pálidos como todas sus facciones, pudiera decirse lo mismo que de la nariz, añadiendo que eran muy salientes (á lo que contribuía no poco lo demasiado grande del solideo), y que del derecho llevaba pendiente un arete ó anillo de oro que añadía una nota más de rareza en el conjunto misterioso y grave de su dueño.

Todo su cuerpo era muy proporcionado, salvo el defecto ya dicho de la pierna derecha, y el sinnúmero de cicatrices, rasguños y hasta agujeros que cubrían todos sus miembros huesudos y de movimientos nerviosos casi eléctricos, que por algún motivo se estremecían con violencia.

Y para que al retrato físico acompañe el moral é intelectual de tan extraño personaje, y no se pase por alto ninguna circunstancia que nos deje con su omisión á oscuras de lo que en realidad era como hombre, diremos que el descrito se llamaba Jaime Parolla; que era conocido por el sobrenombre de *El Mosén* y en definitiva que es el individuo más importante de esta novela.

Sin causas, no hay efectos. Sin las circunstancias especialísimas que rodearon al Mosén, aun desde antes de haber nacido, el Mosén, tal y como se nos presenta, no hubiera existido. Habría sido un hombre más, de carácter vehemente y exaltada imaginación, pero no el bravo guerrillero á quien la fatalidad persiguió sin descanso, cebándose encarnizadamente en destrozarle el corazón, mientras él procuraba el olvido de sus desdichas entre el rumor de las batallas y vertiendo la sangre de su vida entera, en favor de una mala causa: la causa carlista.

Para esto es menester hacer un poco de historia.

Su origen era montañés. Sus padres vivieron en las quiebras de los cerros del alto Aragón; y toda la salvaje bravura

del aire y la lluvia que en aquellas regiones se truecan en huracanes y torrentes, parece que fué tragado por los que le dieron el ser para infundir al hijo una base espantosa, mezcla de valor y sentimiento. El viejo Parolla nació asimismo guerreando: ni un instante de su vida cesó de pelear: en la flor de ella, fué cien veces herido en otros tantos combates, en que se ventilaba la epopeya grandiosa y eternamente sublime de la Independencia Española: Zaragoza, Belchite y Terrer, fueron testigos sangrientos de su heroísmo. Cuando la ocupación de la frontera por el ejército francés que venía á proteger á Fernando VII contra las demasías de los liberales, se ocultó en su casa y allí esperó el fin de los sucesos. Era amante fanático del absolutismo, pero no quería deberlo al poder de un extranjero.

Después, en las distintas convulsiones que *la niña* Constitución de 1812 costó á España, en sangre y tranquilidad, (el nacimiento de todo nuevo ser comienza por el desgarramiento de las entrañas de la madre), tomó siempre parte á favor del principio de la autoridad absoluta del poder real; y cuando D. Carlos levantó esta bandera, el viejo Parolla no titubeó en alistarse el primero entre los primeros voluntarios.

Era el primero también que llegaba al pie de los cañones, y el último que abandonaba las trincheras; al poco era capitán, y días después cayó prisionero, y fué mandado fusilar por el General Monpavón. Las exageraciones que siempre dejan los combates, los odios, los rencores, el recuerdo de su valor y el de las víctimas que causara con su arrojo, siempre temerario, produjo el que su cadáver fuera arrastrado y escupido en el campamento de los liberales.

El Mosén, que entonces contaba veinte años, quiso vengar la muerte de su padre, mas no pudo. Días después tuvo lugar el abrazo de Vergara.

El joven Parolla guardó su rencor en el pecho; fué el primer acíbar que entró en su corazón, y que durante el resto de su vida iba á convertirse en negro depósito de venenos y dolores, y sólo atendió ya al cuidado de su anciana y desconsolada madre y al de su hermana Paz, tierna niña de seis años, á quien, como á él, mecieron la cuna los ayes de dolor,

y las lágrimas lavaron sus mejillas. La familia del Mosén había corrido sin hogar por los campos de Castilla, había huído desalada por las cumbres de los Pirineos; errante siempre, siempre perseguida por sus ideas. Por fin, la paz pareció querer devolverla á la triste viuda y los dos huérfanos, y se establecieron en Huesca.

El Mosén abandonó la vida campestre y de medio fiera que llevaba, y atendió á las necesidades de su familia, pero siempre aislado en su casa, escondido, aullando como un lobo encerrado, esquivando el trato de las gentes como un ave nocturna, y mostrando siempre odio reconcentrado á la humanidad, humor violento y extravagancias rayanas en locura.

El genio del Mosén se traslució desde muy joven. Parecía un ángel caído del cielo al cieno del mundo, y en cuya caída no hubiera conservado de sus alas de oro más pluma que la fe ciega, omnímota y absoluta en Dios. Largo tiempo rehusó nacer como si temiera á la vida, como si en revelación ignota hubiera averiguado los muchos dardos que habían de herir su conciencia y su alma, como si, á través del tiempo, hubiera traslucido el dolor de sus pasiones y sus dudas. Fué necesario arrancarlo más que por violencia de las entrañas de su madre, en las cuales parecía había fabricado ya su tumba, y cuyas paredes golpeaba en el estertor de la agonía.

Al fin vió la luz. Al tocar la tierra encogió el pie rápidamente, como si la tierra le quemara; por eso desde muy niño fué cojo.

Y este hogar tempestuoso y agitado, este nacer rebelde, este padre guerrillero y fanático, esta madre amargada y con el corazón erizado de púas y espinas, esta sangre hirviente, enrojecida por el fuego y machacada por las balas; esta cuna mecida por la desesperación, su cojera, por la que mil veces sintió en su alma el frío glacial del ridículo, todas estas desolaciones imprimieron en él un constante estado de amargo abatimiento, de que sólo se emancipaba algunos instantes por lo nervioso y exaltado de su carácter.

El Mosén jamás reía: sentía indefinible atracción hacia todo lo que fuera virtud, bondad y honradez; su voz era grave,

su modo de hablar lacónico y preciso, excepto en el caso de acalorarse, en cuyo momento, su gesto, su mirada y su voz adquirirían un timbre y expresión terribles; y entonces su entonación era áspera, monótona, grave, pero grave y monótona como lo son el simoun y el desierto; solemne como la inmensidad, sublime como la idea de Dios.

Juntaba á la delicadeza de su alma, una fuerza corporal y física verdaderamente admirable. Su padre le había adiestrado en la caza, la carrera, la gimnasia, y le había enseñado á admirar la naturaleza. Por eso desde pequeño, antes del alba, salía de su casa y erraba por las montañas viendo abandonar el nido á las alondras que iban á saludar al nuevo sol, mientras los demás seres dormían la ignorancia de las nieblas.

A los veinticinco años, en cuerpo tan vigoroso, carácter tan enérgico é imaginación tan exaltada, debía nacer el amor: y así fué. El Mosén amó á Cristina, hermosa hija de un rico propietario de Navarra. Refase su padre; burlábanse sus amigos; mofábase todo el mundo, pero el Mosén amaba y amaba triste y gravemente, sin tener conciencia de sí mismo, y con la misma pureza con que el Dante amó á Beatriz.

Un día Cristina le dió su retrato. El Mosén creyó volverse loco de alegría. Era una imperfecta copia de su hermosura; de sus cabellos castaños caídos sobre la frente para doselar sus ojos negros; de su boca aún más chica que una rosa cerrada, sin que ningún beso de la brisa la hubiese hecho sonreír y agitar sus pétalos...

Jaime creyó que llegaba á ser feliz. Su madre estaba perfectamente cuidada en sus necesidades: nada les faltaba: Paz, su hermana, crecía en hermosura y en virtud: Cristina le amaba al parecer con delirio. ¡Qué más quería?...

De pronto el horizonte se nubló para el «cojo», despreciativo nombre que le pusieron los parientes de Cristina. La guerra volvió á encenderse.

Jaime tuvo que huír á Murguía, pequeña aldea de la provincia de Álava.

En los primeros encuentros que allí hubo, el Mosén fué herido sin haber tomado las armas á favor de ninguno de los

dos bandos. La primera batalla formal que se libró tuvo por campo su misma casa; por trincheras las bardas de su huerto... Los carlistas fueron arrojados de su posición, y la casa del Mosén acribillada por la metralla. Las hordas de soldados, que tambaleándose gritaban: *¡Viva la República!* entraron sedientas de venganza y ebrias de furor.

La madre del Mosén murió á bayonetazos.

Paz, su hermana, fué indignamente ultrajada, costando al Mosén el tratar de impedir su deshonra, el caer mortalmente herido sobre el cuerpo desangrado y mutilado de su madre.

Aún no curado, ya bramaba pidiendo venganza: el nombre de Monpavón, el asesino de su padre, volvió á vibrar en sus oídos como una fatídica amenaza. Porque Monpavón se llamaba también el que mandaba la columna que arrasó su vivienda. Quedó, pues, huérfano de padres; con una hermana deshonrada brutalmente, y, como si aún fuera poco, Cristina arrojó la careta de hipócrita amor con que encubría su infamia, y le olvidó, casándose con otro.

Tanto desastre, tanta amargura, infundieron en él la idea de acogerse á Dios y ordenarse sacerdote. Fué seminarista un corto tiempo. Mas su ordenación no tuvo lugar: la guerra era cada vez más horrible: una tarde en que la iglesia de Santa Inés iba á ser profanada, quiso salvar las Formas del sagrario, á cuyo fin penetró bajo una verdadera lluvia de balas; pero al salir, ya con su santa carga, fué arrollado por las turbas y pisoteado juntamente con el copón.

Entonces no dudó: era tiempo de lucha, no de rezos: la guerra le llamaba. ¡Tenía que vengar tantos agravios! Los estampidos del cañón le harían olvidar los gritos de su conciencia; las tempestades de la pólvora embriagarían su cerebro haciéndole olvidar tanta desolación; la sangre que se derramaba, calmaría su sed. Una partida de amigos le nombró su jefe: montó á caballo: sus hazañas corrieron de boca en boca: el Mosén fué el cabecilla predilecto de la facción; y el Mosén, elevado á una gran altura, volvió á sentir vergüenza, porque era triste que ni aun para dar una voz de mando, la pudiera dar sin tambalearse, como un borracho.

Este genio vengativo y rencoroso por la fatalidad, pero

bueno y de elevados pensamientos en su interior; igualmente asequible á matar que á perdonar; espléndidamente hermoso en medio de su fealdad; fanático hasta la exageración por su Dios y por su patria, adorador de la verdad, franco como aragonés, terco como montañés y execrador de la mentira; apasionado, violento, mas ahora en calma, fué el que se presentó al populacho de Cristierna, salvando con su presencia la vida del infortunado capitán herido.

CAPÍTULO VI

LOS PRIMEROS ACTORES

Cuando el Mosén se presentó en la plaza, no todos los que allí estaban le reconocieron. Los paisanos más que nadie, ignoraban que Jaime Parolla hubiera ya llegado al campamento; pero la fama del Mosén era tal, que bastó que uno, muy por lo bajo, casi imperceptiblemente, murmurara, retirándose, el nombre del cabecilla, para que tuviera lugar aquel súbito enmudecer, con que fué saludada su presencia.

Todos fijaron su vista en el Mosén, el cual se levantó al cabo, y preguntó con tranquilidad:

—¿Quién vino encargado de esto?....

Cajucas respondió con viveza:

—Yo, mi comandante.

—¿Qué es lo que ha sucedido entonces?—volvió á interrogar al soldado.

—Pues nada—dijo Cajucas.—Que teníamos orden de recoger los muertos, para que no se repitiera lo del otro día; que á este oficial lo tomamos también como cadáver, y ahora resulta que no lo es.

El Mosén miró fijamente al capitán tendido en tierra.

Uno de los que en primera fila le observaban, dijo como con asombro:

—¡Toma!... Éste es el que esta tarde mandaba la columna que llegó junto al cañoncillo de la Ermita.....

Y el que á su lado le escuchaba, añadió agachándose y como tratando de reconocerle:

—Si no me engaño, es también el que llevaba el estandarte de la artillería.

—¿Era abanderado?—exclamó otro.

—Sí—repuso Cajucas, tomando parte en la conversación. —Y este amigo mío que vino custodiando también los carros, fué el que le tiró y el que le mató... Vamos, chico, no te escondas... sal aquí....

Y como el capitán meneara muy débilmente un brazo, uno de los borrachos rió con sorna:

—¡Pues, lo hiciste bien, muchacho!... mira, mira cómo te amenaza... se burla de ti....

El herido cruzó sus manos.

—¡Y te aplaude la puntería!... ¡dices que eres un gran tirador para *matar* abanderados!—prosiguió el beodo.

Una carcajada general, que hizo poner rojo de vergüenza al soldado compañero de Cajucas, sonó en la plaza.

—A yer—dijo el Mosén, que hasta entonces había guardado absoluto silencio, con el acento imperativo que le caracterizaba.—Cogedle entre cuatro... y vamos.

—¿Le llevamos al hospital?—preguntó uno.

—Señor; no hay ni una cama desocupada—dijo otro.

—Pues á la posada de Matías—propuso el Mosén, como contrariado por aquellas dificultades.

—No querrá; ya sabéis lo que hizo con aquel alférez de húsares al que se le obligó á admitir en su casa.

—E hizo perfectamente... Pues no faltaba más—dijo otro.

—A curarle, para que vuelva pronto á matar leales... á matar, tal vez, á los que en peso vais á cogerle ahora para ir á salvarle la vida... ¡magnífico!...

El Mosén miró fijamente, casi con ira, al murmurador, y repitió con energía:

—¡Cogedle, he dicho!...

Y cuatro soldados obedecieron la voz del cabecilla.

—¿Le llevamos?...—preguntaron dudando.

—A mi casa—respondió el Mosén poniéndose en marcha delante de todos.

—¿Pues, quién es?—demandó uno, muy bajo y como en tono de albergar sospechas.

—¿Es?... ¡es el prójimo!—dijo el Mosén, que lo había oído.

Y todos callaron y todos abrieron paso, para que Jaime Parolla y los cuatro conductores del capitán salieran de la plaza.

Anduvieron por las mil encrucijadas y revueltas que constituían las calles de Cristierna, y al fin salieron extramuros de la población.

Allí, y frente por frente de las canteras de Agurrio, pararon á la puerta de una casa de un solo piso, por cima de cuyo tejado sobresalían las copas de los árboles del huerto que detrás de ella ocupaba una regular extensión de terreno. No tenía más que un balcón y dos ventanas á sus lados; y del alero, que, como todos los del país, era un tanto prolongado, pendían, como guirnaldas de un dosel, anchas cintas de bulbayas con sus florecillas á medio abrir.

Cuando la comitiva llegó y hubo llamado, abrió la puerta una vieja de espantable catadura, fiel muestrario del genio incapaz que poseía.

—¡La Caspia!...

—¡La bruja!...

—¡La vieja del otro día!...

Y estas ó parecidas exclamaciones murmuraron los soldados... Unicamente penetraron en la casa, el Mosén y los cuatro que conducían al herido. El silencio de todos, una vez cerrada la puerta de la calle, fué profundo y absoluto.

—Aquí—dijo el cabecilla, señalando el aposento en que estaba su mismo lecho.—Dejadle ahí.

Y el cuerpo del capitán descansó sobre la cama.

—Uno de vosotros—prosiguió Jaime—iréis á llamar á Sedini... que venga... y que venga pronto.

Los cuatro soldados se quitaron las boínas, y haciendo un saludo militar al Mosén, salieron de la casa.

—Paz—llamó Jaime.

Y tras una pausa corta, apareció una joven que, viendo al moribundo el uniforme, exclamó, al mirarle tendido sobre el lecho de Mosén:

—¡Oh!... ¿qué es?...

—Es, Paz—dijo el cabecilla,—que á este infeliz le tomaron por muerto y le han traído en una carreta entre otros varios. Ahora resulta que en vez de muerto es sólo un herido muy grave... lo he mandado traer aquí, y he hecho que vayan corriendo á llamar á Sedini... Quédate tú aquí con él, á ver si revive algo más, y cuando venga el médico, haz lo que te ordene... Yo voy á recibir órdenes del General, que ha llegado, y á tomar posesión del mando que desde mañana pienso ejercer sobre esta buena gente. Adiós, hermana.

Y tendiendo una mirada inexplicable al capitán, salió dejando sola á Paz. Era que en medio de la conmiseración que como cristiano sentía por aquel semejante moribundo, vió nacer de improviso en su interior ese vago sentimiento que nada justifica y que nos hace que la primera vista de una persona nos sea agradable ó desagradable. Y sin poder remediarlo, sin saber por qué, el capitán le fué antipático á Jaime.

Por eso cuando marchaba con pasos seguros por entre las sombras de la calle, distrajo la abstracción en que de ordinario iba sumido con la meditación de ese raro fenómeno de la inteligencia en que, disfrazados de simpatías ó antipatías, nacen los presentimientos, que en casos como el presente, tocan los límites de adivinanzas.

María de la Paz, por el contrario, quedó por un instante conteniendo hasta el aliento para no hacer ningún ruido.

La luz que era escasa en la habitación, no permitía ver ni distinguir bien el bulto que sobre la cama había. Paz se acercó á ella, y trató de escuchar si el herido respiraba: nada oyó.

—¡Habrà espirado!—se dijo.

Y cogiendo la luz y acercándola al rostro del capitán, pareció como sorprenderse; después, como si frunciera el ceño, ó arrugase la frente con ademán de asombro, y últimamente se la oyó murmurar:

—¡No!... no es posible...

Volvió á poner la luz casi tocando con las mejillas del moribundo, y después de asentir con su cabeza á alguna pre-

gunta que indudablemente la hizo el pensamiento, la retiró con rapidez, balbuceó un par de frases que ni ella misma oyó, y quedó ante el herido con las órbitas blancas como la de esas estatuas que coronan los festones de las catedrales góticas... Se estremeció profundamente enclavando sus manos y encajando sus dedos unos en otros como en apretado y nervioso haz de marfil, y dijo:

—¡Dios mío!... ¡Es él!...

Y se vió que por su cuerpo todo serpenteó como una culebrina, un frío glacial que debió helarla de espanto, y que corrió por sus miembros rígidos é inmóviles, como esos gusanillos de roja luz en las ascuas próximas á extinguirse...

En medio del silencio de la noche y de la casa, Paz quedó sumida en un letargo, en el que pareció reconcentrar su espíritu entero en unos recuerdos que, vagos y lejanos, la hubieran venido de repente.

Y mientras los discute consigo misma, y los acaba de traer á su memoria, reparando las omisiones que el trascurso del tiempo produjera, justo es que veamos y digamos cómo son estos nuestros dos primeros actores del presente relato.

Era María de la Paz una de esas mujeres que, sin tener aún más que veinte años, representan muchos más.

Su estatura era más bien alta que baja; su cuerpo, hermosamente proporcionado como el de la Venus de Milo, llamaba la atención, sobre todo, por el aplomo verdaderamente estatuario con que tomaba todas las posturas, sin que al reposar de ninguno de sus movimientos dejara de dibujar una enloquecedora silueta, siempre á cual más llamativa é incitante. Si algún pintor hubiera querido retratarla, hubiérale pasado lo que al paisista que se desespera cuando, copiando un cielo, dibuja con amor una nube, la retoca, mira al modelo y lo encuentra cambiado, con la fatalidad de ser la nueva forma inmensamente más linda que la anterior pintada. Tenía la hermana del Mosén el cabello ni negro ni rubio, y sí de un castaño oscuro que, resaltando sobre lo maravillosamente blanco del cutis, lo hacía parecer finísimo azabache. En general, todas sus facciones recordaban las de Jaime: así tenía como él los ojos más negros que una pesadumbre, brillantes, ex-

presivos, y tan llenos de fuego, que parecían, en sus reflejos vivos y alternados, los destellos de esos astros que en los cielos de la noche se apagan ó se encienden, según que sus rayos choquen ó no en su prolongado viaje desde las alturas con vapores, nubes invisibles ó atmósferas despejadas. Por eso, tan pronto resplandecían con súbito rayo, como se abatían oscureciéndose y apagándose con lánguida pereza. Sobre estos dos luceros aléteaban sus pestañas, flexibles también y alcanzadoras, de puro largas, de los anchos doseles de sus cejas.

Venía luego la nariz, á la que algún escrupuloso tacharía de algo pequeña, y la boca, cuyas balbas escarlata sacaban de quicio hasta á los más sosegados y tranquilos.

Toda su cara, en fin, era hermosa, pecando, si acaso, de demasiado pálida y amoratada en el círculo voluptuoso y tentador de sus ojeras; pero en sus miradas, en su actitud, en sus gestos, en sus movimientos todos, veíase retratada la intranquilidad y el desasosiego de quien está donde no cree que debe estar, de quien tiene sed y no bebe nunca, de quien, sin notarlo, ha sentido ya todas las sensaciones del espíritu y todas las vibraciones del inmenso salterio ó guzla de un alma árabe por su misteriosa grandeza, y española por su sensibilidad anticipada y exuberante de pasiones.

María de la Paz era como la flor de esas plantas, que se cae si un gusano volador y caprichoso no la trae entre sus antenas ó sus patas, el impalpable germen de nuevos árboles. A su boca habían ya asomado mil y mil veces esas sonrisas que el ciego amor arroja para ser recogidas y abrazadas por un beso, y faltas de él, se habían vertido, se habían derramado con ese dejo amargo que tiene todo lo pasado de sazón.

Su carácter era lo mismo que el del Mosén, sin que tuviera, como es natural, los arrebatos fuertísimos del corazón de Jaime. Errante durante su vida entera, como su hermano y como toda su familia, había bebido de continuo lágrimas, y sus ojos se habían de tal suerte acostumbrado á llorar, que, hasta las cortas y contadas alegrías de su existencia, las celebraba vertiendo por sus pupilas perlas y brillantes de amargura. La risa era ya emoción olvidada en el ánimo de Paz.

Por otra parte, Paz era una víctima inocente de los errores

y las injusticias de la tierra, era una virgen deshonrada en el asalto que las pasiones de un hombre ciego de cólera y ebrio de matar, en la embriaguez del furor, dió á su casa la noche misma en que murió su anciana madre cosida á bayonetazos por las tropas; era una flor tronchada al impulso de un fuerte huracán, cuando su destino no era más, sí, que las brisas la columpiaran con respeto y con cariño, arrullándola con trovas de amor... Y todo pasó, y todo quedó sin que vengarse pudiera tan espantoso desastre...

Paz fué madre... Hasta el amor lo sintió á la fuerza, estando desvanecida, sin que, al besar al hijo de sus entrañas, pudiera saber cuál era el nombre de su padre... Consecuencia de su desdicha, que ignoraba el Mosén, continuamente ocupado en los asuntos de la guerra.

El recuerdo de aquella triste noche, en que la infeliz vió volar su honor, hecho girones por la pasión brutal que en medio del silbar de las balas la arrojó desde el cielo de su inocencia hasta el abismo de la deshonra, ocupaba de continuo el pensamiento de María de la Paz.....

Y la presencia del capitán la trajo á la memoria, con más ímpetu que nunca, las reminiscencias que conservaba: la cara del herido pareció semejarse algo á la que sólo un instante después de su desgracia había mirado con espanto... Por eso le contemplaba con una atención tan suprema, y por eso coordinando sus pensamientos, no cesaba de observar al moribundo oficial.

Tenía éste un gran manchón de sangre al lado izquierdo del cuello, que aún brotaba fresca, por una, al parecer, profunda herida. La cazadora estaba desgarrada, llena de polvo, y agujereada por varios puntos... Una de las cruces con que iba condecorado se le había incrustado en el pecho... Todo demostraba en la apariencia, que la lucha sostenida hasta caer espirante, había sido heroica, reñida, feroz... El rostro estaba lívido, y como dolorido, con algunas manchas amoratadas cual de fuertes golpes; entreabierta la boca, que llenaba una salivilla pegajosa y espesa; cerrados los ojos; fuertemente fruncido el ceño, y el pelo, erizado y húmedo al mismo tiempo. Sus cabellos eran rubios, pero de un rubio tan tostado,

que los hacía parecer castaños; su frente era ancha y blanquísimas; las cejas largas y espesas, y el hueco del ojo, perfecto. Su nariz parecía griega, aguileña, fina, intachable, como cortada con cincel, y su bigote, caído sobre una barba ligeramente ensortijada, y un poco puntiaguda en su extremo inferior, aunque bifurcada en la misma punta, remataba con esbeltez y con gracia un rostro que podía pasar como de los más perfectos.

Ninguna de sus facciones daba idea del carácter agrio, incisivo y provocante que tenía por propio: ni de su vehemencia en el hablar, y lo exageradamente disparatado de sus ideas sobre política y religión. Diríase, por el contrario, que era un ángel de dulzura, un dechado de virtudes, un prototipo de amabilidad.... ¡Cuánto miente eso que llaman espejo del alma!.....

María de la Paz paseó diferentes veces la luz sobre el rostro del herido, examinando con mirada inquisidora todas sus facciones: eran idénticas á las que en su memoria guardaba, del hombre que le había robado el honor. Y veía y volvía á mirar con el mismo afán con que un juez computa las señas de un exhorto sobre el cadáver mutilado del bandido que persigue.

Cuando la certeza plena vino á ocupar el sitio de las sospechas, después de muchas y diversas vacilaciones en que parecía esclava de una idea fija, aprovechó el soporoso letargo en que el capitán estaba sumido, y murmurando «*¡su nombre!*»... desabrochó la cazadora al oficial, y registró el bolsillo que tenía junto al pecho.

Sacó de él una cartera, y se disponía á abrirla, cuando oyó pasos y la voz del médico Sedini, que saludaba al entrar en la casa á la que le abrió la puerta...

Temblando, agitada por la prisa, extrajo una tarjeta de la cartera, y volviendo á guardar ésta en el bolsillo, miró el nombre que contenía.

—¡Augusto Monpavón!—gritó ahogada.

Y su grito no fué de sorpresa, fué una conmoción que pareció un rugido de tigre... Apartóse bruscamente del lecho, se apretó la frente con ambas manos, y exclamó:

—¡Ay!... «él»... ¡de raza de asesinos!... ¡Monpavón!...

Y esta voz y estas palabras, semejantes, en lo horribles, á los aullidos de una fiera, resonaron en la casa. Dió varios pasos sin saber á dónde iba, dejó caer la tarjeta al suelo, sintióse falta de fuerzas, desvanecida, sin saber á qué acogerse... quiso huir de aquel sitio y no encontró la puerta; sus ojos no vieron nada; parecía una loca al comenzar á exasperarla el acceso de su locura...

Un gran crucifijo pendía de la pared donde el lecho tenía su cabecera; la hermosa María de la Paz tiróse de rodillas á los pies de la cruz, derramando abundantes lágrimas y bajando el tono de su voz, haciendo que sus palabras sonaran apenas como susurro de aura sobre prado de hierbas rastreras, dijo:

—¡Por tus divinas llagas, Jesús mío!... ¡por tu preciosa sangre!... ¡por tu Madre Santísima! Perdónale... ¡que no sepa mi hermano que se llama Monpavón!... ¡que lo ignore hasta que esté en salvo!... ¡hasta que haya huído de aquí!... ¡Jesús mío, que lo ignore Jaime!... ¡Que no sospeche que uno de la familia Monpavón, ¡de nuestros verdugos! es el padre de mi hijo!...

Y aún gemía, besando los pies del Redentor, cuando entró el médico Sedini, y la preguntó:

—¡Muchacha!... ¿Por qué lloras?...

CAPÍTULO VII

EL DOCTOR SEDINI

Era el doctor Sedini un hombre como de cincuenta años, perfectamente conservado y en cuyo cráneo Gall no habría podido adivinar ninguna prominencia que denunciara su particular idiosincrasia, en cuyas facciones Lavater hubiera gastado inútilmente su perspicacia frenóloga, y hombre común, sin ninguna particularidad que le hiciera sobresalir de entre el vulgar nivel: hombre que, lanzado en la vida activa, no era capaz de un crimen por cobardía, ni de una gran virtud por modestia: hombre de carácter gastado por los desengaños, que miraba con sonrisa de profundo desprecio el precipitarse de la sociedad en el abismo de la incredulidad y la revolución, y tipo, finalmente, que sus enemigos clasificaban de *pendón del año diez*; sus conocidos, de *infeliz* (apodo que en este siglo equivale á *bueno*), y á quien cuadraba á las mil maravillas el título que el mundo suele dar á quien se acomoda con todas sus preocupaciones y respeta (siquiera sea por necesidad) todos sus vicios: el título de *excelente persona*.

En la vida práctica, Sedini transigía benignamente con los hombres de opiniones más contrarias á las suyas: en la de las ideas era donde estaba su intransigencia, semejante á peñón marino á quien todas las tempestades de los elementos no pueden hacer variar de postura; parecía, por el contrario,

que la lucha le fortalecía. Pero ya hemos dicho que todo lo miraba con indiferencia, pues la revolución del 48, la República de Roma, la unidad italiana, la prisión infame y brutal del Papa, los trastornos civiles y políticos de nuestra patria, todo le había convencido de que el mundo llegaba á una etapa que él decía *de prueba* y que no había más remedio que conformarse y aguantar lo menos mal posible el chaparrón, siguiendo las máximas de Santa Teresa, que dicen: *No importa que todos sean malos: procure cada cual hacerse bueno y tenga la seguridad de que hay un malo menos en el mundo.* Verdad que es tan verdad, que á primera vista parece de á folio.

Este Sedini tenía una muy regular clientela de enfermos en Madrid; pero al estallar la guerra en el Norte, le pareció ser bien llevar el óbolo de su ciencia á los que, en medio de todo, simpatizaban con él en los principales puntos de su dogma político-religioso; y por eso asistía gratuitamente y del modo más desinteresado al cuerpo de ejército que desde aquella misma noche capitaneaba el Mosén.

La afabilidad de su trato había hecho que fuera el amigo más íntimo, el confidente de María de la Paz, de quien sabía más de un secreto importante.

Pero, apesar de su intimidad, no pudo conseguir que la hermana de Jaime le contestase á la pregunta que la había hecho de por qué lloraba; Paz enjugó sus lágrimas, contuvo su agitación y le dijo casi serena:

—Han llamado á V. para que salve la vida á este hombre...

—¡Hola!—repuso el médico.—¡Y es oficial!... veamos veamos...

Y calándose unos lentes y acercando la luz al rostro del herido, que respiraba ya con bastante fuerza, dijo:

—Pues mira, hija mía, es preciso que te salgas, porque tengo que desnudar á este cristiano... Dile á la Caspia que venga á ayudarme, y tú prepara fuera balsamina y árnica con hilas y vendas, pues la hemorragia, que estaba contenida por el síncope en que continúa sumido, amenaza volver á soltarse y sería un peligro grandísimo.

Paz salió de la alcoba, y llamando á la vieja servidora Caspia, dejó que Sedini se las aviniera con el capitán.

El médico comenzó por desnudar á Augusto Monpavón y meterle en la cama; y después restañó, entablilló, cató y curó cuantos agujeros, rasguños y cardenales encontró en el cuerpo del artillero... Con él estuvo más de una hora, vendándole con la solicitud y pericia que tanta fama le habían hecho conquistar de excelente cirujano.

Cuando salió de la habitación, chocó con el Mosén, que ya había vuelto, y á la pregunta que el cabecilla le hiciera del estado de gravedad del herido, contestó con el siguiente discurso:

—Amigo mío; el capitán, cuyo cuerpo descansa sobre el lecho de V., está de mucho cuidado, por más que yo pudiera casi prometer que su curación, con la ayuda de Dios, nos ha de ser fácil en algún modo y breve relativamente al número y calidad de las heridas que ha recibido. A mi modo de ver, y no quisiera equivocarme, ese joven militar ha debido recibir un tremendo sablazo en la región temporal que le ha herido la arteria correspondiente; herida que le hubiera sido de mortales consecuencias á no ser porque, indudablemente, cayó sin sentido del caballo que montaba, y lo brusco del golpe del cráneo sobre las piedras, hizo experimentara una fuerte conmoción cerebral que es la que le ha privado de conocimiento estas horas, salvando realmente su existencia comprometida con la contusión en el importante vaso antes citado. Desgraciadamente, todos los síntomas que hasta ahora se presentan son de meningitis consecutiva al traumatismo; tiene mucha fiebre y está sumamente debilitado por la pérdida de sangre... Además, tiene en un muslo una herida causada por proyectil oblicuo que á haber llegado á contundirle el hueso interesando los músculos, hubiera sido de difícilísima por no decir imposible curación; á no ser que le amputemos la pierna, extrema resolución que sólo en caso desesperado me sería sensible adoptar para la salvación del resto del individuo. Esto es lo que padece, ligeramente agravado con un sin fin de golpes, arañazos y lesiones que por todo el cuerpo tiene repartidos.

Escupió, tosió, limpióse la boca, y abandonando el tono de oratoria médica con que recitó su diagnóstico, exclamó en el más familiar del mundo:

—¿Y qué demontre de idea le ha dado á V. de traérselo á casa?... Pues qué, ¿no hay camas en el Hospital?

—No—contestó el Mosén.—La gente de la plaza me ha enterado de que no quedaba ninguna. Por cierto que si llego yo á tardar un instante, no hubiese hecho falta cama.

—¿Pues...

—¡Esa soldadesca estaba tratando de acabarle de matar...

—¡Qué bárbaros!...

—Están muy excitadas las pasiones, y si pronto no se pone remedio, la guerra dentro poco será una lucha de salvajes.

—En fin—dijo Sedini muy gozoso,—que ha hecho V. toda una obra de caridad. Pues tiene V. para rato; las heridas son de algún cuidado, y...

—Si acaso—le interrumpió Jaime—peligrara su vida, avise con tiempo y se llama á Fray Salvador.

—No, no creo que haga falta. La pérdida abundantísima de sangre que ha tenido, y que es lo que pudiera inquietarnos, me prometo repararla pronto. ¿Y qué tal, qué tal el día de hoy?—añadió, cambiando de conversación.—Me han dicho que la cosa ha estado indecisa... ¡Amigo! ¡Desde mañana será otra cosa!... ¿No dirige V. desde mañana las operaciones?...

—Sí—respondió el Mosén, descolgando de su cintura el pesado sable.

—Y de Madrid, ¿qué noticias tiene V.?... Yo las tengo importantísimas; me escriben diciendo que hay allí quien trabaja con mucho éxito por la restauración de la monarquía... Y realmente, de ser esto así y de conseguir el triunfo la idea, sería un golpe terrible para su causa de VV.; conozco á muchísimas personas que dejarían de apoyarla, porque son carlistas por necesidad. Son gente que tienen la vista fija en D. Carlos, porque en el horizonte no se ve otro astro capaz de dar al traste con ese galimatías republicano en que está, á su pesar, sumida toda España... Es menester que confesemos que la elevación al trono de un Rey joven y listo que, dando paz moral al país, restableciera el orden y el respeto á la ley y defendiera los derechos de la Iglesia, nos

arrebataría muchas esperanzas y muchas probabilidades de triunfo.

—¡Pché!—dijo Jaime, pasándose la mano por la frente y sentándose en un taburete.—Aunque todo eso sucediera, la paz duraría poco. ¿Qué monarquía va á restablecerse?... Una monarquía enclenque, enfermiza; constitucional, para decirlo de una vez... Monarquía que podrá durar diez, doce, veinte años, á lo más... Y voy á conceder á V. que con la restauración cese la guerra. Como quiera que el golpe que se da á la revolución no es sino el suficiente para atontarla y dejarla sin sentido durante una época de tiempo más ó menos larga y no el golpe de gracia que aplastara su cabeza para siempre, resulta que la cuestión queda tan en pie como antes. La monarquía dará paz, orden, confianza, pero al mismo tiempo irá dando libertades que carcoman el trono, hasta hacerlo derruirse con estrépito, y entonces D. Carlos volverá á las armas...

—Y V.—le interrumpió el médico,—¿volverá á su servicio?

—Si vivo, sí.

—Es V. tenaz.

—Y tanto.

—Pues yo, si he de hablar con franqueza, declaro que la guerra no tiene razón de ser, desde el momento en que haya un Rey que dé orden al país. Hoy VV. tienen la simpatía de casi toda la nación, porque representan la paz, la tranquilidad, la justicia, el verdadero progreso; pero cuando todo esto lo garantice un Monarca, sea el que sea, debemos depone-
ner las armas y marchar á influir por que sus leyes descansen en los verdaderos principios: decir que el adelanto de un pueblo depende de la forma de Gobierno, es un absurdo. El progreso nace con el orden y no con asonadas ni motines de barricada. Y sobre todo, los españoles debemos tener muy presente, que no por mucho madrugar amanece más temprano.

—Eso digo yo. Y porque creo que el progreso nace con el orden y estoy convencido de que el orden no es posible sin el principio absoluto, defendiendo con las armas el absolutismo; que, créame V., por muy tirano que sea, siempre es la tira-

nía de uno, y no la de muchos que ahora impera en España. ¡Pero ya se ve! La revolución social ha escrito en su bandera la palabra *república*, y todos esos que blasonan de poseer todas las libertades, obedecen el programa como serviles esclavos.

—Realmente yo, cuando veo los horizontes del porvenir tan preñados de problemas, me entristezco y aflijo por los que nos han de suceder—dijo Sedini cavilando.

Y el Mosén, poniéndose en pie y quedando inclinado en la postura en que su cojera le obligaba á estar, exclamó con acento de emoción profunda:

—¡Y hay para afligirse!... El mundo que Dios crió para su gloria, se ha ensoberbecido al verse tan grande, pues ha dejado de ver á Dios á cuyo lado es un átomo invisible. Y las inteligencias, conforme van despertando, van rebelándose y haciendo de este siglo el siglo de la ingratitude y del olvido. Le llaman el de la ilustración, y es sólo la que hay, ilustración del ateísmo: ilustración que va igualando con la guillotina y las revoluciones políticas, lo que fué con lo que es; la gloria por la infamia; la fraternidad sublime del amor de la patria, por la fraternidad mentira de los cantones; la historia de los antiguos esplendores de España, por el tejido de calumnias, novelas é invenciones de la prensa periódica; la obra artística, por el déficit del presupuesto; los templos del Dios verdad, por los del falso Mercurio... Y, además, crea V. que todo lo pasaría, si con todas esas cosas no se juntase ese afán de huir de la tradición. Porque estamos en un tiempo esencialmente demoledor; en que reina el más brutal indiferentismo, y cuya herencia ó legado para el futuro será un cementerio inmenso de cráneos vacíos de ideas y cuerpos podridos de tanto deshacer la materia, cementerio en que, en medio de ser tan grande, no podrá alzarse siquiera el humilde distintivo de una cruz...

La Caspia anunció en aquel instante que el herido que dormitaba en el lecho del Mosén se había rebullido y pedía agua.

—Voy en seguida—dijo Sedini, levantándose y dirigiendo sus pasos á la alcoba.

Y dejando solo á Jaime, penetró en la estancia del capitán. Tomó la luz en sus manos, y se acercó como la primera vez á ver de cerca el rostro del oficial.

Éste entreabrió muy ligeramente los ojos, hizo ademán como de querer moverse, y volviendo á entornar la vista, murmuró con tranquilidad:

—Berrugas...

Como el silencio fuese la respuesta de su llamamiento, volvió á decir con los ojos cerrados:

—¡Berrugas!... Chico; ¿no me oyes?...

Y como tampoco respondiera nadie á sus palabras, abrió sus párpados por completo; paseó su vista por las paredes de la habitación, como queriendo reconocerla; miró luego á Sedini, que sonriendo el buen estado de su paciente le observaba con cariño, y dijo con el tono algo destemplado:

—¿Pero estoy en un hospital, ó qué es esto?...

—Está V.—pronunció Sedini—en una casa honrada; casa que rindiendo culto fervoroso á esa virtud que llaman caridad, le ha recogido á V. muerto...

—Mentira—repuso el capitán.—Yo no he estado muerto nunca.

—Le recomiendo que no hable tanto, amigo mío, porque si no está V. muerto, pudiera estarlo sin los cuidados del dueño de esta casa, que me ha llamado para que ejerza con usted la virtud que antes he citado; y ya que aquí no hemos de exigirle retribución onerosa de ningún género, es preciso que V. obedezca mis preceptos como muestra de agradecimiento á los desvelos que por V. se han tomado todos.

El capitán miraba fijamente al doctor Sedini. Cuando hubo trascurrido un rato después de terminar su corta plática, dijo con toda la sorna que el dolor de sus heridas le consintieron:

—¿Es V. el dómine del pueblo?...

Sedini comprendió la burla que encerraba la pregunta, y contestó algo amoscado:

—No lo soy; no señor.

—¿Pues qué es V. entonces?...

—Soy el hombre que puede mandar á V. á la tumba, á que se burle en la eternidad de quien quiera.

—Vamos; ¿es V. el médico?...

—Justamente.

—Pues V. dispense... y llame V. á mi asistente Berrugas —añadió cambiando de tono.

—No conozco á nadie que se llame así.

—¿No?... Pues, ¿dónde estamos?...

—Está V. en Cristierna...

El capitán se estremeció; dió media vuelta en el lecho; trató hasta de incorporarse; exhaló un hondo grito de dolor que le produjeron sus heridas, y dijo:

—¿Estoy entonces, entre... entre... salv... carlistas?...

—Sí, señor. Y ni pregunte V. más, ni hable nada, porque en el estado en que se encuentra es sumamente peligroso cuanto haga. Es menester que acopie las fuerzas que en abundancia ha perdido en la lucha de esta tarde; procure dormir, y mañana todo lo temprano que mis muchas ocupaciones lo permitan, vendré á ver á V. á lavarle la herida del muslo, á vendarle la frente de nuevo, y á ordenar tome algún alimento.

Y con decir esto, Sedini volvió á colocar la luz sobre la mesa, y volviendo espaldas al herido, no sin antes haberle pulsado y arropado con esmero digno de mejor causa, salió de la alcoba.

Por su parte el capitán había, después de dar varios quejidos, tornado á colocarse de costado en el lecho. Tenía los ojos ya casi cerrados, y su respiración era por la fiebre muy agitada, cuando de pronto los abrió, fijándolos en una Virgen de yeso que detrás de unos jarros con flores había sobre la cómoda. Y cual si la imagen hubiese ya sido vista por él en otra ocasión, púsose como á recordar con ese gesto en que apesar de tener las pupilas de los ojos donde siempre, se vuelve la vista hacia el interior del individuo, queriendo investigar las sombras que con el olvido van borrando los hechos del pasado. Y así estuvo por más de dos horas, tan sumido en su contemplación y en sus pensamientos, que no notó las entradas frecuentes en la alcoba, que de puntillas y conteniendo el aliento, hizo María de la Paz hasta que le vió quedar dormido.

Cuando esto sucedió, María de la Paz se dirigió al cuarto donde ya descansaba su hermano, y al mirar que también dormía, llamó á la Caspia y la dijo:

—Dame el pañuelo.

—¿Se va V. ya?—gruñó la vieja.

—Sí... No dejes de dar una vuelta al herido, no sea que llame...

Y liándose en un mantón de ligera lanilla, abrió con precaución la puerta falsa que daba al jardín y salió de la casa, hundiéndose en las sombras. Caminó por las veredas del huerto como quien tiene el sendero muy en la memoria y al fin llegó á la valla que cerraba la posesión. Hizo gruñir en sus bastos goznes de madera al portón y salió á la calle.

Tres ó cuatro anduvo, en medio de la soledad que por todas partes reinaba, y concluyó por detener sus pasos ante la puerta de una casa, en que á través de los cristales de un balcón del piso principal aún brillaba el reflejo de una luz.

Llamó con los nudillos, y como si fuera esperada, la puerta se abrió inmediatamente.

Cerrada en seguida que entró, se oyó decir:

—El señor la espera á V. arriba. Dijo que en cuanto llegara, pasara á su cuarto.

María de la Paz, por toda respuesta, hizo un saludo á la anciana que había hablado y subió las escaleras, con marcadas muestras de profunda agitación.

Cuando llegó al primer piso, interrogó por la rendija de una puerta que se hallaba á medio abrir:

—¿Se puede?

—Adelante, hija mía...—se oyó contestar.

Y Paz, entrando y desliándose del mantón en que venía envuelta, dando ya libertad á su corazón, se echó á llorar con amargura.

—Pero Paz—dijo el doctor Sedini, levantándose de su antiguo sillón de cuero y dejando sus lentes sobre el periódico que leía.—¿Qué es esto?... ¿Qué ha pasado?... Vamos, tranquilízate, enjuga tu llanto y dime lo que quieras. ¿Acaso tu amigo, el viejo Sedini, no te inspira ya confianza?... ¿No le conceptúas digno de recibir tus secretos?...

—¡Oh!... sí—dijo la hermana del Mosén.—Por eso vengo... á consultar con V...

Lo entrecortado de las frases de la hermosa, que denotaban una extremada angustia, obligó á decir al doctor:

—Ante todo, no llores, descansa, seca tus lágrimas, respira, siéntate y hablemos despacio. Ni tú tienes prisa, ni yo deseo acostarme. Brites—añadió, asomándose á la puerta y llamando,—Brites; trae en seguida un vaso de agua con azúcar... Vamos, Paz; calla, mujer, calla; verás como todo se arregla...

La anciana Brites entró al poco con lo que el doctor había pedido.

Y cuando Paz hubo mojado sus rojos labios en el agua y la sirvienta se marchó, Sedini tomó asiento frente á Paz, y cogiéndola una mano entre las suyas, la preguntó:

—Vamos á ver... Antes, al salir de tu casa, me dijiste unas palabras que no pude oír por lo bajo que las pronunciaste. Mas como me hacías señas, y tu hermano estaba delante, no quise preguntarte lo que querías decirme, comprendiendo que sería algo que Jaime no debía saber. Cuando llegué aquí, dí orden de que no bien llegases, te hiciesen subir: ya estás sola conmigo, y teniéndome más dispuesto que nunca á consolarte, único regalo del alma con que yo, pobre viejo, te puedo obsequiar. Conque dime qué es lo que sucede.

—¡Ah!... mi señor... ¿Ha visto V. al capitán que en casa tenemos herido?...

—Sí, hija mía: y por cierto que me parece un solemne amigo de burlarse de todo, un desvergonzado, que aun en la gravedad en que se encuentra, tiene ánimo para soltar groserías y chistes de muy mala educación.

Paz tornó á sollozar y á dar puebas de un dolor intenso.

El médico la dijo:

—¿No quieres decirme nada?... ¿Te avergüenzas de hablar ante tu amigo de siempre?... ¿Ante el que te salvó la vida, arrancándote de las entrañas el fruto que tu desgracia, la noche de la muerte de tu madre, te hizo concebir?...

—¡Oh!... ¡no!... nada de eso... Muy al contrario, vengo á

decir á V. el nombre del capitán herido... del padre de mi hijo Jesús.

—¡El padre de tu hijo!...

Y el doctor, asombrado, se puso en pie; frunció el ceño, y como si la magnitud de la noticia le hiciera dudar de su veacidad ó de la fidelidad de sus oídos, preguntó admirado:

—¡Paz!... ¿Qué dices?... ¿El padre de tu hijo es ese oficial?... Ese es el criminal que aquella noche...

—¡Ah!... no; no le insulte V... pero él es.

—¡Es horrible!...—murmuró Sedini.

—Sí—continuó Paz sin dejar de llorar,—es horrible: yo también he sentido helárseme los huesos cuando mis ojos le reconocieron; yo acabo de notar que el alma se me partía como si la hubiesen aplastado con un gran peso; yo he dudado si podría resistir tan tremenda vista... ¡Ah!... pero aún, aún hay una cosa más horrible, aún hay por qué espantarse más... ¡su nombre!...

—¿Su nombre?—preguntó el doctor con curiosidad.

—Es—proseguía con agitación la hermana de Jaime Parolla—de la familia que tantas veces en nuestras amarguras hemos maldito mi hermano y yo. Es de esa familia que vino al mundo con el sino de destruir de sobre la tierra á la nuestra. Es el hijo del que fusiló bárbaramente á mi padre, haciéndole después arrastrar por las turbas; es el que mandaba las tropas que cosieron á bayonetazos á mi querida madre, y últimamente me deshonoró á mí, abandonándome...

—¿Monpavón?—exclamó el médico.

—Sí... Monpavón, Augusto Monpavón...—gritó ahogada de triste dolor Paz.

Y por sus mejillas corrían lágrimas que sus ojos destilaban, rutilantes y claras como gotas de rocío: gemía, suspiraba y se retorció en el sillón como presa de una convulsión nerviosa.

Sedini se había levantado y se paseaba dando grandes pasos de un lado á otro de la pieza. A sus solas hablaba consigo mismo, se interrogaba, se respondía, se objetaba á sí propio, y con la cabeza convertida en un antro de dudas y de confusiones, sin atreverse á decir nada á la desconsolada

María de la Paz, guardó silencio y se paró frente á ella.

Después de un rato en que los ojos del doctor estuvieron fijos en las facciones contraídas y húmedas de la desdichada, dijo:

—Y bien... ¿qué hemos de hacer?... ¡Estás segura de lo que dices?... ¿Por dónde lo has sabido?...

María de la Paz sacó de su bolsillo la tarjeta que había extraído de la cartera de Augusto, y la dió á Sedini.

Este leyó su contenido, no una, sino varias veces. Después, como si alguna idea le hubiera aclarado espontáneamente el intrincado y laberíntico embrollo que veía en todo lo que relacionado con antiguos sucesos le acababa de decir María, se dirigió á grandes pasos sobre un armario que en uno de los rincones de la sala estaba, y abriéndolo, dijo con las manos en las puertas de cristal:

—¿Sabes, María, qué es lo que voy á hacer?...

María de la Paz separó de sus ojos el pañuelo receptor de las lágrimas que derramaba en abundancia, y miró á Sedini diciéndole:

—No... mas lo supongo. ¿Ver el pañuelo?...

—Sí—la contestó el bueno del médico.

—Pues no lo vea V.—repuso ella.—Recuerdo muy bien las letras con que está marcado. Son las iniciales de Augusto Monpavón.

—Bien, pero para que fuera Augusto Monpavón—objetó Sedini,—era menester que encima de esas letras *A. M.* tuviera una corona de Marqués: porque el General Monpavón, el que hizo fusilar á tu padre, era Márqués de Monpavón.

Y dicho esto, abrió del todo las vidrieras del armario: cogió una caja de tamaño regular, y sacó de ella un papel, que, al desdoblarse, resultó ser el continente de un pañuelo muy manchado.

—Aquí está ya—dijo,—veamos si en efecto es el mismo...

María de la Paz se levantó también, y fué acercando su vista hacia el pañuelo.

Sedini lo dió vueltas hasta convencerse de que había visto los cuatro picos ó puntas, y mirando de reojo á la hermana de Jaime, dijo:

—Ya lo has visto, hija: *A. M.*, pero sin corona de ningún género.

María continuó un buen rato con la vista fija en el pedazo de lienzo manchado, al cabo del cual miró á Sedini, y afirmó con resolución:

—Pues que es *él* no me cabe duda. Mi alma lo reconoció en cuanto le ví por vez primera tendido sin sentido en el lecho de mi hermano... Y *V.* mejor que yo sabe que el alma en estas ocasiones no se equivoca nunca. ¿Cree *V.*, por ventura, que cuando hace poco más de un año desperté de mi síncope y le ví huir con mi honor hecho girones no le miraron bien mis ojos?... ¿Cree *V.* que desde entonces acá no le he visto en mi imaginación infinidad de veces, modelando y perfeccionando su retrato, hasta el punto de que la humanidad entera en fila no me lo hubiera hecho confundir con ningún otro?...

—Sí, hija mía; creo perfectamente todo eso que dices. Pero voy á preguntarte una cosa. ¿Qué es lo que tú, en vista de todo esto, piensas hacer?

—Yo, venía...

Y la hermana del Mosén quedó indecisa, sin atreverse á formular su plan, hasta que una mirada cariñosa del doctor para alentarla, la animó á decir:

—Pues quiero salvar su vida.

—Muchacha—dijo Sedini,—en Dios confío que no ha de perderla...

—No es eso, mi mejor amigo. Quiero decir que temo con horror el instante en que mi hermano, hablando con él, le pregunte su nombre: *V.* sabe que es bueno como ninguno, pero al oír el apellido que conmueve su alma con el deseo de una venganza espantosa, tal vez cerrara los ojos á la razón... y...

María de la Paz lloraba de nuevo.

—¿Tú, entonces, le quieres?—preguntó el médico.

—¿Acaso no tengo obligación de ello?... ¿No es el padre de Jesús?...

—Tienes razón—asintió Sedini.

Y ambos quedaron silenciosos un largo espacio de tiempo.

La noche iba ya muy corrida; las agujas del reloj del despacho señalaban las dos; al poco oyóse un chasquido, y seguido de un rumor sordo, vióse bajar las pesas, mientras que el martillo chocaba con el timbre dos veces. Toque que hizo hablar á Sedini, diciendo á Paz:

—Vete abajo, da un beso á tu hijo y retírate, que es muy tarde ya y necesitas más que ningún día descansar de las emociones por que has pasado. Respecto á nuestro asunto, queda tranquila, porque esta noche pensaré yo muy bien lo que ha de hacerse, y mañana iré á tu casa. Mientras, procura que tu hermano y el herido no se hablen.

Y después de dar estas instrucciones, abrazó á la huérfana; salió ésta del despacho, y el doctor, después de guardar el pañuelo, cogió la luz y se metió en su alcoba.

Paz comenzó á cumplir los encargos de Sedini, desobediéndole en lo de no dar á su hijo más que un beso, pues eran cerca de las tres, cuando dejándolo en brazos de la anciana Brites, salía á la calle y se dirigía sumamente débil á su casa.

Cuando llegó, la Caspia la abrió la puerta y preguntó á Paz:

—¿Y aquél?...

—¡Angel de mis entrañas!... bueno. ¿Y éste?...

—Antes me llamó para que le apagara la luz: dijo que no quería ver á la Virgen de Guadalupe que está en la cómoda... ¿Habrá hereje?...



CAPÍTULO VIII

UN DÍA NOTABLE EN LOS FASTOS SALVADORES DEL DOCTOR

Amanecía.

De entre el caos de negras sombras que parecía semejar el valle pintoresco de Crístierna, fuéronse destacando las confusas siluetas de los objetos, que por su blancura, reflejaron los primeros destellos de la línea débilmente clara que separó el cielo de la tierra. Comenzó á sisear en las copas de los álamos una brisa madrugadora que quitó á muchas flores su corona de rocío; oyéronse algunos ruidos que causaban el despertar del pueblo; vibraron esquilas; chasqueron algunas puertas; se entonaron algunas canciones, y los pájaros, sin abandonar aún las ociosas y muelles plumas de sus nidos, piaron como saludando al nuevo día. En los confines del horizonte, sobre los bosques de castaños, aparecieron nubes de color de grana, y la noche huyó despavorida, tapando de su manto las estrellas una á una, como reina que escondiera sus brillantes al primer reflejo de un incendio en su grandioso palacio. Aclaróse el aire; vióse ya indistintamente á Crístierna, sus casas, y sus huertos: las unas, humeando por sus chimeneas de canto; los otros, sonriendo al contemplar revivir sus plantas con nuevo vigor, aspirando por todos sus poros la humedad tibia de la atmósfera, y balanceando con movimiento apenas perceptible sus hojillas, en cuyos vértices relucían trémulas gotas de agua como chispas de brillantes.

Las montañas fueron tiñéndose de azul; de verde los viciosos prados, y de blanco el río que, silencioso día y noche, discurría por medio del valle, arrollándose y brincando sobre sí mismo. Al propio tiempo, la arena de los senderos hacía brillar las piedras lavadas, que en su medio parecen fragmentos de ópalo y cuarzo; en las lindes y los setos vivos, en las hendiduras y las rinconadas, la adelfa se abrazó á los perales, como queriendo arrebatárlas, para mitigar la amargura de su flor, la glucosa de su fruto. La tierra y el cielo se miraron sonriendo y devolviéndose sus alegrías mutuamente; todas las flores despezaron sus pétalos abriéndolos para que dejaran respirar á sus estambres; los girasoles, mirando al saliente, parecía como si aguardaran algo; los pájaros, saltando de rama en rama, se encaramaron en lo más alto de los árboles como músicos avanzados y encargados de avisar la venida del Rey; y al fin, en medio de un murmullo de armonías, de aquel conjunto de voluptuosos encantos, surgió un concierto de gorjeos que pareció cantar con entusiasmo la Naturaleza toda; y el sol, con la cabellera despeinada, extendiendo y derramando sus velos de gasa dorada, iluminó con su roja lumbre, primero la cruz y la veleta de la iglesia, á quien parece daba todas las mañanas el primer beso de su luz, y luego á los tejados, aleros, azoteas, tapias y cercas, hasta anegarlos todo de su deslumbradora claridad.

Todo brillaba sonrosado como las mejillas de la virgen griega al recibir el diario beso de su amante, y todo no tenía más idea ni más pensamiento que perderse, abismarse en la felicidad, como si la vida no fuese más que una orgía de dichas y de amores, finalizadas en la suprema dicha que es la muerte.

Tal vez lo entendieran así los habitantes de Cristierna, cuyas casas, convertidas en cuarteles de tropas, eran una inmensa y confusa baraunda de preparativos para las operaciones de aquel día.

Los soldados, unos llevaban á sus bestias á los abrevaderos, mientras otros se agrupaban en el portal del Ayuntamiento leyendo con interés supremo la orden del día ó limpiaban sus armas cantando alegremente.

Sonaron algunos toques de corneta que hicieron aligerar todo; los oficiales salían de sus alojamientos formando corrillos, en los que se consumía bastante aguardiente; los dispenseros corrían de los almacenes á sus carros aportando víveres; otros hacían provisión de cartuchos; varias madres cosían escapularios de diversas vírgenes á los uniformes de sus hijos, otras lloraban en silencio desde alguna ventana viéndoles con horror formados ya en el centro de alguna compañía; las más devotas corrían al templo á arrojarse á los pies del crucifijo y pedirle la vida de los que á costa de amarguras y dolores habían criado; y por todos lados no se veía más que tristeza, conformidad, maldiciones para la guerra, lágrimas, despedidas... mientras el sol, encaramado en su trono, daba á los hombres el ejemplo de paz de la naturaleza.

Cuatro jinetes, dos de los cuales eran oficiales y los otros dos soldados, conduciendo un caballo mejor ensillado que los demás, llegaron á la puerta de la casa del Mosén.

Las ocho serían cuando el cabecilla, vestido de gran uniforme, y haciendo resaltar lo negro de su cabello bajo lo blanco de su boína, se dejó ver cojeando y saludando cortésmente á su reducido Estado Mayor.

Los cuatro militares respondieron al saludo terciando los sables.

El Mosén llamó entonces á María de la Paz, con la cual, en la misma puerta, conversó en voz baja dándola algunas instrucciones, mientras que los oficiales entre sí cambiaron estas palabras:

—¿Es esa la hermana de Parolla?...

—Sí.

—¿Sabes que no recuerdo haber visto una cara más hermosa en todos los días de mi vida?...

—Ni yo, y eso que me la ponderaron tanto...

—Pues chico, todo elogio es poco.

—Mira qué ojos tiene...

—Los tiene rojos, como de haber llorado...

—¡Toma!... ¿Acaso la responde nadie de que hoy no es el último día de su hermano?...

—¡Pobre muchacha!... ¡Qué bonitísima!...

—Linda es de verdad.

—Hazla el amor, Agustín.

—¡Oh!... No me querría.

—¿Tú qué sabes?... ¿Quién te dice que ella, á quien desde luego adjudico el título de la más hermosa del mundo, no podría querer por un capricho al hombre más feo de la tierra?

—Muchas gracias, hombre.

—No lo digo por ti precisamente, pero...

Paz abrazó á su hermano, y éste dió en su frente un beso.

—¡Qué envidia te tengo!—murmuró uno de los oficiales.

Y el Mosén, con una agilidad que chocaba, dado lo grave de su cojera, montó á caballo, y picando espuelas comenzó á cabalgar delante de todos.

Agustín y su compañero, saludando profundamente á la hermana de Jaime, que les contestó con una inclinación de cabeza tan grave que les hizo exclamar «¡qué seria es!», le siguieron á corta distancia.

Los soldados montaron también y siguieron á sus jefes.

Al poco formaban en la Plaza de Cristierna tres regimientos de infantería, un escuadrón de migueletes de Tolosa y una batería de montaña.

El Mosén revistó las fuerzas y dió la voz de marcha, que fué obedecida inmediatamente.

Cajucas, á quien ya conocemos, y que aquel día se quedaba de descanso en el pueblo, palmoteó con fuerza y dijo entusiasmado al ver al Mosén:

—¡Eso es un jefe!... ¡Piñatal... ¡Miradle cómo va delante de todos!...

Y la columna salió de Cristierna.

A las dos horas se oyó un tiroteo lejano que estuvo molestando á los vecinos de Cristierna durante casi todo el día, al final del cual, se fué haciendo cada vez más imperceptible, hasta borrarse por completo. Era indudable que las fuerzas salidas de allí por la mañana habían tenido un encuentro con las tropas; encuentro de inciertos resultados, pero en el que concurría la circunstancia favorable de que los tiros, en

vez de sonar cada vez más cerca, lo hacían siempre más lejos, y esto era señal casi segura de que los carlistas habían sido perseguidores, y no perseguidos. Sin más que este dato había ya en el pueblo quien pronosticaba nada menos que la toma de Madrid, por el animosísimo Mosén, que desde el primer momento que ejerció el mando había ya conseguido una victoria.

Eran muy cerca de las tres de la tarde, y aún el viento traía en sus revueltas hondas el eco de algunas detonaciones, cuando el doctor Sedini, después de almorzar y visitar detenida y minuciosamente los dos Hospitales, se dirigía por las calles del pueblo, á las afueras, en que estaba enclavada la casa de Jaime Parolla.

En su andar reposado y su vista fija en el suelo, notábase que su espíritu marchaba sumido en grave abstracción, pensando en algo importantísimo. Iba á la manera que el diputado de nuestros días, cuando camino del Congreso ensaya consigo mismo el efecto de su discurso, ó como el presbítero que á grandes zancadas pasea la sacristía de una iglesia antes de subir al púlpito. Sedini dejaba ver á través de su frente que barajaba las ideas y los pensamientos, ordenándolos como quien prepara naipes, y coronando sus elucubraciones con unas frases á media voz, que decían: «*es difícil...*» «*no querrá hacerlo...*» «*sin embargo, cuando yo le diga...*»

Y de este modo llegó á casa del Mosén.

Llamó, y la misma María de la Paz, en persona, tuvo á bien el abrirle la puerta. Huérfana y médico se estrecharon la mano con efusión, trabando inmediatamente el siguiente diálogo:

—Adiós, hija mía... ¿has descansado?...

—Bien, gracias; ¿y V.?...—preguntó Paz.

—Yo, tal cual: he dormido poco, pero Dios fué tan bondadoso, que hizo se me ocurriera para nuestro asunto una idea que me ha dejado completamente tranquilo.

—¿Y viene V.?...

—Y vengo... vengo, á ponerla en práctica. Figúrate... Así como así, no urge nada la cosa. ¿Está despierto ó dormido?

—Quién ¿el herido?...

—Sí.

—Ahora está despierto.

—¿Has hablado tú con él?...

—Yo no.

—Perfectamente: has hecho lo que debías hacer.

—No se ha despertado hasta hace poco: y según la Caspia, ha pasado desvelado toda la noche.

—Entonces no tiene nada de particular que haya luego dormido hasta las tres de la tarde... Por supuesto, no le habréis dado ningún alimento.

—No señor.

—Muy bien: todo eso favorece mi plan.

—¿Qué es?...—preguntó la hermana del Mosén.

—No seas curiosa: descansa en mí: en tu primero y mejor amigo, como sueles tantas veces decirme.

—¿Y tiene V. esperanza de que todo nos salga bien?...

—La esperanza es lo último que debe perderse. Tengo casi seguridad de que este primer paso de mi complicado proyecto nos ha de dar provechosos resultados. Voy á hablarle...

—¡A quién!... ¿A Augusto?

—A Augusto: sí. ¿Tiene esto algo de particular?...

—No: mas... ¿con qué objeto?...

—¡Toma!... Parece mentira que no lo adivines. ¿Qué fuiste á pedirme anoche á casa, de paso que viste á tu hijo?...

—¿Yo?... consuelo; consejo; parecer; algo en fin que remediara la excitación en que me hallaba al ver que el herido que descansa en el lecho de mi hermano es quien me arrojó á la deshonra y lleva por apellido Monpavón.

—Bien... pero, ¿qué es lo que me pediste ante todo?

—Que...

—Que salvara su vida, ¿no es esto?

—Sí, señor.

—¿Y por qué pelagra su vida, vamos á ver?... ¿Acaso no es por el carácter impetuoso y exaltado de tu hermano?... ¿Acaso el miedo no estaba en que supiera el apellido que lleva?...

—Sí.

—¿Y tú—añadió el médico—se lo vas á decir?

—¡Yo!... ¡No, señor!...

—Pues yo tampoco. Por consiguiente, lo que hay que evitar es que se lo diga él mismo. Y á eso he venido: á pedirle el favor de que se calle su nombre; á que diga otro cualquiera; probable es que no lo consiga, mas en este caso peor será para él.

María de la Paz fué á besar la mano al médico, demostración de agradecimiento que Sedini no consintió en manera alguna, diciéndola:

—¡Quita! ¡Quita!... Más vale que reces por que el Espíritu Santo me ayude en mi empresa, que falta me ha de hacer... Tú—añadió cambiando de tono—cuida de que nadie me interrumpa en mi conferencia... y hasta ahora.

Y esto dicho, entró en la alcoba de Augusto Monpavón.

Hallábase el capitán en el sopor natural del que acaba de despertarse, con más la modorra de la mucha fiebre que á causa de sus heridas le devoraba. Sedini procedió con sumo orden en el examen del enfermo; así le miró detenidamente á la cara por ver si entre las líneas de sus facciones descubría algún síntoma de alteración moral; tomóle luego el pulso en ambas muñecas, confrontando los latidos de las arterias con los «*tric*» «*tric*» del segundero de su reloj; aplicó la palma de su mano á la frente de Augusto, calculando los grados de calor que pudiera tener la calentura, y luego de todo esto cogió la ropa que le cubría, y destapándola empezó á desliar vendajes y á poner de manifiesto los rasguños, cardenales é infinitas contusiones que formaban en aquel entonces el pellejo de su cuerpo todo.

Ninguno de los dos había hablado una sola palabra durante el curso exploratorio del doctor, dejándose Augusto zanzanear y volver de un lado á otro «*con la paciencia de un santo*» según frase auténtica de Sedini.

Pero cuando vió el amoratado color de sus muslos y de sus espaldas, no pudo por menos de tomar la palabra y decir:

—¿Sabe V., señor capitán, que tiene V. el cuerpo muy propicio para servir de modelo á un escultor que fuera á tallar un Jesús Nazareno ó un Cristo atado á la columna?...

Augusto, siguiendo impasible ante las tentativas del doctor, le contestó indiferentemente y sin pestañear:

—Ya no se hacen santos; por consiguiente, esté como esté, no sirvo de modelo para nadie.

La abstracción científico-médica en que Sedini se encontraba fué causa de que no comprendiera bien el sentido de la frase de Augusto. Tal vez por esto continuó muy naturalmente:

—Tiene V. razón. Por desgracia, nuestro siglo se muestra poco ávido por proteger las artes religiosas, y paga mucho mejor esas figuritas desnudas con que los escultores representan el pudor que una imagen de cualquier santo.

—Y hace bien—repuso el herido.

—¿Que hace bien?... No lo creo yo así, y dispénseme usted un momento, que este diante de herida no me consiente hablar y refutar victoriosamente su aserto... Paz, Paz —dijo llamando,—tráete un manojito de hilas...

Al oír el nombre de Paz alteróse el rostro del capitán; abrió los ojos desmesuradamente, y cuando la hermana del Mosén entró con las hilas en la alcoba, clavó la vista en ella y no dejó de mirarla sino cuando cumplido su encargo traspuso la puerta desapareciendo por completo.

—¿Se llama Paz esta muchacha?—dijo Augusto.

—Sí señor—contestó Sedini.

Y uno y otro quedaron mirándose un buen rato; el uno como si quisiera adivinar el por qué de la pregunta, y el otro cual si estuviera arrepentido de ella...

La cura terminó entonces: Sedini juntó las hilas y los paños ya gastados y los dejó en una mesilla que al lado de la cama había; lavóse las manos, y cuando las tuvo secas, sacó su petaca y ofreció un cigarro al herido, que este tuvo á bien no aceptar.

Sentóse el médico junto al lecho, y encendiendo su tabaco, y envolviéndose en sus primeras humaredas, trabó conversación del modo siguiente.

—¿Y V. es de Madrid?...

—Sí señor—le contestó Augusto.

—¿Entonces es V. paisano mío?...

—Si V. es de Madrid, también, sí señor.

—¡Claro!—dijo Sedini.—¿Y su gracia de V. cuál es?...

—Augusto Monpavón.

—Ah, ya... ¿De suerte que es V. el heredero del Marqués de Monpavón?...

—Casi...

—¿Cómo casi? ¿Pues no dice V que es su hijo?...

—Es que yo no seré nunca Marqués.

—No quiere V. pagar los derechos... ¿No esto?...

—No señor: no es eso: es que me parece una solemne necesidad el llamarse Duque ó Conde ó Marqués además del señor y del don, y el nombre y los trescientos apellidos con que parece que vamos cargados todos los ciudadanos...

Desde el instante que oyó Sedini esta protesta del capitán, y le escuchó pronunciar la palabra *ciudadanos*, conoció perfectamente el pie de que cojeaba su grave paciente. Sabedor ya, pues, del terreno que pisaba, verificó una prolongada succión en su tabaco y dijo con sonrisa indefinible:

—Es V. entonces partidario de que los hombres no debieran llamarse nada, teniendo cada cual, para diferenciarse de los demás, un número fijo. Así, por ejemplo, cuando alguien preguntara quién había dentro de esta alcoba, sería respondido: *el ciudadano 12.599.713, que está catando las heridas al ciudadano número 14.711...*

Ni una palabra respondió el capitán; señal segura, dado el tono de sus ideas y su endemoniado carácter, de que pensaba algo grave: y este silencio que la perspicacia de Sedini no logró descifrar, le hizo acordarse de la misión difícilísima que para ante Augusto llevaba.

La curiosidad impaciente de éste favoreció sus propósitos; pues después de una breve pausa, le dijo en tono diametralmente opuesto al en que había pronunciado la protesta anti-nobiliaria:

—¿En qué pueblo me dijo V. antes que estábamos?

—En Cristierna—contestó Sedini.

—Y esta muchacha que V. ha llamado Paz... ¿es de aquí?...

—No señor.

—Sabe V. si hace como dos años estuvo en...

Y ni el capitán siguió, ni Sedini pudo contener un grito interior de satisfacción, al ver que el mismo herido llevaba la cuestión al campo que él deseaba; la fiera que iba á buscar se había presentado sin ningún género de circunloquios ó rodeos.

—¿Si estuvo en...?—preguntó el médico aparentando la más completa indiferencia.

Conociase, sin embargo, que el capitán titubeaba: que no se atrevía á provocar una contestación que tal vez temía. Y como el tiempo avanzase y Sedini viera muy claro que no había que desperdiciarlo en digresiones, máxime cuando todos los indicios eran casi seguridades de que Augusto y Paz eran los padres del niño que tenía recogido en su casa, decidió jugar el todo por el todo, y tirando el cigarro al suelo, tosiendo, limpiándose la boca con el pañuelo, y acercando más su silla al lecho del herido, dijo:

—Por casualidad, ciudadano Augusto Monpavón, ¿necesita V. pedirme un favor?... ¿Sí?... Lo sé: no es necesario que me lo diga. Mas antes de contestar á V. á su pregunta, voy yo, á mi vez, á hacer á V. otra. Y como lo que V. me responde es cosa urgente, me permito suplicarle consienta sea yo el primero que hable.

Los ojos del capitán habíanse abierto desmesuradamente: pudiera decirse que todos sus sentidos, sus facultades y sus potencias, estaban pendientes del médico de cabecera. Le miró con curiosidad, midiendo con la vista todo su cuerpo; observóle las canas que plateaban su calva; fijóse muy especialmente en la expresión de bondad que reverberaban todas sus facciones, y dijo al fin:

—Diga V.

Con esta licencia comenzó el doctor:

—Amigo mío, antes he oído á V. burlarse del nombre y los apellidos que llevaba, señal clara y evidente de que los mira á uno y otros con indiferencia absoluta, y desearía saber si en caso de precisión (que yo determinaría) tuviera V. algún inconveniente en cambiarlos por un espacio de tiempo dado: pongo por caso, mientras V. tuviera que permanecer en esta casa...

—¿Pues qué pasa en esta casa con mi nombre?...—interrumpió Augusto con energía.

—Nada por ahora: me limito á preguntar á V. si pidiéndole yo que cambiara su nombre por unos días, accedería á mi ruego. Y para que no vacile en tener una absoluta confianza en mí, voy á preguntarle una cosa. ¿Acaso iba V. á decirme antes si... Paz estuvo hace dos años en Murguía?...

Estremecióse Augusto: mudósele el color del rostro, y quedó, contra su voluntad, vendido á la observación del médico.

Sedini comprendió que el golpe había sido dado sobre seguro, y valiéndose de su situación, prosiguió:

—Sí... en Murguía, hacia el mes de Enero; la noche antes de que Dorregaray entrara en el pueblo; es decir, la noche en que entraron VV. los liberales...

—Sí... eso iba á preguntar—dijo á media voz Augusto. Y bajándola aún más, hasta el punto de hacerla casi ininteligible, pasóse la mano por la frente y murmuró: *ella es.*

—¿Acaso estuvo V. también allí?—dijo el médico.

—Sí—respondió con serenidad Monpavón.

Y el diálogo de ambos fué cortado por unos toques de corneta que muy lejanos se dejaron escuchar: levantóse Sedini con presteza, y abriendo la ventana de la alcoba, dejó que entraran por ella los últimos rayos del sol que tras del Gorbéa iba á recostar su melena de oro. Allí aguzó aún más sus oídos, y creyó percibir el ruido precursor de la vuelta de las tropas.

Volvióse rápidamente al lecho, y con la angustia del que tiene que decir mucho en breve tiempo, tomando la postura de acusador, exclamó:

—¿Le remuerde á V. algo la conciencia por lo que aquella noche en Murguía pudo V. hacer?... Pues ese remordimiento está justificado: aquella noche añadió V. un crimen más á los que su familia lleva cometidos con la del dueño de esta casa; arrojó V. del cielo de la inocencia al lodo de la deshonra á este ángel que ha visto V. hace poco... á Paz, sellando, repito, una vez más los rencores de la familia Parolla...

—¿Parolla ha dicho V.?...—interrumpió Monpavón.—¿Y qué rencores tiene esa familia con la mía?...

—¿Qué rencores?... Su padre de V. fué el General que mandó asesinar al padre de María de la Paz, haciéndole arrastrar por las calles, lo mismo que en los tiempos bárbaros de que tantas veces habrá V. maldecido... El General Marqués de Monpavón fué el que mandó arrasar brutalmente la casa solariéga de esta familia... y V. mismo, si no me engaño, fué el que mandaba la columna que en Murguía co-sió á bayonetazos á la madre de Paz, y dejó medio cadáver á su hermano Jaime; y V. mismo fué el que la deshonoró... Pero el tiempo vuela: el Mosén puede volver de un instante á otro: he oído las cornetas de la tropa que torna al pueblo... La sed de venganza de Jaime puede hacer peligrar su vida de V., en la que estamos interesados yo, y...

—¿Y quién más?...

—Y ella: Paz: la que debiendo odiarle, ha ido á pedirme anegada en lágrimas que le salve á V.... Ese es el favor que tenía que pedirle á V.... Que viviera: para lo cual es preciso que V. diga que se llama... cualquier nombre... Fernando, Julio... Julio Alvarez... ¿No quiere V.?...

El capitán, fruncido el ceño, inquieto por lo que acababa de escuchar, anonadado ante Sediní, dijo:

—Me parece cobarde el ocultar el nombre mío... Pero...

—¿Pero que?...—preguntó el doctor lleno de impaciencia.

—Que si ella... quiere, me llamaré Julio Alvarez.

—Lo quiere: sí.

—Pues sea.

Entonces Sediní buscó en sus bolsillos un pequeño papel que llevaba envuelto, y desenrollándolo, sacó el pañuelo que la noche antes había también enseñado á Paz.

—¿Conoce V. este pañuelo?—le dijo.

Augusto, á quien un involuntario temblor tenía agitado como presa de una convulsión nerviosa, lo cogió en sus pálidas manos, miró su marca, y contestó:

—Mío fué.

—Es entonces seguro que V. fué el que en Murguía...

—Sí—dijo Monpavón.—Yo fuí; lo recuerdo perfectamente como si hubiera sido ayer.

—Su vida, pues, no le pertenece á V.; es de la justi-

cia divina, que la necesita para que lave V. una mancha.

—Será de quien V. quiera—murmuró Augusto, y repitiendo para sí varias veces la palabra *¡ella!* quedó como desmayado.

Oyóse en aquel instante ruido de caballería que pasase por delante de la casa.

Sedini salió á la puerta, y haciendo detener á un soldado le preguntó:

—¿Qué tal hoy?...

—Magnífico—repuso el interrogado.—Ese Mosén vale un tesoro; es una fiera, ¡qué modo de batirse! ¡en primera fila! ¡delante de todos! Lo único que nadie se explica es por qué llevando la ventaja inmensa que llevábamos, hemos dejado de avanzar y se nos ha dado orden de volver á Cristierna. Algunos han murmurado de esta orden.

—¿Y quién la dió?

—El Mosén mismo.

—¿Y por qué?

—Ya he dicho que todo el mundo lo ignora; lo único que se sabe es que un prisionero que se acercó á hablarle, le dijo unas palabras, que inmediatamente volvió riendas á su caballo y dió la orden de alto... Y adiós, que voy á que mi madre me vea.

El soldado desapareció entrándose por las calles del pueblo. Y Sedini quedó sumido en un mar de confusiones, temiendo algo grave.

María de la Paz salió entonces también y preguntó con tristeza al doctor:

—¿Qué hay?

—Hija mía, que tu hermano ha conseguido un triunfo.

—¿Y Augusto?—preguntó con más insistencia á Sedini.

—¡Ah!... mira, el padre de Jesús... Augusto Monpavón, no se llama así mientras esté en tu casa; se llama Julio Alvarez.

Un vocerío atronador que se fué haciendo más fuerte conforme se iba acercando á Cristierna, llamó la atención de Sedini y de la hermana de Jaime Parolla.

—¡Viva el Mosén!—se escuchaba gritar.

Y al fin, en medio de altos remolinos de polvo entre los que brillaban los aceros de los sables, vióse al Mosén rodeado de un numeroso Estado Mayor. Conociáse que el Mosén se había conquistado en aquel día ese sitial de ídolo que otorga la opinión pública, ciega muchas veces, pero algunas otras acertada; y venía aclamado por mucha tropa y bastante populacho, de ese que errante siempre de fortuna, sigue á los ejércitos como las lapas que se pegan al casco de los buques. Pronto el grupo llegó cerca de la casa de Jaime. Aumentó el estruendo, el relincho y piafar de los caballos, el metálico son de las campanas de la iglesia lanzadas al vuelo, y los alegres acordes de la charanga municipal, que salía á las afueras para recibir al valiente cabecilla.

Jaime Parolla detuvo al fin las riendas de su cabalgadura, alzóse sobre los estribos, enredó su pulgar izquierdo en las crines del bruto, y haciendo chocar su sable contra las piedras del camino, desmontó y quedó en tierra. La oficialidad del séquito imitó su acción, y sólo quedaron montados los ordenanzas que comenzaron á juntar los caballos sin jinete.

Sedini, que desde que vió el rostro alterado que el Mosén traía, llegó á temer algo extraordinario, se adelantó á abrazarle con efusión y darle la bienvenida. Pero Jaime se evadió como pudo, y únicamente volviéndose á su gente, pronunció estas palabras:

—Lleno de agradecimiento, señores, les suplico me dejen reponer de la fatiga unos instantes, prometiéndoles ir á la plaza dentro de una hora, para tener el gusto de estrechar la mano á mis amigos.

Y haciendo una leve inclinación de cabeza, entró en su casa cojeando; siguiéronle el doctor y su hermana, y no era necesario ser muy perspicaz para adivinar que en el cerebro del Mosén rugía imponente una espantosa tempestad. Sus ojos relampagueaban con la misma deslumbradora claridad que los relámpagos del cielo, sin más diferencia que los de los ojos de Jaime, en vez de ser de fuego, eran de sangre. Llevaba las cejas arqueadas y tirantes como el negro acero de una ballesta antes de disparar la flecha. Temblábanle las manos convulsivamente, y una vez que las hubo descalzado

de los guantes, volvióse inquieto y nervioso á Sedini y le dijo:

—¡Llegó, doctor, mi hora! Acabo de saber que uno de los cadáveres oficiales que ayer recogimos, es el del hijo de mi verdugo... de Monpavón. ¡El alma me dice que es éste que descansa en mi propio lecho!... ¡No puedo quejarme! Dios mismo me pone delante á mi enemigo.

Y sin acabar de decir, precipitóse como un loco en la alcoba del capitán. Levantó las mantas que casi le cubrían por completo, y amarrándole con fuerza un brazo y agitándole para que despertara de su modorra, acercó la boca á los oídos de Augusto, y le gritó como una fiera:

—¡Augusto Monpavón!...

El doctor, detrás del Mosén, hacía señas al herido que éste no veía.

—¡Augusto Monpavón!...—volvió á exclamar, aún más fuerte, el cabecilla.

—Que...—iba á responder el capitán...

Hasta que Sedini, conociendo el inmenso peligro que corría su desmemoriado paciente, voló en su auxilio, poniendo la mano en el hombro de Jaime y diciéndole:

—Pero si este señor no se llama así.

—¿No?—preguntó el Mosén.—¿Pues cómo entonces?

Y Augusto, entreabriendo los ojos y fijándolos en Paz, que como una estatua de mármol presenciaba aquella escena, dijo con débil voz:

—Julio Alvarez.

Y toda la cólera del Mosén, toda la rabia que llevaba en su corazón, acumulada como la electricidad en la botella de Leiden, pronta á saltar como el rayo sobre la cabeza de Augusto; toda la sed de venganza que le secaba las fauces, se convirtió en una tranquilidad absoluta, como la del que muere para un pensamiento; en una quietud tan grande como en la que queda la naturaleza cuando se aplaca la tormenta y el viento se lleva las nubes, no dejando de sus horrores más rastros que alguna llovizna ligera é intermitente... muy semejante á la que en forma de gotas de sudor frío caía entonces sobre la arrugada frente del Mosén.

CAPÍTULO IX

DELIRIO: CONFESIÓN: PROYECTO

A las diez de aquella noche, el Mosén hacía su entrada triunfal en la Plaza de Cristierna. Todos los oficiales corrían apresurados á estrecharle la mano, y los que sin conocerle personalmente tenían ansia de saludarle, se revolvían por los intrincados grupos de gente que seguía con respeto á Jaime, para oír al menos el metal de voz del que por la tarde consiguió tan gran victoria.

Ruido y algazara, pues, llenaban en inarmónico conjunto los ámbitos espaciosos de la plaza. A la puerta de un tabernucho, muy semejante al que Bartolo tenía implantado en el campamento liberal, el pito y el tamboril, prototipo del arte musical vascongado, lanzaba á los vientos los alegres acordes de una canción del país, á cuyo son las «nescachas» aficionadas á los hijos de Marte dados á Terpsícore, bailaban la danza regional. Y en otro rincón de la misma plaza, como para demostrar una vez más que no hay en el mundo alegría que no lleve entremezclada mucha amargura, las puertas del Hospital carlista franqueaban sus cancelas á varias camillas que sucesivamente iban llegando del campo de batalla, siendo recibidas por ancianos y mujeres que, esclavos del dolor, lloraban por alguien á quien no habiendo visto en las

filas de los vivos, esperaban contemplar en el número, aquel día muy crecido, de los heridos ó muertos.

Y dejando á unos y otros por personas que nos interesan algo más, diremos que cuando el reloj de torre de la iglesia mayor daba las once, María de la Paz sintió un gran ruido en el cuarto en que yacía enfermo Augusto Monpavón; y entrando á ver qué es lo que lo producía, se encontró con que el capitán, sentado en el lecho, el rostro demudado y pálido, las ropas de la cama en desorden y casi la totalidad de su vendaje suelto, decía agitando los brazos y con la vista perdida:

—¿Y qué?... ¡Que sea su hermana! No importa; lo que importa es que me ame. ¿No es posible?... Pues yo lo haré que sea: ¿acaso he sentido yo por nadie lo que siento por ella?... ¡Ah!... ¡ella!...

Y luego cambiando el timbre de su voz, como un órgano al que hubiesen variado los registros, exclamó:

—Sí, Berrugas; dame la ropa: ya me encuentro fuerte y bueno para ponerme en camino. Anda, chico, prepara mi maleta... Vamos á Madrid... á que mi madre conozca á Paz... Y es seguro que tendrá deseos de verla... Lo que no consiguieron ni ella con sus sermones de beata ni mi padre con sus feroces castigos lo ha podido Paz... ¡Y se llama Paz!.. Sí... si no podía llamarse de otro modo... Paz significa que ella es la que ha de terminar con esta guerra en que de continuo vive mi espíritu... ¡la Paz!... ¿Pero qué es eso?... ¿No vienes?—añadía tornando á adquirir el tono desabrido y áspero con que había comenzado su delirio.—¿Qué inconvenientes hay para nuestra partida?... ¿Que el hermano no quiere?... ¡Imbécil!... ¿Si exigirá tal vez de mí que antes me case con ella?... Primero mil veces un tiro en mitad de mis sienes. ¿Conque es decir que yo que amo á Paz, y ella que... me ama á mí, no podemos ser el uno del otro mientras á un presbítero no le dé la gana de hacer con la mano una cruz en el aire?... ¡Bah!... ¡cosas de ellos!... son soldados de la misma partida... ¿Pero qué veo?—gritó clavando sus ojos en la puerta por donde asomaba el hermoso busto de María de la Paz.—¿Tú ahí?... Ven, escucha, atiéndeme...

espera, oye... detente... ¡ven, mujer, ven!... ¿Me has escuchado?... ¿Has oído lo que he dicho de ti?... ¡Que te amo!... ¡Te vas!... ¡Aguarda, Paz de mi sangre!...

Y quedó mudo, al ver que en el quicio de la puerta fué sustituida la encantadora silueta de María de la Paz por el conjunto simpático del doctor Sedini.

—¿Qué es esto?—preguntó el médico entrando, y maravillándose del estado de Augusto.

—¡Ah!... es V... ¡Ja, ja!... ¡qué loco soy!—rió con fuerza Monpavón.—¿Pues no había creído que era Paz?

—¿Pero qué es lo que le ha pasado á V.?—preguntaba Sedini.—¿Por qué se ha sentado?... ¿Por qué ha tirado las ropas?... Si algo le hubiese ocurrido, yo habría venido inmediatamente... Vamos, vamos, á sosegarle; á volverse á acostar... ¡Santo Cristo de la Ermita!—exclamó asustado el maravillado doctor, al ver sueltos todos los vendajes.

—¡Eh!... ¿Qué es eso?—dijo á su vez Augusto, haciendo una mueca.—No llame V. á ningún Cristo... Son unos caballeros que jamás me han hecho ningún favor.

—¡Vamos!—exclamó Sedini ya con el semblante un tanto serio.—No diga V. necedades, porque con solo que yo no quisiera ahora ponerle las vendas que V. se ha quitado, iba usted á dormir la siesta de mañana á la eternidad. Conque échese V... vuélvase V. de este lado, y déjeme hacer...

Y acompañando sus palabras de acciones sinónimas á ellas, comenzó á rehacer lo que el capitán en su delirio había deshecho.

—¿Qué demonio de avispa—decía mientras tanto—le ha venido á picar ahora, que ha hecho tanto disparate?... Nada; será preciso tratarle á V. como á un niño. Veo que es V. un loco de los muchos que andan sueltos por el mundo, paseando sus maldades, á las que presta un cierto carácter de impunidad su misma locura. Yo aseguro á V. que á no ser por «*lo que es*»... ya le habría abandonado á sus heridas para que hubieran hecho de V. lo que es de presumir... Y á propósito. Me ha parecido oír entre los muchos exabruptos que le he escuchado algunos disparates que revisten ya el carác-

ter de heregías y... heregías de las gordas. ¿Es que no cree usted en Dios?

—Dios, Dios—murmuró Augusto—Paz... ese es mi Dios.

Y quedó somnoliento y mareado; pulsóle Sedini, y conociendo que lo que Augusto tenía era una fuerte recaída en la fiebre por efecto de la agitación moral en que se encontraba, fué á salir, tal vez con el objeto de recetar alguna nueva medicina, sin hablar una palabra más, pero el capitán se lo impidió llamándole y diciéndole:

—Doctor... ¡psch!... Doctor...

Sedini se volvió y dijo con la afabilidad con que se conquistaba en un segundo la confianza del que hablaba con él:

—¿Qué hay?

—¿Quiere V. darme un poco de agua?... Me estoy abrasando.

—¿Por qué no? A ver; Paz, tráete un vaso de agua—dijo llamando, y volviéndose junto al lecho añadió:—Lo que le abrasa á V. dentro del cuerpo es el infierno de ideas que posee. Creí que íbamos á ser muy amigos la primera vez que ví á V., y veo ahora que me he equivocado de medio á medio. Está V. educado á la moderna; está V. materialmente empapado en las ideas disolventes que predicó la enciclopedia francesa, y que, como el mal olor, se han difundido por el mundo entero. Ciertas cosas pueden pasarse cuando se dicen como una broma, ó en el número de dislates de un delirio como este por que acaba V. de pasar; pero nunca con el aire de convicción con que V. las dice; si sigue V. así, le retiro desde luego mi amistad; que no es razón de que porque V. no tenga creencias ningunas, ofenda é insulte de tal modo las mías.

—De todas cuantas cosas ha dicho V.—exclamó con serenidad Augusto,—sólo niego una.

—¿El qué?

—Que V. y yo no vayamos á ser muy amigos.

—Celebro—dijo el doctor—que niegue V. una cosa que de llegar á ser, sentiría mucho. Yo, Sr. D. Augusto Monpavón, ó mejor, D. Julio Alvarez (porque supongo que no habrá olvidado que mientras esté en esta casa, es D. Julio

Alvarez), nunca he tenido la humorada de dar limosna á un rico, ni curar á un sano, ni levantar á uno que esté más alto que yo; pero he cifrado siempre en socorrer al pobre, sanar á un enfermo y levantar á un caído, una de mis más indefinibles venturas. Y V., Sr. de Monpavón, en el terreno de las ideas, me parece un pobre desgraciado que necesita el socorro de la verdad y de la fe; un enfermo que necesita también *razón*, y un caído á quien hace mucha falta una mano caritativa que lo levante desde la materialidad de este siglo, á la idealidad verdadera y eterna de nuestra religión. ¿No es así?

María de la Paz, entrando con el vaso de agua que había pedido el doctor, cortó el diálogo.

—Ea, aquí está el agua—dijo en otro tono Sedini.—Tome usted.

Y cogiendo el vaso de manos de la hermana del Mosén, lo acercó á los labios de Augusto.

Éste, desde que Paz entró en la alcoba, había clavado en ella su vista y no le era posible separársela un instante, mientras Paz, con los ojos mirando hacia el suelo, vertía una lágrima que para todos pasó desapercibida.

Sedini comprendió lo que á aquellos dos seres, obligados á amarse, sucedía, y apresuró la bebida del capitán. Minutos después, el doctor y Augusto estaban de nuevo solos.

Y no pudo trabarse inmediatamente el interrumpido diálogo, antes por el contrario, sin que médico ni enfermo hablasen una sola palabra, trascurrió un buen período de tiempo.

Al fin del cual, Augusto Monpavón comenzó á entornar sus ojos hasta cerrarlos por completo y dormirse, dejando al doctor que pronunciara en silencio, y para sí, el siguiente soliloquio:

—He aquí á todo un aristócrata demócrata, que debiendo tener un fondo de ángel, está envenenado por el virus liberal, demagogo y clerófobo que actualmente trae con los ojos vendados á tanto y tanto infeliz... Y he aquí también un muchacho que ha reproducido, la noche del asalto de Murguía, aquellas hazañas de los tiempos bárbaros, en que rodaban á los pies del enemigo vencedor, no sólo las haciendas y las

vidas del vencido, sino las honras de sus mujeres y sus hijas. El problema no puede estar planteado en peores términos: de un lado resulta que si Jaime, con el odio que tiene á todo lo que sea Monpavón, se enterara de que este liberalillo racionalista es, en lugar de Julio Alvarez, D. Augusto Monpavón, ni yo ni nadie pudiera responder de su vida, en inminente peligro (como se ha visto aún no hace horas), por los arrebatos vengativos del Mosén; de otro nos encontramos con que Jaime, si bien no ignora la deshonra de su hermana, está completamente á oscuras en lo que respecta á las resultas del crimen; es decir, á que María de la Paz tuvo á Jesús... de otro, vemos que Jaime no sabe que el autor de tal desdicha es este herido, por añadidura hijo del que asesinó bárbaramente á su padre... ¡Válgame el cielo, qué cúmulo de contradicciones y enredos! Realmente, aquí lo que convendría sería que este caballereite quisiera casarse con Paz, y... ¡que el Mosén dejara casarse á su hermana con un individuo de historia tan sangrienta para los Parollas! Lo primero no me parece difícil, dado que, según he podido observar, Augusto no mira con malos ojos á la muchacha; que en el delirio la llamaba (prueba segura de que no le es indiferente), y sobre todo que cuando una mujer se empeña, es capaz de... no digo de eso, sino de cosas mucho más graves. Lo segundo es lo malo. El Mosén no olvida así como así los agravios que á su familia han hecho los Monpavón. Pero ante la perspectiva de que lo de su hermana pudiera arreglarse santa y calladamente... Nada; aquí lo necesario es tacto en mi persona (tercero ó cuarto en discordia de este problema), y que ellos, cada uno de por sí, cedan un poquito de su parte; que con esto, y con la ayuda de Dios, que no creo ha de faltarme en esta circunstancia, todo terminará felizmente.

Con estos pensamientos saboreaba el bondadosísimo doctor todo el inefable néctar de una reconciliación que había de empezar por el casamiento de Paz y de Augusto.

Augusto despertó; pero más como quien sale de una meditación, que de un sueño. Indudablemente hervía en su cerebro un revuelto torbellino de dudas, ideas y confusiones.

—Amigo—dijo débilmente al doctor,—veo que la fatalidad me ha traído donde yo á elegir, menos hubiese deseado, porque si bien es verdad que hace más de año y medio que por sólo ver á Paz hubiera dado mi vida, lo es también que nunca creí que Paz habitase en el antro á que el destino me ha hecho venir.

—¿Antro?—repitió Sedini.—¿Tan mal le tratamos en esta casa, que la apellida *antro*?

—No he querido decir lo que V. supone, sino que para mí toda casa de carlista...

—Comprendo—interrumpió el médico.—V. es de los que encuentran á carlista sinónimo de salteador de caminos ó cosa por el estilo, de los que, como aún no hace muchos días me contó un sargento de VV., dicen gráficamente que *no todos los tontos son carlistas, pero sí todos los carlistas tontos*. Dicho á que yo encuentro compañero digno en aquel otro de que *no todos los republicanos son pillos, pero sí todos los pillos republicanos*.

—Dicharacho más ó menos—dijo Augusto.—Ambos son á cual más insulsos y necios.

—¿Y V.—interrumpió el médico,—según he podido ver por el uniforme, pertenece al arma de artillería?

—Sí.

—¿Y lleva V. muchos años en el servicio?

—Seis y unos meses.

—Pues para ser hijo de quien V. es, no ha volado gran cosa en el escalafón.

—Es que lo que yo tengo, á nadie más que á mí mismo lo debo; ningún favor me ha hecho mi padre, en lo cual ha estado acertado, porque jamás hubiera querido yo nada suyo; creyó que me castigaba con desheredarme, y me quitó una carga...

—¿Está V. desheredado?

—Sí, señor. Y expulsado de mi casa... desde muy joven. Otro favor que me hicieron; me hartaban ya las mojigaterías de mi madre y los consejos de mi padre... ¡era insufrible! Mentira parece que un hombre como el autor de mis días, que ha derrochado tanta saliva en predicar la igualdad democrática,

gustara tanto de erigirse en su casa en tirano feroz que no cesaba de mortificar á sus hijos trocándolos en esclavos. En fin... detesto al mundo entero, empezando por mi padre y acabando por...

—Por mí—le dijo Sedini sonriendo de un modo extraño.

—Quizás—contestó Monpavón—V. y una persona que usted conoce mucho, sean las dos únicas excepciones en este odio general que á la humanidad profeso... No sé qué he visto en V. que me inspira confianza y respeto á un tiempo mismo.

Sedini inclinó la cabeza con agradecimiento.

—Es V.—continuó el herido—un magnífico solar en que puede edificarse ese raro edificio, que con ser tan grande el mundo, tanto escasea, y que se llama *un amigo*. Y si el terreno que tiene buena orientación, vale mucho más en la apreciación general, V. que la tiene excelente, junto al único ser que como el sol del cielo, ilumina mi pensamiento... junto á Paz...

—¡Hola!—dijo el doctor;—¿por lo visto á V. le gusta mucho Paz?

—¿Gustarme?... ¡No es esa la palabra!... Ya, amigo don... ¿cómo se llama V.?

—Salvador Sedini.

—Ya, amigo D. Salvador, que V. posee la mayor parte del secreto único de mi corazón...

Y Augusto contuvo su voz y paseó los ojos por el cuarto como investigando si alguien más que los dos escuchaba lo que decía.

—Estamos solos—expresó el doctor, comprendiendo la pausa de Augusto.—Puede V. hablar sin reparo de ningún género.

—Pues bien—continuó Monpavón.—Ya que sabe el momento en que conocí á Paz... ya que sabe lo que ciego hice con ella... es menester no ignore que yo, siéndome indiferente el mundo entero, yo que maldigo de mis padres, entre otras cosas, por haberme traído al mundo; que no reconozco más poder que el mío propio, que detesto á la sociedad como un condenado á muerte detesta á su verdugo; que ni creo en

Dios, ni en nada de lo que se explica teniendo por fundamento la tradición de aquel gran filósofo que se llamó Jesucristo, yo... respeto, adoro, temo y reconozco como un sér superior al mío, á María de la Paz.

Tantas palabras como dijo Augusto, otros tantos estremecimientos se notaron en Sedini; revolviéndose en la silla clavóse las uñas en la palma de la mano, sudó, tuvo frío, y al fin, conteniendo su pensamiento y su lengua, pudo conseguir el continuar en silencio.

Augusto quedó como quien suelta un grave peso, y desahogado, prosiguió aunque mucho más en calma:

—Le extrañará á V., Sedini, que en un instante, haciendo tan pocos que nos conocemos, haya sido tan comunicativo con V.; pero fijamente es esto porque veo en V., no un *conocido*, sino un *amigo*, y quiero que me ayude en mis proyectos.

El plan de Sedini no podía comenzar bajo mejores auspicios; tal vez por esto, y como en señal de estar muy satisfecho, se frotaba las manos muy deprisa, y luego como si alguna sombra viniera á oscurecer sus esperanzas, cerraba los puños, y acercándolos á la boca, inculaba vaho, y con los ojos bajos meditaba.

—Así, pues—dijo Augusto,—¿tendría V. algún inconveniente en llamar á Paz?

Levantó Sedini la cabeza como quien mide una súplica, y luego de pensar un rato exclamó:

—¿Cuál objeto es el que le lleva á V. á pedirme eso? ¿Es acaso el exponer á la hermana del Mosén, con la misma franqueza que á mí, que la ama V. y que desea que ella le corresponda?... Si es eso, le aconsejo que no lo haga. Paz... por una especie de esperanza de remedio á su desdicha, me rogó antes que salvara su vida de V... Pero Paz no puede amarle, porque si V. ve en ella un sér superior á Dios, ella verá en V. un sér inferior á hombre, y le despreciará. Usted niega á Dios, es decir, profesa la peor de las religiones... la religión negativa, y puede V. creer que para mí y para cuantos se llamen católicos, no hay blasfemia, creencia más degradante ni más repulsiva que la que reniega de Dios,

creyendo que sublima al hombre, cuando en realidad lo arrastra hasta el nivel del bruto, que vive porque sí, sin reconocer más sentimientos que el salvaje instinto de conservación... ¿Cómo quiere V. que Paz, es decir, un semejante á V. entregue su corazón á quien maldice de sus padres, odia á la sociedad, detesta al mundo y niega á Dios?... Por un instante llegué á acariciar esperanzas de arreglo para santificar lo que hoy es un crimen; pero ahora veo que he soñado en vano... El que yo quería para esposo de Paz, no es un hombre, es un monstruo. La caridad me ordena que aunque V. no reconozca á Dios, yo vea en V. siempre un hermano; le aconsejo que lo que acaba de proferir, no lo diga á nadie más. Cuidese y procure curar sus heridas, cuyas cicatrices anunciarán la hora en que deba abandonar esta casa.

Y airado y con los ojos bastante encendidos se levantó; hizo una reverencia á Augusto, y volviéndole las espaldas, salió de la alcoba.

En un comedorcillo que cerca de la entrada había, se encontraba, recién llegado, el Mosén hablando con su hermana Paz.

Cuando entró Sedini, Jaime se puso en pie y le preguntó:

—¿Cómo está el herido?

—Bien... Antes tuvo un ligero acceso de delirio que pude calmar con sólo volver á vendarle sus heridas, y ahora se dispone á dormir. Antes de ocho días me prometo ponerle en disposición de que se marche.

María de la Paz tembló como asustada; Sedini la tranquilizó haciéndola un gesto, que la huérfana tradujo por una contradicción de lo que acababa de oír.

—Estaba diciendo á Paz—dijo el Mosén—que desde mañana se irá á vivir con V.

—¿Conmigo?... Pues qué, ¿hay novedad?...

—Sí—prosiguió Jaime.—¡Dios sabe si volveré mañana á Cristierna! Tengo orden de avanzar hasta donde me sea posible; por consiguiente, los días que yo falte de aquí, estará mejor en su casa asistida de Brites. La Caspia se quedará con el Sr. D. Julio Alvarez; V. vendrá á visitarle... y nada más.

—Como V. quiera—respondió Sedini.

Y estrechando la mano de Jaime, se despidió diciendo:

—Vaya, buenas noches: adiós muchacha: hasta mañana si Dios quiere.

Cuando el doctor hubo salido, el Mosén se asomó al cuarto en que yacía medio dormido el capitán.

—Caspia—dijo llamando.—Enciende la lamparilla de la Virgen de Guadalupe... que veo está apagada, y sabes no quiero deje de arder ni un minuto.

La vieja obedeció á Jaime: éste se retiró á descansar.

María de la Paz, antes de acostarse, pudo ver que Augusto se levantó del lecho, ahogando los quejidos del dolor de sus heridas, y que dirigiéndose á la cómoda sobre la que la luz ardía ante la Virgen, la apagó de nuevo y murmuró al volverse á la cama:

—¡Como si no me acordara yo bastante!

Sin duda alguna la luz, iluminando á la Virgen que fué testigo de su crimen con María, era un remordimiento constante que pesaba como una losa de plomo en la conciencia de Augusto.

Y fué lo peor que no consiguió su objeto: pues en medio de la oscuridad de la estancia seguía viendo la imagen: y aunque se volvió del lado opuesto al de la cómoda, y cerró los párpados, no pudo hacer más que dormirse. Y después de dormido, en sueños seguía viéndola.

Que una luz puede apagarse, pero un pensamiento que arda en el alma, es un fuego fatuo como el de los cementerios, que más persigue cuanto más se le huye.

CAPÍTULO X

LA BATALLA

Terminó su reinado la noche, dejando aclarara sus sombras una madrugada, de esas que en Vizcaya son tan comunes y frecuentes. El cielo negro se azuló, haciendo que las estrellas se borrarán una á una después de parpadear tristemente como pálidos ojos de enfermos que al fin se cerraran, concluyendo la noche de la vida, para ir al día de la eternidad... Un ligero vapor blanco subió desde el fondo del valle donde culebreaba el río, hasta la cima de las dentadas montañas que á lo lejos separaban la tierra del cielo; sumóse con algunas ligeras nubecillas que de risco en risco iban deshilachando sus entrañas en flecos de agua, y una llovizna de plata barnizó las peñas y las casas. Y como si la Naturaleza fuera aprendiendo de los hombres, hubo un ligero combate entre el sol que iba incendiando las tintas claras del cielo, y las nieblas que brotando de entre los charcos y rastreando por los pedruscos, se deshicieron al fin, borrándose en el aire al impulso de un viento perfumoso y húmedo.... Salió el sol: hojas, tierras, tapiales y edificios, todo hormigüeo con la agitación de mil pajillas de oro, brillando de tal manera que Cristierna y su campo parecían un inmenso nacimiento de porcelana.

Oyéronse como de costumbre los ruidos preparatorios de la marcha del ejército: aquel día mucho mayores, porque la jornada iba á ser mucho más larga.

Todo se alistó en breve tiempo; y aun no eran las nueve, cuando las charangas de los batallones rompieron los vientos con los acordes de su música, ahogando con los gritos del metal, los de las madres que despedían á sus hijos.

La serpiente de brillantes colores que semejava la facción en marcha, se alejó del pueblo, haciendo relucir por escamas las chapas de las boínas y las agudas puntas de las bayonetas. Bajó la cuesta que bordeaba la montaña: vadeó el riachuelo: cruzó el áspero arenal del barranco: serpenteó por entre los pedruscos de la cantera: dividióse en mil pedazos para atravesar por entre aquellas inmensas moles de granito que parecían dólmenes druidas: anduvo luego costeano las laderas de la carretera de Tolosa: buscó los raros senderos del bosque de castaños; y cuando ya el horizonte se denunció por entre los leñosos troncos, y el suelo ostentaba entre sus piedras algunos pedazos de deshecha granada ó los restos de una acémila abandonada, ó bien fragmentos de fusiles y hasta alguno que otro blanqueado hueso, las cornetas entonaron la voz de «alto» y todos los ojos se fijaron en el grandioso valle que se desarrollaba ante sus pies, al fin del cual las blancas tiendas del ejército liberal aparecían recostadas en una cima junto al pueblo de Zadorra como una bandada de palomas que descansara en su viaje de emigración.

Atravesó las filas de soldados, hendiendo batallones, el Mosén, seguido del cortejo que pudiéramos llamar su Estado Mayor.

Iba montado en un caballo negro de regular alzada, desde el cual, y á guisa de Observatorio, lanzaba las visuales de su excelente catalejo: y cuando hubo examinado á todo su sabor la posición y descuido en que el enemigo se encontraba, llamó á uno de los ayudantes, y le dijo:

—Por lo visto, esos señores creen que se ha firmado ya la paz.

—¿No se mueven?—preguntó el interpelado.

—No: aún se conoce que están curándose las heridas de la

batida de ayer—dijo un tercero con indefinible sonrisa de satisfacción.

Jaime Parolla meditó lo que más convendría hacer.

—Esta es una gran ocasión—dijo el ayudante—para proporcionarles una sorpresa.

—Y de las buenas—dijo otro.—Si la vista no me engaña, nadie más que los centinelas tienen allí abiertos los ojos; primero, pues, que se arman, tenemos tiempo para bajar y quitarles el campamento entero.

—Y aun pudiéramos fingir—insinuó el ayudante—que nos retirábamos, y bajar por la ermita resguardados por aquella lomilla.

—En mi opinión—propuso otro—debemos dejar aquí un par de cañones que les entretenga haciéndoles creer que el nublado viene por esta parte, mientras que nuestro grueso va á buscarles las espaldas volviendo por la carretera de Tolosa.

Todos estos juicios ó pareceres escuchaba en silencio el Mosén, sin aprobar ni desaprobar ninguno, como hombre que está muy convencido de las ventajas del propio.

Los jefes de guerrilla aumentaron el grupo que rodeaba á Jaime, ávidos de saber por sí mismos cuál era el plan de batalla.

Y Jaime callaba como un muerto, dejando á cada cual que explanara su respectiva opinión.

Cuando nadie hablaba ya, el Mosén tomó la palabra y dijo:

—Báivérg.

Un capitán de los que más de cerca rodeaban al cabecilla, se aproximó haciendo un saludo militar.

—Báivérg—repitió Jaime,—puede V. decir que salgan al descubierto el *Blanca* de infantería y dos escuadrones de *Loyola*. Además, diga V. á Márquez que ponga frente al campamento dos piezas de las pequeñas.

Báivérg desapareció con las órdenes, al mismo tiempo que los jefes que rodeaban á Jaime dejaron escapar un gesto de disgusto por el plan que las palabras del Mosén dejaban traslucir.

Era evidente que el combate no se iniciaría por sorpresa, como todos hubieran querido, sino á cielo raso y cara á cara,

plan que estaba muy en consonancia con el modo de ser del cabecilla, en cuya noble alma no tenía acogida el sentimiento de la traición.

Al poco rato, el batallón *Blanca* se escalonaba fuera del bosque; á su derecha, y apoyando la misma línea, formaban cuatro filas de jinetes con las tercerolas montadas sobre los arzones de las sillas, y á la izquierda, asomando sus negras bocas de bronce por las aberturas de una improvisada trinchera, dos cañones tenían las entrañas rebosando pólvora ansiosa de romper su cárcel.

El resto de la partida recibió órdenes de aguardar preparada el aviso de salir inmediatamente. No era la que mandaba el Mosén, como pudiera creerse, de las que al principio de la guerra merodeaban los caminos con variedad de uniformes y armamentos, llevando chuzos, fusiles de chispas y hasta palos, sino un pequeño cuerpo de ejército perfectamente vestido, con la oficialidad completa, provisto de carabinas francesas y admirablemente reglamentado.

En esta situación de espera, y cuando materialmente llovía fuego del cielo, pues vendría á ser el medio día justo y preciso, trascurrieron bastantes minutos sin que el Mosén diese ninguna orden terminante.

El calor era insoportable; la atmósfera conducía corrientes de ascuas, una pesantez de plomo derretido y disuelto en el aire abrumaba; abrasaba el suelo, abrasaban los cañones de los fusiles, los botones de los uniformes... Los caballos con la cabeza baja la arrimaban á un seto de espinosos adobes buscando en vano una sombra, y los soldados maldecían de continuo al inventor de las boínas, por haber omitido en su construcción la adición de una benéfica visera.

El Mosén galopaba en su caballo, reconociendo el terreno y tratando de llamar la atención del enemigo, que más ansioso de dormir siesta que de pelear, parecía hacerse el ciego ante la fuerza de carlistas que poco á poco se le iba acercando al campamento.

Jaime sintió que le ardía la cabeza, y trató de cobijarse bajo algo que hiciera un poco de sombra. Guió su caballo hacia un árbol que en la falda del monte se dejaba ver... Era un

árbol solo, agostado, seco, que dibujaba una irrisoria silueta de cinco ramas sin verdura, semejante á un varillaje de paraguas sin tela. Los insectos vogaban en aquel mar de aire inflamado, como borrachos de tanta vida, y zumbando con estruendo de flor en flor, aumentaban el mareo de aquel horrible día, y algunas ranas que en un sorbo de agua caliente veían evaporarse su vivienda, cuarreaban con desesperación pidiendo á toda prisa regara el cielo sus agrietadas sepulturas.

El Mosén volvió á incorporarse con su gente y dió orden de apuntar una de las piezas de artillería contra el descuidado campamento.

Giró la aguja del cañón haciendo puntería: oyóse la voz del oficial que reclamaba atención, y después la de *¡fuego!*... Y una espantosa detonación hizo vibrar las caldeadas capas de aire por medio de las que, y envuelta en un pelotón de gases que parecían algodones, cruzó silbando la primera bala. Y aún rodaba por el eco el son del tiro, cuando una tienda de lona voló hecha añicos, notándose en seguida desusado movimiento en el campamento liberal. Oyéronse tocar cornetas que debieron cauterizar los labios de los que soplaran sus boquillas; y á los pocos minutos se vió claramente á las compañías formar con apresuramiento.

Entonces ya nadie recordó lo espantosamente abrasador de la temperatura; y aun se pudiera afirmar, sin temor de decir mentira, que muchos de los que antes sentían correr incesante el sudor por sus quemadas frentes, sintieron al ver reverberar los fusiles y los sables, un frío extraño que les congelaba hasta la médula de sus mismos huesos.

No habría trascurrido un cuarto de hora desde el primer disparo, cuando sonó otro en el campamento enemigo; y rodando como una pelota una bala fría y sin fuerza, introdujo alguna alarma en los escuadrones del *Loyola*, cuyos caballos se asustaron y revolvieron al ver buscando á sus cascos el mal dirigido proyectil. Enredáronse algunos sables en la primera confusión; latieron todos los corazones; no hubo inteligencia que no rezase mentalmente una oración corta pero sentida; y en medio de los murmullos de la espectación ge-

neral, se oyó la fuerte voz del Mosén, que gallardeándose en su bruto, dijo:

—¡Siga el fuego!

Y otra segunda bala fué á sembrar la muerte al otro ejército... La respuesta no se hizo esperar: el corneta del *Loyola* cayó deshecho de su caballo, mientras éste rodaba agonizante.

—¡Adelante, muchachos!—gritó el Mosén, impasible.

Y la infantería comenzó á descender de la cuesta. Del bosque comenzaron á salir las retaguardias: chocáronse las voces de mando, con los toques de corneta y las detonaciones del cañón. Las culatas de los fusiles carlistas besaron las mejillas de sus dueños al hacer la puntería... Hincaron la rodilla en tierra las filas de delante y dispararon cien fusiles á un mismo tiempo, siendo el rumor que se produjo parecido al que causaría una montaña de piedras al verterse sobre una plancha de metal.

El instante se acercaba: sucedíanse los disparos sin interrupción: eran ya una masa compacta de estruendos sin nombre. Revoloteaban por el aire culebrinas de humo que luego estallaban en mil aristas de fuego. El combate iba á ser muy pronto cuerpo á cuerpo... La metralla hacía de las suyas barriendo vidas, y ahogando gritos de dolor. Y no había remedio: el que caía herido remataba su existencia pisoteado por los caballos ó aplastado por las ruedas de la artillería...

—¡Muchachos!—bramó el Mosén con algún coraje, yendo en primera fila y blandiendo su sable corvo.—¡A ellos!... ¡Viva Dios!... ¡Viva el Rey!...

Y entre los ayes, los vivas y los gritos, chocaron bestial y horriblemente carlistas y republicanos: enredáronse filas con filas; mezcláronse escuadrones: todo fué una masa que luchaba á golpes de carabina, revolviéndose airados unos contra otros, cayendo, levantándose y volviendo á caer con la cabeza hendida de un tajo, ó el corazón partido en dos.

—¡Viva Dios!... ¡Viva la Virgen!—clamaba sin cesar Jaime Parolla, batiéndose el primero y mellando el filo de su sable en fuerza de dar golpes.

Y la embriaguez del asesinato, la borrachera de sangre, envolvió en su vértigo desolador á unos y á otros; el miedo había huído; todos eran valientes; caían jinetes, que resguardados por algún montón de escombros ó el cadáver de su propio caballo, vendían su vida á cambio de muchas lágrimas y muchas heridas; sonaba el reventar de las granadas y las bombas, aturdiendo con su espantoso morir para matar; el fragor, la confusión, la gritería, el ruido, todo se sostuvo durante más de dos largas horas.

Tendióse sobre los combatientes un parduzco toldo de asfixiante humo; nublóse el sol; perdiéronse los horizontes para los ánimos, sólo dispuestos á herir y huir el bulto cuando alguna aún humeante boca les apuntaba al rostro ó al pecho... y cuando la tarde fué de vencida y la victoria era tan indecisa que se pudiera decir que ambos ejércitos habían perdido, el Mosén, radiante de gozo, vió que la caballería enemiga huía cobardemente.

Entonces se levantó sobre los estribos queriendo que todos le vieran, esforzando sus pulmones para que todos le escucharan, y amasando sus palabras con espuma de coraje, que ya no era saliva lo que llevaba dentro de la boca, gritó, accionando como una fiera:

—¡A ellos!... ¡Viva el Rey!... ¡A ellos! ¡Que huyen!...

Y su gente, electrizada al verle agitar ondeando la bandera del *Loyola* empapada en sangre que goteaba por sus flecos, se rehizo, luchó, dobló sus esfuerzos, fortificó sus energías; nuevas corrientes de entusiasmo corrieron por las filas como sangre nueva que circulara por las vacías venas de un moribundo, y atacó, corrió, persiguió, destrozó y mató sin piedad, arrasando cuanto á su paso se oponía.

La retirada del enemigo se inició cuando las primeras tintas rojas del crepúsculo se pintaron brillantes en el cielo; parecía también un lago de sangre; el mismo sol, al enrojecer su inmensa cara, daba que pensar si la teñiría la vergüenza... Al fin se hundió tras de las montañas. Y las huestes del Mosén persiguieron sin descanso á los fugitivos, hasta penetrar en su mismo campamento.

Todo sufrió las consecuencias del asalto: algunos caseríos

con las puertas derrengadas, convertidas en astillas, con los corrales de desmanteladas paredes, su tejado falto de tejas y lleno de combas, sus guirnaldas de seca parra colgando partidas por proyectiles perdidos, la fachada desconchada y con grietas, la chimenea arrojando un humo negro que se quedaba suspendido en el aire como sin fuerza para volar, y los aleros con sus nidos llenos de golondrinas y pájaros adormecidos, asustados, casi asfixiados por el olor de la pólvora, tenían el aspecto de seres que se estremecen en la agonía de la muerte.

Poco á poco las tiendas de campaña y las casas se fueron viendo rodeadas de las sombras de la noche y de unos fantasmas negros como culebras, vagos, sin forma, que trepaban por las paredes, se adherían á los aleros y engrosaban lentamente. Luego se multiplicaron saliendo de puertas y ventanas, empujándose para salir primero unas que otras, soplando con furia y sacando de sus calientes entrañas largas lenguas de fuego... El viento de la noche agitó esta horrenda legión de espectros, los hizo estremecer, los columpió é hizo brotar de sus cuerpos una explosión de llamas. Los pajares de los caseríos estallaban como polvorines, y los endeble tejados se levantaban como tapas dejando salir torrentes de inflamadas aristas.

A la luz de los relámpagos de aquel incendio, al reflejo de aquel volcán de piedras preciosas, al reverberar de aquel arroyo aéreo de polvo solar, vióse la derrota del ejército liberal... vióse huir á todos presos del pánico; el incendio de su campamento los había desconcertado. Llamas violadas, azules, rojas; brasas que eran semilleros de chispas; un humo pesado y repleto de ácido carbónico interpuso su infranqueable barrera entre perseguidores y fugitivos, quedando estos últimos detenidos ante el horrible espectáculo que Zadorra ofrecía; los barriles de pólvora que guardados en las casas había, reventaban uno á uno como enormes petardos; y tanta explosión trajo el inmediato desplome... Fué rápido, incesante, desolador... Los maderos se estremecían como si huir quisieran; los pies derechos se retorcían, y ennegrecidos venían abajo, arrastrando en su caída pisos enteros...

Continuaba apesar de esto el tiroteo; las balas cruzaban por entre las llamas con la franquicia de su velocidad...

De pronto, una noticia aterradora cundió por todos lados.

El Mosén había desaparecido entre las llamas.

Como por ensalmo se detuvieron sus secuaces, y cuando, después de muy buscado, adquirieron la certidumbre de que muerto ó prisionero estaría en poder del enemigo, empezaron á retirarse con la misma precipitación que antes éste.

Las tropas del Gobierno notaron á su vez la huída de los facciosos, y quisieron tomar la revancha. Pero era inútil; la noche, el cansancio, el sinnúmero de heridos y muertos... todo conspiraba por que la batalla no siguiera...

Y las sombras lo inundaron todo, tendiendo su manto negro, cual de luto por los muertos sobre los campos de Zadorra.

Eran las once de la noche cuando un grupo como de cuatro jinetes atravesaba por las ruinas del destrozado pueblo, conversando del siguiente modo:

—¿Sabes, Quintana, quién me ha dado noticias de Augusto Monpavón?

—¿Quién?

—Pues Berrugas.

—¿Su asistente?...

—Sí: sabrás que ayer cayó prisionero...

—Sí.

—Pues hoy ha logrado escaparse, y ha dicho que Monpavón está curándose en casa del mismo que ha mandado hoy esta acción; de Jaime Parolla, á quien tú conocerás por *El Mosén*.

—¿Es cierto?...

Y las voces se perdieron con la distancia...

Un hombre que tendido en tierra las había escuchado, se estremeció convulsivamente pugnando por levantarse, luchando con los escombros entre los que materialmente estaba enterrado. Allí arañó el suelo, trabajó por poder salir á flor de tierra, y rugiendo como una fiera trató de proferir estas palabras:

—¡En mi casa!... ¡Augusto Monpavón!... ¡Ha mentido al decirme el nombre!... ¡Canalla! ¡cobarde!...

Y luego de sudar en vano procurando salir de su prisión de ladrillos carbonizados y aún humeantes, después que hubo ensayado cuantos expedientes le sugirió su inventiva para desenterrarse, cuando sus brazos cansados de manotear se rindieron á la fatiga, exhaló un prolongado gemido, y saltándole del párpado á las mejillas una lágrima, gritó con desesperación, ahogando su voz el peso que sobre el pecho tenía:

—¡Señor!... ¡Cristo!... ¡Dios mío!...

Y ó nadie le escuchó, ó el que le escuchó no le hizo ningún caso.

El mundo entero parecía sumergido en un inmenso océano de sombras y silencio.

CAPÍTULO XI

DECLARACIÓN

Trascurrieron cuatro días sin que aconteciera algo digno de contarse. Nada se sabía en Cristierna del cuerpo de ejército que mandaba el Mosén: las únicas noticias que hubo no podían ser más satisfactorias; los conductores de un teniente herido, declararon que los carlistas habían tenido un victorioso encuentro con los liberales, siendo muy probable que hubiesen ido en su ataque mucho más lejos del pueblo de Zadorra donde las tropas del Gobierno acampaban.

Los elogios que con este motivo se hacían del valor militar y la pericia de Jaime Parolla, tocaban ya los límites de las más exageradas hipérbolas. Mientras, en su casa, reinaba la calma más completa, tanto por las felices nuevas que del teatro de la guerra se tenían, como porque Sedini, el médico, con el objeto de que Augusto recobrase cuanto antes la salud, había impuesto un régimen de silencio y de orden que fué rigurosamente obedecido por todos.

La mañana quinta, después de la salida del Mosén, amaneció rica de sol y de alegría.

La casa de Jaime Parolla no contaba aquel día con más de dos habitantes: Augusto Monpavón y la Caspia.

En la alcoba en que dormía Augusto penetraba la luz del sol en figura de un paralelogramo de gusanillos de oro que

se movían sin cesar. Estaba, pues, la pieza alumbrada por un vivísimo reflejo, que ya muy cerca de las nueve, hizo despertar al capitán. Y á poco que se observaran sus ojos, su frente, y en general todo su físico, pudiera decirse que despertaba alegre y como satisfecho de su sueño. Contribuía no poco á la complacencia de su rostro, el hallarse mucho mejor de las heridas; hasta el punto de proyectar pedir permiso al amable Sedini en cuanto entrara en la habitación, á la cura ordinaria, que ya que los días anteriores había estado condenado á dieta alimenticia y de conversación, le consintiera, como extraordinario, el levantarse un poco, comer un algo y hablar un mucho. Favores tres, que estaba en la seguridad de conseguir de D. Salvador Sedini, su amigo y consejero.

Y si podía notarse la modificación del exterior de Monpavón, que revelaba una pequeña dosis de ventura en medio del jarope de su endiablado humor, era porque los días anteriores (que ya hemos dicho pasó casi solo), hizo limpieza general en su espíritu, desempolvando las negras ideas que le atormentaban como garfios, y dejando á todas las que llenaban su cerebro relucientes y claras, cual si fueran de cristal. Pensando y pensando, con el objeto de matar el tiempo, llegó á plantear en el verdadero terreno su anómala situación: y dejando á su razón que hablara claramente y con justicia sobre lo que en él procedía, llegó á deducir unas consecuencias tan optimistas, que le sumergieron en un oasis de felicidades sin término.

—Aquí lo que hay es—se había dicho á sí mismo—que mi amor por la libertad, mi fanatismo por las ideas modernas, son mitos inapreciables al lado del cariño loco que tengo á esa muchacha. ¡Parece mentira!... Si á mi madre la hubiesen dicho que yo había de enamorarme alguna vez, se hubiera reído como del mayor disparate que sus oídos escucharan. Yo, que he maldecido contra la sociedad; que he tenido aversión á ese abrazo estúpido del matrimonio, que no sirve más que para hacer de un hombre un papanatas; que me he burlado de todos los amores, desde el divino hasta el de la lumbre; por un simple encuentro casual, imprevisto,

rodeado de detalles novelescos, estoy perdido de cariño por Paz: y el mundo y la sociedad dicen que la hice desgraciada, cuando tal vez al unirla en aquel instante á mí, la encadené para siempre á mi razón, haciendo que ella tenga casi obligación de amarme... ¿Quién no me dice á mí que ahora, con un poco que yo ponga de mi parte, no pudiera amarme María de la Paz?... ¿Quién sabe tampoco si el bienestar de mi inteligencia, que en vano he buscado en aquellos infolios sobre los que tantas horas he meditado; si el horror que me inspira todo esto que dicen hizo Dios, y que en vano también he querido olvidar siguiendo la carrera de las armas, sólo por que su fin es destruir; si este vacío que dentro de mí me ahoga con la falta de algo que piense y sienta como yo; si el malestar en que de continuo mi espíritu zozobra; si todas estas vacilaciones, dudas y temores, pudieran borrarse con el amor de Paz que por un espacio de tiempo me hiciera olvidar todo para que luego, tranquilo y sosegado, con la inteligencia descansada y fresca para raciocinar, volviera como un sér que nace de nuevo á ver y á pensar los problemas, las relaciones y los fenómenos de este caos que ahora me parece el mundo?... ¿Quién me dice que en el mundo no deja de haber alguna felicidad?... ¿Será mi felicidad el amar á María?...

Y después de sentadas estas conclusiones y formuladas estas preguntas, daba media vuelta en el lecho, cambiaba de postura, y trastornando también el orden de sus ideas, negaba cuanto había afirmado; se desdecía de cuanto había dicho; los fantasmas de la filosofía formaban corro ante sus ojos, y tapaban la figura de Paz, que se desvanecía perdida y borrada en los últimos horizontes de su pensamiento, como cosa muy pequeña y secundaria al lado de ellos, y entonces votaba contra las heridas que como á un preso le tenían allí amarrado con cadenas de hilas empapadas en sangre, estorbándole el correr á predicar entre la oficialidad de su regimiento donde tenía su apostolado, las ideas que como hirviente lava bullían y bullían en su frente, abrasándosela si no las daba salida para que quemaran otros cerebros que el suyo.

—¿Es digno de ti—se preguntaba sumamente nervioso—lo

que estás haciendo, Augusto?... Aquí en casa de un fanático reaccionario, ocultando tu nombre como un bandido... Y todo ¿por qué?... Pues porque mi padre hizo fusilar ó arrastrar al suyo. Hizo bien: aplaudo á mi padre. Y porque yo mandaba aquella compañía que en Murguía asaltó la célebre noche de no sé qué mes, la casa de este cacique con solideo, y creo que matamos á su madre. ¡Eh!... Mejor: así la despenamos: de seguro estaba enferma... Y porque á Paz le sucedió la cosa más natural del mundo: porque en la guerra, al que tiene una casa se le quema; al que tiene un caballo se le roba... Pues Paz no tenía más que su honra, y se la quitó... Estoy pronto á devolvérsela.

Y en aquel volteo singular de pensamientos y de ideas, resolvió delatarse á sí mismo.

Miró á su cabecera y vió un cordoncillo, del cual tiró para llamar. Al poco rato la Caspia asomó su fea catadura por el dintel de la puerta.

—Mire V., señora—dijo Augusto en cuanto la vió.—Va usted á hacerme el favor de decir al dueño de esta casa que Augusto Monpavón, fijese V. bien... Augusto Monpavón está aquí y quiere hablarle de sus antiguas amistades.

—Sr. D. Julio, eso...—le interrumpió la vieja.

—Déjese de D. Julio—dijo Augusto.—Ese D. Julio es una mentira que el doctor Sedini con la mejor intención del mundo me hizo decir la otra noche. Me llamo Augusto.

—Pues Sr. D. Augusto... el dueño de esta casa no está en ella.

—¿Que no está?

—No señor.

—Pero volverá al instante...

—No sabemos: salió hace seis días muy temprano y dijo que Dios sabe cuándo volvería.

—¿Sí?... ¿Dijo eso?... Pues entonces llame á su hermana... á Paz... dígame que venga... que tengo que hablarla...

—Tampoco está en casa.

—¿Tampoco?... ¿Pues cómo es eso?...

—Todo el tiempo que el Mosén está fuera de Cristierna, vive con el doctor Sedini.

—¡Ah pícaro!—exclamó Augusto.—Mira, mira el beato ¡qué suerte tiene!... ¡vivir con ella!... ¿De suerte que estamos usted y yo solos en la casa?

—Sí señor.

—Vamos.

—¿Se le ofrece á V. alguna cosa?

—Sí.

—Usted dirá.

—Tráigame V. la ropa que está encima de esa silla.

—¿Se va V. á vestir?—dijo la Caspia asombrada.

—Sí: vamos, vamos: deme V. lo que he dicho, y no haga aspavientos.

—Pero...

—¿Pero qué, señora?

—¿Sin permiso del Sr. Sedini?

—Ahí verá V.

—¿Pues no estaba V. tan malo?...

—Eso lo dijo D. Salvador por asustarme: ya no tengo nada. Vamos: repito que me dé V. la ropa; si no, me levanto yo á por ella, y va V. á ver cosas muy feas.

La Caspia, rumiando interjecciones y mascullando varios «*Ave María Purísima*» dió la ropa al capitán, y salió de la alcoba para ponerse en camino sin pérdida de minuto é ir á avisar á Sedini de lo que ocurría.

Mientras tanto Augusto se levantó, y no sin experimentar muchos mareos que le pusieron más de cuatro veces muy cerca del suelo, concluyó de vestirse.

Tambaleándose débilmente, cogió el sable que en un rincón estaba, y empuñándolo para servirse de él como de una muleta ó un bastón, dió algunos pasos por la alcoba.

Lo primero que examinó, y con mucho detenimiento, fué la Virgen de yeso que sobre la cómoda había.

—Yo te he visto... yo te he visto, otra vez...—decía confirmando en sus recuerdos.—Te ví, la noche que en Murguía... ¡Bah!—dijo cambiando de tono y volviendo la espalda.—Pues si te ví no me acuerdo... ¡Un espejo!... Veamos qué cara tienes, Augusto: no debe ser de las más á propósito para llevar á cabo conquistas...

Y plantándose ante un pequeño espejo, exclamó:

—¡Canario!... á no estar yo persuadido de que soy yo, no me conocería...

Oyóse entonces llamar al aldabón de la puerta de la calle.

—¡Qué cara más rara tienes, Augusto!...—decía sin cesar de observar su despeinada barba, sus alborotados cabellos y sus demacradas facciones.

Los golpes de la puerta volvieron á sonar.

—De seguro, Augusto Monpavón, que al cambiar tu verdadero nombre, por el falso de Julio Alvarez, no has mentido mucho... ¡eres otro!... Si Quintana te viese tardaría en reconocerte... De cómo un hombre con estar ocho días en cama y haber sufrido unos cuantos coscorriones... (¡qué mareo!)... queda en disposición de que no lo conozca ni su madre... Me choca que María de la Paz me haya recordado: porque lo que el amigo Sedini me ha dicho, es prenda segura de ello... Paz me ha recordado... ¡Pobrecilla!...

Nuevos porrazos se dejaron oír en la puerta.

—¡Canario!... están llamando y la vieja no abre... ¡Voy!... ¡voy!...

Y vacilando por no caer, salió de la alcoba: atravesó el pasillo de entrada, y alzando el picaporte, dejó abrir la puerta.

Era María de la Paz que venía sola.

Por muy inmóvil que se quedara la mujer convertida en estatua de sal que refiere la Biblia, creemos que en punto á quietud, á reposo de alma y de cuerpo, salía gananciosa en la comparación, la hermana del Mosén. No es posible pintar el asombro que se apoderó de aquellas facciones tan hermosas, sólo surcadas por la ojerosa arruga que es camino de las lágrimas... ni la parálisis absoluta de aquel cuerpo que parecía una escultura.

Y Augusto Monpavón, aunque en diferentes términos, también pareció sorprendido.

Quedaron pues, frente á frente el lobo y la devorada oveja, mirándose, interrogándose con la vista, luchando con sus pensamientos, ignorantes de lo que hacer debían, asustados con los rosetones de la vergüenza que coloreaban las mejillas de María de la Paz, y los fuertes latidos que el remordimien-

to y el amor daban en el corazón de Augusto; vergüenza y remordimientos que apresando por completo los espíritus, impedían hasta que la lengua balbuceara ni un cortés saludo.

Y eran tan iguales su abstracción mental y el estado de sus almas, que su estupor duró exactamente el mismo tiempo en uno y en otro. Por eso al fin de aquella pausa producida por lo inesperado del encuentro, dijo Augusto:

—¿Viene V. sola?

Y María de la Paz como si no le hubiera oído le preguntó á su vez:

—¿Pero se ha levantado V.?...

Lo que hacía falta era romper el hielo del silencio: una vez roto, la conversación estaba enredada entre aquel hombre y aquella mujer á quien los sortilegios del destino y las combinaciones de la fatalidad designaban obligadamente como esposos.

—Sí—respondió Augusto sin cesar de mirarla, sediento de su hermosura.—Me he levantado, porque sintiéndome bien, estaba violento en el lecho... La cama es poco agradable en el verano.

—Pero... ¿Y sin que el médico lo mande?...—dijo María como temerosa de que las heridas de Augusto se volviesen á abrir con aquella imprudencia.

—Creo que ningún daño me hará—contestóla Monpavón sin saciarse de devorar los divinos ojos de María.

Y daba el sol en la puerta con tal aplomo, que abrasaba el aire, convidando á disfrutar de la fresquísima temperatura que reinaba en el interior. Se ignora si por esto surgió en la mente del capitán el galante pensamiento de invitar á María á que entrase en su propia casa.

—¿Pero no pasa V.?—la dijo.

—Sí—dijo María dando unos pasos y salvando el dintel.—¿Pero esa Caspia, por qué no ha salido á abrir, y no que ha tenido V. que molestarse en...

El golpe que dió la puerta al cerrarse detrás de ella, cortó su frase.

Y andando por el pasillo, dijo Augusto, que seguía á Paz muy despacio y apoyándose en el sable corvo:

—La Caspia no debe estar en casa.

—¿Que no está en casa?—repuso María volviéndose con rapidez.

—No: antes me pareció entender que iba á salir.

—¿Estamos solos entonces?—preguntó la hermana del Mosén...

—Solos—la respondió Augusto.

Paz se hirguió con majestad; frunció ligeramente el ceño, y se dispuso á volver á salir de la casa.

Pero Augusto, comprendiendo el temor de María, apoyó la contera del sable en la pared del pasillo, formando una barrera que hiciera detener en su huída á la huérfana, y dijo con gravedad:

—Alto. Soy un ladrón que no roba dos veces el mismo tesoro.

Y cambiando con ella una mirada, que fué un sello jurado á lo que acababa de decir, prosiguió:

—Y además... Juro que ningún mal recibirá de mí.

María de la Paz se turbó aún más de lo que estaba: la primera frase de Augusto era una alusión velada á su deshonra y una promesa de respeto que la avergonzaron y dieron seguridades á un mismo tiempo. Dudó si marchar ó quedarse allí, y cuando el capitán con vacilantes pasos volvió á andar con dirección á la primera pieza que había á la izquierda del pasillo, tembló como tiembla la luz cuando se mueve el agua en que está reflejada.

Seguida de Augusto, penetró Paz en el comedor, bañado en aquel instante por un sol que caldeaba con sus abrasadores rayos cuantos objetos tocaba con el reflejo de su luz.

Augusto, fatigado de estar en pie, se sentó en una silla estirando las piernas lentamente, como si sus coyunturas estuviesen mohosas y pesadas por la falta de uso.

María quedó sin sentarse entretenida en arreglar la jaula de un pintado jilguero que aleteaba en su prisión, olvidado de la libertad.

—María Paz—dijo Augusto sin cesar de mirarla con delectación.—¡Qué dichoso es ese pájaro!...

—¿Por qué?—interrogó la huérfana con trémula voz.

—Porque V. le cuida.

—Ah... Es muy lindo. Aún no canta porque es nuevo. Pero es de buena casta, y cantará... Yo lo confieso: tengo puestos mis ojos en él... Le quiero, y él me quiere á mí.

—Sería un ingrato, si no correspondiese á su cariño de usted... Yo haría lo mismo.

Y es aquí de hacer notar, ya que las últimas palabras de Augusto han hecho callar á Paz y hay un breve espacio de silencio entre los dos, que Augusto no pensaba entonces sino en el primer soliloquio que al principio del capítulo transcribimos; es decir, que en su cerebro sólo ocupaba lugar la figura esbelta, espléndidamente bella, y grandemente desgraciada de Paz: sin que la libertad, la fraternidad, ni las demás zarandajas republicanas, tuviesen un rincón en que turbar el juicio por lo común sensato y claro de aquel arrepentido de su crimen, que según confesión propia, era ladrón que no robaba dos veces el mismo tesoro.

Así, pues, sin temor de decir mentira, pudiera asegurarse que aquel diálogo era de los más venturosos que en su vida entera había sostenido.

Por esto prosiguió:

—Y me ha dicho la Caspia que mientras su hermano de usted no está en Cristierna, vive V. con el... doctor Sedini...

—Sí—contestó débilmente Paz.

—¡Excelente persona!... ¡Me es sumamente simpático!... No es de esos viejos que empalagan: es, por el contrario, de los que consuelan...

—Es buenísimo—expresó María para completar el elogio.

—Es de esos viejo necesarios: de los que corrido ya todo el camino de la vida, se dedican, mientras esperan la muerte, á gritar á los que detrás de ellos vienen por iguales derroteros que ellos siguieron, y cayendo en los mismos baches y tropiezos:—«¡Eh!... ¡cuidado con esa piedra!... ¡cuidado con caer!... ¡derechos!... ¡derechos!»

—Parece—dijo María—que ha hecho V. muchas amistades con él.

—Sí: me ha demostrado afecto; y... y á V. parece que también la estima mucho.

—¡Oh!... mucho. Daría su sangre por mí.

—No lo dudo. Debe ser tan dulce dar la vida por V... Yo haría lo mismo.

—¡Morir por mí!—dijo Paz sumamente turbada con aquella afición que Augusto mostraba á referirse todos sus cariños.

—Sí... Sin vacilación de ningún género. Es lo menos que por V. puede hacerse, amándola...

Entonces recordó de pronto María de la Paz que aquel hombre con quien hablaba era el padre de su Jesús, y un torrente de penas se vertió sobre su alma, haciéndola que le saltaran dos lágrimas.

—¡Llora V.?—la preguntó Augusto.

—No—insistió María.

—Sí... Yo he visto las lágrimas...

—¿Y cree V. que siempre que se vierten lágrimas se llora?...

—No, pero...

—Y al contrario... ¡Cuántas veces lloro yo sin derramar ninguna!

—¿Tiene V. entonces alguna pena?

—¡Alguna!...

—¿Más de una?... ¿Y tiene la culpa algún hombre?... Mal-dito sea el que sea causa de ellas—dijo Augusto con toda la fe y toda la convicción del que se maldice á sí mismo.

—¡Augusto, por Dios!...—clamó por fin Paz, olvidándose del Julio Alvarez que inventó el doctor Sediní.

—¡Oh!... sí. Infame debe ser, y si tiene un poco de juicio sano, debe correr inmediatamente á deshacer el mal que ha hecho...

El expresivo rostro de Augusto Monpavón se iluminó de honradez y de veracidad...

—Dígame V. el nombre del que amarga esa vida tan preciosa que fluye por sus venas, y antes de que mis heridas me lo consientan, voy á... matarlo.

Casi tenía Paz en la punta de la lengua el responderle «*mátese á sí mismo entonces,*» cuando sonó la aldaba de la puerta.

—¡Llaman!—dijo María.—Me voy...

—No—expresó con energía Augusto mientras pugnaba por levantarse.—No, escuche V.

La huérfana, la madre sin esposo, se detuvo. Había visto claramente la emoción que brillaba con luz singular en los azules ojos del herido: y la admiraba tanto, que olvidaba la inmensidad de la suya, alzando turbulenta marejada en el revuelto mar de su alma... y de las dos tenía miedo.

—¿Va V. á abrir?—dijo Augusto dando un incierto paso hacia ella.

—Sí...

—Un momento no más...

Los golpes de la puerta volvieron á sonar.

—Pronto—dijo María.

—¡Oh!... no se vaya V. sin oír una cosa.

—¿Una?...

—Sí—balbuceó con vehemencia y temblando.—Que yo no amo, que yo no adoro á nadie más que á una persona.

—Y...

—Y esa persona es V.

María huyó por el pasillo agitada, nerviosa, sin poder materialmente pronunciar una sola palabra; la cara demudada; el pulso trémulo; débiles las piernas; atontado el cerebro, loca, loca rematada...

Abrió la puerta y apareció Sedini, que venía avisado por la Caspia de que Augusto quería levantarse.

—¿Se ha levantado?—preguntó.

—Sí—le respondió María.

Y mientras el doctor entraba á ver al sublevado enfermo, María subió á encerrarse en su alcoba, gritando para su interior, gesticulando ahogada y temblona, con el cerebro inundado de alegría, de esperanza, de aliento, de fe en Dios; anegada en el placer de una reparación á su bárbaro atropello, llorando á carcajadas y olvidándose de los odios entre Monpavones y Parollas, como se olvidan todas las penalidades de la travesía al llegar al puerto de arribo, bendiciendo las ondas que besan la playa, las mismas que en espumosa montaña azotaban el casco del buque poniéndole cien veces al borde del abismo...

¡El padre de su hijo la adoraba!...

CAPÍTULO XII

LA ESTATUA DE VÍCTOR HUGO

—Pero, hombre, se necesita estar loco de remate para hacer lo que V. ha hecho—decía Sedini reconviniendo cariñosamente á Augusto.

—Buenos días, amigo—le respondió éste con sequedad, y cual si estuviera preocupado con otras cosas.

—Está V. jugando con la vida—exclamó algo serio el médico,—y no le miento al asegurar que no se encuentra V. aún en estado de hacer proezas como la de levantarse sin más ni más, por un capricho que de pronto le haya asaltado. Es usted incorregible: ¿se puede saber á punto fijo qué le ha movido á V. á hacer esta atrocidad?... Porque indudablemente por algo importante se ha levantado. La criada, que ha ido volando á avisarme de los designios que alentaba, me ha dicho que primero llamó V. al dueño de esta casa: al Mosén. ¿Qué diantre de negocio tiene V. con él?

—¿Negocio?... Ninguno.

—Algo tendría V. que decirle, cuando le llamaba.

—¡Le llamaba!... le llamaba, para deshacer el engaño en que está: para decirle que el enfermo que tiene en su casa no es D. Julio Alvarez, como le hemos hecho creer, sino Augusto Monpavón.

—¡Hombre!—exclamó Sedini asombrado—¡Magnífico proyecto!... ¿Y qué objeto tenía esta aclaración?...

—Que sepa la verdad, y que no crea que soy un cobarde.

—¡Cobarde!... ¡Ya salió la palabra!...

—Pues sí señor: á seguir la mentira, algún día sabrá su engaño, y entonces... ¿no es seguro que lo primero que murmurarán sus labios será esa palabra que á V. le ha chocado?...

—Que sea: V. ha ocultado su nombre, no por temor, sino porque yo se lo he suplicado en nombre de María de la Paz... Y á propósito: ella vino delante de mí... ¿Se han visto ustedes?

—Sí señor: yo fuí quien la abrió la puerta.

—¿Y han... hablado?...

—También... unas cuantas palabras... muy pocas... porque en seguida vino V.

—Bien, hombre, bien. Pues ahora lo que me parece más prudente es que se vuelva V. al lecho... ¿No lo cree V. así?...

—¡Volverme á acostar!...—dijo Augusto.—Es tan aburrido el estar tumbado, y en este tiempo...

—Vaya, vaya: acuéstese V., que hoy tengo la tarde libre y puedo quedarme á hacerle compañía...

El capitán, con el ceño fruncido, se levantó maquinalmente de donde estaba sentado y comenzó á desnudarse sin hablar una palabra. Mientras tanto el servicial Sedini levantaba las ropas de la cama y mullía las almohadas con solícito empeño de aparecer ante aquel hombre más amable aún de lo que ya era con los demás.

A los pocos minutos, Augusto Monpavón estaba otra vez en cama.

Sedini cogió una silla y se sentó á la cabecera del arrepentido enfermo.

—No creí—le dijo—que siguiera V. mi consejo con tanta puntualidad.

Y como Augusto pareciese muy preocupado y no se dispusiese á contestarle, el médico resolvió cambiar de conversación, y encendiendo un cigarrillo, le dijo:

—Acabo de tener carta de Madrid. Me participan que la

semana pasada se ha descubierto un complot que tenía por objeto derribar á la República.

—¿Sí?...—exclamó sorprendido Augusto, cuya pasión por la política era mayor que todas las preocupaciones que pudiesen tener cabida en su proceloso espíritu.

—Sí, señor—continuó el médico.—Y me dicen que con este motivo han tenido lugar muchas prisiones. La verdad es que la República en España nunca arraigará. Es un modo de Gobierno anómalo é imposible.

—¡Imposible!... ¡Anómalo!—repitió Augusto.—Si dijese usted que nuestras costumbres políticas no están todo lo perfeccionadas que es necesario para que rija el sistema...

—¡Ah!... No recordaba que V. es republicano de los impenitentes, y que considera la República como el ideal de los sistemas de gobierno.

—Cosa—replicó Monpavón—que V. allá en el fondo de su alma no dejará de creer también.

—¿Yo?... No señor: yo en el fondo del alma creo que á la limitada inteligencia de los hombres aún no ha ocurrido el verdadero y perfecto modo de gobernarse... Y por eso soy absolutista: no se espante V., amigo: soy absolutista porque creo que es lo menos malo de todo. Al fin y al cabo, no hay territorio mejor gobernado que el de la conciencia; y ese... ya sabe V., no lo rige más que Dios... poder absoluto, ante el cual todos los hombres son iguales. ¿Se sonrío V.?... Pues no creo que haya dicho ningún disparate. Voy á admitirle á V. que sea el absolutismo una tiranía, pero al fin y al cabo es la tiranía de «*uno solo*:» tiranía que respeta «*lo tuyo*» y «*lo mío*:» tiranía que lleva ya muchos siglos de experiencias, vengadora de los crímenes, grandiosa, ilustrada, y sobre todo contraria á la tiranía de muchos ignorantes; á la popular é igualitaria que V. sostiene.

—No, no estamos conformes: defiende V. un absurdo: el mayor tal vez de los políticos: comprendería que fuese V. monárquico liberal, mas...

—Mire V.—le interrumpió Sedini.—Más me gusta la Monarquía constitucional que la República... y hasta más que la absoluta si sus principios fuesen muy moderados, muy

conservadores. Pero en este modo de gobierno actúa ya como factor de gran fuerza el sistema parlamentario.

—¿Y qué?...

—Que es el absurdo de los absurdos.

—Hombre, no blasfeme V., que le tenía por persona de buen juicio y voy viendo que no es más que un retrógrado de tomo y lomo.

—Lo que V. quiera seré. Pero el sistema parlamentario es un absurdo, en primer lugar porque arranca ó tiene su base en el más sublimemente estúpido y más supremo embuste de este siglo: en la opinión pública.

—¡Qué atrocidad!—exclamaba Augusto cada vez más interesado en la conversación.

—Sí señor, sí; es la mentira del siglo; en cada uno la Historia nos demuestra que ha habido una de marca mayor que ayuda á los espertos á consolarse de las amarguras de la vida, á costa de ese animal imbécil por excelencia que hoy se llama «*ciudadano*» como en otro tiempo se llamó «*pechero*;» para cuyo entretenimiento consintió Dios que vinieran á la tierra los ídolos, las brujas, los duendes, los fantasmas, la alquimia, la pirotecnia, la democracia, y...

—Y la medicina—exclamó Augusto dando al mismo tiempo una carcajada.

—No señor, porque todas esas cosas que he citado son las grandes mentiras, y la medicina es una verdad. Pues bien; el sistema parlamentario, como idea, no es mala; pero como cosa para llevar á la práctica, no puede ser peor. No cito, paso por alto, las infamias, palos y cohechos que sirven para conquistar los votos...

—Eso no es cierto; el sufragio universal...

—¡Bah! El sufragio universal es más disparatado que el restringido: malo es que á una persona de talento y de posición se le compre, eso que V. llamará «*el más precioso derecho del hombre*,» pero aún es peor y más inmoral el ir á sobornar al pueblo ignorante para que entierre votos en la urna; porque, amigo, no hay que hacerse ilusiones; el pueblo es del que más da. ¿Y qué diría V. si un trono se sacase á pública subasta?... Pues la poltrona del diputado no es más sino un pe-

queño trono, que se conquista á fuerza de oro y de palos. En la liberal Inglaterra, país que ponen VV. siempre como un modelo, el voto es un valor público, cotizabile en Bolsa. Y en la liberalísima república norte-americana ya es cosa olvidada de puro sabida, que resulta siempre presidente el rico burgués que da más libras esterlinas.

—¡Palabras!... ¡Palabras!... ¡Palabras! que exclamaba Hamlet—dijo Augusto.—El que el sistema esté algo corrompido, no es ningún argumento de fuerza contra el sistema en sí mismo. En cambio pase V. por alto las elecciones, y vea V. el aspecto de aquel supremo tribunal político de la nación...

—¡Qué! ¿ya V. á decirme que las Cortes, estéticamente consideradas, son bonitas?... Ya lo creo; es como todo el sistema, lindo de forma y horrible de fondo. ¿Quién duda que aquel anfiteatro, cuna de las leyes, impone respeto? Cuando fuí yo por primera vez al Congreso de Madrid, salí más liberal que Espartero. Aquello es para engañar á cualquiera: el sillón desde donde el presidente regula las discusiones; el Crucifijo que delante de él extiende sus brazos asistiendo á las sesiones; los Evangelios sobre que se jura el cargo de diputado; y luego aquellas tribunas que son los ojos vivos del país por donde el pueblo puede asomarse á juzgar á su representantes... ¿No es esto? Lindo, muy lindo; pero vuelva V. la hoja y dígame si los escaños rojos son más que una escalera de mullidos peldaños para alcanzar altas posiciones, sin poseer más ciencia que el saber hilvanar frases huecas de sentido, de vistoso relumbrón, con que fascinar á un determinado grupo de hombres... Farsa, todo es farsa en el sistema parlamentario; y si algo le faltase para ser idéntica á la farsa del teatro, ahí tiene V. esos ojos vivos del país, esas tribunas, convertidas en palcos desde donde los días de gran función se aplaude con entusiasmo á los oradores que más vocean. Y cuanto más se liberalice la cosa, peor... ¡Cuánto más dignas no eran aquellas Cortes antiguas, de tanto prestigio y tan legítimamente constituídas!... ¡Y cuánto más liberales de verdad!... ¡Cuántas veces negaban á los Reyes su voto para los asuntos que no convenían al país!...

—Dispéñseme V. que le diga, amigo Sedini, que es V. como el célebre personaje del inmortal Moliere, que todo lo sabía sin que nunca hubiese estudiado nada. Ha combatido usted el sistema parlamentario del modo más original que puede concebirse.

—¿Sí?.. Pues es una originalidad de que pronto van á participar los españoles todos. Bastaría para desacreditarlo lo que acaba de suceder, y V. que hace poco salió de Madrid lo sabrá mejor que yo: unas Cortes recién nacidas que son disueltas porque al «*tirano*» presidente del embrollo republicano federal, no complacían suficientemente... ¿Es esto mentira?... No: luego el sistema parlamentario es una utopia.

—¡Donosa consecuencia!—dijo Augusto riendo pero malhumorado.—Siga V., siga V. por ese camino y va V. á negar que la República signifique un progreso evidente en todo pueblo.

—Y lo niego, sí señor.

—¡Desde luego!... Aquí lo que debiera hacerse era llamar á su patrón de VV. y que volviésemos á los tiempos de la Inquisición, á la época de los frailes, á tener que guardar el *cubre-fuego*, amordazar el libre pensamiento, aprisionar las conciencias con los grillos de la superstición, tapar las bocas de la prensa y suprimir los ferrocarriles con el objeto de proteger la industria carretera...

—¿Y me quiere V. decir qué vamos ganando con esa porción de frases que acaba V. de pronunciar?... ¿Qué sirven para el verdadero progreso todas esas libertades que se toman cual libérrinajes y no hacen más sino precipitarnos más y más en el estado salvaje, en que, á seguir así, pararemos si Dios nuestro Señor no lo remedia?...

—Basta, basta; ya no discuto con V.; me ha convencido; nada, el progreso es una mentira; apáguese las máquinas de vapor, trónchense los postes del telégrafo, ármense hogueras de libros, prohibase el pensar, arrásense los laboratorios de la química pisoteando retortas y alambiques, póngase el geólogo de rodillas, suelte la piqueta y empuñe el rosario; dedíquese el buzo á vender medallas y estampitas, ciérrense las fábricas, ó conviértanse en conventos...

—¿Pero quién ha dicho nada de eso?...

—¡Chist!... Déjeme V. hablar, hombre. Hágase todo esto que acabo de enumerar, y calcémonos después guantes y espuelas; suspendamos de nuestros hombros los tahalíes portadores de la vengadora espada, y provistos de celadas y capacetes, vayamos todos montados en mulas á Jerusalem ó á Compostela, ganando indulgencias, matando moros y deshonrando por vía de recreo piadoso á cuantas lindas hijas de posaderos topemos en nuestro camino...

Y Augusto, al concluir su descripción, reía á mandíbula batiente como un loco cuya manía fuese el reír.

Sedini, por el contrario, más serio cuanto más hablaba, decía:

—Esa es una de tantas algarabías con que deslumbran ustedes á las muchedumbres; es V. orador, posee el don de engañar á los tontos. Parece increíble que teniendo sesos en el cráneo diga V. lo que ha dicho. ¿Qué tienen que ver las fábricas y los ferrocarriles con las peregrinaciones de otros tiempos?... Yo no rechazo ningún progreso que sea verdadero; todo lo que al hombre ayude á cumplir sus fines, lo admito y me regocijo al ver á Dios cómo va consintiendo que la inteligencia limitada y corta del hombre vaya descubriendo poco á poco los misterios de la creación.

—¿Es V. entonces positivista en la ciencia?

—Sí, señor; si por positivo admite V. todo lo que sirva para algo: ¿aplaudiría un invento que no sirviese para nada? Después de todo, el *positivismo* que V. dice es la causa matriz de cuanto en el mundo se efectúa. Sin él no habría aliciente ni estímulo para nada. ¿Cree V. que esas locomotoras se construirían por solo el placer de verlas deslizarse majestuosamente sobre sus vías de hierro?... ¿Qué objeto tendrían si no sirvieran para que el hombre se valga de ellas *positiva* y prácticamente para trasladarse con más comodidad y rapidez de un punto á otro?... ¿Ni qué papel desempeñaría el geólogo dando martillazos en las rocas, si de sus chispas no se dedujera luego el descubrimiento de algún metal, que siendo más fuerte que el hierro ó más precioso que el oro, se utilizara luego en la construcción de clavos ó cadenas de reloj,

por ejemplo?... ¿Qué el químico si de sus procesos misteriosos no saliera el medio de sustituir por sustancias nuevas la fécula de la patata, v. gr., el día en que los elementos vegetales desaparezcan de sobre el globo?... ¿Cree V. que el geólogo termina su misión con vestirse de pieles, colgar la lámpara al cinto, y apoyándose en su bastón de ferrada y aguda punta, bajar con las greñas sudadas y la cara negra á las entrañas de la tierra?... ¡Qué nos importa nada de eso si de su expedición no nos trae nada útil!... El buzo, dentro de su escafandra, será todo lo bonito que V. quiera y demostrará ser hombre de corazón: pero ni él lo hace más que por ganarse el pan que ha de sustentarle, ni nadie le mencionaría si de sus paseos submarinos no trajese ó esponjas para lavarse la cara, ó perlas, nacar y corales para construir zarzillos, sartas y objetos de lujo de buena venta.

—¿Sabe V.—exclamó Augusto en el tono de la más cruda ironía—que ni Pero-grullo dijo verdades tan de á folio?... Entonces será V. monárquico, porque habiendo Rey habrá más estímulo en la cría caballar con la yeguada de Aranjuez... Y será V. partidario del culto divino, porque con él se alimenta la industria cerera...

—No, señor—dijo Sedini levantándose con el rostro sumamente descompuesto.—Soy monárquico, porque en este país es menester serlo para ser persona honrada, y quiero al Rey, porque en España la palabra Rey, al frente del régimen político, es sinónimo de que existe propiedad, honor, familia, orden, justicia y verdadera libertad; soy amante del culto divino, más que nada, porque considero muy caritativo el implorar de la divina clemencia la salvación de los locos que, como V., se creen en su orgullo con inteligencia bastante para juzgar las cosas de Dios; y soy defensor acérrimo de los manicomios, para cura y alivio de los extraviados de razón, como V. es.

—¡Rey!... ¡Dios!...—murmuraba Augusto revolviéndose en su mefistofélica sonrisa.—En eso de Reyes y de Emperadores, yo opino como Víctor Hugo...

—¿Qué decía ese majadero?...—le preguntó el médico.

—¡Majadero!—dijo Augusto mostrándose asombrado, y

continuando, expresó con voz alterada:—Pues ese majadero decía, tratando una vez del Polo Norte, no recuerdo en qué obra, que si hubiese algo capaz de producir el incendio de aquellos eternos hielos, sería á no dudar la chispa que produjera el choque habido al coger á un Rey por los pies, y volteándole, estrellarle el cogote en la nuca de un Emperador...

—¡Qué barbaridad!...

—Comprendo que á V. no le guste; V. hubiera llevado á Víctor Hugo á la Inquisición...

—Nada de eso—dijo Sedini sonriendo.

—¿Nada?

—No señor.

—Pues ¿qué hubiese V. hecho con él, matarle?...

—Tampoco... Al contrario.

—¿Cómo al contrario?...

—Sí, señor. Yo á ese hombre, sólo por ese dicho, á que yo no encuentro chiste, le levantaría una estatua.

—¡Hombre!...

Y Augusto no pudo reprimir una mirada de admiración y de pasmo.

—Sí—concluyó Sedini.—Pero una estatua ecuestre... sin jinete.

CAPÍTULO XIII

CHISMOGRAFÍA Y TEMPESTAD

Como apesadumbrados y tristes de verse tan distantes en el terreno del pensar, quedaron médico y convaleciente herido. Muchas más cosas se dijeron, y la discusión hubiera alcanzado los límites de la disputa más agria, si en lo más reñido de ella no hubiese casualmente entrado en la alcoba María de la Paz. Y desde aquel instante Sedini pudo muy á su sabor despacharse á su gusto sentando teorías político religiosas que Augusto fingía escuchar, pero con tanta indiferencia, mirando con tal delectación de sus sentidos, todos asomados á los ojos que fijos en Paz tenía, que el mismo doctor tan excitado como con la pelea estaba, consideró que su contrincante, como vulgarmente se dice, se hallaba atado de pies y manos, mientras la hermosa visión de la hermana del Mosén le trastornaba el espíritu con su presencia.

Y es aquí de advertir que venía María derramando gloria y hermosura por su cara y por su cuerpo. Emocionada con las palabras que escuchó á Augusto, había, como ya dijimos, subido á su habitación, donde en coloquio dulcísimo consigo misma libó entre el amargor de muchas lágrimas, el néctar consolador de tenues pero fundadas esperanzas. Y mientras por un lado contemplaba horrorizada el abismo de odios y venganzas que de Augusto la separaba, veía por otro que

Dios repetidas veces había hecho milagros mucho mayores y con mucho menos motivo. Por esto se repetía una y otra vez la pregunta de:

—¿Por qué no ha de hacer un milagro?...

Y confortada con este pensamiento, había por unos instantes saboreado todo el placer de una reparación á que tenía incontestable derecho: tan incontestable y tan indiscutible como el amor que obligadamente «debía» sentir por Augusto; no por el hombre; no porque, como la había jurado hacía poco, la adorase, sino simplemente porque era el padre de Jesús.

Recordaba también el genio vengativo del Mosén; pero veía en seguida su noble corazón, que al tener noticia de que su deshonor estaba sellada con la maternidad, no vacilaría en acallar cuantos rencores albergase su alma para perdonar y aun favorecer el que su hermana Paz legitimase el nombre que llevaba; que el ser madre, si en el matrimonio es la mayor de las venturas, fuera de él es la más grande de las vergüenzas. Y no tenía tampoco completamente en olvido lo que Sedini hablando un día con ella la contó. Sedini había dicho á Paz que Augusto Monpavón no negaba la raza; que era un herejote descreído, falto por completo de fe, y que, por consiguiente, era caballo sin freno que difícilmente podría regirse y mucho menos llevarse al terreno en que para bien de todos convendría que fuese. Pero á este argumento oponía María de la Paz el que el milagro que con tantas veras pedía á Dios que hiciese, estaba comenzado á hacer, y tal vez, y sin tal vez, por la parte más fundamental é importante: porque Augusto la encontrase digna de unirse á él.

Por eso cuando oyó de los labios de Monpavón que éste la juraba estremecido y temblando con el miedo con que sale muchas veces de la boca la verdad, que la amaba, un mundo de ideas había asaltado su trabajado espíritu en revuelto torbellino de sombras y esperanzas, en tal grado, que la hicieron llorar, reír y alucinarse de modo y manera que nunca había estado.

Entonces el aire fresco que contenía la alcoba en que se encontraba, la pareció que abrasaba, y salió de ella tan sofo-

cada ó más que de un horno. Bajó las escaleras pisando peldaño á peldaño unas veces, saltando dos ó tres otras, y pasando por el comedor, sin ver ni oír nada de lo que allí ocurría, salió al jardín ó huerta que detrás de la casa era espacioso desahogo de la misma. Y nada la importó el ardiente sol que agostaba todas las plantas, agobiándolas con la más desoladora de las sedientas laxitudes; ni el deslumbrador reflejo de las blancas tapias; ni el zumbar continuo de los insectos; ni la abrasadora arena que oprimía con los pies.... ¡Porque mal año para todos los calores de la naturaleza cuando hierve en el espíritu una idea, que como la que tenía María de la Paz, encierra en su desenlace el porvenir de toda una vida!... En el jardín anduvo y reanduvo todos sus senderos; cortó un regular número de olorosas flores, haciendo un manojo de ellas que liaba el broche de nácar de sus dedos; y hubiera estado allí más de una hora exponiéndose al grave riesgo de una insolación cuando menos, si no hubiese notado que la frente le sudaba cual si fuera á deshacerse; y al inclinarse ante el brocal de la fuente que retrataba el sol y el azul cielo, no hubiese visto que tenía las mejillas como dos amapolas, y que sus rubi-negros cabellos reverberaban como si fueran á fundirse en rojos... ¡Porque mal año también para todos los ardores del espíritu y del pensamiento, cuando el sol de un día de Julio dice *«hoy va á hacer calor!...»*

X María de la Paz volvió sobre sus mismos pasos, y entró en la casa, penetrando después en la alcoba, en que tranquilos y sosegados ya Sedini y Monpavón, hablaban del clima fresco en invierno, y caluroso en el verano, que poseen las Provincias Vascongadas.

No es necesario repetir que venía Paz hermosa: de sobra debe comprenderse que, si sus mejillas, siempre pálidas, eran divinas, manchadas con rosetones de un carmín subido, constituían una novedad en sus facciones. Y en las bellas cualquiera novedad reviste excepcional importancia, dándolas más grados de lindeza. Y como también las abrasadas flores con que entraba agostasen sus cálices en derramar cuantos perfumes guardasen en sus pétalos, resulta que la entrada de la huérfana significó en la alcoba del herido

una fragancia desvanecedora, que hizo exclamar á Sedini:

—Muchacha... ¡Qué olor más selecto!... Ni los pebeteros que ardían ante el trono de Salomón, debieron exhalar un perfume tan delicado y tan fuerte al mismo tiempo.

Augusto no hablaba: era particular lo que en viendo á María sucedía en él: ni hablaba, ni pestañeaba, ni se movía; fijo, atento sólo á mirarla sin cesar, como avaro de su vista.

La hermana del Mosén dejó sus flores en un jarroncito que había á los pies de la consabida Virgen: ordenó los colores de ellas del modo más artístico que supo, y dijo:

—Las doce son ya...

—¿Las doce?—preguntó alarmado Sedini.

—Sí...

Y doce campanadas lentas, como si la dejadez de la atmósfera influyera hasta en la maquinaria del reloj del pueblo haciéndola ser perezosa, sonaron lejanas para dar la razón á María de la Paz. El gallo que cantó después que San Pedro hubo negado á Cristo las tres veces, no fué tan puntual ni tan oportuno.

Púsose en pie Sedini, y cruzando las manos, comenzó á rezar en alta voz el tradicional *Angelus*... Augusto movió los labios; pero la única voz que respondió á la grave y sonora del doctor, fué la dulcísima de María.

—Algo es algo—dijo para sí Sedini, al observar que Monpavón, si no rezó, trató de hacerlo.

Y no volvió á sentarse: antes, por el contrario, exclamó, despidiéndose del enfermo:

—Vaya... Hasta después, ó hasta mañana, que no tengo seguridad de poder venir á ver á V. luego...

Augusto sacó el desnudo brazo de debajo de las ropas, y se lo tendió al doctor, que le estrechó con efusión la mano.

—Adiós—le dijo.

—Adiós—dijo también Augusto. Y soltándole la mano, ofreció la suya á Paz.

María, con la vista fija en el suelo, no lo vió; pero advertida cariñosamente por Sedini, la tomó sin mirarle, retirándola inmediatamente.

Aquel saludo fué un relámpago... Pero, ¿qué importa?...

La Providencia es tan sabia, que así como al que es ciego le da más tacto, y al que es mudo le dota de fisonomía extraordinariamente expresiva, ha hecho que los que no puedan verse ni hablarse por cualquier motivo en determinadas circunstancias, se digan más en una mirada, en un apretón de manos, que en mil millones de discursos.

Aquel saludo fué un relámpago; pero fué tan vivo, tan brillante, tan deslumbrador, que María de la Paz salió cegada de la alcoba... aterrada ante tanta luz y tanto amor.

Cuando sonó el golpe de la puerta de la calle, y se escuchó á la Caspia correr el cerrojo, el incorregible Monpavón saltó del lecho, y robando á la Virgen unas cuantas flores de las que María había llevado en su mano, tornó á acostarse con ellas, arrebujándose entre las mantas, tapándose hasta la cabeza, y murmurando unas palabras, que ni él mismo supo nunca lo que decir querían.

Mientras, Sedini y Paz, cogida ésta del brazo que galantemente la ofrecía el médico, y resguardados del sol por la amplia sombrilla del mismo, se encaminaban á su casa.

Por primera vez en su vida María no fué franca con su amigo íntimo. Siempre, en todas ocasiones, había confesado cuanto la ocurría á Sedini. Tenía prueba de lo bien depositada que estaba su confianza; pero en la ocasión presente, no tuvo bastante valor para hablar por sí sola, y fué necesario que el médico la interrogase.

A los pocos pasos que anduvieron, la preguntó:

—Díme, María: me pareció oírte antes que habías hablado con éste. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y se puede saber... qué es lo que hablasteis?...

—Sí, señor—contestó María con seguridad.

—¿Pudiera yo saberlo, Paz?...

—¡Oh!... Desde luego.

—Pues habla, hija mía... ¿A qué esperas?

—No sé cómo... no sé cómo contarle...

Y la voz de María detúvose en la garganta como miedosa de salir al aire libre.

—Habla, mujer, habla—decía Sedini bajando la voz y

aumentando su curiosidad la indecisión de Paz.—¿Será necesario que te repita lo que tantas veces te he dicho?... ¿Desconfías de mí?...

—¡Señor!... ¡Por Dios!... ¡Yo que no tengo más amigo que V., había de desconfiar!...

—Pues di...

—Sí, sí; en seguida... Pues... V. recordará que salí de su casa con dirección á la mía creyendo que estaba la Caspia allí... Y cuando me extrañé de que no me hubiese abierto ella la puerta, fué cuando me enteré de que estaba sola... con Augusto...

—Mala compañía—murmuró el viejo.

—Yo quise salir... pero él me lo impidió... me dijo... que... que... fué una frase rara, que únicamente después de pensar mucho en ella he comprendido... ¡qué vergüenza!

—Mujer... ¿pues qué te dijo?...

—Que... ¡ya recuerdo!... Que él no era ladrón que robase dos veces el mismo tesoro...

Sedini cesó de andar y pareció como hundirse en su pensamiento, sonriendo al fin y diciendo mirando á Paz:

—¡Te dijo eso!...

—Sí, señor.

—¿Y, qué más, qué más?...

—Luego estuvo hablando de V... y hacía muchos elogios... Decía que era V. muy simpático... y muy útil para los que... no recuerdo bien cómo decía... ¡Ah! sí. Para los que no tienen experiencia... Y luego me preguntó si V. me quería á mí... y yo le dije que tanto, que daría si fuese necesario la vida por mí.

—¡Bien dicho!...—exclamó Sedini, tornando á caminar.

—Y entonces él... dijo que haría lo mismo por mí.

—¡Holal... Te echó florecitas, ¿eh?...

—Sí, señor; muchas. Después me preguntó si tenía penas... y me pedía le dijese el nombre del que las causaba... para...

—¿Para qué?...

—Para matarlo.

—¡Canario!... ¿Pues sabes que no perdisteis el tiempo?...

Y que si tardó yo en llegar...

—¿Qué?...

—Nada, nada; llama, hija mía.

Y cerrando la sombrilla, dejó á María que diese dos fuertes golpes de aldabón en la puerta de la casa, pues habían ya llegado á ella.

Cuando Brites abrió, penetraron, diciendo Sedini:

—¡Uf!... qué calor más horrible... Si á la tarde no hay tormenta y despeja, nos vamos todos á volver locos... Cierra, cierra, que no entre el sol. Siquiera en este portal puede respirarse... Brites, saca la comida...

Y entrando en su despacho, donde se varió de ropa y de calzado, murmuraba:

—Bien; por ese lado vamos bien; pero sus ideas, sus ideas...

Y bajando al comedor, hicieron por la vida, retirándose después á dormir una ligera siesta.

Eran ya las cuatro de la tarde cuando Sedini despertó. El calor era entonces insoportable como por la mañana; podíase mascar la electricidad. La atmósfera, caldeada, sostenía unas nubes blancas como copos de algodón, que se cernían y doblaban unas sobre otras, prediciendo tempestad.

Vistióse el médico de nuevo y salió á recoger noticias al mentidero de la pequeña población, situado en la casa que en la plaza poseía D. Fidel Barrera, notario único de Cristierna. Y decimos mentidero, porque la sala de recibo del tal notario era una especie de Bolsa de noticias, donde tanto los que tenían que darlas como los que iban á recibirlas, acudían en la seguridad de salir satisfechos y complacidos. Los Barreras, nombre común con que se distinguía á los varones y las hembras de la familia notarial, tenían justísima fama de estar perfectamente informados de todo. Y como además D. Fidel se diese aire de confidente del mismo D. Carlos, cosa de que algo certificaba una fotografía con dedicatoria expresiva del pretendiente, eran tenidas sus opiniones como las más verídicas y auténticas de las más originales fuentes.

Aquel día se cotizaban muy alto las sorpresas. Entre ellas alcanzaba un inconcebible precio de credulidad una horrible nueva. Decíase nada menos que la victoria que tantó se

había aplaudido al Mosén en el encuentro tenido con las tropas hacía días, lejos de ser victoria, había sido una derrota tan espantosa, que los liberales cortaron la retirada de los fugitivos carlistas, impidiéndoles el volver á Crístierna y cogiendo prisionero al jefe de aquella calaverada, el orgulloso y pedante Jaime Parolla.

Porque la envidia y la maledicencia son gusanos que anidan hasta en las conciencias más puras. Sólo así se concibe que la santa mujer de D. Fidel, la venerable D.^a Obdulia, hablase del tenor siguiente:

—No será á mí á quien haya engañado ese botarate. Un hombre que por darse aire de vencedor arriesga la vida de tanto y tanto valiente como le seguía. No hay más que verle andar para comprender que es un orgulloso: por lo mismo que tiene el defecto de la cojera, debiera sentirse humillado ante los demás que nacimos perfectos... Pues lejos de eso, observen VV. cómo lleva la cabeza, que parece una torre, y con qué aire de perdona-vidas mira á los demás...

Luego, como si entendiera algo de cosas militares, añadía:

—En la guerra, señores, la prudencia es tanto como el valor: por eso cuando destituyeron á Corceraga y nombraron á éste, me dió muy mala espina para toda la causa que defendemos. Corceraga era un jefe distinto y con muy distintas circunstancias... ¡Qué figura!... ¡Qué amabilidad!... ¡Qué carácter tan dulce!...

Estos elogios los hacía D.^a Obdulia, según un tertuliano dijo á otro cuando salieron del cónclave, á causa de haber hecho el amor el citado Corceraga á la hija pequeña del inclito D. Fidel

—Desengáñense VV., señores—concluía la mujer del notario.—Yo tengo la opinión de que todo defecto físico es una señal con que Dios nos advierte que vayamos con mucho tiento con los que lo tienen. Y el Mosén es cojo, conque... Y la misma vida que hace desde que llegó aquí... Esa *hermana*... que sabe Dios lo que será y por dónde le vendrá el parentesco... Esa tía bruja que tienen á su servicio y parece un demonio... El mismo Sedini con tanta y tanta visita como les hace...

—Mujer—le interrumpió el importante esposo.—Los visita porque tienen en su casa un herido...

—¡Sí, herido!... ¿Has visto levantada estos días á María de la Paz?... Pues á lo que va Sedini es á... ya me entienden VV.

—Mujer—volvió á interrumpir el notario.—No seas mal pensada. Yo he visto andar por la calle á María, ayer precisamente. Además, me consta que tiene en su casa un capitán de Artillería... del Gobierno.

—¡Del Gobierno!—exclamó horrorizada la víbora notarial.—Ahí tienen VV. al leal protegiendo al enemigo... Y respecto de María de la Paz... oigan VV. un secreto...

Agachóse y bajó la voz para decir lo que sigue D.^a Obdulia; y todos los circunstantes alargaron los oídos para no perder una sílaba del secreto pronto á revelarse.

—Esa María que parece que nunca ha roto un plato, es ya madre por lo menos una vez... y el chiquillo, que lleva el mismo nombre que Nuestro Redentor, lo crían en casa de Sedini, que es el tapa-agujeros y el... ya me entienden ustedes, de los amores del Mosén y de su *hermana* María...

Un ¡Oh! prolongado como el desinflarse de una vejiga de goma se escuchó entonces.

—¡Conque Sedini!...—decían unos.

—¡Conque María!...—exclamaban otros.

Y ya iban á murmurar otros terceros diciendo: ¡Mire V. el Mosén!, cuando entró en la sala el Dr. Sedini, saludando á todos afable y cariñoso como tenía por costumbre.

—En nombrando al Rey de Roma...—dijo D.^a Obdulia, mientras estrechaba la mano al médico.

—¿Hablaban VV. de mí?—interrogó D. Salvador.

—Sí, señor; estábamos murmurando de V.—dijo la mujer de D. Fidel con el descaro que suelen tener todos los que poseen su vicio.

—Vaya, vaya; no sería nada malo—exclamó Sedini sentándose. Y luego de cambiar algunas palabras incoherentes con algunos de los circunstantes, acomodóse mejor en su asiento y preguntó:

—Conque, ¿qué hay de nuevo?

D.^a Obdulia, que no cedía á nadie la palabra, le puso en menos de cinco minutos al corriente de las alarmantes noticias que corrían del mismo modo que antes las contó á los demás, sin más diferencia que decirlo, exclamando á cada paso:

—Y es raro, porque el Mosén es de lo mejor que hemos tenido en jefes. A mí me choca cómo un hombre tan valiente y de tanto talento se ha dejado...

Un remolino de polvo que se alzó en la calle, arrastrando en voraginoso ciclón papeles y pajas que rodaban por el suelo, entró en la sala del Notario, interrumpiendo por un momento la conversación.

Sedini, inquieto y preocupado con las noticias que acababan de darle, se enteraba de todo con creciente interés; preguntaba quién era el autor de las nuevas; pesaba en su razón el fundamento que pudieran tener, y hacía y deshacía dentro de sí mismo cábalas y proyectos para en el caso desgraciado de que lo que allí se decía fuese verdad.

Un segundo remolino más fuerte que el primero penetró con furia en la sala, dejando ciegos de polvo á la mayor parte de los tertulios; dejáronse escuchar fuertes portazos que daban las maderas de ventanas y balcones de las habitaciones altas; viéronse oscilar las copas de los altos álamos, despojándose de muchas hojas que, impulsadas por el viento, se elevaban al cielo entre nubes de tierra; nublóse repentinamente el sol, sucediéndose una penumbra pesada y triste; extendióse un pronunciado olor á humedad, y aunque aún lejanos, se oyeron dos truenos.

—Tempestad tenemos—dijo D. Fidel, observando tras de los vidrios de la ventana la negra nube que á todo correr avanzaba sobre Cristierna.

—No podía suceder otra cosa—exclamó D.^a Obdulia, sin cuya intervención en el debate no se podía hablar ni aun de la cuestión más insignificante.—Era un calor horrible el de hoy; esta mañana lo anuncié yo, suponiendo perfectamente lo que iba á pasar.

Un relámpago vivísimo tiñó los rostros por un segundo de un color fosfórico, como el de los cadáveres. Santiguáron-

se las mujeres, y los hombres suspendieron del todo la conversación, como esperando al trueno, que vino al fin, seco y perdido, cual de una lejana descarga.

—Aún está lejos la nube—observó D. Fidel, sin más conocimiento meteorológico que saber que cuando el relámpago no es seguido inmediatamente del trueno, es que la tormenta está aún á distancia. Por más que ignorase que esto sucede por la distinta velocidad trasmisora del sonido y de la luz.

Pero otro relámpago y otro trueno más unidos demostraron que la tormenta, si no estaba ya sobre Cristierna, le faltaba poco. Y como entonces comenzaron ya á caer gruesas gotas de lluvia, que se estrellaban en el caliente suelo dando un chasquido, D.^a Obdulia decidió encender inmediatamente la vela del Santísimo y sin pérdida de tiempo proceder al rezo del Trisagio.

Así se hizo, y juntos y armonizados sonaron los murmullos graves de los que oraban y el ruido infernal que producían los inacabables, fuertísimos y seguidos truenos.

La tormenta aumentaba cada vez más: un ambiente saturado del olor de tierra mojada había casi sustituido al aire ordinario; aceleróse el venir de la noche, pues las sombras no quisieron desperdiciar la ocasión de la gran oscuridad del cielo, para salir de sus escondrijos y enseñorearse por completo de la tierra; y la tertulia del importante notario se disolvió, yéndose unos protegidos por los antiquísimos paraguas que poseía el guardarropa de D. Fidel, y otros sin más ayuda que el caminar por junto á las tapias, pisando de puntillas, escogiendo los puntos de apoyo del pie y tratando de resguardarse por los aleros prolongados de las casas, cuyos vértices eran verdaderas regaderas.

De todos los tertulianos, el que menos se ocupaba de mojarse ó no, era D. Salvador Sedini; pues tan preocupado marchaba, que olvidó por completo que iba poniéndose cual una sopa, como vulgarmente se dice; y así, cuando llegó frente al portalón de su casa, goteábale el gabán y aun el sombrero, como si saliera de un estanque.

En todos los pueblos de España, una tormenta es sinóni-

mo de soledad absoluta en calles y plazuelas; pero en los de las provincias montañosas, en que la tempestad no es corta, sino duradera muchas veces hasta de días enteros, haber tormenta significa un encerramiento general de vecinos que no salen otra vez de sus tugurios, ínterin no vean el cielo limpio por completo de nubarrones.

Por eso Cristierna quedó como un pueblo desierto; con las calles anegadas en agua; los patios y las huertas encenagados; las cuestas convertidas en cascadas; y los mil charcos que en diferentes puntos se formaban, trocándose á cada instante en espejos fieles que copiaban el rasgarse de las nubes para desgajar de sus entrañas una chispa eléctrica de deslumbrador reflejo.

A las once de la noche seguía la tormenta con el mismo furor que empezó.

Nadie transitaba por ningún lado; todos parecían reposar; el bramar del viento y los secos truenos, eran los ruidos que alteraban la calma del pueblo muerto al parecer.

Únicamente poco antes que el reloj del pueblo diese la media noche, un jinete empapado en agua detenía su cabalgadura ante la casa de Jaime Parolla, y echando pie á tierra, llamaba con impaciencia, dando sobre la puerta fuertes golpes de aldabón.

CAPÍTULO XIV

EMPIEZA EL DRAMA

De las dos parroquias que dividían en dos feligresías distintas al pueblo de Cristierna, era la más humilde, pero también la mejor regida, la de Santa Inés. Y era su vicario un antiguo benedictino de mucha y merecida fama, llamado por unos simplemente *El fraile*, y por otros, Padre Salvador.

Aseguraban algunos viejos que el Padre Salvador había sido una de tantas víctimas como el oleaje del mundo había arrojado náufraga á las tristes pero seguras playas del convento, habiendo jugado en su juventud un importantísimo papel en ese barullo de mentiras que llaman «*sociedad*.» Que luego desengañado al ver la realidad del mundo, había huído á refugiarse dentro de una abadía, en la que tranquilo y feliz vivió hasta que la libertad le arrojó del claustro, robándole la que tenía de vivir como quisiera. Entonces estuvo bastante tiempo en Madrid, donde llegó á tener un confesionario tan extenso, que á él acudían todos los *casos graves* que sucedían en los palacios y los que tenían lugar en los más miserables tugurios. Porque así como no hay ningún fraile que sirva mejor para cocinero que el que ha sido cocinero antes de fraile, así nadie podía examinar las graves cuestiones que á su juicio se sometían, mejor que Fray Salvador,

al que muchas de ellas le habían personal y directamente sucedido.

Mas vino el fraile á caer en la cuenta de que las cosas que todos los días escuchaba, lejos de cumplir el primero de los objetos con que huyó al convento, cual era el de olvidarlo todo, no hacían sino volver á abrir heridas que el aire silencioso y puro del claustro habían cicatrizado con gran trabajo. Convencido de esto, repartió las conciencias que á su cargo tenía entre los confesores que mejor le parecieron, y salió de Madrid hundiéndose en Estarra, pueblo que por su pequeñez y aislamiento se prestaba más que ninguno á poder llevar en él la vida ascética y solitaria que deseaba el exclaustro monje.

Mas el Obispo de la diócesis no consintió que varón tan útil estuviese ocioso, y nombróle cura párroco de Santa Inés, dos años antes de que la guerra civil comenzase.

Este Padre Salvador era queridísimo en Cristierna, donde tenía tantos amigos como conocidos, y es auténtico que conocía á todo el pueblo.

La noche de la tormenta, de las pocas ventanas de casas que se veían iluminadas al través de los cristales, era la ventanilla del despacho ó estudio del Padre Salvador una de ellas: y sobre todo, cuando todas se apagaron, la del fraile fué la única que siguió luciendo, hasta mucho después de media noche. Al dar las doce, cerró el infolio en que estudiaba, y comenzó el paseo por su sala que todos los días por espacio de una hora y antes de acostarse tenía por costumbre dar.

Poseía una fisonomía eminentemente simpática y atractiva: escasos y blancos cabellos, frente espaciosa, nariz aguileña y ojos hundidos, vivos y pequeños. Ayunos y meditaciones no habían sido suficientes á amarillarle una sola de sus dulces facciones; únicamente la continua lectura le había hundido los ojos un tanto. Todo su aspecto era severo y triste á primera vista; mas observándole bien, se descubría bajo aquella superficial tristeza la alegría sencilla y plena de una conciencia muy tranquila. Cuando el anciano (pues por la época en que aparece tendría ya sus setenta años) dirigía sus

ojos al cielo, parecía que divisaba al través de las nubes la patria del eterno reposo: y apenas un disgusto le amargaba por un momento el alma, turbando su dicha, miraba al cielo, y al punto se tranquilizaba de nuevo, como si hubiera visto que todo lo que en la tierra le ocurría era muy pequeño ante lo que en el cielo le aguardaba. Tumultos ó quietud, penas ó dichas de la vida, eran para él errantes piedras que caían en las tranquilas aguas de su conciencia, agitándolas un segundo, y yéndose al fondo imposibilitadas de volver á subir á alborotar lo que tan quieto se estaba. Todo lo que ocurría de bueno y de malo, parecía á Fray Salvador lo que al peregrino el tenue humo de la aldea, donde apenas durmió una noche, visto desde la cumbre de la sierra que se lo va á ocultar para siempre; un recuerdo, un tropiezo del camino que lenta, pero seguramente recorría con su cruz, sin más ligamento al mundo, sin más pasión ni cariño que la que enseña el Evangelio: amor al prójimo.

El paseo iba á terminar: Fray Salvador miró su reloj, y vió que marcaba la una.

Ya dirigía sus pasos hacia la alcoba donde tenía su camilla de fraile, es decir, compuesta sólo de unas tablas y un jergón, cuando vino á sobresaltarle un golpe que dieron á la puerta de la calle...

Detúvose al momento, y sin que la más ligera arruga turbara la tranquilidad de su cara, abrió los vidrios de la ventana, y miró quién á aquella hora pudiera llamar.

—¿Quién es?—preguntó afable, pugnando por divisar y reconocer el bulto negro que se recostaba en la puerta.

—Yo, padre—le contestaron.

—¿Jaime?—dijo de nuevo Fray Salvador.

—Jaime, sí—se oyó decir entre las sombras.

Y apartándose de la ventana, el fraile cogió una llave que del clavo de una pililla estaba pendiente, y echándola á la calle, dijo:

—Ahí va: toma la llave, y sube.

Con esto entornó las maderas de la ventana, y colocándose frente á la puerta de la escalera, aguardó cruzado de brazos al que entró al poco rato.

—¡Jaime!... ¡Hijo mío!—dijo tendiendo ambas manos al Mosén.

Y Jaime, agitado, convulso, tartamudeando por la misma prisa que de hablar tenía, se arrojó en sus brazos.

—Siéntate, siéntate. ¿Qué sucede?... Grave debe ser cuando vienes á estas horas...—le dijo Fray Salvador, conduciéndole á una silla que junto á su antiguo sillón de baqueta había.

El ceño que el Mosén traía era horrible: la arruga que fruncía su entrecejo, más que arruga era una grieta en la frente.

—Por Dios, Jaime: sosiégate ante todo: vienes empapado en agua...

—¿Agua, ó sangre?—preguntó lívido el cabecilla.

—Calma, calma: ¿cuándo dejaré de repetirte que calmes tu espíritu?...

—Imposible, padre.

—¿Imposible?... No digas tontunas: tu mismo talento te dice interiormente que has dicho un disparate.

—No, padre; es una verdad... Oiga V...

—Ante todo—le interrumpió el anciano,—díme cómo has venido. Hoy ha corrido por Cristierna la noticia de que habías sido derrotado, y hasta muerto... ¿Es cierto que la suerte te ha sido adversa?...

—No, nada es verdad... Ahora diré á V. en pocas palabras lo que en estos días ha sido de mí...

—Habla, hijo, habla... No te desesperes... Piensa que con la ayuda de Dios todo tiene remedio en el mundo.

—Padre, esto no.

—¿Dudas de Dios?... Ahora creo que no te pasa nada; que el conflicto en que te ves es cosa que tú sólo puedes arreglar... A ser grande el peligro, ya acudirías á Dios...

—Ante todo, padre... la hora en que he venido no puede ser peor... Pero mi asunto urge: si V. no me dice lo que he de hacer, mi cabeza va á saltarme en mil pedazos; arden dentro de ella las pasiones más encontradas, las más opuestas; en mi espíritu batallan el bien y el mal... No podía resistir ya el estado de mi ánimo, y salí de casa en dirección

de ésta... buscando consuelo, buscando á V... Cuando ví que aún tenía V. luz encendida, me decidí á llamar... V. iba á acostarse... V. tendrá que descansar...

—Yo no tengo nada que hacer, sino oírte á ti... Habla, cuenta todo lo que quieras...

—Gracias, padre... Pues bien: V. sabe de memoria todos los sucesos de mi vida; mejor dicho, casi todos... Yo sabe usted que he sido el producto de una maldición. Jamás hombre alguno ha visto caer sobre sí las desgracias que sobre mí han llovido; soy una víctima de la fatalidad. Hace un momento he estado á punto de convertirme en un vil asesino... en un cobarde traidor... La tempestad de hoy del cielo, no ha sido sino un remedo de la espantosa por que ha pasado mi conciencia... Y V. que posee el raro don de acallarlas, de amansarlas y deshacerlas... que es V. bueno... que le llaman santo...

—¡Chist!... Jaime, calla—interrumpió el viejo fraile con expresión de disgusto.—Esos son milagros que hace Dios, y no el vaso de barro que es sólo su instrumento, y que después de servirle, *Él* rompe el día que le es ya inútil... Procedamos con orden. ¿Qué has hecho en estos días?

—Padre... en los ocho días que he faltado de aquí, me han sucedido muchas cosas... Ante todo, sepa V. que el día siguiente de nuestra partida, tomamos por asalto á Zadorra... Que yo aquella noche quedé casi enterrado en un montón de escombros; que pasé la noche solo... y en la madrugada me recogieron unos soldados nuestros que buscaban heridos entre las ruinas... El enemigo había huído; le hemos estado persiguiendo, y hemos ido hasta más allá de Estarra... Pero, Padre, la noche que pasé al raso oí una conversación que confirmó las horribles sospechas que tenía... Y en cuanto pude abandonar la columna sin peligro ninguno para ella, he venido y he adquirido la certeza de lo que antes no eran sino suposiciones. Padre; el hombre que he jurado matar, el asesino de mi madre, duerme sosegadamente en mi mismo lecho... Es el herido que tengo recogido en casa. Las mismas sábanas que han oído mis propósitos de venganza, abrigan ahora su brutal indiferencia; porque no tiene ni un re-

mordimiento; ¡tan infame es!... Y cual si fuera poca amargura, como si fuera poco veneno para mí... el asesino de mi madre... se llama Augusto Monpavón; es decir, es hijo de aquel Monpavón que hizo arrastrar el cadáver de mi querido padre... después de mandarlo fusilar... ¡Padre, Padre!... me arde la frente como si dentro de ella hubiese un horno... ¡He jurado matarlo!... ¡Lo tengo en casa!... ¿Qué hago?...

Con la temblona y alterada voz de Jaime contrastó la reposada respuesta de Fray Salvador.

—Muy sencillo—dijo.—¿Lo has jurado?... ¿Y no sabes qué hacer?... No tienes más remedio que acudir al gran consultor de las cosas graves: al Catecismo. Él nos enseña, mejor dicho, te enseña á ti ahora lo que debes hacer.

—¿El qué?...

—Dolerte de haber jurado, y no cumplir el juramento.

—¡Padre!—exclamó con desesperación Jaime.—Para que yo hiciera eso, sería necesario que tuviese un alma como la de V. Si yo llevara á cabo ese acto sublime, sería un santo.

—No, hijo mío; no serías sino un cristiano que cumplía la ley santa de Dios.

—¡Oh!... ¡No! ¡No es posible!

—¿Que no es posible?... ¿Y por qué?... ¿Lo has matado ya?...

—No.

—¿Vas á volver á tu casa, ahora, para matarlo?...

Jaime Parolla no contestó nada. Temblaba víctima de una horrible convulsión...

—¡Padre... no puedo, no puedo!... Sabe V. mi historia; no ignora V. mi carácter... Yo olvido todas las afrentas; yo lo olvido todo... porque he olvidado el amor que por Cristina tenía, y el que olvida el infame escarnio que aquella liviana y fementida mujer hizo á un amor puro y ardiente como el mío, lo olvida ya todo... He olvidado la deshonra de mi hermana, más que nada, porque ignoro quién fué el cobarde ladrón que la llevó á cabo... Todo lo olvido, todo lo... perdono. Lo que no puedo hacer, es dejar de oír la voz de mi padre, que desde la sepultura me grita sin cesar: ¡Véngame!... Y he de vengarle, Padre.

—¿Has de vengarle?... Pues marcha; de nada te sirvo yo entonces; ¿á qué has venido aquí?...

—¿Lo pregunta V., Padre?... Vengo á que V. me dé una idea, á que V. me diga qué debo hacer, á que V. me salve de estas crisis que corro... ¡No me abandone!... ¡Sáqueme del abismo en que he caído!... ¡Por Dios y de rodillas se lo pidol... Pero póngase también en mi caso, recapacite un instante sólo la razón y el derecho que de mi parte tengo, y dígame si no es justo que muera, ó yo, porque no sirvo para vengar á mis difuntos padres, ó él, porque sirvo para ello. Apesar de la lluvia, despreciando el temporal, he venido á caballo desde el campamento con verdadera sed de muerte... Al día siguiente de albergar á Augusto Monpavón, supe ya, por casualidad, su verdadero nombre; pero Sedini, con la mejor intención del mundo, y conociéndome como me conoce, fraguó un plan por el que el herido cambiara de apellido y se llamara Julio Alvarez... yo fuí engañado; pero el mismo Dios se empeña en que lo sepa, y lo he sabido, oyéndolo en el campo de batalla como la primera vez... Más que correr he volado, hasta llegar al borde de mi cama á contemplar qué tranquilo dormía en ella el asesino de mi familia... ¡Y, Padre, lo confieso!... Un puñal ha temblado en mi mano derecha, y mi izquierda ha levantado las ropas de la cama para hundírselo en ese vaso de ponzoña que tendrá por corazón, como todos los suyos... Y no me he atrevido, porque dormía... porque he considerado una traición el matarle sin antes decirle... *¡Marcha al infierno; tu vida no es tuya; es de mi padre que me la pide desde la eternidad!*... Y al fin morirá—concluyó dando á su frase una tétrica expresión de seguridad.

—¡Jaime! ¡Jaime!... ¡Desgraciado!... Mira allí—y el anciano señalaba con el dedo á un crucifijo que sobre la mesa había.—*Ese no nos enseñó á matar. Ese amó y bendijo á los que le escupieron en el rostro y le arrancaron la vida en los tormentos de la cruz...*

—¡No puedo!...—murmuraba Jaime horrorizado.—*Ese fué un Dios; yo soy un hombre...*

—Pues imita á Dios. Ese herido que tienes en tu casa, es

el huésped de la caridad; aun suponiendo que sea el que tú dices...

—No—dijo Jaime.—No hay que suponer nada; me consta que se llama Augusto Monpavón.

—¿Y qué?... ¿No encuentras en él un asesino?... ¿Y no te es repugnante?... Pues tan repugnante serás para mí si te igualas á él, por arrancarle la vida... Vida que nadie te pide. Esas voces que crees escuchar, son alucinaciones que el demonio te hace concebir con el objeto de perderte. Tu padre, caso de gritarte algo desde la eternidad, te gritaría: ¡Perdona! ¡Perdona! Que el reino eterno es de los que olvidan las ofensas. Además, tú no sabes si verdaderamente está arrepentido de su crimen. ¿Quién te dice que al saber eres quien eres, no se prosternará ante ti para implorar tu piedad?... Y si te la pidiese, ¿se la negarías?... No; no puedo creer que te aferraras en el rencor... ¡Y si lo hicieses!...

Fray Salvador se puso rápidamente en pie, y con el brazo extendido hacia el cielo, continuó:

—Si lo hicieses, Jaime, si le negaras tu piedad, el Señor le perdonaría por ti, y el réprobo serías tú, no él. ¡Quién sabe si á estas horas, arrepentido de su delito, estudia el modo de reparar el daño hecho!... ¡Tal vez llora con lágrimas de sangre!... Mientras tú blasfemas injurias al Dios del perdón, al Dios que en el Gólgota olvidó dolores de su martirio por pedir clemencia á su padre... para sus verdugos. ¡Perdona, si quieres ser perdonado!... ¡La justicia divina no duerme; no se equivoca ni falta nunca, como la humana!... Fía en ella... ¡Cuánto pesará el día de tu muerte en el platillo del bien, la abnegación que en este instante tengas!...

—Entonces, padre...

Y el Mosén quedó indeciso; lo que iba á decir no lo sentía su alma. Teniendo como tenía horror profundo á la mentira, prefirió enmudecer, y que el Padre Salvador hablase.

—Hijo mío—añadió éste en tono de cariñosa reprensión y volviéndose á sentar.—Ahora voy yo á mi vez á hacerte una pregunta: ¿A qué venías á consultarme?... ¿Pudiste jamás creer que había yo de autorizar tu criminoso proyecto?... Entonces, ¿por qué te extrañas de que hable así?... Eres como

uno que vino cierta vez á confesarse conmigo, de que trataba de suicidarse al día siguiente, y quería que la muerte le cogiese en plena gracia de Dios. Vienes á decirme que vas á matar á un semejante tuyo, con el...

—No, Padre—dijo Jaime, á quien se le saltaban ya las lágrimas.—Yo vine á que V. me salvara... Pero un último favor le pido; con su santa palabra me ha hecho que desista de mi delito proyectado... ¿Por qué no tiene igual poder para tranquilizar del todo mi agitado y turbulento espíritu?...

—Porque—le contestó el fraile con severidad admirable—no he podido conseguir llevar tu inteligencia á Dios. Piensa en Dios, y verás qué pronto lo olvidas todo... Esta noche—dijo Fray Salvador haciendo aún más dulce el tono de su voz—la pasarás ya aquí. Nada más que un sofá puedo ofrecerte, pero te lo ofrezco con toda mi alma... Acéptalo y duerme; descansa y reza... estos son los bálsamos que necesitas para curarte esa enfermedad de odio que germina en tu alma, noble y buena. Mañana por la mañana yo mismo te acompañaré á tu casa, y le veremos á él... veremos al que mató á tus padres... y le cuidarás con más empeño que si fuese un hermano tuyo á quien adorases... Y cuando cure y salga de tu casa, olvídale; que Dios en la otra vida estimará en cuanto vale lo que hagas... ¿Has entendido? ¿Estás conforme? No aliente jamás tu corazón el sucio sentimiento de la venganza; por vengarse de Dios hace el demonio todo lo que hace en el mundo. Conque... lo dicho. A descansar; y mañana cuando salga el sol saludale diciendo: *Lo he perdonado*. ¡Y verás como la tierra y el cielo te sonríen!... Es tan agradable el perdonar, que creo que lo único que ha de consolar al Sér Supremo de las ingratitudes de los hombres, ha de ser el placer de perdonárselas y abrir á todos su manto de misericordia infinita.

—¿Es decir—exclamó Jaime con acento sombrío,—que tiene que vivir?...

—Sí; la misma Providencia, al llevarle casualmente á tu casa, te enseña que en ella no debe tener ningún peligro.

—Quédame entonces el único consuelo de si le veo en el campo de batalla, cuando sano vuelva á combatir, preferir

su pecho á otro cualquiera en los disparos que haga.

—No, Jaime, no—repuso vivamente Fray Salvador alcanzando el horrible sentido de la frase de Jaime.—La guerra es un castigo de Dios á sus pueblos: ya que tu conciencia te obliga á pelear en un bando, hazlo siempre contra la entidad *enemigo*, pues si al causar la muerte á alguno lo hicieses intencionalmente, y por rencores personales, sería un asesinato como el que se comete en despoblado, un crimen como... el que ibas á cometer esta noche.

El Mosén calló: sentíase abrumado ante las palabras de Fray Salvador. Sus pasiones eran de las que sólo relampagueando suenan. Sin vicios, sin ansia de gozar, porque el goce no era para su alma abrasada por el padecer, era afable, bueno y humilde con todos cuantos le trataban; guardando sólo allá en lo más recóndito del pecho, como un avaro su tesoro, un odio tenaz, inextinguible, sediento de salir y convertirse en obras, contra todo lo que llevara el apellido Monpavón. Entregado por completo á los asuntos de la guerra, lo hacía únicamente por ahuyentar de sí la misantropía que le devoraba la vida. Creíase por algunos que era un fanático, cuando, si bien consideraba la causa carlista como la gran causa, estaba sobre las armas porque el más horrible descalabro era un placer, comparado con las vigiliás en que, solo, hablando consigo mismo, entregado á sus meditaciones, convertía el día en víspera de ajusticiado; y el lecho del reposo, en Gethsemaní de agonía.

Hacía ya mucho tiempo que Fray Salvador era como el ángel custodio del pobre Mosén. Una simpatía inmensa le unía con el valiente cabecilla, á quien había cobrado un amor de padre. Es que la desgracia une muchos corazones, y el de Fray Salvador había en su juventud sido también horriblemente lacerado con profundas heridas.

Además sabía de las penas y desdichas que afligían á Jaime, más de una que el Mosén ignoraba, y que el escrupuloso Sedini, bajo secreto de confesión, le había revelado. Por eso cuando el hermano de María de la Paz relataba sus amarguras, el fraile enternecido le miraba con dolor, murmurando para sí: *¡Pues si supieras que aún hay más!...*

Había, pues, entre el alma del fraile y la del Mosén una armonía como la del protector y el protegido: como la de árboles gemelos nacidos en valle cortado por hondo barranco, que reúnen sus raíces en fraternal abrazo; y de ellos uno, situado al borde del precipicio, tiene el tronco y las ramas de un verde sombrío inclinado sobre el abismo que á todas horas amenaza tragarlo; y el otro cubierto, frondoso, vetusto y seguro, extiende sus ramos hacia el aire y el sol... Así aquellas dos almas, hermosas en la esencia, se balanceaban, la una triste al borde del infierno, la otra mirando al cielo. Y como de los dos árboles impide el más firme que el otro se despeñe, así Fray Salvador tenía de su mano á Jaime Parolla; sin soltarlo, pero también sin que pudiera conseguir que subiera á tierra firme.

Y esto no hay que olvidarlo.

Cualquier descuido del fraile, haría despeñarse al cabecilla.

CAPÍTULO XV

EL OCTAVO

Amaneció Dios, y vertióse sobre la tierra un torrente de luz. Respirábase en el ambiente esa pureza de aire que es subsiguiente á las tempestades. Y el día, perfumado y limpio de cielo, fué uno de los más hermosos de aquel verano.

El doctor Sedini, que había ido muy temprano á casa del Mosén sumamente alarmado con las noticias que la tarde anterior adquiriera en casa de la oficiosa D.^a Obdulia, decía pasmado á la Caspia:

—¿Qué es lo que me dices, mujer?...

—Lo que V. oye, Sr. Sedini.

—¿De suerte, que vino anoche?...

—Sí, señor.

—Pues vendría mojadísimo, porque la tormenta fué grande. ¿A qué hora llegó?...

—Cabalmente concluían de dar las doce, cuando sonó el aldabón de la puerta... Salí á abrir, y era él...

—Vendría á caballo.

—Sí, señor.

—¿Y por qué se marchó en seguida?... ¿Dónde fué?...

—No sé decir nada. Instaló el caballo en la cuadra, subió á su cuarto, donde no sé qué hizo, pues ni de ropa ni de calzado se mudó, y luego...

—Luego que...

—Que bajó á ver al herido...

—¡Bajó á la alcoba!... ¿Y qué?... Sigue...

—Allí estuvo cerca de una hora, lo único que pude ver fué que se paseaba muy agitado al rededor de la cama... Luego se envolvió en el impermeable, y salió de casa.

—¿Y aún no ha vuelto?...

—No señor.

—Es raro cuanto me dices. Pero, en fin; más vale todo esto que no lo que ayer me comunicaron en casa del notario... Nada menos que estaba derrotado y muerto ó prisionero... qué sé yo cuántas cosas... Vaya, entraremos á ver qué tal ha pasado la noche el señor capitán.

Y esto diciendo, entró en la alcoba, donde ya despierto y sentado en el lecho, estaba Augusto Monpavón.

—Adiós, enfermo...—dijo Sedini.

—Hola, doctor...—respondió Augusto.

—¿Qué tal la noche?..

—Regular.

—Y la tormenta, ¿no ha hecho doler algo más de lo regular las heridas?

—Sí; algo me he resentido.

—Es natural; todas las nubes eléctricas tienen esa propiedad. Y cuando las heridas son recientes como las de V., mejor... es decir, peor para el que tiene que aguantarlo. Yo también me he resentido algo del costado... un poco de reuma, que es un exactísimo barómetro que con puntualidad admirable me anuncia los cambios de tiempo. Ahora le mudaré á V. los vendajes, y veremos qué tal va la cicatrización... Lo que estará V., de seguro, es cansado de tanta cama. Pero no hay remedio. Estas cosas son algo largas. Dentro de un rato podrá V. levantarse un poco; no como el otro día sublevándose contra mis prescripciones, sino con autoridad facultativa.

Sentóse el locuaz Sedini; y según costumbre, sacó la petaca, de ella un cigarro, y una vez encendido, oyó decir á Augusto:

—Amigo, ¿sabe V. lo que me es más sensible?...

—Usted dirá.

—Pues este aburrimiento en que yazgo noche y día. Comprendo que sus ocupaciones de V. no le consienten estar clavado á mi cabecera para darme conversación. María de la Paz... ha huído de esta casa... Estoy solo siempre...

—Si por conversación es, yo pudiera traerle á V. aquí (y lo haré si tiene empeño) una familia modelo en no cesar de hablar un instante. Me refiero á la de D. Fidel Barrera, notario por oposición de Cristierna, que cuenta con cinco individuos á quienes se designa con el nombre de *los Barreras* y cuya especialidad consiste en hablar veinticuatro horas sobre la cuestión más baladí que se plantee.

—Eso me molestaría más que nada.

—Pues entonces... A no ser que lo que V. quiera sean libros. Y en ese caso, la biblioteca de mi amigo el Mosén no creo que contenga ninguna obra de su agrado... *El Catecismo de perseverancia*, del Abate Gaume; *La imitación de Cristo*, del Padre Tomás de Kempis; *El año cristiano*, de... Cortezo; y en obras grandes, las de Fray Luis de Granada, las de Santa Teresa, las de Santo Tomás...

—¡Selecta biblioteca!...—dijo sonriendo Monpavón.

—Algo mejor que otras—repuso Sedini.—Yo también tengo muchos libros, pero es en Madrid; aquí en Cristierna sólo pudiera dejarle obras de Medicina, Tratados de Cirugía, Estudios terapéuticos de Llord... Y esto no creo que sea nada agradable para V., que sólo querrá distracción fútil: es decir, para pasar el tiempo; novelas, no tengo; á excepción de una pequeñita que se llama *La lámpara del santuario* y que debe andar entre mis papeles. Es corta, pero muy linda. La escribí Wisemán. A cambio de esta falta de libros, puedo ofrecer á usted periódicos; y entre ellos éste que acabo de recibir de Madrid—dijo desdoblado uno que sacó del bolsillo.—Es de hace veintidos días; pero nada tiene de extraño este entorpecimiento en las comunicaciones, dado el estado del país. Gracias que ha llegado...

—¿Qué periódico es?—preguntó Augusto.

—Es *La Verdad*...

—No conozco ningún periódico que sea *La Verdad*—dijo

Augusto.—Bien que defenderá las ideas ultramontanas, y esos yo no los leo nunca.

—Es un término medio—le contestó el médico.—Es muy moderado en sus opiniones.

—De todos modos, démelo—expresó Monpavón alargando la mano.—Por él sabremos lo que ocurría en Madrid hace veintidos días. Algo es algo...

Y cogiendo el impreso, pasó su vista por encima muy ligeramente, diciendo al dejarlo de nuevo:

—Bien; luego lo leeré.

Por una coincidencia misteriosa, ambos querían hablar del mismo asunto. Sedini recordaba lo que María de la Paz le había dicho respecto á su conversación con Augusto. Este quería hablar de cualquier cosa con tal que el fundamento del diálogo fuese María. Y es que cuando se quiere á una persona, parece que se goza con solo pronunciar su nombre.

Oportuna causa parecióle á Sedini para entablar conversación el ver entre las ropas de la cama unas flores ajadas y casi sin hojas.

—¿Quién le ha traído á V. esas flores?...

—Nadie—respondió Augusto.

—Pues entonces...

—Las he cogido yo... son del jarrón.

—¿Se ha levantado V. por ellas?...

—No—contestó cortado Monpavón.

—Pues ellas no habrán venido solas. ¿Además, ha sido usted capaz de quitar unas flores á la virgen?...

—Son de las que trajo María entre sus manos—dijo Augusto.

Y Sedini, afrontando resueltamente la cuestión, comenzó á decir sonriéndose:

—Por lo visto V. continúa pensando en esta joven. Le aplaudo el gusto, y encuentro en esa afición una gran base para la obra que hay que reparar. Después de todo, entre tanta mujer como anda suelta por el mundo, ninguna como María es tan á propósito para hacer la felicidad de un hombre. De buena, puede que como ella no la haya; y de guapa... me parece que no hay más que pedir. ¡Mire V. que tiene unos

ojos!... Pues son un pobrísimo espejo de su alma... Nada, nada, Sr. Monpavón, lo que debe V. hacer es modificar sus ideas; por lo menos, suavizarlas un poco, y luego con mucha prudencia, con tacto exquisito, ir ganando en confianza y cariño con esta familia todo el terreno que tiene de antemano perdido con los rencores, y si no rencores, diferencias que la fatalidad ha puesto entre VV.

Augusto oía al médico con religioso silencio: estaba materialmente colgado de sus palabras.

—Obstáculo grande es—continuaba el doctor—lo antitético y distinto del modo de pensar que VV. tienen; pero eso fácilmente tendría remedio si V. se resolviera á no armar discusiones en materias políticas. Y en cuanto á la religión, ¿puede saberse, Sr. D. Augusto, qué daño le ha hecho la religión para que la tenga ese odio que la profesa?... Porque no debo ocultar á V. que me causa gran tristeza ver á un hombre de tan claro talento como el que V. tiene, entregado de lleno á la clerofobia... Y V. no perdona momento para mostrarse descreído; posee el vocabulario completo de la irreligiosidad, es V. un doctor del indiferentismo ateo...

—Basta, basta de piropos—le interrumpió Augusto.

—No; ni son piropos, ni insultos: es lo que es V., traducido en palabras. ¡Cuántas veces no me ha repetido V. que no creía en Dios!... Y añadía que no creía en nada.

—He dicho—manifestó Augusto—que creo todo lo que mi razón me dice que es verdad; lo que mi razón no admite como posible, lo desmiento.

—¿Es decir, que erige V. su razón en un poder absoluto y superior aun para juzgar los más innegables axiomas?... Menester es que esté V. muy convencido de la potencia de su razón para que diga eso. ¡Bueno andaría el mundo si á todas las cuestiones se las sometiera á la misma teoría! Eso de erigir la razón humana en Supremo Tribunal, cuyas decisiones sean inapelables é indiscutibles para el individuo razonador, nos llevaría en dos meses de práctica al estado salvaje del comienzo de los tiempos. Si V. para vivir necesitara la aquiescencia razonable de todos los hombres, uno por uno, tendría la vida pendiente de un hilo. Pero no me extraña eso

que V. dice. Va V. con las corrientes del siglo; una de las cuales, es negar las verdades absolutas y universales para ponerlo todo en tela de juicio. Así va resultando todo: la criminalidad aumenta en tales proporciones, que asusta; la cuestión social se presenta cada día más aterradora, y es por eso; porque así como del libre examen del Evangelio han surgido tantas religiones como sectarios, del libre examen social van saliendo tantos criminales como libre-pensadores absolutos.

—Dígame V. una cosa, amigo Sedini—exclamó Augusto Monpavón.

—Usted dirá.

—Y si todo eso que V. refiere es cierto, si el mundo camina á la ruina, al abismo, ¿por qué Dios no lo impide?... ¿Dónde está su justicia y su Providencia?...

—¡Bah!...—contestó el médico.—La Providencia dirige desde muy arriba el desenvolvimiento de la civilización humana por leyes eternas, y no por las lucubraciones insulsas de media docena de mentecatos que hoy se llaman filósofos, como pudieran llamarse apóstoles ó profetas. ¿Quieren ustedes nada menos que Dios les ayudara en esa tarea que traen, de meterse en camisa de once varas, inmiscuirse donde no les llaman, hablar de todo lo que ignoran, negar verdades por sentar sofismas, y sobre todo insultar á Dios, de quien tienen una especie de lástima porque no les consulta sobre los designios de su eterna sabiduría, ó porque les veda penetrar en los secretos de lo alto respecto del gobierno del mundo?... ¡Qué tontería! Mas no hablemos de esto, porque V. se exalta fácilmente, y uno de mis mayores disgustos es reñir con V. batallas de ningún género. Venía á proponer á V. si quería levantarse; hace un día magnífico, gracias á la tormenta de ayer, y en mi concepto no le vendría mal un paseíto. Para que el programa le sea más agradable, le anuncio que no hablaremos más que de María. ¿Acepta V.?...

—Aceptado—contestó Augusto.

—Pues yo mismo he de ayudarle á que se vista—dijo el amable doctor, levantándose de la silla en que estaba sentado y dando al herido su ropa.

Y lentamente, con frecuentes descansos, con precauciones acertadísimas, Augusto se fué vistiendo.

Mientras tanto, decía Sedini:

—Y aún no he contado á V. la buena noticia que sé respecto de su cuñado de V... ¡digo!... del dueño de esta casa...

Augusto sonrió de un modo extraño, y preguntó:

—¿Pues?...

—Imagínese V., amigo mío, que ayer por Cristierna corrieron voces de que el Mosén había muerto, y no sólo no ha muerto, sino que ha venido anoche...

—¡Hombre!...

—Sí, señor; y para mí, su venida sería rara y revestiría todos los caracteres de intempestiva, á no ser mañana día del Corpus y saber perfectamente que Jaime no ha venido sino para asistir á la procesión. Porque no sé si he dicho á usted que la fiesta de mañana es solemnísimá y digna de verse. Por eso le hago á V. levantarse hoy un ratito, para que lleve á cabo un experimento ó ensayo de fuerzas... para ver la procesión.

Augusto, una vez vestido, se apoyó en dos bastones de caya que Sedini le había proporcionado, y sintiendo cómo se le iba á un lado y otro la cabeza, víctima de un mareo, naturalísimo en quien hacía tantos días no se había puesto en pie, anduvo algunos pasos hasta salir de la alcoba.

Tenía todo el aspecto del convaleciente; el cabello y la barba en revuelta y desordenada confusión; la cara pálida, demacrada, ojerosa; los ojos lánguidos, caídos, como si los párpados fuesen de plomo; los labios secos, lacios y separados, y sobre todo la frente surcada de arrugas en mil distintas direcciones, como las vías de las mil ideas que culebrecaban en su cerebro. Porque Augusto era entonces un mártir, víctima de las preocupaciones de su inteligencia; el amor que cada día más ciego brotaba en su alma, con la lozanía que las plantas en las tierras primerizas; la brutal deuda en que estaba con María de la Paz; el imposible que había entre los dos; la fatalidad de los rencores de sus familias; el odio justo del Mosén á todos los Monpavón; los favores que le debía por haberle salvado la vida... Y de otro lado, la situación espe-

cial de él mismo; las exageraciones de Jaime, dignas de parangonarse con las suyas; el embrollo de Sedini, con su Julio Alvarez...

Por todo esto, al andar lo hacía como aturdido, y cual agoviado con el peso de tanta y tanta idea como llevaba en su cabeza.

—¿Salimos?—preguntó el médico cuando hubo visto á Augusto en disposición de ello.

—Andando—fué respondido.

Y cogidos del brazo, formando un interesante grupo, en que la juventud debilitada por sus desvaríos tenía que apoyarse en la experimentada vejez, salieron de la casa y respiraron gozosos el ambiente puro y claro de una tan hermosa mañana como la que hacía.

A los pocos pasos que hubieron andado, Sedini se paró, no sabemos si asombrado ó indeciso.

Su gastada vista no le consentía saber de un modo cierto si lo que miraba era verdad.

—¿Es aquel el Mosén?—preguntó á Augusto, señalándole con el índice al final de la calle.

—¿Cuál?—dijo á su vez Monpavón.

—¿No vienen por allí dos hombres?...

—Sí—contestó Monpavón.—Vienen el Mosén y un cura.

—¿Está V. seguro de ello?...

—Sí, señor.

Y en efecto, avanzando hacia la casa de Jaime Parolla, venían éste y Fray Salvador.

Las dos parejas, que al divisarse se habían detenido sólo un instante, volvieron á caminar hasta encontrarse y ponerse frente á frente.

El momento fué solemne y digno de estudiarse. Porque todos cuatro temblaron interiormente por distintas causas que, sin embargo, revestían el mismo fundamento. El doctor Sedini llamó con todo fervor á los santos protectores suyos para que le tuvieran sobre aviso en lo que en aquel encuentro pudiera ocurrir, y miraba alternativamente á su enfermo, á su confesor y al Mosén. Augusto, fiel á la palabra que diera á Sedini de ser prudente en circunstancias como aquella, apeló á mi-

rar al cielo brillante y azul como nunca. El antiguo fraile y entonces párroco de Santa Inés, no abandonaba el brazo de su pupilo, y éste, es decir, Jaime, venía con la vista baja, porque tenía, sin duda, miedo de encontrar y chocar sus ojos con los del que no era ya un cadáver, gracias á la intervención y consejos del cura.

Saludáronse; pero fué un saludo el que se hicieron de despedida de duelo, triste, seco y en voz baja pronunciado, y las palabras escasas que sonaron luego fueron tan cortas, tan medidas, que á la legua podía notarse lo forzadas que eran. El doctor y el párroco no cesaban de cambiar entre sí miradas de conocimiento; como dos domadores encerrados en una jaula con dos fieras se preguntan la seguridad que cada uno pueda tener en cada una.

Sedini creyó oportuno presentar á Fray Salvador; y así tomando la palabra, dijo á Augusto:

—Sr. D. Julio Alvarez, tengo el honor de presentar á usted al párroco dignísimo de Santa Inés de Cristierna...

Al oír decir *Julio Alvarez*, el Mosén hizo un movimiento extraño, sonrió de un modo triste y movió negativamente la cabeza; pero el anciano cura le miró, recordándole algo que quizás el Mosén hubiese prometido, y el cabecilla humilló la frente y juntó la barba al pecho, como sometiéndose sin condición alguna.

Augusto respondió á su presentación dando la mano á Fray Salvador; y luego de esto sucedióse un corto rato de silencio; muy corto, porque Sedini, para quien la conversación era una segunda vida, tomó la palabra y dijo inmediatamente:

—¿Dónde van VV.?... Nosotros vamos á dar una vueltecita por el pueblo; la mañana es deliciosa; casi no se siente el calor, y el sol no molesta nada... ¿Ustedes iban á casa?... Allí ha quedado sola la Caspia...

—¿Van VV. á pasar por la carrera?—preguntó el cura.

—Ciertamente que no habíamos pensado en ello—dijo Sedini.—Pero iremos.

—Vayan con Dios entonces. ¿Este señor se encuentra ya mejorado?...

—Sí... bastante—contestó con débil voz Augusto.

—Me alegro, y que continúe siendo así.

Y haciendo una cuádruple reverencia, se separaron el fraile y el cabecilla, y Sedini y Monpavón.

Estos dos últimos se dirigieron á *la carrera*, nombre que en todas partes se da al sitio por donde ha de pasar una procesión ó ha de tener lugar una revista.

El pueblo entero se hallaba entregado á los preparativos de la magnífica función del Corpus; aquel año doblemente solemne porque acompañarían á la procesión todas las fuerzas carlistas que acuartelaban en Cristierna. Desde la puerta de la iglesia se extendía por las principales calles una capa de arena fina y blanda que igualaba y hacía mullidos los altibajos de los arroyos. Sendos montones de romero y tomillo silvestres, puestos de trecho en trecho, perfumaban el ambiente con los aromas de la montaña, ya al pasar alguna caballería que los desparramaba, ya al ser hollados sus manojos por algún profano pie. Mientras tanto, era rara la casa en cuyo balcón no se sacudiera bien el antiguo tapiz que había de servir de colgadura, ó la flamante falda de vistosos colores cuyo estreno se reservaba para tan gran día. Y no era extraño ver en algunos portales altares improvisados con colchas y mantones en medio de los que una imagen desaparecía entre un bosque de velas que se alzaban enhiestas en relucientes candelabros prestados para el caso por toda la vecindad.

Sedini y Monpavón revistaron todos los preparativos, y cerca del medio día regresaron á su casa.

Por la tarde, las campanas de las tres iglesias parecía se habían propuesto dejar sordos á los de Cristierna; tal era el furor incesante con que repicaban alborozadamente á vísperas.

Y en medio de aquel aire embriagador por los perfumes del tomillo, y ruidoso por el voltear de las campanas, vibraron las últimas lumbres del sol que con majestad sublime se hundió en las montañas del horizonte, prendiendo mil hogueras en el cielo y extendiendo por la tierra cual si fuera el humo de estas, sombras oscuras que iban borrando en el negro de la noche cuanto tocaban.

Aquella noche Sedini y el Mosén tuvieron una larga conferencia, en que no se sabe lo que hablaron.

Sólo al final de ella, al despedirse uno de otro para el día siguiente, cambiaron estas palabras:

—Se me olvidaba decir á V., amigo Jaime, que mañana pienso llevar á casa de D.^a Obdulia, á D. Julio.

—¿Qué D. Julio?—preguntó el Mosén.

—Pues nuestro herido, D. Julio Alvarez.

—¡Ah, Sedini!... ¡qué pronto ha olvidado V. lo que dice el Evangelio... y el octavo mandamiento!

—¿Yo?...

—Sí, señor. ¿No sabe V. que si la salvación del mundo entero dependiera de una mentira, no debiera ésta decirse?...

—¿Y qué?

—Pues que á casa del notario llevará V. á... D. Augusto Monpavón.

Y Sedini quedó sorprendido, estupefacto, recapacitando sobre lo que oía. ¡El Mosén no ignoraba el nombre del herido!... ¡Y le veía tranquilo!... ¡Y no le había matado, como todos temían!...

Su penetración le dijo en seguida que la llave de aquel secreto la debía tener Fray Salvador, y ansioso de saber lo que hubiese ocurrido, salió de casa de Jaime y se dirigió á la del venerable cura párroco de la iglesia de Santa Inés.

CAPÍTULO XVI

LA PROCESIÓN

Y el día del Corpus amaneció radiante y espléndido, como para coadyuvar á la brillantez de la cristiana fiesta. Las campanas aturdían los oídos con sus volteos. Toda la mañana estuvieron llegando tropas al pueblo, pues la grandeza del día había hecho firmar una tregua tácita entre los dos ejércitos; y hombres y mujeres se contoneaban camino del templo, luciendo orgullosos los, como vulgarmente se dice, trapitos de cristianar.

Era una hermosísima y apacible mañana en que aquellos valles, hechos de común á las pesadas nieblas, parecían haber vestido el traje de luz y de colores con que se engalanan las tierras andaluzas. Y el calor del sol, lejos de molestar, no hacía sino enardecer los sentidos y abrir los poros de la piel á los perfumes del día, de igual modo que despertaba en la inteligencia el entusiasmo para contemplar las maravillas de la procesión.

Todas las ventanas lucían desde muy temprano grandes colgaduras de damasco, tapiz ó modesta percalina; en las cuales abundaba el género colcha de novios, dichoso tapamento siempre destinado á ver las mejores cosas. Cohetes voladores reventaban en el aire á cientos y á docenas, y bestiales chupinazos hacían estremecer al pueblo todo, con la

fuerza de sus detonaciones. Ni había un hueco desocupado, ni en la calle se podía echar un alfiler: tal y tan grande era el agolpamiento que reinaba, lo mismo en los balcones, que en las azoteas y tejados.

Grupos de oficiales carlistas estaban de trecho en trecho con sus individuos apoyados en los sables corvos ó rectos, como dispuestos á volver al campo de la muerte, una vez presenciado el paso del Santísimo. Y migueletes y lanceros formados de cinco en cinco pasos, indicaban como jalones de un camino la carrera de la procesión.

La misa mayor debió ser solemne. Todos los que á ella asistieron hacían mil elogios del lujo que la parroquia de Santa Inés había desplegado, en todos y cada uno de los infinitos detalles que enriquecen y avaloran la misa de tal día. Solamente D.^a Obdulia, la esposa del notario D. Fidel, había calificado de mal gusto al mantelillo del altar mayor; de largo y sobradamente largo al sermón panegírico, y de horriblemente caluroso el día y el templo, y un notición que el doctor Sedini le había dado la anterior noche: que el militar herido que el Mosén tenía en su casa iría á ver el paso de la comitiva religiosa á uno de sus balcones. Nada menos.

Y como el herido tuviera en Cristierna esa popularidad que dañ á un individuo las conjeturas curiosas que sobre su persona se hacen, no hay por qué decir lo que alborotaría á la notaria el tal anuncio. Además, Sedini, sin darse cuenta de ello, el primer día que curó á Augusto cuando aún ignoraba lo que Paz anegada en lágrimas le denunció, había dicho en casa de D. Fidel que el herido era un ateazo, libre pensador y republicanote de tomo y lomo. Y cuando luego quiso recoger velas, elogiando algunas buenas cualidades que Augusto tenía, le fué ya tarde, pues la calenturienta imaginación de D.^a Obdulia, más propicia á pensar mal que bien, había ya fabricado en su pensamiento todo un modelo de hombre odioso y antipático por sus ideas, imposible de rectificar al cincel endemoniado de la esposa del hombre de fe.

Y aquí de la discusión y del estudio, no ya de la familia, sino de la tertulia toda, acerca del modo y manera con que

se había de recibir al Sr. Monpavón: sujeto hubo que estudió ante un espejo la reverencia fría y diplomática que haría al liberal artillero. Después de un amplio debate, cuyos turnos consumió casi sola la locuaz D.^a Obdulia, se adoptó un plan que votado por unanimidad se acordó como fin de tanto y tanto hablar: se convino en recibirle, no ya sólo con la finura y distinción con que en aquella casa se acogía á toda persona de alguna clase, sino con el aditamento de cortesía á que obligaba el ser la nueva visita un enemigo, herido y amparado bajo el pabellón de la hospitalidad cristiana.

Tal fin, no dejaba de honrar al notario y demás decididores de tan grave asunso.

Las once no habrían aún dado, cuando en casa del Mosén se presentó el doctor Sedini, ataviado y compuesto de punta en blanco, con la camisa reluciente y limpia, la levita flameante y el pecho adornado con la cruz de San Juan de Jerusalem, la de Beneficencia de segunda clase, y la encomienda de Carlos III.

—Sr. Monpavón—dijo saludando á Augusto.—¿Se encuentra V. en disposición de levantarse?... Porque si lo desea, puede V. vestirse y venir conmigo á ver la procesión. Tengo unos amigos en la plaza, y allí desde un balcón, sentado en una silla, sin molestia de ningún género, verá V. el gusto con que estos montañeses, tan agrestes al parecer, celebran y conmemoran la institución Eucarística.

Ante esta proposición, ya enunciada el día anterior, Augusto asintió, y ayudado por el médico, se vistió con toda la presteza que le fué posible.

Como el día precedente, salieron á la calle cogidos del brazo y en amistoso é interesante coloquio.

—Diga V.—preguntaba Augusto,—¿irá María en la procesión?...

—Írá—respondió Sedini.—Pero de eso estará V. mejor enterado que yo, porque esta noche María de la Paz no ha dormido ya en mi casa... Como vino su hermano... ¿No han hablado VV. nada?...

—Nada—dijo Augusto.—Mientras V. no viene á verme, nadie se acerca á mí en la casa donde estoy...

—Es menester que considere V. la fuerza que el Mosen se hace al tenerle en su casa... Y gracias... gracias... que no sabe lo de María... Porque como ya me parece que he dicho á V., Jaime sabe la deshonra de su hermana, pero no sabe quién fué el autor de ella... Y ya que hablamos de esto, quisiera que me explicase V. cuáles son sus proyectos respecto de la huérfana. Sr. Monpavón, es necesario, ante todo, ser hombre de honor. Si esta palabra significa algo para V., no me negará V. que tiene una obligación moral de casarse á todo trance con María.

—¿Obligación?—preguntó Augusto.

—Sí, señor, sí; una obligación imposible de rehuir, si es que, como ya digo, se tiene V. por hombre de honor. Además, no es sólo ella la víctima de aquel instante de ofuscación que V. tuvo... Hay otra.

—¡Otra!...—interrogó admirado Augusto.

Y no dejando á Augusto recapacitar sobre las palabras de Sedini, las campanas de Santa Inés comenzaron un nuevo repique, más alborotador aún que los anteriores; nuevos cohetes volaron y crugieron en el aire; oyéronse toques de corneta demandando atención, y el bullicio de las calles aumentó en confusión y discordancia.

Aquel jubiloso estrépito, aquel animado y solemne espectáculo de la gente agolpada por toda la carrera, los cantos religiosos que lejanos comenzaron á sonar, toda aquella vida y aquel movimiento distrajeron á Augusto tan por completo, que no volvió á acordarse en todo el día de la otra víctima á que Sedini aludió en su discurso. Impresionado bruscamente, irguió la cabeza y miró á todos lados como buscando aire de vida y salud á su corazón que se ahogaba en el intrincado laberinto de sus disquisiciones y sus pensamientos.

Por consejo del médico aceleraron el paso para llegar á la plaza antes que la procesión, y á fuerza de empujones y codazos, consiguieron acogerse en el portal de casa del notario.

Una vez allí, subieron las escaleras que conducían al piso principal, encontrándose en el descansillo de ella al ilustre iniciado en los secretos de la causa carlista, D. Fidel Barre-

ra, que comenzaba á poner en práctica el primero de los acuerdos adoptados en la discusión del recibimiento que había de hacerse á Monpavón.

La presentación de Sedini fué expresiva; la cortesía del notario digna de aplauso y loa, y la prudencia de Augusto, una pincelada de buen sentido en su carácter agrio.

El mismo D. Fidel presentó luego á Augusto... primero á su mujer, después á su hija, más tarde á toda la tertulia. Y como el murmullo de gente de la plaza aumentase cada vez más, y entre él pudiera distinguirse repetida y clara la frase de, «¡Ya viene!...» «¡Ya está ahí!...» el notario instaló á Augusto en el balcón principal, produciendo en el gentío alguna extrañeza el ver allí asomado junto á tan gran personaje como era D. Fidel, á un sujeto, portador del uniforme del Gobierno.

La plaza estaba llena de bote en bote; los vistosos colores de los vestidos del pueblo y las rojas boínas, hacíanla semejar un parque de flores en que predominasen las amapolas... y por medio de él, el tránsito cuidado y limpio de la procesión, cubierto de ramas de tomillo, la senda perfumada de algún Rey victorioso de la antigüedad.

Al poco, por una de las bocacalles de la plaza, asomó un piquete de caballería repartiendo coces y empujones que apotonaban la gente más aún de lo que ya estaba, y detrás de él un vistoso conjunto, no muy ordenado, de pendones y estandartes, músicas y campanillas, cofradías y hermandades, santos y vírgenes, luces, banderas, monaguillos, clero y el Ayuntamiento en masa de Cristierna, con todos sus individuos de capa larga y negra, broche metálico y disforme, ancho vuelo, más abundoso aún por el contoneo de los ediles vascongados... en medio de los que, elevado al empíreo de la majestad, con un sombrero de copa secular ya en la historia, iba el alcalde, serio y formal, con toda la formalidad de quien en tan solemne momento representaba la persona augusta del Monarca.

De pronto un fuerte murmullo circuló por todos lados. Eran las andas del cuadro tradicional que asomaban ya entre la comitiva.

El notario D. Fidel explicó á Monpavón lo que su pintura quería representar.

—¿Ve V.—le decía, señalando al cuadro,—un jinete ricamente vestido, con el caballo metido hasta los hijares en las aguas de aquel río?... ¿Y no ve V. cómo arroja á la corriente aquel historiado pergamino, mientras el pueblo le aplaude con frenesí?... Pues significa con aquella ceremonia, que mientras tanto el pergamino, contrariando la corriente del río, no vuelva al mismo sitio donde fué arrojado, los fueros de las Provincias Vascongadas serán un hecho; es decir, no los quitará nadie.

—Ya...—dijo Augusto sonriendo.—Es entonces una metáfora política, como aquella religiosa, que dice que más fácil es que un camello penetre por el ojo de una aguja, que el que un rico se salve y vaya al cielo...

—Sí, señor—dijo D. Fidel.

—¡Pues es un consuelo para VV. los que tienen algún dinero!...—exclamó Augusto.

Y la procesión, cada vez más brillante de luces y cada vez más envuelta entre nubes de incienso, avanzó llenando la plaza. Siguieron pasando pendones, presidentes de hermandades con sus cetros y sacerdotes con velas, hasta que en medio de un torrente de acordes músicos que degollaban la marcha real, se oyó el repique brillante, como de timbres de cristal, de varias campanillas; aumentó la perfumada humareda, y entre sus ondas azules fulguró el dorado trono del Señor llevado á hombros por ocho robustos clérigos que, sudando y jadeantes, hacían frecuentísimas paradas para descansar de las veinte arrobas que pesaban las andas.

Hincáronse todas las rodillas en tierra, descubriéronse todas las cabezas, brillaron al sol las bayonetas de las tropas, cinco ó seis músicas entonaron la marcha de los Reyes de la tierra saludando al del cielo; los cánticos religiosos enredaban sus acordes con los de las charangas, y entre aquel remolino de incienso y armonías, pasó el Sacramento y desapareció de la plaza.

Seguían luego el palio y el clero de capa, ocupando el lugar de preferencia el venerable Fray Salvador, y marchaban

detrás numerosas comisiones del ejército presididas por el Mosén, que abstraído y con la vista baja, andaba como una máquina á quien todo lo que le rodeaba le fuese indiferente.

Cerrando el séquito venían tropas y tropas hasta un número inconcebible en los fastos procesionales de Cristierna, pues no bajaría aquella retaguardia de carlistas de muy cerca de seis mil hombres.

Cuando hubieron terminado de pasar, la gente comenzó á evacuar sus posiciones, y la que desde los balcones y ventanas había presenciado el desfile entró dentro de las casas, donde por lo común hubo una escena parecida á la que tuvo lugar en casa de D. Fidel Barrera.

En efecto; todos los tertulios y amigos invadieron la sala, siendo objeto de atención preferente el convaleciente Augusto Monpavón, que por su parte andaba un tanto pensativo y triste á causa de no haber podido conseguir el ver á María. D.^a Obdulia, que había desaparecido por unos instantes, volvió á exhibirse seguida de tres criadas portadoras, la primera de dulces, bizcochos y pastas en abundante cantidad, la segunda de una bandeja con jícaras de chocolate, mitad con leche y mitad con agua, y vasos de sangría con esponjados y rollos de canela la tercera... y última.

Sedini estaba en su elemento; repartía chocolate á las señoras con tal servicialidad, que admiraba á todos; y cuando á todos hubo servido, marchó junto á Augusto y le preguntó:

—¿Qué le ha parecido á V. la procesión?... Creo que nada más puede pedirse... ¡Qué lujo! ¡Qué solemne!... ¿Se ha fijado V. en las andas en que iba Nuestro Señor?...

—Sí...—dijo Augusto.

—Son de plata sobredorada—continuó el médico.—Y pesan cerca de veinte arrobas.

—Es lo menos que puede pesar un Dios—sonrió Augusto con burla.

—¡Pero hombre!... ¿Cuándo dejará V. de ser majadero?... ¿A qué viene ahora ese chiste?... Está visto que V. sólo tiene juicio cuando se trata de la hermosura de María de la Paz... ¿La ha visto V.?

—No.

—Pues yo sí... Iba alumbrando...

Y dando media vuelta le dejó solo.

La notaria, que ardía en deseos de hablar con Augusto, se llegó á él y le dijo:

—Muy macilento y apesadumbrado está el Sr. Monpavón. Estas festividades religiosas dan tristeza cuando no se pasan al lado de la familia... ¿Tiene V. la suya en Madrid?...

—Sí, señora...

—¿Y no ha tenido V. carta?...

—No... Aún no.

—¡Oh!... Si no se puede estar aquí. Yo estoy con el alma en un hilo. No sé cómo á VV. los hombres les gusta la guerra. Es lo que dice Fidel... *Estas cosas debieran todas arreglarse por la vía diplomática...* Pero, no señor: dale con que todo lo han de arreglar los tiros y las balas. Jamás me cansaré de aplaudir la prudencia de Fidel al alistarse en el elemento civil del partido.

—¡Ah! ¿Su marido de V. es carlista?...

—¡Pues no faltaba más! Pobre de él como no lo fuera. Se cartea con el Rey...

—¡Hola!

—Sí, señor... ¿Pero no ha tomado V. nada?—dijo volviéndose hacia las ya destrozadas bandejas.—Es menester que se regocije con nosotros...

Y agarrando con sus huesudos dedos un par de acaramelladas yemas, las ofreció á Augusto añadiendo:

—Estas son una especialidad del pueblo, que no quiero que deje V. de probar. Yo no las tomo, porque producen dolor de muelas. ¿Quiere V. agua?... Aquí lo que se bebe es sangría... un excelente refresco. ¿Qué mira V.? ¿A la plaza?... Ahí en medio estuvo V. tendido y tenido por muerto el día de la batalla de la ermita... ¡Qué horror!... ¡Querían matarlo á V.!... ¡A bien que la Providencia apareció á salvarle en la persona de su amigo Parolla... Toda una buena persona: tiene algunos defectos; pero para eso es hombre: si fuera perfecto, sería Dios... Y luego es un infeliz; todos le engañan...

—¿Que le engañan?—preguntó con interés Augusto.

—Completamente. Y los que se llaman sus mejores ami-

gos... y aun sus parientes cercanos... pero muy cercanos...
¡Oh, es una infamia!

—¡Señora!... ¿Y quién es capaz?...

—Comprenderá V. que no todo lo que se sabe puede decirse...

—Mas, tengo entendido—expresó Augusto,—que el Mo-sén no se trata con nadie. ¿Cómo, pues, es posible eso?... Va á hacer cerca de quince días que vivo en su casa, y no he visto en ella más sino á mi amigo Sedini y á...

—¿A quién?

—A la Caspia... la criada...

—¡Ah!... la bruja. Esa es una vieja de malísima fama en el pueblo. Toda su vida ha sido tercera en cuantos amores de contrabando ha habido en Cristierna.

—¿Sí?... pero ahora...

—Ahora—añadió con diabólica sonrisa la chismosa,—ahora lo es más que nunca. Es un verdadero escándalo lo que está pasando...

—¡Oh!... dígame V. lo que sepa.

—No puedo añadir una palabra más. Bástele á V. saber lo que le he dicho.

—No me deje V. ahora con la curiosidad.

—Me es imposible, y lo siento. ¡Tantas cosas hay que callar en el mundo!... Sin embargo, voy á tomarme la libertad de darle un consejo...

Y como Augusto Monpavón callara esperando el consejo de D.^a Obdulia, ésta añadió con sigilo y como si midiese las palabras:

—Mi consejo es que tenga V. mucho cuidado con los Parollas... y sobre todo y ante todo, con... (aquí bajó aún más la voz) con Sedini.

—¡Señora!

—¡Chist!... que nos está mirando. Disimule, disimule usted.

—Pero... ¿Sedini?... ¿y por qué?...

—¡Chist!... es un... Ahí donde V. le ve es un hipócrita... Y... en fin, me callo.

—Acabe V.

—Es que me estoy metiendo donde no me llaman y temo enojarle á V.

—De ningún modo.

—Además, no me gusta ser chismosa. Es una cosa que odio de todo corazón.

—Bien, pero eso es Sedini... ¿Y los Parollas? No son más que el Mosén y María... El Mosén...

—Es el menos malo de todos—interrumpió la notaria.

—Pues María no creo que...

—¡La mosquita muerta!... El Mosén es un fanfarrón que se cree que no hay en el mundo nadie más que él. Tiene un orgullo insoportable. Es atroz... Pero en fin, todo lo paso. Lo que no me es posible pasar por alto, es lo de la hermana...

—¿Lo de la hermana?—exclamó Augusto con el rostro alterado.

—Sí señor; lo de María. Esa Mariquita tan bonita y que se confiesa, y que reza, y que tiene fama de ser tan buena... Pero en fin, repito que me meto donde no me llaman. Voy á ver á estos señores.

D.^a Obdulia se marchaba, pero Monpavón la agarró por el brazo y la dijo con vehemencia:

—No señora; ahora no se separa V. de mí sin que yo sepa todo lo que V. sabe.

—¡Oh! ¡Cómo se ha puesto V.!... ¡qué pálido!... ¿le interesa á V. María?...

—No sé si me interesa ó no. Lo que sé es que tiene V. que hablar... y para ello, se lo suplico, se lo exijo si es necesario... ¡Por Dios! diga V... continúe... María...

—Es que sentiría en el alma molestar á V. lo más mínimo... mucho más si María le gusta á V... y tenía algún plan en proyecto y... respecto á ella...

—Hable V., hable V.

—Y después de todo, lo que yo sé no es con certeza... son cosas que se dicen en el pueblo, y que pudieran no ser.

—Pues eso, lo que se diga...

—Es que si V. quiere á María, yo no puedo abrir la boca.

—Yo no quiero á nadie.

—¿Sí?... Pues entonces no quiera V. tampoco á María... No es digna de ello.

—¡Señora!... ¿quiere V. acabar de martirizarme?

—Repito que no sé más que conjeturas. ¿Da V. palabra de honor de no decir á nadie lo que yo le cuente ahora?...

—Sí.

—Entonces empiezo. Pues Sr. Monpavón: ha de saber usted que por ahí se dice que la Mariquita y Sedini están... casados sin más bendición que la del demonio.

—¡Mentira! ¡Mentira!—dijo Augusto acometido de un súbito estremecimiento.—Eso es imposible, señora mía. A usted la han engañado. Ha sido V. víctima de la más torpe de las calumnias.

—¿Se incomoda V.? Ya decía yo que V. estaba enamorado de ella. Y no me extraña, es lo más llamativa y lo más coqueta...

—Yo no estoy enamorado de ella—exclamó Augusto confuso y temblando por lo que acababa de escuchar.—Mas para que eso se afirme, es preciso que existan pruebas... Usted debe tenerlas cuando así habla.

—A mí me lo han asegurado personas que son incapaces de mentir. Y sobre todo, no parece sino que alguien ignora lo de casa del médico.

—¿Lo de casa del médico? ¿Pues qué pasa?

—Sr. Monpavón, no exija V. nada más de mí. Me parece que para ser la primera vez que he tenido el honor de hablarle... no le he dado mala prueba de verdadera amistad.

—Sí, pero creeré que es V. sólo eco de enemigos de María si no me prueba...

—Vamos á ver—replicó ya D.^a Obdulia algo ofendida.—No le ha extrañado á V. que siempre que el Mosén sale de Cristierna vaya la Mariquita á vivir con Sedini?

—Eso es...

—Eso es, todo lo que V. quiera, sí señor, pero ¿y cuando el Mosén está en su casa?... ¿A qué sale todas las noches á eso de las once y media?... En los pueblo cada ventana vale por seis ojos, y las paredes escuchan, y los tejados... ¡Como si no se supiera que D.^a Mariquita va á casa del médico!...

¡Y todas las noches!... ¡Y con gran secreto!... Y si no fuera porque V. me creyera á mí una habladora... le diría...

—¡Señora, acabe V. con mil demonios!

—Pues le diría... que Sedini es soltero, y que se susurra que tiene un niño en su casa... Y basta, basta... que ya es hora de que su penetración de V. le diga lo que la prudencia me veda á mí que explane...

Y retiróse dando una vuelta rápida y alejándose con la misma satisfacción que la víbora después de haber mordido y dejado su veneno.

No hay por qué explicar cómo quedó Augusto. Revolviéndosele los ojos en las órbitas, le abrasaba la frente, y un instante hubo en que le pareció que sus heridas volvían á abrirse, que el corazón se le desgarraba... En aquella su cabeza, negativa de todas las verdades, había concebido una sola vez á la virtud: la había amado... él, enemigo declarado de los tronos, había implantado uno magnífico en su alma para María: había jurado adorarla como á Dios, ¡más que á él!... porque Augusto no creía en el del cielo... Y luego resultaba que su ídolo, aquel arquetipo de virtud que su imaginación había creado, era solo... la manceba de un infame.

Sedini le era ya un sér repugnante, un hipócrita que hablaba del honor... como si lo tuviera. ¡Pero ella! ¡María de la Paz!...

A un supremo esfuerzo, á una violenta llamada á sus energías todas, debió el no caer desplomado al suelo, deshecho por lo que acababa de oír... Y por otra parte, cuando pensaba en lo que había hecho con María... la disculpaba y la daba la razón. Y era justo en medio de lo horrible de sus ideas. El que da el primer empujón en la pendiente del abismo, es el responsable de la víctima que cae á estrellarse en el fondo; no ella que rueda fatalmente por la ley de la gravedad...

Y el cerebro de Augusto era angosto canal por donde, como en una inundación, rodaban entre fango, légamo y despojos todas las ilusiones que sólo una vez en la vida concibió, y la realidad le puso al tanto de que eran ilusiones tan mentirosas como todas las que admiten que en el mundo hay algo bueno. Miró luego á su alrededor, y cuando vió el son-

riente gesto de Sedini al conversar con otro viejo, tuvo que cerrar los ojos para no ver tanta hipocresía: vió en D.^a Obdulia á la envidia y la murmuración; en el notario el orgullo; en su hija y un militar que estrechamente pegados uno junto á otro hablaban, pisándose el pie y dándose el codo, como hambrientos de tocarse, á la lujuria encubierta, y hasta el cielo azul que manchaban blancas nubes le pareció que mentía, dando seguro el buen tiempo cuando tal vez entre la inmensidad de su bóveda guardaba horribles tempestades.

Y entonces sonrió: la incredulidad de que siempre hizo alarde estaba confirmada con los hechos, y se tranquilizó, y escupió para remojar su seca boca, lamentando no haber podido cubrir con su gargajo al universo entero.

Y cuando Sedini, afanoso y contento, se dirigió á él para preguntarle si quería irse ya, le respondió:

—Cuando V. guste, amigo mío.

Y se despidieron de todos; y el notario aseguró á Augusto que había tomado posesión de su casa; y salieron de ella, Augusto encogiéndose de hombros, riendo sin saber por qué, y Sedini atribuyendo su contento al excelente rato que le había proporcionado con llevarle á la mansión *modesta, pero honrada*, de D. Fidel Barrera.

Anduvieron por las calles concurridísimas de gente que volvía de ver la entrada de la procesión en la iglesia, y oyeron cómo estallaban aislados los cohetes sobrantes y cómo poco á poco las campanas iban guardando silencio y dejando que imperase en las calles de Cristierna el rumor de las muchedumbres cuando están de fiesta, los ecos de lejanos cantores que volvían á sus caseríos y algún que otro pito que á la puerta de una taberna marcase el compás de una danza en que alegres tomaban parte las muchachas del pueblo y los soldados.

Y el día hermoso, la tarde espléndida.

—¡Qué hermoso aire se respira en estas provincias!—decía entusiasmado el doctor Sedini, llevando á Augusto á remolque de su brazo.

Y tenía razón. Es la maledicencia el único miasma pestilente que vicia el aire puro y sano de los pueblos.

CAPITULO XVII

APARIENCIAS

No habrá faltado lector que encuentre violento y fuera de verosimilitud el odio implacable, el ensañamiento viperino con que D.^o Obdulia habló á Augusto de personas tan dignas, al parecer, como el Mosén y su hermana, y sobre todo del médico Sedini. Extrañeza que desaparecerá recordando que los Barreras no podían ver con buenos ojos al cabecilla que vino á sustituir en el cargo de General en jefe de las tropas á aquel célebre Corceraga que ya sabemos hizo el amor á la hija pequeña de D. Fidel, y más que nada, un hecho, repetidísimo fenómeno en casa del notario.

Es de saber que éste se tenía por el hombre más importante dentro de la causa carlista, no ya en el pueblo, sino en toda la provincia. Su continua correspondencia con el Rey; el estar iniciado en los más graves secretos; repetidísimas pruebas de confianza por parte de los grandes hombres cortesanos del Monarca, le habían hecho sumirse en una atmósfera de suficiencia política, y elevarse á tal empíreo de fatuidad, que ¡ay del que al llegar al pueblo, siquiera fuese el mismo D. Carlos, no hiciese la primera visita al ilustre D. Fidel Perea, Corceraga y otros caudillos habían convertido la mansión notarial en cuartel general de noticias, órdenes y hasta municiones... Vino el Mosén, y su carácter áspero le hizo faltar á la con-

sabida visita de reconocimiento: como el secreto en que vivía se prestaba también á inventar las más absurdas fábulas, la mordaz D.^a Obdulia encontró ancho campo donde vengar la desatención y la grosería del nuevo cabecilla, y así, inquirió, husmeó y adivinó toda su vida particular, hasta que sumando conjeturas, urdió hábilmente toda la historia que contó á Augusto, y que su tertulia estaba fatigada de saber. No sin que sea necesario declarar en atenuación de la envidiosa notaria, que la parte que se refería á los amores de Sedini con María de la Paz, amores absurdos para cualquier persona de buen sentido, dadas la edad del médico y la virtud de la huérfana, la creía D.^a Obdulia á pies juntillos, como vulgarmente se dice, y con ella, todo su cóncave de amigos. Y no es extraño; que si en buenas reglas de arquitectura no es posible edificar sobre un grano de arena una torre, esle fácil al que sea prestidigitador fingir que el grano sea grano y la torre torre, y hacer el mismo efecto. Y D.^a Obdulia era una prestidigitadora capaz de edificar sobre el hecho más insignificante la más horrenda de las historias.

Sedini y Monpavón llegaron á entrar en casa de Jaime.

Iba Monpavón del modo más lastimoso que concebirse puede: parecía, encorvado y cabizbajo, un preso al que el peso de las cadenas y los grillos abrumasen é hiciesen doblar el cuerpo á la fatiga.

Y Sedini, que tradujo este decaimiento por resultado de haber estado mucho tiempo en pie, le aconsejó que se acostase cuanto antes.

Sin hablar una palabra, con los ojos hundidos y movimientos de máquina, entró en su alcoba, se desnudó, ayudado siempre por el médico, y vino á quedar de nuevo en cama. Una vez de esta manera, rogó con razones corteses á Sedini le dejase solo, pues probablemente trataría de dormir, y el calumniado doctor, aceptando la indicación, salió de la estancia.

Era ya el anochecer cuando esto sucedía: la alcoba de Augusto se fué quedando á oscuras con esa lentitud y esa tristeza que tiene el morir de la luz.

Cuando nada se comenzaba á distinguir, empezó á ful-

gurar sus saltones destellos entre las tinieblas la espirante lamparilla que ardía frente á la virgen de yeso de la cómoda.

A su tenue brillo, los pensamientos de Augusto crecieron de tamaño y aumentaron en gravedad. Si el neófito siente exagerado entusiasmo por la nueva idea, Augusto, que jamás tuvo creencias, había acumulado en María de la Paz la adoración que debía á Dios, el cariño que negó á sus padres, el afecto que escatimaba á sus amigos... y esta adoración, este cariño y este afecto los veía premiados con el más horrible de los desencantos y la más espantosa de las desilusiones. Su amor, su único amor de la vida, y su quizás también único amigo, no eran sino dos amantes vulgares... Y no era una calumnia lo que D.^a Obdulia le había hecho saber: la seguridad con que afirmó que los amores del médico y la huérfana habían fructificado le daba una certeza que, en fuerza de ser tan cierta, le desesperaba y le hundía en angustioso estado.

A la ligera fiebre física que se apoderó de Augusto uniéndose aterradora y grande una calentura moral que le abrasaba. María... La que sin más mancha que la que él la dejara, y que estaba dispuesto á lavar, había anidado en su alma para siempre; la morena hermosa á cuyos labios parecían no habían tocado ningunos otros, era la gastada manceba, más hermosa cuanto más enfangada en su vicio... provocativa, coqueta, ávida de enterrar entre sus rellenos brazos otro amante. Aquel que estrechaba su mano fingiéndose amigo y aconsejándole amase á María, no era más que el hombre que hartado de sus besos quería fuese otro á gozar las delicias de que él estaba ahito. Y aquél hombre y aquella mujer le habían puesto reparos por sus creencias: y el médico le había hasta reprendido tomando la voz de la moralidad... ¡Qué hipocresía!...

Y como el huído de su patria vuelve á ella y la ama más por lo mismo que la abandonó, así Augusto, que había creído en algo, cuando vió la hermosura y la virtud de María de la Paz, convencido de que todo aquello era una mentira, volvió ansioso la desconsolada vista hacia el desierto yermo

de sus ideas, horrible, angustioso, fúnebre, pero verdad al fin. En el mundo no había más que imbéciles, tontos y perdidas, sólo unidos por el lazo sangriento de la carne.

Y en estos pensamientos trascurrieron lentas las horas; que hasta el tiempo se hace largo ó corto según como más contraría al individuo: y Augusto, sin poder pegar los párpados, insomne é inquieto, se revolvió entre las ropas de la cama, cual si las sábanas estuviesen tejidas de púas y puñales, y los colchones, en vez de ser de lana, estuviesen rellenos de enrolladas virutas de acero.

Oyó dar las diez á las campanas, que extinguieron su sonido entre los últimos ruidos de la fiesta; y cuando hubo pasado un gran rato, creyó percibir entre el silencio de tumba que le rodeaba, unas pisadas suaves y lentas, cual si el que las diera no quisiera hacer el más pequeño ruido. Pronto se distinguieron más claramente: alguien había entrado en la alcoba.

Augusto entornó los ojos fingiéndose dormido; notó una respiración muy cercana de su rostro, como si una persona le hubiese contemplado un momento... y cuando la sintió alejarse, entreabrió los párpados y vió á María de la Paz que echaba nuevo aceite en la moribunda lamparilla.

También mudó el agua de los floreros, y no bien hubo arreglado el pequeño altar, pisando de puntillas y sin producir el más leve rumor, volvió á salir de la alcoba.

Entonces vino á la memoria de Monpavón lo que D.^a Obdulia le había referido por la tarde: recordó que tal vez María de la Paz iría á unirse con su amante, el hipócrita viejo... y no obstante haberse jurado mil veces á sí mismo no volverse á ocupar del asunto, se inquietó poniéndose más nervioso y agitado de lo que ya estaba. Sintió cómo el corazón amaba aún á la manceba del médico, después de saber su infamia; y por más que su cerebro tiraba y tiraba de la imagen de María para sacarla del pecho y arrojarla al pudridero del olvido, la imagen de María, fuertemente asida al sitio del que ya nunca jamás se apartaría, permanecía enhiesta en el corazón, más fuerte que nunca, y haciendo comprender á Augusto que únicamente arrastrando piltrafas de su vida

saldría de su pecho. Que es el amor como esas plantas que entretejen sus raíces con tal fuerza, que al tratarlas de arrancar del suelo, no salen sino con toda la tierra misma en que están sembradas.

Pensó Augusto levantarse y convencerse por sí mismo del escandaloso amorío... Pero las fuerzas le faltaban. Pugnó y probó á sentarse en el lecho; á tirarse de él, siquiera para asomarse á la ventana... Y arrebujiándose en sábanas y mantas, consiguió ponerse en pie.

Fué asiéndose á las sillas, por las paredes, á la cómoda, y llegó á tocar las maderas de la ventana. Las abrió y miró á través de las vidrieras... Pero, ¡oh desdicha!... Aquella ventana no daba á la calle: daba á un huerto que se extendía detrás de la casa.

Y ya maldecía de aquel obstáculo, cuando lo que vió le convenció de que en vez de errar había acertado con el observatorio.

A la luz de una luna menguante, volcada, amarillenta y baja en el horizonte, vió una mujer con la cabeza envuelta entre unas tocas blancas, que corría por la mitad de un estrecho sendero, buscando la puerta que se distinguía al fin. Llegó á ella, y al volverse para cerrarla, Augusto lanzó un gemido de desesperación ahogado y triste: sintió un dolor en el corazón como si se lo hubiesen atravesado con una buída gumía... se le congeló la hirviente sangre en las moradas venas, y apartándose de su mal disimulada celosía, volvió tambaleándose y muy débil al desordenado lecho.

La mujer que alegre corría escapándose y buscando bestiales placeres, era María de la Paz.

La novela de la notaria era una historia.

Y es imposible pintar el mar de amargura que inundó al descreído Augusto. Miles de sombras, representativas cada una de una idea, bailaron ante él una horrible danza que le mareó y le hizo caer en el más espantoso de los delirios. Oía á los espíritus reirse brutalmente de su desilusión; y en aquel torbellino de siluetas, creyó que hasta el gran Cristo de talla que pendía de la pared cabecera se burlaba de su tristeza, como uno de tantos monstruos que, con la cara

contrariada por la risa, le escupían la mejilla por su necia credulidad.

Luego vió huir á todos, cual si estando hechos de humo los hubiese ahuyentado una racha de viento, y que en su lugar aparecía un venerable viejo que le brindaba con el remedio pronto de todos sus dolores. Era el suicidio; provocativo, incitante, deslumbrador; ofreciendo con la muerte un Jordán que lavara todas las dudas de aquel hombre, que no había creído más que en una cosa y había resultado una mentira; experimentando algo así como el desencanto que sufrirá el fanático árabe, que jamás creyó más que en Alláh, cuando atravesando los umbrales de la eternidad se convenza de que es falsa su creencia.

Encima de la cómoda dormía su revólver, ansioso de matar; contempló el siniestro brillo del bruñido cañón; enloquecía de placer al pensar cómo en menos de un segundo podía acabar todo para él, borrándose él mismo del número de los que vivían, y se palpó tembloroso el cráneo, como dando la última caricia á aquellos huesos que el plomo iba á hacer volar convertidos en astillas.

Pero una idea le hizo detenerse, cuando ciego y borracho de felicidad se dirigía ya hacia el revólver: la de que Sedini y su querida Paz quedasen impunes en el mundo, gozando de su crimen, hasta que una nueva víctima apareciese para tapar el baldón de María con el matrimonio. Y por más que la eternidad le atraía con la misma fuerza con que atrae todo abismo, al que no se ven límites ningunos, detúvose al borde de él, prometiendo arrojarse, sí, pero arrastrando en su caída á aquellos dos infames que en aquel momento estarían anegados en un diluvio de mutuos y ardorosos besos...

Con esta idea, volvió sobre sus mismos pasos, y saboreando todo lo horrible de sus negros pensamientos, se acostó, cansado de luchar consigo mismo.

Era un aplazamiento bien corto el que se imponía; al día siguiente, si era su deseo, podía concluir con aquellas tres existencias que tanto odiaba: la de María, la de su chocho amante y... la suya propia.

Y tranquilo y despreciando al mundo entero por sus mise-

rias y sus traiciones, cerró los ojos, entregándose al sueño con el mismo placer é igual delectación con que poco antes se iba á entregar en los brazos de la muerte. Y se durmió; pero tan profundamente, que ni su respiración se oía, ni su pecho se elevaba y descendía con el movimiento ordinario.

Parecía que, en efecto, había muerto.

CAPÍTULO XVIII

LOS AMORES DE MARÍA

—Te advierto, María, que tu hermano Jaime sabe de igual manera que nosotros que Augusto se llama Augusto Monpavón, y no Julio Alvarez.

—¿Lo sabe?

—Sí—prosiguió Sedini.—El por donde ha llegado á su noticia, lo ignoro por completo.

Y era tal la certidumbre en que estaban los que conocían muy á fondo al Mosén de que, sabedor él del verdadero nombre del herido, no podría contenerse y lo mataría, que en la frente de Paz brilló entonces una luz intensa de felicidad.

—Y ese milagro, chiquilla—siguió el médico,—es uno más que debemos á Fray Salvador. Él ha sido el autor del mutismo en que tu hermano está sumido. Podemos decir que Augusto vive porque Fray Salvador le ha comprado la vida á Jaime.

—Entonces...

—Entonces ¿qué?... Ya sé lo que me vas á decir. Que quien ha sido capaz de arreglar lo uno, arreglará lo otro... No lo niego. Augusto es un muchacho de excelente fondo: no tiene más que esas malditas ideas que no sé por quién le han sido enseñadas: por tanto, nada tendría de extraño que otro milagro de Fray Salvador... En fin, basta por hoy. Retí-

rate, y mañana será otro día. ¿Te ha gustado la procesión?... ¿Sí?... Ha estado brillante... Vaya, hasta mañana...

Y María salió del despacho del doctor y bajó á la estancia de la anciana Brites.

—¿Te vas ya, hija mía?—la preguntó el ama de llaves de Sedini.

—Sí—la contestó Paz.

Y se acercó alegre á una cuna, que tapaban sendas cortinas de gasa.

María las descubrió con sumo cuidado y sin hacer nada de ruido.

Asomó entonces, como la cabeza de un angelillo entre nubes, una carita redonda, de nariz chata, labios estrechos y rojos, mejillas arrebatadas; semejando un montoncillo de hojas de rosa en que las hubiese de distintos tonos. Era una masa de carne blanda y fina, que respiraba con suavidad, y que estaba cubierta de pequeñas gotas de sudor.

Al ver aquel niño dormido, hermoso como hijo de su madre, y sin padre legal, daba una tristeza ó parecida lástima á la que se tiene cuando se ve una flor nacida, no en jardín, sino entre las resquebrajas de las losas de un atrio: allí expuesta á que cualquiera la pise; nacida de errante semilla que en tan mal sitio se dejó caer.

María miró en silencio al fruto de sus entrañas, con esa borrachera de la madre, que hace de cada una, una loca por su hijo, y estampó en su frente un beso, lavándose los labios con la lengua, antes y después del beso: antes para que húmedos no rozaran nada el cutis blanco de Jesús; luego, para saborear el agri-dulce del sudor que empapaba sus facciones.

Y volvió á mirarle y á darle otro beso, hasta que el durmiente niño se rebulló, cual si algo hubiese sentido, y María separándose, le dejó dormir tranquilo, tornando á echar las cortinas de gasa de la cuna.

Después se despidió de la anciana, que la acompañó hasta la misma puerta, y soñando con venturas, salió á la calle y caminó por entre las sombras hacia su casa.

Al día siguiente, Augusto Monpavón y Jaime Parolla co-

mieron en la misma mesa, pues el primero ya se había levantado por consejo de Sedini.

Y no pasó desapercibida para María de la Paz, la profunda meditación en que su hermano y el capitán se hallaron sumidos, sin que ninguno de los dos hablase una palabra: ni tampoco las miradas estraviadas que Augusto le dirigía, no ciertamente las mismas que antes la echaba, y que desdecían de los ojos de un hombre que había jurado adorarla. Las miradas de Augusto, más que de amor, eran de reconcentrado odio.

Pero el enigma quedó sin descifrar: levantados los manteles, el Mosén y el herido se separaron haciéndose una ligera reverencia, y Paz quedó sola.

Aquella tarde entró la huérfana en la alcoba de Monpavón á preguntar si algo se le ofrecía, y su incertidumbre y su inquietud aumentaron sobremodo, al ver que con voz seca, mal disimulado ceño y acento triste, la respondió: «*nada.*»

En el laberinto de sus dudas, vino la noche, y con ella, á su debido tiempo, la hora en que, descansando todos, salía de la casa María de la Paz.

Augusto no se acostó aquella noche: antes por el contrario, estuvo paseando de un lado á otro, con la impaciencia mal reprimida de quien aguarda algo importante: y con el oído muy alerta, creyó percibir á la misma hora que la noche anterior la despedida de la infame.

Asomóse tras de los vidrios de su ventana, y por ellos vió la salida de María.

Entonces, decidido y pudiéramos asegurar que descompuerto, abandonó la alcoba, cruzó el pasillo, llegó á la puerta, y salió al huerto siguiendo los mismos pasos que Paz; procurando, sin embargo, no ser visto de nadie, y eligiendo por sendero aquellos trozos que ya la sombra de algún frondoso chopo ó ruinoso tapial, proyectaban sobre los puntos que una luna, no muy blanca, iluminaba de tenue claridad.

Eran más de las once. Perseguida y perseguidor caminaron, la una pensativa como siempre, y el otro preocupado como nunca. Más de tres veces en aquella misteriosa carrera, María se volvió asustada creyendo oír pasos de alguien; pero

Augusto sorteaba de tal modo los quicios de las puertas, iba tan diestramente eligiendo las mayores sombras, que Paz nada veía y proseguía caminando á casa de Sedini.

Al fin llegó: llamó con el aldabón, y la puerta, abriéndose, la dejó entrar, cerrándose luego.

Augusto se estremeció al ver tan plenamente confirmadas sus sospechas, y pensó sobre lo que hacer debía. Los balcones del cuarto principal transparentaban la luz de una lámpara, y de cuando en cuando los iluminados visillos se oscurecían, como si entre ellos y la luz se interpusiera algún cuerpo. Y como los eclipses aquellos fueran intermitentes, pero medidos y exactos como los destellos de un faro, Augusto dedujo que alguien se paseaba en la sala. También por las rendijas de la ventana del piso bajo se veía luz, y Monpavón decidió acercarse y mirar por ella si alguien estaba...

Peró en su mente bullía incesantemente un horrible proyecto, que tal vez denunciara el continuo acariciar de sus manos al revólver que pendía de su cinto. ¡Quién sabe si pensaba sorprender el abrazo del médico y su querida María, haciendo que además de sus brazos y sus bocas, se entremezclasen y confundiesen la sangre y los rotos miembros de los dos enamorados!..

Mientras tanto, flotantes nubes que venían del Norte corrían en dirección á las montañas, velando á ratos la luna, y haciendo que siempre que el astro quedaba descubierto, apareciese andando velozmente y como arrastrado por los vaporosos brazos blanquecinos, que gesticulando colosalmente en los altos cielos, imponían miedo á los que como Augusto vagaban con ánimo triste á aquella hora por lo más bajo de las miserias de la tierra.

Y el continuo variar del celaje era una inmensa reproducción del cerebro sombrío de Augusto, donde la razón se eclipsaba cada vez más, con nubes de sangre, como la luna se escondía entre nubes de blanco algodón.

El sordo monólogo del silencio de la noche abrumaba aún más al perplejo y aturdido Augusto.

—¡Es ella!—se decía tocándose el pecho con las manos para que las palpitations del corazón no se lo hiciesen saltar.

—¡Es ella!—repetía—que viene cínica y descaradamente á sepultarse en los brazos lascivos de un amor criminal... ¡Ah! ¿Por qué no la maté antes que entrara!... Hubiera robado al menos una noche de placer á la saturnal que vienen desarrollando... ¡Y tienen un hijo!...

Su estado era como el del que maldice de su inteligencia cuando no acierta á comprender prodigios y fenómenos intraducibles á la razón humana. Sentóse en una piedra al pie de la ventana, y meditó.

Nadie transitaba por la calle á aquellas horas: el silencio era profundo: sólo de cuando en cuando lo turbaban lejanos ladridos de perros, ó una racha de fino aire que moviendo el ramaje de los chopos, hacía sisear las hojas que reverberaban su envés á la luz dudosa y cada vez más triste de la luna.

Y como el huérfano recuerda con deleite los últimos momentos del amante padre que murió, así Augusto, huérfano de la dicha á que había llegado á unirse, llamaba entera la atención de su alma sobre los postreros instantes en que aún creía en el amor de María de la Paz. Y se regocijaba y olvidaba sus presentes amarguras, con el plácido recuerdo del tiempo en que, ignorante de su desdicha, entreveía una era de tranquilidad á su alborotado espíritu.

De pronto se puso en pie, como si por su cuerpo hubiese atravesado una chispa eléctrica. Y no fué chispa; fué una idea la que estallando y bañando de luz su negro pensar, le hizo llevar á cabo aquel movimiento repentino.

Una palabra del médico, que vino de pronto á su mente, trastornó por entero al desesperado Augusto. Acordóse de cuando Sedini, hablando con él de sus asuntos, le dijo: «*Y piense V. que no sólo María es la víctima: hay otra...*»

¿Aquella víctima á que se refería el doctor, qué podría significar?... ¿Por qué cuanto escuchó de los labios de D.^a Obdulia no había de ser una burda mentira que la envidia ó simplemente la maledicencia hubiesen fraguado?... ¡Qué rápida reacción de pensamientos hubo en su cerebro!... ¡Cómo caían convertidos en polvo todos los argumentos que á sí mismo se había hecho culpando á María de un crimen en que tal vez no tendría ni la más leve participación!... ¡Cómo enjugaban su

congoja dulces esperanzas!... ¡Cuál calmaban su fiebre las frescas auras de un aire puro... el de la respiración de Paz!...

¡Y aquella figura venerable de Sedini á quien de pensamiento había escupido y pisoteado, cómo se rehacía y se rehabilitaba á su equivocada vista!...

Poco pudo estar en tan lisonjeros raciocinios, pues sintió ruido dentro de la casa, y atisbando por la estrecha rendija, vió distinta y claramente á María de la Paz que hablaba con una anciana. Después vió que se despedía de ella, y suponiendo que saldría inmediatamente, dejó de mirar, y apartándose de la ventana se alejó un tanto.

Minutos después se abría la puerta de la casa, y salía por ella una sombra, que por lo airoso de su andar, denunciaba á la hermosa huérfana. Augusto se ocultó detrás de un corpulento chopo, y esperó á que María le llevase algunos pasos de ventaja. Y cuando ya era así, y el recodo de una calleja solitaria hizo desaparecer las iluminadas ventanas del doctor, Augusto avanzó resueltamente, y exclamó:

—¡Paz!... ¡Paz!...

La hermana del Mosén volvió la cabeza asustada.

Inquirió con la vista quién pudiera ser aquel hombre que corría tras de ella, y cuando á su mente vino el convencimiento de que era Monpavón, lanzó un ahogado grito de estupor, y quedó muda de asombro.

Quiso huir, y corrió velozmente... pero Augusto la alcanzó: trató Paz de luchar un instante con los brazos que la rodeaban el cuello: apartóse del hombre, y dijo:

—Déjeme V.... Por Dios...

—Has de venir conmigo—la decía Augusto temblando de emoción.

Y como la huérfana, falta de fuerzas, sintiera que las piernas la flaqueaban y que su cuerpo se derrumbaba en tierra, Augusto la sostuvo, la animó, y cogiéndola por último en brazos, llevándola como se lleva á un niño, atravesó una callejuela corta que daba al campo, y saliendo á éste se sentó en un ribazo con su preciosa carga.

—Déjame...—decía Paz.—Déjame que vaya á casa.

—Habla antes conmigo—la respondía agitado Monpavón.

—Déjame, déjame—murmuraba sordamente María de la Paz, mirando aterrada, la soledad el silencio y las sombras de que estaban rodeados.—Déjame; yo... no te he llamado, ni te he buscado... ni quiero verte...

—Yo sí... Yo te he llamado, y te he buscado y anhelo el verte... Y yo te adoro y seré tuyo siempre, si me dices de dónde vienes...—exclamó Augusto abrazando tiernamente á la prisionera.

María de la Paz, pugnaba por desasirse y huír de aquel sitio.

Pero los brazos de Augusto eran cadenas de hierro, que se enroscaban cual serpientes á la cintura de María.

—Aquí has de estar—la decía al oído con turbada lengua y balbuciente voz,—mientras no hablemos lo mucho que los dos tenemos que hablar. No trates de huír, porque te será imposible.

—¡Déjame!... ¡Déjame!... Suelta... Aparta...

—¿Tanto mal te hago con tenerte así?...

—Más del que tú crees.

—En cambio yo, doy todas las amarguras y las tristezas de mi horrible vida por este instante... ¡Paz de mi sangre!...

—Augusto, deja que me vaya...

—¿Ves?... Quieres llorar, y no puedes... Tu naturaleza y tu alma te gritan que tu sitio está entre mis amantes brazos. Además...

—¡Por lo que más quieras!...

—Por ti entonces...—la interrumpía ébrio de pasión el convaleciente.—Tú eres lo que más quiero; lo único que adoro... Pero no me digas que te suelte, porque no lo haré... Es menester que oigas lo que voy á contarte... Mira... Tranquilízate... Ya te dije que no era ladrón capaz de robar dos veces el mismo tesoro...

—Sí... pero otro día...

—Ese día no vendrá. Ya que tengo la ventura de poseerte, ahora que ni nos ve, ni nos oye nadie...

—Nos ve Dios...

—Á ese le tiene muy sin cuidado el que yo te abrace ó no te abrace...

—Suéltame...

—Si lo vuelves á decir, creeré que esto es posible y te apretaré tanto contra mí, que pudiera ahogarte.

—Es que yo te aborrezco...

—¡María!... ¿Qué mentira has dicho?... Si antes que eso suceda tiene que apagarse el sol... y desaparecer el mundo... ¡Si eso es imposible! Si aunque lo digas y me lo jures, jamás lo he de creer...

—¡Que me ahogas!—gritó Paz desfalleciendo.

—Perdóname... más que tú, siento yo, el que para hablarte haya de tenerte prisionera y cautiva. ¡Respiras ya?...

—Así... déjame así... consiente que me vaya.

—María, no lo pidas... Tú eres desgraciada: tú padeces mucho; tú sufres; tú no eres feliz... Yo tampoco lo soy: antes de verte á ti, creí que en el mundo no podría serlo jamás; pero desde que fuiste mía, atando mi existencia con la tuya para siempre... soy lo feliz que se es cuando se tiene esperanza en la ventura... Y yo la tengo en tu amor ¡María!... ¿Por qué no has de amarme tú como yo te amo á ti?...

—Porque me estás haciendo más desgraciada de lo que ya soy. Déjame, y todo te lo perdonaré...

—¿Quieres que te suelte?... ¿Quieres darme... la mayor prueba de cariño, la más inmensa?... Pues dime de dónde vienes ahora...

—¿Ahora?...

—Y las demás noches que sales de tu casa.

—No puedo decírtelo—contestó María tratando de ponerse en pie.

—¿Que no?... ¿Y por qué?... ¡Debo saberlo!... ¡Oh!.. ¡Si supieras cuánto he sufrido aún ha poco!... Si supieras lo horrible de los pensamientos que cruzaban mi cerebro!... ¡Si yo te contara que he querido matarte!...

María no habló nada.

—Dime de dónde vienes—repetía excitado y convulso Augusto Monpavón.

—Vengo... de casa de Sedini... vive ahí...

Augusto se estremeció.

—¿Y qué tienes tú que hacer á estas horas en su casa?

Apesar de la penumbra incierta de la noche, los ojos de Augusto vieron que las mejillas de María se tornaban más rojas que la grana. No pudiendo contenerse un momento más, Monpavón abrazó fuertemente á la huérfana, la atrajo hacia sí con un violento esfuerzo, y luego de dudar un instante, arrimó su boca á la encantadora oreja de Paz, y la dijo muy quedo unas palabras que ni el aura silenciosa del campo pudo entender.

María se abandonó entonces por completo en los brazos de Augusto: cerró los ojos, empapando sus pestañas de rutilantes y claras lágrimas que la brotaron de repente, y cruzando sus manos en la misma actitud en que las cruzan los muertos, exhaló un tenue suspiro...

—¿Es verdad?—la preguntó Augusto.

Y palideciendo el rostro, entornando los brillantes ojos, María reclinó su cabeza en el hombro de Monpavón, y cual el último suspiro de un moribundo, murmuró un sí que estalló en el pensamiento de Augusto como en una cueva donde espirasen asfixiados varios seres, estallaríá una bomba de vivificante oxígeno.

—¡Paz de mi alma!...—gritaba ahogadamente Augusto al oído de la desventurada madre.—¡Paz de mi vida!... ¡Es eso posible?... ¿Y yo he dudado de ti?... ¿Y yo he sido capaz de ofenderte pensando mal de ti?... ¡María Paz! ¡Esposa mía!...

Augusto cesó en su frenesí: notaba que las mejillas de María se enfriaban hasta parecer de hielo; que el pulso se extinguía... Luego sintió que las crispadas manos de la huérfana buscaban las suyas y las estrechaban con ardor... María se sonreía... entreabría los ojos, mostrando sus pupilas más negras aún que la misma noche...

La hermana del Mosén quiso hablar, pero no pudo; ahogáronsele las palabras en la garganta... Mas levantóse con presteza, y logrando desasirse de Augusto, le dijo llena de emoción:

—Adiós.

Y trató de andar.

Pero vaciló y la fué imposible dar un paso.

—Vamos á tu casa—la dijo él, ayudando á sostener á María.

Y se puso en pie.

—Aguarda un segundo, María; te vas á ir, y...

—¿Y qué?...—preguntó débilmente Paz.

—Iba á decirte... que...

—Concluye..

—Que si la madre de mi hijo se va sin darme un beso...

María no contestó nada. Y Augusto, obedeciendo su silencio, que ya se sabe es casi un permiso en estos casos, estampó en su frente uno tan apretado y tan ruidoso, que los dos huyeron como si temieran se hubiese oído por alguien.

A mitad de camino descansaron; y cuando llegaron á la puerta del huerto, fueron á separarse.

—Adiós—se dijeron al mismo tiempo.

Y quedaron mirándose un buen rato, cual si les costara trabajo el desunirse...

El alba venía.

Paz apretó por última vez la mano de Augusto, y corrió á entrar en la casa.

Monpavón la siguió y penetró solo en su alcoba.

La lamparilla de la Virgen de Guadalupe se había apagado.

CAPÍTULO XIX

URGENTE

Y corrían abundantes, templados hilos de sudor por la empolvada frente del mensajero, que se enjugaba las gotas de agua que brotaban de sus poros, pasándose sin cesar un sudario y denegrido pañolín de hierbas.

Del cansancio participaba el caballo que cabizbajo y mustio, temblonas las patas, alargado y caído el cuello, estaba atado á una de las rejas de la casa; formando unísono concierto de ruidos, el castañeteo de las espuelas del jinete, el fuerte respirar del bruto que hinchaba y deshinchaba los hijares con la misma actividad que un fuelle de fragua, y los aldabonazos que, repetidos y no nada suaves, aplicaba á la puerta el soldado.

Al fin, abrióse una pequeña ventana, y una cara larguicha, arrugada y verde de color, asomó por ella, lanzando un estridente: *¿Quién llama?...*

—Abra V. en seguida, buena mujer—respondió con impaciencia el desmontado jinete.

—¿Pero á quién busca?—interrogó la anciana segurísima de que aquel hombre se equivocaba.

—Al Mosén. ¿No vive aquí el Mosén?...

—¿No lo dije?—exclamó la vieja.—Maldito sea él y toda su casta. ¡Cuidado con la vecindad!... Será menester poner

en la puerta un cartel que diga *No es aquí donde vive el Mosén...*

—Pero, ¿no es esta su casa?

—No señor. Y así Dios le confunda, por no haber tomado bien las señas. Es ahí; más abajo; en esa casa que tiene tiestos en los balcones.

—¿La del alero grande?—preguntó el hombre mirando hacia donde el huesudo dedo de la vieja señalaba.

—Ahí mismo, y hasta otra: que esto de vivir al lado de un hombre célebre, tiene sus quiebras. No pasa día sin que...

Y cerrando de golpe la ventana, entró sin concluir de hablar.

El soldado desató las bridas, de la reja á que estaban anudadas, y apresuradamente dirigió sus pasos y los de la bestia hacia casa del cabecilla.

Era aún muy de mañana: por eso todos los portones estaban cerrados, y eran rarísimas las ventanas que tuviesen sus maderas de librilla abiertas. En cambio cada chopo era un orfeón de trinos, y una orgía en que los pájaros cantaban sus amores, convirtiendo en tálamo nupcial las encrucijadas de las ramas rellenas de hojas secas, plumas y pajuelas. Corría un viento fresco; y en lo alto del campanario de Santa Inés tocaban al alba las campanas grandes, llamando á los fieles que, madrugadores por costumbre, tenían el hábito de oír la misa á Fray Salvador.

Cuando el soldado llegaba á casa del Mosén, se abría la puerta y salía por ella, rebujado en un capote de campaña, el mismo Jaime.

—Señor—le dijo descubriéndose el soldado, que al instante le conoció, no obstante llevar tapada casi toda la cara.

—¿Qué quieres, muchacho?—le preguntó afablemente.

Y el mensajero, desabrochándose el chaquetón de pana par-da que encima del uniforme traía puesto, sacó del bolsillo un pliego y lo entregó.

El Mosén lo cogió con curiosidad, y aun se turbó un tanto, cuando leyó en el sobre la palabra *Urgente*.

Devoró con la vista las alarmantes nuevas que el pliego contenía; fuésele cambiando la expresión del rostro, hasta ha-

cerle parecer aplastado por una idea, y doblando el papel nuevamente, entró en el portal de su casa, diciendo al soldado:

—Entra...

Subió los encerados peldaños de la escalera, resbalando cual sobre hielo; llamó á María, y encerrándose con ella en el despacho, la dijo:

—Paz querida... De nuevo tengo que partir, y partir pronto... esta misma tarde...

—¿Pues?...—preguntó la huérfana.

—Las tropas del Gobierno han recuperado cuanto perdieron en los anteriores días... Se hace necesaria mi presencia en el campamento... Ayer tuvimos más de cincuenta bajas... Llama—decía—llama á Sedini: que venga inmediatamente..

—¿Vas á despedirte de él?...

—No—contestó Jaime mirando fijamente á su hermana—voy á preguntarle...

—¿El qué?...

—Cómo se encuentra el capitán... Pues yo, si le dejo aquí, no me marcho.

María de la Paz palideció. ¿Cuáles serían los proyectos del Mosén al plantear aquella disyuntiva?...

—Mira—prosiguió diciendo Jaime,—mejor es que vayas tú misma por él... Mientras la Caspia puede dar de almorzar al que me ha traído este pliego... díla que le despache pronto, pues va á partir antes que yo.

Y dando media vuelta, subió á su despacho, donde escribió y firmó varias órdenes urgentes. En ellas dictaba disposiciones en relación con su propósito de dormir aquella misma noche en el campamento, si es que á las tropas del Gobierno no se les ocurría avanzar hasta Cristierna.

Luego hizo sus preparativos de marcha: avisó á sus ayudantes; y dos horas después reinaba en la casa desusada actividad. Resonaban en el empedrado de las cuadras los golpes de casco de los caballos; chisporroteaba descomunal hoguera en el hogar donde la Caspia aderezaba la comida, y fuera de la casa, frente al abierto portón, un grupo de paisanos cada vez más grande miraba con curiosidad aquel mo-

vimiento, suponiendo, con razón, era hijo natural de alguna mala noticia venida del teatro de la guerra.

Augusto Monpavón despertó también, extrañando aquellos ruidos: vistióse, y salió de su cuarto con la cara aún bañada en los efluvios de felicidad que el diálogo de la anterior noche habían impreso en él. Brillaban sus ojos con ese reverberar de la ventura, que hace más cristalinas las pupilas, colorea las mejillas é imprime ese carácter de descanso, buscado con trabajo, al rostro entero.

A nadie encontró en los pasillos; pero al ir á atravesar el ancho pórtico, se cruzó con el Mosén, que se detuvo al verle, y le dijo:

—Quisiera... antes de partir, hablar con V. dos palabras tan sólo.

—Estoy á su disposición—le contestó Augusto.

Y subiendo las escaleras tras del cabecilla, entró con él en su despacho, cerrando la puerta en seguida.

Sentáronse frente á frente, aunque sin cambiar ninguna mirada, y comenzó la conferencia Jaime, diciendo con voz seca y tono un tanto áspero:

—Acabo de tener del campamento infaustas nuevas que me obligan á partir hoy mismo. En los días que V. lleva en mi casa, habrá podido comprender que se le ha tratado más como á un amigo, que como á una persona extraña. A cambio de los favores que ha recibido V., voy á pedirle yo uno.

—El que V. quiera está concedido, si sólo de mí depende.

—Tan sólo de V.—le dijo Jaime dulcificando algo el modo de expresarse con que había comenzado.

—Usted dirá entonces.

—Digo, pues, que no teniendo su estancia en esta casa más que una única y exclusiva razón, cual era la de curarse las heridas que recibió en el ataque de la ermita de San Roque, y habiendo cesado esta razón, pues ya puede salir á la calle, cesé también el permanecer aquí, para lo cual esta misma tarde saldrá conmigo, y yo le facilitaré caballo y pase con que pueda llegar á unirse hasta los suyos.

Y acabó de decir poniéndose en pie, como despidiendo á Augusto. Este permaneció un buen rato silencioso, abru-

mado por lo que acababa de oír, sin darse cuenta de ello, mirando con desencajada vista á aquel verdugo de su dicha que le arrojaba de ella, inconsciente del mal que causaba.

—¿Qué dice V.?—le preguntó Jaime al ver su raro mutismo.

Tampoco le contestó Augusto á esta interrogación que el cabecilla pronunció en tono que exigía inmediata respuesta. Estaba aturdido, sin comprender del todo lo que hacer le tocaba. Y casi sin saber lo que decía, tartamudeó un *no puedo*.

La lengua parecía entumecida por el frío de hielo que se extendió por su cuerpo todo.

—Señor... Monpavón—dijo agriamente el Mosén.—¿No puede V. contestarme?...

Y Augusto se sintió aún más aplastado é indeciso. ¡El Mosén sabía su verdadero nombre! ¡A su vista no era más que un embustero, cobarde!... Entonces el calor de la vergüenza le caldeó lo que la desesperación había enfriado, y con mal disimulado temblor, respondió:

—Sí... puedo contestar.

El Mosén tuvo que aguardar un instante más. Al fin dijo Monpavón:

—Me iré de esta casa... pues que se me echa de ella... Mas del pueblo...

—¿Mas del pueblo no?...—exclamó Jaime.

—No: me mudaré... á otro lado.

—¿Y no sabe V. que al salir de esta casa no puede V. ir sino es á la cárcel?...

—¿A la cárcel?...

—Sí... V. no es más que un prisionero de guerra, á quien por especial favor iba á dejar en libertad. Puesto que V. no quiere...

—¿A la cárcel yo?...

Y Augusto Monpavón inclinó la cabeza sobre el pecho, con visibles señales de desaliento. Estaba de Dios que no había de recibir de Jaime Parolla más que favores tras favores; pero aquel era un favor...

—Entonces me iré... también del pueblo... puesto que usted me lo... permite.

—Bien—dijo Jaime.—¿En eso quedamos?

—En eso.

—Entonces prepárese V.—añadió el Mosén.

Y repitió ese significativo ademán que los Reyes hacen cuando quieren despedir á una visita.

—¡Prepararme!—dijo Augusto.—Mi equipaje es el que llevo encima... Pero, no quisiera que se fuese V. ahora sin que hablásemos un momento más.

—¿Y de qué?—le interrogó Jaime clavando la vista en él, impaciente por tanta pesadez.—Bastante le he dicho á V. ya... Es un favor que le hago el dejarle ir libre...

—Ese favor podría aumentarse dejándome aquí unos días más...

Augusto, con el pensamiento fijo en María, lo sacrificaba todo á impedir su separación. El cabecilla en cambio mostraba un mal reprimido deseo de acabar pronto la conferencia.

—No... es mejor que V. se venga conmigo...

Y sonriendo amargamente y apartando la vista del hombre á quien tantas veces había deseado matar, salió del despacho dejando solo á Monpavón

El ánimo orgulloso de Augusto, verdadera sensitiva en materias de amor propio, no vió aquel desprecio; y solo bastante rato después, fué cuando, libre su imaginación de la pesada cadena de María que arrastraba, se repuso y dijo á sí mismo:

—Me iré... me iré, puesto que me arrojan de su lado. Pero nadie podrá impedirme que vuelva...

Luego ratiocinó, que por mucho que fuese el odio que Jaime pudiera tener á su familia, era imposible que sabiendo el estado de relaciones que mediaban entre él y su hermana Paz, quisiera condenarla á eterno oprobio, no dándola un esposo que legalizara su deshonor. Y meditó y pensó mucho en esto; tanto, que llegó á concebir el quedarse y aun quedarse para siempre. La noche anterior se le presentaba como un ligero boceto de indecisas líneas, en que estuviese anunciado el cuadro de ventura que en el porvenir sería su vida.

Porque es ya hora de advertir que Augusto Monpavón, entregado desde muy pequeño á los estudios filosóficos, ha-

bía salido de ellos como salen todos los que en tales laberintos se entrometen con el calor y el apasionamiento con que entró Augusto. Convirtiendo el más insignificante fenómeno de la vida en arduo problema de imposibles premisas y descabelladas consecuencias. Haciendo de las creencias, sofismas; y sometiendo sus deberes y sus derechos, á eternos silogismos que le volvían loco y le producían un mareo insoportable. De ahí la aridez de su alma, aridez que trajeron las conclusiones del mundo utópico de sus libros, agostando el cariño de sus padres y todo lo que fuese sentimiento. Se juntó después con gente cuya charla demagógica le embelesaba, y cuyos discursos, en unión de la base de duda que formaba el fondo de su alma, hicieron de él un escéptico temible, que no creía en nada, que fué arrojado de su casa, desheredado y lanzado al mundo de la bohemia militar en aquellos dichosos tiempos, en que los soldados saludaban á sus jefes, gritándoles: *¡Que baile!*...

Pero eran estas y otras cosas hechos insignificantes en que no reparaba Augusto... Y cuando se encendió la guerra civil vió abierto en ella un ancho campo donde consolarse de las arideces del páramo desierto á que, gracias á su modo de pensar, había quedado reducido su espíritu. Solo en el mundo, sin nada que perder, por tenerlo ya todo perdido; sin vicios, porque ni aun fumaba, se conquistó en poco más de un año el empleo de capitán, y varias cruces y distinciones que renunció para ser consecuente con sus ideas.

Pero á través de estas oscuridades, aquel hombre, eterno discutidor de las formas de gobierno; gazmoño en el descreimiento (pues como dice muy bien Pérez Galdós, también el racionalismo tiene su mojigatería); constantemente preocupado en si la razón humana es independiente de todo otro poder superior ó inferior á ella, era como noche oscura, cuyo cielo no alumbrase más que una sola estrella, brillante sí, pero una. Desde su juventud más temprana había en él una tendencia singular encariñada en un ideal para la vida, consistente en una sosegada existencia, virtuosa (en la esfera moral, no en la de la religión), formada del amor y del estudio; *«porque (se decía él) los mismos animales no tienen sociedad,*

ni Gobierno, ni Reyes, ni Repúblicas; y sin embargo, tienen familia; hay entre ellos el mismo amor que en los hombres; los mismos fines; el mismo sumarse de la materia para crear nuevos seres...»

Y prescindiendo de si tenía ó no razón, es lo cierto que siempre había soñado con una familia ideal, la suya, la que no tenía más que un hijo; pues tener más le parecía sobradamente prosaico, brutal y una aberración de la Fuerza Creadora: poder hipotético como el punto matemático, que él colocaba en ese vacío del pensamiento, ornacina sin estatua, en que no hay más remedio que colocar un Dios anterior y superior á todo, llámese como se llame.

¡Admirable concepción de felicidad! Unirse á una mujer á quien adorase, sumisa, amante, apasionada de su marido, y corazón amplio para comprenderle y saciar la sed de verdad que le devoraba... ver luego nacer al choque de sus besos un niño, un ángel, como chispa que brota del encuentro de eslabón y pedernal; un futuro hombre que le cerrara los ojos cuando acabase su existencia; trabajar para él; modelar su pensamiento, para que blando el cincel, fuese luego yunque firme que aguantase los golpes más contrarios de la adversidad; ver á la madre lactando con su sangre el fruto de su amor, cubriéndole cuando tuviese frío, ayudándole á dar sus pasos primeros, conteniendo su inocente intrepidez y enterando su rubia cabellera en su caliente seno, cuando aún ignorante de lo que es una tempestad del alma, se asustase al ver el fulgor de un relámpago de las del cielo...

Mas este ideal era difícil, si no imposible de cumplir. Por eso mil veces, repugnando el vicio se enfangaba en él, cual náufrago desesperado que se emborracha por no ver los abismos que las aguas abren á su perdido buque.

Y en una de estas embriagueces de su materia, tropezó con María de la Paz.

Quien busca una cosa mucho tiempo, si llega á encontrarla, enloquece de alegría, y Augusto Monpavón al ver la hermosura de María y adivinar la belleza de su espíritu, se dijo parando en su vertiginosa carrera: *«Aquí es.»*

Pero entre ella y él, había un abismo de rencores... difícil

de salvar. ¿Y qué?... También había un niño que nació en el abandono y que sería el puente que uniera las dos orillas del desbordado río de unos odios de familia.

Y esto debía ignorarlo el Mosén.

Augusto, pues, reflexionó un rato, y acercándose á la mesa del despacho de Jaime, tomó la pluma entre sus dedos, apoyó su frente, ardiendo de tanta idea como hervía en su interior, en su izquierda mano, y se dispuso á escribir.

.....

En las habitaciones bajas conversaban Jaime Parolla y María de la Paz, aún agitada y rendida por la carrera que acababa de dar. Porque la noticia que su hermano la dió de irse, y sobre todo irse también Augusto, había sido feroz latigazo que laceró su corazón ya ilusionado por Augusto. Nada más que por eso corrió como una loca á casa de Sedini y tembló y lloró, y aun su pensamiento blasfemó de la justicia de Dios, al saber que Sedini había salido del pueblo y que no volvería hasta el día siguiente. Y hubo un momento en que inconsciente de sus actos, llamó á Brites; pidió su hijo Jesús, y con él entre sus brazos fué á salir para ir á su casa y enseñando á Jaime sus tiernas manecillas cruzadas demandando perdón, impedir, aun á costa de lo que fuese, la marcha de Augusto.

Pero luego salió sola y dirigió sus vacilantes pasos á casa de Fray Salvador. El venerable párroco impediría aquella funesta separación, que iba á hundirla para siempre en la deshonra; porque su corazón la decía á grandes voces, y el corazón se equivoca en raras ocasiones, que Monpavón no volvería.

Y... ¡es imposible pintar la amargura que crispó sus miembros todos cuando, después de llamar tres veces seguidas al aldabón de la puerta, sin más respuesta que el silencio sepulcral, la dijeron dos ó tres mujeres que se asomaron á las ventanas de las vecinas viviendas: «Fray Salvador no está: se marchó ayer con el Sr. Sedini, y ninguno de los dos volverá hasta mañana.» Tuvo que hacer un violento y supremo esfuerzo para no caer al suelo desplomada.

Volvió á su casa en estado febril de exaltación, con los

ojos inyectados en sangre, aturdida, desolada, huyendo... como huía la hebrea de Betulia al perseguirla el fuego de Dios y no encontrar ni una puerta abierta donde guarecerse.

Al fin llegó ante su hermano, y le dijo, encubriendo pésimamente la angustia que la devoraba:

—Sedini no está en Cristierna.

—¿No?—preguntó el Mosén visiblemente contrariado.

—No. Salió ayer y no volverá hasta mañana.

María de la Paz añadió:

—Debías quedarte... porque hoy, sin consultarle... es hasta una imprudencia... ¿Quién te ha dicho que el capitán está ya... restablecido del todo?

—¿Quién me lo dice?... ¿Pues no sale ya á la calle?

—De todos modos—dijo María viendo una esperanza en la ligera duda que abrigaba su hermano,—no debías arriesgarle á salir sin que Sedini lo consintiera... Yo que tú... no me iba hasta mañana...

—¿Mañana?... No: no es posible... ¡Si ya debía estar en camino!...

—Pero... por un día que faltes... que retardes tu ida...

—En la guerra, no un día, una hora, es un instante precioso que puede variar por completo el éxito de las cosas...

—Anda... Jaime querido... mañana vas tú, y sólo con ponerte al frente de las tropas recuperas lo que pierdan hoy por tu... falta...

María de la Paz alentaba con calor, y pasaba un brazo por cima del hombro de su hermano...

—No me adules...

—No, si es decirte la verdad... tú no debías irte hoy...

—Déjame, déjame...

—Pero hombre, ¿ya no quieres ni una caricia mía?... No te vayas hoy... Vete mañana... con... el capitán... O si quieres... se me ocurre otra idea.

—¿Cuál?

—No obligues á...

—Comprendo—la interrumpió el Mosén;—¿que deje aquí á Augusto Monpavón?...

Jaime se desasíó de los brazos de Paz, y separándola para

verla mejor el rostro, la dijo con suprema curiosidad:

—¿Y qué interés tienes tú en que Augusto no se marche?...

María calló aterrada.

—¿No me contestas?... ¿No quieres decirme cuál es el móvil que te guía, al interesarte por el asesino de tu madre?...

Y la misma turbación, el anonadamiento mismo en que quedó sumida la huérfana, hicieron que por la frente curtida de Jaime se corriese una nube negra que le obligó á temblar un momento.

—Bastante me he contenido—añadió.—Bastante he hecho ya... ¡No exigirme más, porque nada más haré!... ¡Basta!... Dime, querida Paz... ¿Qué interés tienes tú en que Augusto Monpavón no se vaya?...

—¿Yo?... Nada... Ninguno...

Y hubo una pausa en que los dos hermanos se miraron uno á otro con expresión bien distinta. Si algo adivinaba Jaime, ¡era tan horrible! que prefirió borrarlo de su pensamiento.

—Adiós, Paz...

—¿Te vas, Jaime?

—Sí... Voy á despedirme de Fray Salvador...

María fué á decirle que no estaba tampoco en Cristierna; empezó á pronunciar algunas palabras, pero deseosa de hablar con Augusto antes que desapareciera... ¡tal vez para siempre! le dijo:

—Ves.

Y el Mosén, preocupado y siniestro, más sombrío el ceño que de costumbre, salió de la casa.

Entonces María fué al portal, subió las escaleras, llegó al despacho de su hermano, entró, y se detuvo asombrada al ver allí lo que apesar de ser lo que iba buscando, no esperaba encontrar.

—Augusto...

—Paz...

CAPÍTULO XX

CARTAS

Habíase entonces anublado el sol, que toda la mañana estaba jugando al escondite con las nubes del cielo, abundantes, y nada claras, para no temer de sus plomizos senos algún desastre. Y era por tanto una luz pálida, triste y misteriosa, la que alumbraba la conferencia de Paz y Augusto.

—María Paz...—decía Monpavón.—Una separación tan brusca como natural, nos va á alejar por algún tiempo...

—¿Te vas?...

—Sí: tu hermano es cruel conmigo: me arroja de tu casa... yo he procurado ver si conseguía quedarme al menos en Cristierna... Sedini es un excelente amigo y me hubiera recibido de muy buena voluntad. Pero, tu hermano lo ha dicho: no soy más que un prisionero de guerra, al que por un especial favor se consiente volver á su campo sin ningún canje... ¿Qué piensas tú de esto?...

—Nada—respondió María.

—¿Tienes tú alguna esperanza?...

—La tengo en Dios.

—Poca debes tener entonces, que las más de las veces, no le preocupan los negocios de los hombres.

—No hables así, Augusto. Piensas que es el mayor de los abismos que nos separan el ser tú quien eres, y sin embar-

go... no es así. Supón por un momento que no existe para nosotros el pasado: que tú y yo nos viésemos ahora por primera vez: que nos amáramos, y quisiéramos casarnos; que ni tú te llamas Monpavón, ni yo Parolla; pues bien, si todo esto que te digo fuese así, en vez de ser lo que es, habría un abismo entre los dos tan infranqueable como el otro. Tú no crees, tú piensas según tu albedrío te lleva á pensar, y en mi casa, Augusto, se cree tanto, tanto, que á tus ojos y á los de mucha gente mi hermano pasa por fanático...

—Fanático es—dijo Augusto con sombrío acento.

—¡Ay, amigo!... Que entre ser fanático y ser descreído como tú eres...

—Y dime: ¿quién te ha contado á ti que yo soy tal como me supones?...

—Sedini.

—No podré ocultarte que para mí la religión es una tontería que no sirve más que para perder el tiempo inútilmente; y cuando sirve para algo es para estorbo... Ahora mismo lo estás viendo: tú lo acabas de decir: si los odios que entre nuestras familias existen no existieran, el creer tú y el no creer yo nos separarían.

—Pues sabe, Augusto, que si algo puede unirnos, si algo puede hacer que tú y yo seamos lo que anoche me juraste ser, es la religión. Precisamente es uno de sus fines más hermosos... ¡unir! ¡Y qué grandiosamente bella se nos aparece cuando une!...

—¡Y qué espantosa cuando separa!—dijo Augusto.

—Lo que nos separa á ti y á mí, es otra cosa también—murmuró María.

—Sí: todo nos separa: el amor es lo único que nos une: porque en el mundo todo es esclavo de algo... El único absolutamente libre, es el corazón...

—¿En absoluto?...

—Tienes razón, María; mentí. Mi corazón tiene un Dios, el único en que cree, que eres tú. Pero, estamos perdiendo inútilmente los instantes preciosísimos que nos quedan. ¿Ha salido tu hermano?...

—Sí.

—¿Y dónde ha ido?...

—Fué á despedirse del párroco de Santa Inés. Pero volverá en seguida, porque Fray Salvador no está en Cristierna...

—Entonces oye mi proyecto... Yo me voy. Tu hermano no me consiente que permanezca aquí ni un día más. Así me lo acaba de comunicar.

—Y así me lo ha dicho á mí también.

—Es por tanto...

—Imposible que te quedes—interrumpió María vertiendo una lágrima.—Nada puede impedir tu marcha...

—¿Nada?—la preguntó Augusto, estrechándola la mano.

—Nada—pronunció María, como el último suspiro de un moribundo, y cerrando los ojos.

—Yo creo que sí, Paz de mi alma.

—¿El qué?—dijo María reponiéndose, y demostrando en lo espantado de sus negras pupilas la curiosidad impaciente que la devoraba.

Y Augusto yendo hacia la mesa y cogiendo un papel recién escrito, lo enseñó á María de la Paz y la dijo:

—Esto.

—¿Qué es?...

—Una carta á tu hermano.

—¿A Jaime?...

—Sí.

—Quiero leerla—exclamó María poniéndose en pie.

Y Augusto desdoblado el manuscrito se lo entregó.

María se puso á leer.

Y si Augusto no hubiera estado loco de amor por la huérfana; si su hermosura no hubiese nunca llamado con ansia á las puertas de sus sentidos, bastárale aquella ocasión en que atento contempló la impresión que la producía la lectura de la carta, para estarlo en grado tal de delirio y apasionamiento, que tembló, como tiembla el que ve teñirse al cielo del rojo del ocaso, y sabe que tras sus reflejos viene la triste noche. María de la Paz había ido contrayendo sus facciones y carminando sus mejillas de un vivo granate, que reemplazó á su ordinaria palidez; y pareció que su encantador busto de mármol carnoso de Carrara ó Paros se coloreaba de rojo,

porque corriesen por sus diminutos poros el vivo carmín de la vergüenza y la tétrica oscuridad del sentimiento.

Cuando la acabó de leer, miró á Augusto, y,

—¡No me digas más!—exclamó éste arrebatándose de las manos.—¿La carta no te gusta?...

Pausa reinó entre la pregunta casi afirmativa, y la ansiada respuesta.

María se tapó la cara con las manos. Justo era que cayera alguna nieve en el fuego vivísimo de sus mejillas.

—No—dijo.—No me gusta.

—¿Y por qué, vida mía?... Te juro que cuanto en ella digo es la verdad...

—Por eso... por eso...—contestaba Paz muy quedo.— Porque cuanto en ella dices es la verdad... ¡Y te agradezco tanto que la hayas escrito!... que mira, Augusto; antes te quería, porque la naturaleza me mandaba que lo hiciese... Porque es fuerza que Jesús, á quien aún no has visto, tenga el padre que le dió el sér; pero si nada hubiese de anterior entre nosotros, hoy te querría por esta carta...

—Entonces...

—Entonces, Augusto...—dijo Paz adelantándose y entremezclando sus palabras con las pausas necesarias para enjugarse las lágrimas de consuelo que de los dos carbunclos, que por ojos tenía, manaban abundantes.—Escribe otra... y pronto... Mi hermano no tardará en volver...

—¡No llores!... ¡que cada lágrima que tú viertes, es una puñalada para mí!... ¿Por qué no te gusta esta carta?...

—Porque...—y Paz quedó cortada. La vergüenza la hacía un nudo en la garganta, estrecho y apretado, como la esposa de un preso.

—Dímelo...

—Porque...—baluceaba Paz.

—Piensa, que son los que tenemos minutos contados...

—Sí—le respondió ella con acento sombrío.—Como son cortos los de la agonía que preceden á la... eternidad...

—¡Pues di, por lo mismo!... ¡Pero no llores, vida mía, porque tengo ya tanta sed de tus lágrimas, que, permítasmelo ó no me lo permitas, siquiera una he de beber!...

Y avanzó resuelto hasta hallarse frente á Paz.

—¿Qué vas á hacer?—le dijo ella retrocediendo asustada.

—Beber esa lágrima tuya que baja ahora clara como un brillante por esa cuesta de amapolas en que tienes convertida la cara...

—No, no...

—¡Paz mía!—la dijo Augusto contemplándola con amor y tomándola una mano.—Déjame beber esa lágrima...

—No—decía ella inclinando la cabeza y estrechándole con fuerza la mano como para resarcirle de su negativa...

¡Y lo que son las lágrimas!... Todas las que brotaron de las pupilas de Paz, habían corrido á sepultarse en su boca ó á enterrarse y fundirse en la dilatada piel, como gota de espuma que bebe la candente arena de la playa; pero aquella que tanta sed dió á Monpavón, permanecía quieta, inmóvil, cual si el demonio la hubiese fabricado un invisible dique que no la dejara avanzar.

—Ella misma me espera—decía apasionado y febril Augusto.—Comprende que es justo que quien tantas tira, dé una siquiera, á...

Augusto calló. La huérfana, entornando la vista, cual el que va á atravesar por medio de una hoguera, y acercando la cara á Monpavón, le dijo:

—Toma.

Y Augusto bebió, paladeó, saboreó el néctar, y dijo al cabo de un rato de silencio entre ambos:

—¡Qué amarga es!...

Y se miraron, enloquecido él y avergonzada ella.

—Pero me ha servido—dijo Augusto—para aclarar las torpezas de mi espíritu. Ya sé por qué la carta nó te gusta... tú, María, no quieres que tu hermano sepa tu deshon...

La huérfana exhaló un grito ahogado, y le tapó la boca.

—¡No hables, no hables! ¡Calla!—decía.—Mi hermano no sabe nada... Me horrorizo al pensar lo que sería de ti si lo supiera.

—Ningún deshonor te viene á ti por eso. Yo soy el culpable; que en el vértigo de un horrible torbellino te manché... á ti...

Un golpe sonó en la puerta de la calle.

—¡Mi hermano que vuelve!—exclamó asustada María de la Paz.—Escribe otra... otra en que no digas nada de tu... crimen...

—¿Crimen el mío?... ¡Bendito crimen si hace que tú seas mi esposa para siempre!... Porque oye... Paz...—y la atrajo hacia sí al mismo tiempo que bajaba la voz.—Yo te juro por lo que tú más quieras, que á nadie más que á ti he de amar en mi vida... y que, ó soy tu esposo, ó moriré... Adiós... ¡te adoro!...

—Adiós—le respondió ella soltándole la mano y saliendo apresurada del despacho.

Augusto se sentó á la mesa, y cogió pluma y otro papel, después de romper la carta que antes escribiera.

Y escribió de nuevo.

CAPÍTULO XXI

VENGANZA

—Mala tarde ha elegido el señor para marcharse—decía la Caspia mirando al Mosén.—He oído asegurar que la *Berlia* estará aquí antes de las dos. Y no hay más que mirar al cielo para conocerlo. ¡Cada vez se va poniendo más oscuro y terrible!...

Pero el Mosén era sordo á tales exclamaciones y vaticinios. Estaba quizás más preocupado que nunca. Presentimientos de sangre en forma de siniestras sombras, cruzaban su espíritu, aquel día excitado por el bochorno de la galerna que en breve comenzaría; y tan plumizo como el cielo estaba, era aún más de temer el sombrío color de la frente de Jaime, surcada mejor que de arrugas, por grietas.

Tras de aquel uniforme de negra estameña, que le daba el aspecto de dómine antiguo, triste sudario con que su descuido cubría al hombre de las grandes pasiones aherrojado por la desgracia á un presidio de desventuras, hervía su corazón en la llama de todos los afectos malos, tumultuosos, ardientes y corrosivos, haciendo de él un sér más propósito para ceñir á sus robustos miembros el arnés de la Edad Media que el sable corvo y la boína de la última guerra civil.

Sus violentas pasiones, reprimidas las unas veces por desengaños, las otras por los consejos de Fray Salvador, llora-

ban inquietas en el fondo de su espíritu; antro misterioso que siendo noble cual ninguno, tenía la propiedad de conservar al través del tiempo los odios más profundos, con la misma ferocidad que el primer día de ser concebidos.

Subió lentamente los peldaños de la escalera, deteniéndose en algunos, y al fin entró en el despacho, que encontró desierto.

Miraba de hito en hito á la ventana, y las negras entrañas de las agolpadas nubes, le causaban un pavor que le hacía estremecerse como si recordara antiguos tiempos. Parecía exteriormente tranquilo, cuando su interior era un agitarse tumultuoso de pensamientos á cual más espantables.

Abrió los vidrios de la ventana, y respiró el aire de tormenta en que la naturaleza estaba sumida. La electricidad del aire le enardecía el cerebro, al que por más esfuerzos que hacía por traer á la realidad presente, no podía apartar del pasado oscuro y triste como el día. Y era el estado de su ánimo, una mezcla de amarga alegría porque el descendiente de los verdugos de su familia se marchaba, y una feroz complacencia al columbrar algún posterior combate en que frente á frente de él, entre el fragor de la lucha, pudiese borrarle del número de los vivos.

Las imágenes de sus difuntos padres vilmente asesinados y la de su hermana deshonrada, le abrasaban en el cerebro como nunca. Era cual un cuadro empolvado, que una mano invisible hubiese limpiado con esmero, haciendo que las figuras resaltasen como el primer día.

Vió la calma en que Cristierna estaba: el silencio del vecindario, y el raro pasear la calle de algún viejo que alzaba con frecuencia la frente al cielo, aguardando la tempestad.

Como en toda cabeza calenturienta, la del Mosén sentía pasear por su cerebro gnomos fantásticos que jugaban bestialmente, divertidos en descostrar heridas aún no bien cicatrizadas, y bajar á los oídos á repetirle una y mil veces una palabra, que temblona, era cual racha de descompuesto huracán que le cegara el espíritu.

¡Venganza! oía sonar quedo al principio, y *¡venganza!*... corría por todas sus venas el eco, penetrando en son de alar-

ma hasta el centro de los mismos huesos... Así, que no palpaba más que la brutal palabra; no sentía más que el feroz deseo que inspira; y no veía otra cosa escrita, ni en el cielo ni en la tierra. La vista perdida le representaba una confusión de círculos concéntricos é inquietos que se deshacían y nacían con prontitud pasmosa, como si fuesen escamas de un gran velo recamado de sangre, que se aclarase y disolviese ante una escena de horror. Una alborada hermosa de fulgores, que alumbraba un pueblo cuyas calles recorría un caballo desbocado, sin freno ni brida, renovando los antiguos tormentos de los tiempos bárbaros... que arrastraba despedazándolo contra la punta de las piedras, el cadáver mutilado de un anciano militar, á quien después de fusilar se daba este castigo... y pelotones de tropas salvajes que aplaudían al autor de aquel crimen de lesa-humanidad... que se llamaba Monpavón...

Entonces hacía un movimiento convulsivo; se apretaba los ojos con las manos, como si cegar quisiera, y, sí,... aquel cuadro se borraba; desaparecía... Pero venía otro... como el segundo acto de una tragedia... Una tenebrosa noche, en que el aire no hacía más que retremblar por las detonaciones que sin parar se sucedían, y abrir paso á proyectiles candentes, que agujereaban el techo de su tranquilo hogar... y luego muchedumbre de soldados que asaltaban la casa robando y blasfemando... y su anciana madre que gritaba dolorida al sentir atravesar el hierro de mohosas bayonetas los pechos con que alimentó á sus hijos... ¡á él y á Paz!... ¡Era el premio del cielo, que la arrancaba del mundo!... Y mientras, él, moribundo, herido, sobre un charco de propia sangre, viendo, imposibilitado de levantarse, el modo soez y brutal con que un hombre se atracaba de carne, devorando insaciable la pureza y el honor de su hermana María... Y que después huía hastiado de tanta lascivia, y rendido de bracear con una débil mujer que mientras conservó el sentido, gritó y golpeó á bofetadas el rostro del ladrón... Y al día siguiente, cuando el pueblo volvió á quedar en poder de los carlistas, la voz pública diciendo que el que había mandado el asalto, era un hijo del Monpavón á quien ya odiaba...

—¡Sólo faltaba—se decía horrorizado hasta de pensarlo— que el que robó á mi hermana el único tesoro que poseía, fuese éste también!...

Y el drama estaba incompleto: sus padres en la tumba clamando desde el otro mundo por una venganza... que su hijo no les daba, ocupado en cuidar, agasajar y acostar en su mismo lecho al que tanta desdicha les había traído... ¡y los Monpavón olvidados de todo, ricos, felices, y ostentando en sus pechos las cruces de guerra que sus crímenes con los Parolla les habían valido!... ¡No!: si él vivía era para vengarlo todo: si de su cinto pendía un sable y un revólver, era para mellar su corte y reventar sus cañones, matando gente que llevase el maldito apellido; y si fama de valiente tenía entre los suyos, era porque el rencor que inmortal palpitaba en su pecho, convertía el asesinato en placer horrible... gota deleitosa de agua entre los tormentos abrasadores del infierno.

¡Venganza!... oía sonar; pero se acordaba de los consejos de Fray Salvador, y temblaba, porque aquellos consejos, significaban perdón. Y nuevo Dante, iba con el espíritu al cielo y saludaba á su padre que le miraba como si no le conociese... ¡él no era su hijo! ¡su hijo le hubiese vengado ya!... ¡Fray Salvador!... Santo, sí, muy santo era Fray Salvador... Y Dios en la cruz perdonó á sus verdugos... pero Jaime no era Dios... Además, Fray Salvador no tenía un padre asesinado, ni una hermana deshonrada, ni una madre cosida á bayonetazos... Y Jaime en su delirio veía á su padre triste, enojado contra él, con el sudario manchado de sangre, los huesos cascados por el martirio, llorando al ingrato hijo que tenía miedo de vengarle... ¡Qué cobardía más estúpida!

—¡Padre mío!... ¡Padre mío!...—murmuraban sus labios pálidos de emoción, mientras respiraba agitado porque se ahogaba en un mar de sangre...

—¡Se irá... eso sí: se irá! ¡Pero me vengaré en él!... La piedad me ha ido estrujando el corazón hasta el último límite... ¡no puedo más!—decía angustiado y terrible.

Y sus palabras eran como sus propósitos, inmutables; como de bronce; y al mismo tiempo tan fúnebres y sombrías,

que más que palabras, eran doble mortuorio de campanas rotas.

—¡Sí!... ¡Le vengaré!...—repetía.

Y se separó de la ventana, y fué hacia la mesa.

Tendió la mirada perdida, sin ver nada, y cogió un papel en que iba á escribir algo, cuando paró sus ojos ante una carta.

Estaba dirigida á él.

La desdobló sacándola del sobre, y miró la firma.

El nombre de Augusto Monpavón escoció á sus ojos cual un puñado de sal... ¡Un Monpavón le escribía!... Repitió el nombre su boca, y á sus oídos sonó como un trueno que estallara súbitamente.

Ni el reo que escucha su sentencia, ni el verdugo que amarra al poste del cadalso lo que pronto no va á ser más que un estrangulado cadáver, esperan con más avidez que Jaime cuando leyó la carta de Augusto.

Hubo un momento de indecisión espantoso. La cara del Mosén se contrajo no una, sino mil veces; cada palabra de la carta era un gesto distinto en el alterado rostro de Jaime... Por fin acabó: sus manos estrujaron el manuscrito hasta convertirlo en menuda plasta, que hecha una bolilla arrojó por la ventana; y aquel hombre tétrico, de demudada faz, que segundos antes era viva imagen de la amargura, se echó á reír; pero de modo ruidoso, tan extraño, tan sarcástico, para decirlo de una vez, que parecía un loco en el instante del acceso... Y reía; y sus carcajadas homéricas resonaban como bofetadas de piedra; y estuvo un gran rato sin cesar de sonreír ruidosamente, hasta que su faz se fué cambiando por completo; la entreabierta boca fué cerrándose, y las mejillas rojas de aquel momento de irónica alegría, se tornaron cárdenas...

—¿Habrá necio?—se preguntaba.—¿Es posible que en cabeza de hombre quepa un proyécto tan descabellado?... ¡Estúpido, asesino!... Tiene valor para proponerme... ¡Bah! Estos Monpavones creen que no hay sino matar y matar, y luego insultar á las víctimas de sus delitos, altivos, orgullosos y aspirando á la felicidad de un amor que no merecen...

¿O será tal vez el medio de que se quiera valer para embotar el puñal de mi venganza, que su conciencia le dice tiene como espada de Damocles sobre la nuca?... ¡Que ama á... María!... Y que ella... le ama también... ¡Será necio y vanidoso!... Aunque así fuera, la sangre del asesino y la de la víctima nunca debieran confundirse en la hoguera del amor... ¡Amor!... Nunca lo habrá sentido: no sabrá lo que es: el amor es para las almas nobles, no para las que están prostituidas y enfangadas en crímenes... ¡como la suya!... ¡Oh!... ¡que se marche! ¡que se marche!... Dios me pondrá frente á él, de modo que mi revólver tenga buen blanco en su pecho... Quiere interponer el amor de mi hermana entre el tigre y su presa... ¡Cal... Sus días están ya contados... Ahora resulta que va á morir mucho antes de lo que yo me había imaginado.

Paróse á pensar, y dijo:

—O tal vez... tal vez... quiera pagarme los beneficios que le he hecho, salvando su vida... casándose con ella... ¡Pero si eso es imposible! ¡Si él va á morir!... ¡Y muy pronto!... Si ya no tiene vida... El corazón se me dilata de pensarlo... ¡Voy á decírselo á Paz! ¡Cómo va á reírse! ¡Como me río yo!... Lo mismo... sí, lo mismo...

Y poniéndose en pie, atravesando el despacho y asomándose á la escalera, gritó más que llamó:

—¡María Paz!... ¡María!...

Y trascurridos unos segundos, la hermana del Mosén, febril, exaltada, loca de alegría, subía la escalera, creyendo ¡desdichada! que su hermano accedía á consentir sus amores con Augusto.

Jaime volvió á reír; la cogió de la mano; la arrastró tras de sí, y entre carcajadas huecas y sonoras que helaron de espanto á la huérfana, la dijo:

—¡Oye!... ¡has de saber!... que Augusto... el que asesinó á nuestra santa madre... ¿te acuerdas de ella, Paz?... ¿te acuerdas cuando juntaba nuestras cabezas en su regazo... y cuando nos contaba la muerte de nuestro padre haciéndonos llorar y unir nuestras manitas para pedir al cielo por él?... Pues bien, Augusto... quizá el que clavó la primera puñala-

da en el pecho de la que nos dió el sér... te ama, y aun asegura en una carta que me ha escrito... ¡ríete, mujer!... ¿no te ríes?... pues dice muy formal, como si por eso fuera yo á creerle... ¡que tú le amas á él también!... ¡Mentira!... ¡Mentira!... Tú le odias como yo... tú deseas su muerte; tú tienes sed de lo que ya comienza... ¡La venganza para los asesinos de nuestros padres!..

Paz cayó desplomada, derrumbada como una estatua á que de pronto faltase el pedestal.

—¡María!—exclamó Mosén sosteniéndola.—¡María!... ¿qué te pasa?... ¿estás loca? ¿por qué me mirás así?... ¡tus ojos son puñales!... ¡Habla, mujer!... Dime que miente Augusto...

María de la Paz, con los ojos desencajados, la vista fija en su hermano, caída en el suelo, no hablaba una palabra.

—¡Qué!... ¿Seré tan desdichado... que tú le ames?... ¡Tú, María!... ¿La hija del viejo Parolla arrastrado y escupido por un Monpavón?... ¡Oh, no, no me hagas señas; te comprendo; inútil es que hables; sé lo que quieres decir con eso; dices que miento, y dices bien!... ¡No era posible!... Mi pensamiento te ha calumniado... Perdona, Paz... ¡perdóname... que no sé lo que dije!... ¡Ganas de llorar me dan al pensar que tú... mi hermana de mi alma... mi María... dame un beso... no, tuyo, tuyo... ¡yo quiero que me lo des tú... así... gracias... María!... ¡Cuando él, ni ninguno de los suyos ha sido digno de ti!... Hermana mía... Dame otro beso... que me refrescan el alma... abrasada por la osadía de ese... canalla. Cada vez que le nombro se me llena de sangre la boca... y hasta el cielo creo que hoy está... teñido de carmín...

Alzóla con cariño, sosteniéndola en sus brazos; y dándola frecuentes besos en la frente, fué á sentarla en un viejo sillón de cuero. María de la Paz seguía muda y con la cara serena en la apariencia, pero lívida, blanca y fría como el mármol..

La imaginación de Jaime volvió á arrastrar su pensamiento ante el cadáver mutilado y deshecho de su padre, con los dientes apretados en la contracción de la agonía, y el cuerpo cruzado de hilillos de sangre coagulada y negra que iba de las heridas á las coyunturas. Desviaba los ojos, fijándolos en la hermosa cara de su hermana, pero continuaba viendo al

horrible fantasma, y murmuraba golpeándose el pecho y mesándose el cabello que le caía sobre la frente:

—¡Sí!... ¡Ya te he visto!... ¡Y voy á vengarte!...

Miró á la inmóvil Paz y la dijo:

—¿Que á quién veo?... A tu padre... al mío... ¡á quien ví entonces!... ¡cuando lo mataron!... ¡después!... ¡ahora mismo!... ¡tal vez lo veré siempre!... ¡en la hora tremenda de mi agonía!

El cabecilla se separó de su hermana y rugió como un tigre, mientras se apretaba la frente con tal fuerza que crujían los huesos del cráneo.

—¡Dios mío!... ¡Dios santo!... ¡arrancadme esto de aquí!

Cerróse entonces la ventana del despacho con tal violencia, que los vidrios saltaron hechos polvo; y el bramar del viento huracanado ahogó sus últimas palabras.

Un nuevo personaje penetró en la estancia.

María lanzó un grito, y trató de ponerse en pie; las fuerzas la faltaron. En cambio Jaime retrocedió unos pasos mirando á Augusto, como el león antes de arrojarse sobre la víctima que ha de devorar. Los ojos eran constantes relámpagos de ira que lanzaban centellas de fuego.

—¡Baja... baja las escaleras y... partamos ahora mismo!... Monpavón vaciló.

—Te digo que salgas, necio... porque vamos á partir ahora mismo...

—¿Yo?—preguntó Augusto asombrado, viendo con temor la figura siniestra de Jaime que se le venía encima como una avalancha.

—¡Sí... tú!...

—¿No ha leído V. una carta mía?...—le dijo deteniéndole.

—Sí—respondió Jaime abriendo desmesuradamente los desencajados ojos.

—Entonces...

—¡Pues por eso!... ¡te arrojé de mi casa, porque quiero dejar de tener pronto el obstáculo que me impide deshacerte entre mis brazos!...

—¿A mí?...

—Sí, á ti, ¿qué te extraña?... ¿Esperabas otra cosa de tus

víctimas?... ¿Creías que íbamos á premiar tus crímenes admitiéndote en nuestra familia?... ¡qué quimeras forjas en tu disparatado cerebro! Lo que más me ha chocado de tu papel, es....

—¿Dónde está?...

—Lo he tirado... me apestaba y me manchaba los dedos... Monpavón temblaba, víctima también de la ira.

—Lo que más despreciable he encontrado en ella, es la afirmación de que Paz te quiere...

—La verdad...

—¿Verdad?...

Y Jaime se adelantó hasta tocar el cuerpo de Augusto; su garganta rugió una exclamación que casi era una blasfemia; al mismo tiempo alzó una mano con el puño cerrado, pronto á descargarla sobre la cabeza de Augusto.

Monpavón le cogió los brazos deteniéndole.

—¡Suelta!... ¡Suéltame!—gritaba Jaime en el paroxismo de su furor.

Y Augusto le dejó libre.

—¡Baja esas escaleras que nunca debiste pisar!... Obedéceme; que aunque tu sentencia de muerte ya está firmada, no es este aún el momento de llevarla á cabo... Sal, y marchemos.... Adiós, Paz...

Y Augusto sin responder palabra, fijó su vista en María, que sin sentido yacía en el suelo.

—Por bien suyo la amaba—dijo Monpavón.

—¿Serás aún tan miserable—clamó el Mosén,—que quieras darnos de limosna un amor que nadie te ha pedido?...

—Pues marchemos... ya que V. ignora á quién echa de su casa...

—No lo ignoro, no... Al asesino de mi madre...

Y á un tiempo mismo, como dos desafiados bajaron la escalera y llegaron al portal...

Dos caballos esperaban ensillados.

La Caspia iba de un lado á otro atemorizada por la tempestad de aire que rugía imponente fuera de la casa.

El ruido borraba las palabras haciendo que nadie se entendiera allí...

Sonaban los portazos, y por las rendijas de las ventanas se colaban rachas de viento que llevaban el desconcierto, hasta el punto de que la Caspia no cesaba de murmurar:

—¡La Berlia... la Berlia!...

CAPÍTULO XXII

¡LA BERLIA!....

Los astrónomos de Cristierna, es decir, los viejos que distraían las tristezas de sus achaques estudiando el mudo lenguaje del cielo, estaban desde que se habían levantado preocupados y tèmerosos del cariz que aquel día presentaba el firmamento. Parecía que habían descubierto en su inmensidad no sé qué signos y anuncios de borrasca de aire; pero no de esas borrascas que en Castilla duran diez minutos, y luego de haber hecho dar un paseo á nubecillas de polvo y hojas secas, concluyen por un chaparrón que se va en el mismo tiempo que tardó en venir, sino á la del huracanado ciclón que ellos designaban con el nombre de la *Berlia*.

¡La *Berlia*!.... Era este nombre toda una leyenda que por auténtica y verídica constaba apuntada en pergaminos en el archivo del Ayuntamiento cristerniense. No había chico que no la supiera de memoria; ni tertulia de viejas donde no se comentase lo menos seis veces al año; ni forastero que á los dos días de pernoctar en el pueblo no tuviese de ella extensa y pintoresca noticia. Y ¡ay! del que mostrara la más somera duda, respecto de su verosimilitud: la *Berlia* en la primera visita que á la aldea hiciese, se encargaría personalmente de convencerle, más aún de lo que para seguridad de su conciencia necesitase, de todo lo contrario.

Fué la *Berlia* una hermosa doncella que vivió en tiempos muy antiguos, y á quien la fatalidad de las circunstancias hizo morir á manos del pueblo. Se la tachó primero de mancha de un caballero hidalgo, que marchó á la guerra dejándola deshonrada y sola, en medio de la mayor miseria. Luego, de que se dedicaba á fabricar unguentos y filtros de endemoniada composición, con los cuales comerciaba, causando más de dos desastres en quienes los compraron. Después, de que el hijo que tuvo con el hidalgo, lo despeñó al abismo de las canteras de Agurrio. Y finalmente, tanto y tanto crimen, que sin duda alguna atrajo la maldición de Dios, haciendo que casi seguidas vinieran al pueblo dos epidemias y tres malas cosechas. Entonces, Cristierna en masa acordó mandar á los diablos á la ya vieja y horrible *Berlia*, y una noche yendo á la casa, que en las afueras de la aldea tenía implantada, la rodearon de leña, y pronto fué armadura de brasas rojas, en que como sobre pentágono de fuego, corrieron llamas blancas y amarillas. Bailotearon al resplandor de las hogueras hombres y mujeres; oyéronse algunos gritos ahogados de la abrasada hechicera; nubes de plomo y chispas revolaron entre las sombras, y á poco el embrujado antro no era más que un conjunto tétrico de cuatro denegridas tapias, desconchada la cal, y con los quicios sin puertas, en medio de las que, casi enterrada en cenizas humeantes, había una cama de piedra negra, sobre la cual dormía un carbón de forma humana: el tostado cadáver de la bruja.

Era complemento de esta narración, la noticia de que la tachada de bruja era una inocente é inofensiva mujer, que agraviada por la injusticia que con ella se había cometido, pidió á Dios licencia para que su alma se vengase siempre que pudiera de Cristierna. Y así, era tradición que el alma de la *Berlia* andaba por los cielos robando aire de todos lados para luego, de improviso y en conjunto, arrojarle en formidable torbellino sobre el desgraciado pueblo, constituyendo el temible ciclón, que como ya hemos dicho, preveían para aquella tarde los padres graves de Cristierna.

Claro es que todo esto era una fábula, y que cada día iba siendo mayor el número de los que no creían en ella; pero el

caso es que al oír la *Berlia*, todos atrancaban los portones con gruesas vigas, cerraban las ventanas, y atemorizados y con susto, escuchaban al viento, que bufando sordamente como una fiera, se descolgaba por las chimeneas, aplastando las llamas de los encendidos hogares y silbando por las rendijas de los balcones, constituía al fin un concierto de desastres en los chopales y huertos, y un diluvio de ruidos que atemorizaban á los espíritus, haciendo retemblar de frío los cuerpos.

Fuera lo que fuera, aquella mañana había salido el sol embozado en crespones de escarlata, como rey que de mal grado va á revistar á sus vasallos; y asomó el incandescente rostro sobre las lomas de Oriente, haciendo fulgurar el revuelto celaje como si fuera un mar con olas de cristal fundido, islotes de nácar, grumos de oro, ondas purpúreas, blancas vedijas y sobrenadantes boyas. Por playa y costa de tan accidentado océano, fueron naciendo del Norte moles inmensas de negras y plomizas nubes amontonadas; y entre unas y otras densas brumas cenicientas, valles fantásticos de aquellas raras sierras que se prolongaban en contrapuestos sentidos, en forma y á manera de cordillera áspera y pedregosa... Y allá en lo más alto, en el zénit del cielo, tenues voladuras rotas y desgajadas, como tapiz deshilachado, dejando ver por sus rendijas el puro azul.

El aire en la madrugada fué tibio; mas pesaba tanto en el ánimo como en el cuerpo; luego cesó; ni una hoja se movía en las sensibles copas de los chopos; ni una menuda hierba en los extensos campos; flotó el paisaje en un ambiente seco y carminoso que acortando distancias engrandecía las moles; y á las diez, todo el que alzaba la frente al cielo y veía el celaje del Norte, cárdeno, mate y estirado como una inmensa lámina de acero sin bruñir, no la bajaba y reponía á su natural y ordinaria posición sin murmurar para sí con desaliento: *La Berlia...*

Y en efecto, á eso de las tres, salió el alma vengativa de la bruja, blanda, apacible, sosegada, como paseando recreada por el atemorizado campo de sus feroces hazañas, y relamiéndose de antemano con la catástrofe con que iba á casti-

gar al pueblo; jugueteando con los espesos trigos que aún estaban en pie; haciéndose saludar de los siseadores álamos; barriendo de pajas las calles; moviendo un par de puertas entornadas; desliando los pliegues de algún tendido refajo... ¡nada!...

Pasó media hora, y la fiera se acordó de su martirio: vieron á su memoria los insultos que los de Cristierna la dirigían mientras se retorció abrasada por las llamas que habían sorprendido su inocente sueño, y enardecida por el rencor, trabó primer combate con las ramas tenaces de las duras encinas, los matorrales espesos y los setos de espino que se tronchaban clavando sus púas en el polvo del suelo. La resistencia de los cerrados postigos la enfureció doblemente, embraveciendo más á cada minuto que pasaba; y forcejeando con las atrancadas puertas, y dando bufidos de coraje, amarró las ramas de los frutales para servirse de ellas cual de látigos, y golpear los vidrios de las ventanas, que hechos pedazos, caían con estruendo chocando en las repisas. Sordos mugidos la acompañaban, mientras las más eruidas y tiesas copas de los árboles se humillaban, entre remolinos de sucio polvo; las puertas se estremecían en sus umbrales; y fallebas y visagras hacían el último esfuerzo de suprema fortaleza, convirtiendo cada clavo en un garfio que amarraba las temblonas maderas. Troncháronse las chimeneas; crujieron los aleros deshaciendo en pulverulento serrín que volaba hasta lo más alto de los remolinos, la blanda carcama de su vejez; las vigas más firmes lanzaban gritos de agonía; vetustas ramas arrastrando por el suelo, iban tremolando las verdes hojuelas con que la primavera las vistió, y á las pocas calles que andaban, caminaban desnudas entre un montón de muérdago desarraigado, como rota bandera de desmantelado buque que perdido el timón arrastrara hacia el abismo el viento.

Al mismo tiempo, y entre los chasquidos de la leña y el rodar de los escombros, se libraba en el aire reñida batalla de pajas, tierra, plantas, trapos y papeles: las hojas que dispersas yacían en socarreñas y calles, daban vertiginosas vueltas hasta hacerse un montón que volaba del suelo, se cernía



en el viento, describiendo espirales sonoras y rápidas, subía muy alto, y allí se deshacía dispersando las hojas, que desaparecían en los fosos, los regueros y detrás de los bardales y setos. Y era aún más de ver cómo la *Berlia* arrancaba de los viejos muros la secular hiedra y cómo á los nuevos los arrojaba golpetones de estiércol, y cómo á ardientes pajas las encauzaba hacia los repletos pajares para regalarse con el espectáculo de un incendio; y cual divertida y rara agitaba las campanas pequeñas de Santa Inés que lanzaban desacordes y quejumbrosos sonidos...

Luego descansaba breve rato; tomaba alientos, y se oía lejano rumor como el del mar que en noche de marea viva, gruñe al no distinguir entre las sombras las rocas en que ha de estrellar la espuma de sus olas; pero volvía pronto, con doble empuje, haciendo oscilar lo firme; caer lo vacilante; encrespando las tejas, que se levantaban en los tejados, como burbujas de vapor en superficie hirviente; bramando, silbando, y haciendo crugir á los troncos quebrados; zumbiar á los bardales que desesperadamente extendían sus espinosas greñas para no ser arrancados del suelo donde tenían sus raíces... y todo sucediendo á la luz de una claridad tétrica y sulfúrea; todo en movimiento; en vertiginosa danza gnómica; las casas con los ojos cerrados, y los árboles encogidos, tiritando y con gran porción de miembros rotos.

Iba ya para una hora que el fragor de este aéreo pugilato rodeaba á Cristierna, cuando una puerta se abrió, y... ¡válgame Dios qué modo de acurrucarse y precipitarse en la ancha portalada, la de aquellas rebañaduras de callejas, polvo y hojas!...

Todos los que al cancel asomaron, cegaron por un momento.

—¡Cerrar!—se oyó gritar á uno.

—¡No! ¡Abrir!—se escuchó replicar á otro.

Y sin duda debiera tener más autoridad el segundo que habló, pues fué obedecido como por ensalmo; y subsiguiente á su orden, distinguióse entre la pulverulenta atmósfera salir de la casa dos caballos, que pronto tuvieron jinetes.

Uno de ellos al montar, se vió que cojeaba un poco.



Y el otro cuando ya estaba montado, volvió la cara atrás y así la llevó hasta que se perdió de vista.

Que fué bien pronto, pues lo denso del aire borraba las siluetas de los más cercanos bultos.

Y con ellos pareció que se iba la horrible *Berlia*, pues tal vez por propio cansancio, el silencio y la inmovilidad reemplazaban al fragoso desconcierto y cataclismo.

Pero no: no era que se iba ni que se cansaba. Era que estaba admirada y suspensa ante los vidrios de una ventana que al fin concluyó por abrirse, y en la que vió dos caras muy juntas, tan juntas como distintas.

Joven y divinamente hermosa la una, lloraba con la mayor expresión de amargura; y la otra vieja, fea y soez, sonreía... Diciendo la muchacha, con la vista fija en el camino que seguían los animosos jinetes:

—¡Vuelve!...

Y la anciana haciendo ademanes con el huesudo brazo, como si las jurara á alguien:

—¡Así te maten!... ¡Hereje!

Mientras que las corraladas cubiertas de menudo escombro, ramas, casco y hojarasca; los árboles quebrados, y con cien cicatrices en cada tronco; los que no estaban arrancados de cuajo, lacios, desgredados y con el follaje casi en esqueleto, recobraban la inmovilidad; y el aire, el silencio; y el cielo, la calma. Que la *Berlia* huía con sus nubes por el Norte, replegándolas, doblándolas y haciéndolas desaparecer del horizonte.

Volverá?...



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

LA CRÓNICA PARLAMENTARIA DE «LA ÉPOCA»



OCABAN á oraciones las campanas de Cristierna.

Era, pues, esa hora tristísima en que riñendo batalla las sombras y la luz, vencen las sombras y lo inundan todo de negro, haciendo que el alma se impregne de melancolía, se conmueva sin saber por qué, y mire con sentimiento morir al día, que nadie puede predecir si será el postrero de los que sus ojos vean. Porque el anochecer recuerda la muerte; trae, para el que piensa, la idea de la eternidad; hace asomar á los párpados lágrimas de despedida, y no deja de sumir al alma en un océano de misterios, sobre el que destaca un cierto reprochar de ingrato, á ese sol que nos visita como buen amigo todos los días de nuestra vida, y se va diciéndonos que, aunque hayamos de morir, él seguirá luciendo impasible durante muchos siglos, sin que empañe su brillo la tristeza que debiera producirle nuestra muerte.

El pueblo iba á atravesar el túnel de la noche; se recogían los ganados á sus establos, de retorno de los apriscos en que habían estado pastando durante el caluroso día; y las chi-

meneas de las casas, humeando á un tiempo, daban clara muestra de que en todas ellas las émulas de Brillat-Savarín y de Gouffé preparaban, activas y celosas de su obligación, la cena que unos dicen que *recrea y enamora*, y otros que *mata más que sanó Avicena*.

Era viernes; por eso, en casa del proto-notario, proto-cacique y proto-confidente, D. Fidel, se había suprimido el rezo del cotidiano rosario, que rezaba toda la familia de rodillas y D. Fidel sentado, en atención á la flojedad de las coyunturas de sus piernas.

Porque es de saber, que los viernes llegaba la estafeta (llamémosla así) de la corte carlista; y con tan plausible motivo, la tertulia del notario ascendía de aspecto y tomaba las proporciones de club ó conciliábulo. ¡Oh, y cómo se contoneaba el ínclito D. Fidel cuando reservaba de la lectura en alta voz algún parrafito de cartas, cuyo timbre era una corona real!

Tomaba un aire tan extraordinariamente pedantesco, que se hacía insoportable. Un secreto de Estado, era en sus manos infranqueable valla de silencio que ni sus más íntimos se atrevían á salvar.

Y aquella noche los muebles de la sala relucían de tan sobados como habían sido por el infatigable paño de mano de D.^a Obdulia. A la lámpara que de ordinario alumbraba la estancia, se había añadido el importante refuerzo de dos quinqués, y todo presentaba el golpe de vista más uniforme y bien dispuesto que puede concebirse en un Cristierna.

Dieron las nueve, y casi simultáneas fueron las campanadas del reloj y los dos golpes que sonaron en la puerta.

En seguida entraron D. Fermín Gurrea y su digna esposa...

Pero, ¿á qué cansar diciendo todos los que entraron, y cuándo y cómo?... Para ser breves, diremos que, á las nueve y media, la sala estaba llena de gente, y que en medio de la algarabía de las cien mil conversaciones entabladas á un tiempo, sobresalían, por lo tonante del timbre, las voces de un D. Robustiano, antiguo retirado, tratante en vinos en el día, y un D. Andrés, vetusto reaccionario, dedicado únicamente á discutir la conveniencia de que el tribunal de la In-

quisición se restableciera, que el Papa tuviese poder temporal, y la supresión absoluta y completa del mal llamado cuarto poder del Estado: de la prensa.

Estos dos fiscales áulicos de las resoluciones notariales, convenían en varios puntos, disintiendo en otros. Convenían en que no debía haber más periódicos que el *Diario Oficial de Avisos* y la *Gaceta*; pero disputaban siempre, defendiendo D. Andrés la Inquisición y el poder temporal, y D. Robustiano aseverando que el Santo Oficio había sido una necesidad histórica, que desapareció para no volver, y que si bien Roma no podía negarse era del Papa, no consideraba conveniente acumular en sus pastorales manos los dos poderes eterno y temporal.

Sobre esto versaba la conversación aquella noche, hasta que un suceso de más importancia cortó el hablar de todos.

D. Fidel entró majestuosamente por entre los intrincados senderos de su favorecida sala, dando la mano de refilón, llevando en la izquierda buen número de papeles y periódicos, con el ceño fruncido, como quien siente bullir en el cerebro algo importante, los ojos cargados como de haber leído mucho, y la carnosidad guarecedora del nervio del olfato aún señalada por el sitio en que las gafas se apoyaron.

Saludos, reverencias, cortesías, dobleces de cuerpo, estrechones de manos, medias frases, miradas de conocimiento, aire de importancia... todo esto subsiguió á aquella entrada triunfal.

El silencio fué la corona de todo.

El oráculo habló, y dijo sentándose:

—Señores... ¿qué tal se ha salido de la ventisca de ayer?... ¿Muchos desperfectos?...

Y en seguida, hombres y mujeres hablaron: quién refería con vivos colores el volar de todos los papeles que sobre una mesa tenía; cuál otro, el número de vidrios rotos que la Berliá le causó... y todos se consolaron; pues por extraña que la progresión parezca, siempre, el último que hablaba, era el más damnificado de toda la tertulia.

—¡Un periódico!—dijo al fin D. Robustiano, mirando á D. Fidel, que tenía en sus manos un número de *La Época*.

—Sí—le contestó el notario,—acabo de recibirlo de Madrid... y me alegro, porque inserta en su crónica parlamentaria el magnífico discurso que ha pronunciado en el Congreso mi amigo Montoya...

—Hombre, hombre... veamos—dijo impaciente D. Andrés cogiendo el diario madrileño.

Y abriéndolo y llevando su vista á la sección de Cortes, añadió:

—¡Vaya una sesión borrascosa!... Todo son *interrupciones, campanillazos, rumores, protestas, aplausos*... Se conoce que el discursito hizo sangre...

Y de pronto bajó el periódico de ante su vista, y exclamó:

—¡Conforme!... ¡Sí, señor, conforme!... ¡Muy bien dicho!... ¡Oh, qué magnífica oración!... ¡Qué argumentos más sólidos, más irreplicables!...

Atónitos y suspensos escuchaban los de la tertulia estas exclamaciones de D. Andrés, cuando exclamaciones y asombro tuvieron que suspenderse, á causa de entrar en la sala el doctor Sedini... Y primero que el médico saludó á todos y cada uno de los concurrentes, transcurrió un buen rato.

Al fin del cual, la conversación cortada volvió á anudarse, diciendo D. Andrés:

—Estábamos preparándonos á leer un magnífico discurso que inserta *La Época*.

—¿De quién?—preguntó Sedini.

—De Montoya.

—¡Oh!... ¿elocuente, como todos los suyos, no es verdad?

—No sé si como todos, ó cual ninguno.

—¿Y sobre qué es?

—Es propósito de una nota que la Santa Sede ha circulado á las potencias respecto á la insostenible y anómala situación que atraviesa, apesar de eso que han dado en llamar ley de garantías.

—¡Hombre!...

—Sí, señor; con este motivo surgió un incidente en el Congreso, y...

—¿Y quién contestó al Sr. Montoya?

—Cotorra—dijo D. Andrés, sonriendo.

Y serenándose y recobrando su aspecto serio, añadió:

—Por cierto que cada dos palabras de nuestro amigo son un palmetazo para el otro majadero. Vean VV. si no un parafito del discurso.

Tosió, entonó la voz, y leyó:

—«Pues qué, ¿acaso el acto de cesión de la Lombadía á Víctor Manuel, después del tratado de Villafranca, es un documento más legal ni más solemne que la donación del territorio romano al Papa (no Sixto, como ha dicho el Sr. Cotorra, sino Esteban), el año 755 (y no 615, como ha dicho el Sr. Cotorra), después de otra batalla reñida casi en los mismos lugares que las de Magenta y Solferino?...» Como ven ustedes—dijo D. Andrés dirigiéndose á la concurrencia,—es sumamente fácil al Sr. Cotorra esto de citar fechas y nombres, con mentar las primeras cosas que á la memoria le vengan. Lo malo para él es que hay gente que estando más en autos no le deja pasar ni una de las mil mentiras históricas que intercala en sus discursos. Pero donde nuestro amigo estuvo sublime, fué en el final: trata la cuestión de modo análogo á como la trató D. Nicomedes Pastor Díaz, y dice:

—«¡Ah, señores diputados!... Lo que hay es que de aquel árbol pomposo que cobijó con su sombra el orbe civilizado; y á pueblos ateridos y faltos de sol les dió calor y luz en abundancia, habéis cortado, tiranos enmascarados de liberales, las ramas que caían hacia sus tierras, á pretexto único de que no dejaban pasar clara la luz del cielo. Por eso arrancan y desmochan su vetusto tronco los mismos hijos del suelo en que ahondó sus raíces... aunque destilen sangre, como aquellos árboles del Dante en que se convierten en su Infierno los suicidas. Y de toda vuestra gritería sólo se desprende un ideal, una aspiración, tema único de vuestros deseos: ocupar á Roma, para... lanzar de ella al Pontífice. Todo eso de independencia, unidad, libertad y buen gobierno, son mentiras liberalescas, faramalla, música con que aturdís los oídos de los que sólo ven la superficie de las cosas. Y si no, ¿por qué vosotros que divinizáis á los héroes italianos no tenéis una protesta libertadora para los mártires polacos?... Porque en Polonia no hay Papa... ¿Por qué

» al padre del actual monarca, vuestro ídolo, le dejasteis mo-
 » rir en la amarga orfandad de su destierro?... Porque el padre
 » de Víctor Manuel, el infortunado Carlos Alberto, no era ni
 » podía ser enemigo del Papa. Así es todo: se hizo perecer
 » en un suplicio infame al mártir Caracciolo, y se prodigan
 » dictados absurdos de mentida gloria á Garibaldi, porque, im-
 » bécil, puso sitio á Roma al frente de las hordas de borrachos
 » que gritaban: ¡Abajo el Papa!... Y sois inconsecuentes con
 » vosotros mismos: ¿si tan necesaria era la unidad italiana,
 » por qué no trabajáis por dársela á la Península Ibérica?..
 » Las escuadras y los tesoros de Italia se arruinarían por im-
 » pedirlo. Porque en España no hay Papa. Y los mismos que
 » aducían como sacrílego atentado al progreso la administra-
 » ción de los Estados romanos por el Papa, no osan hablar
 » del ignominioso desgobierno de Constantinopla... ¡Porque
 » tampoco el Gran Turco es Papa!... Afortunadamente, todo
 » pasará, y el límite de vuestras aspiraciones demagógicas no
 » lo tocaréis: derribar el Vaticano. Sobre las cabezas de los
 » que lo intenten, se desplomarán las catacumbas de cuatro
 » siglos de mártires y las bóvedas de dos mil años de tem-
 » plos. Porque Roma ni es ni será de Italia. Roma es del
 » mundo católico. No hay allí un monumento que no sea
 » prenda ó despojo de una nación; no hay una sola piedra en
 » sus altares que no represente una ofrenda, una lágrima, una
 » oración, un suspiro de penitencia ó una gota de sangre de
 » los fieles de las cuatro partes del mundo, y por mucho que
 » se construya nuevo no se podrán borrar jamás las ruinas,
 » siempre habrá más sepulcros que edificios, y allí ha de es-
 » tar la cabeza de la Iglesia, porque no puede estar más que
 » allí, no hay otro sitio, como no tiene el hombre otro lugar
 » que su cráneo para contener á su cerebro.»

«Voy á concluir de molestaros. Roma es la metrópoli de
 » la gran República que se llama Iglesia. Y se funda en una
 » inmensa y perenne soberanía nacional: solamente que esta
 » incomparable democracia de la igualdad ante Dios, cuyo
 » reino es la vida eterna, y cuya ciudadanía es la inmortali-
 » dad, cuenta siempre como presentes los votos de los que
 » han muerto, y los derechos y aspiraciones de los que han

»de vivir. No hay en todo el mundo foro bastante á contener
 »los comicios de su tremendo plebiscito: se necesitarían aque-
 »llas graderías de cielos que vió en el maravilloso Apocalip-
 »sis el gran poeta de los siglos evangélicos. Y el día del pe-
 »ligro, el día de la reparación, correrán todos á pisotear á
 »esas microscópicas muchedumbres del momento, con el for-
 »midable y abrumador peso de ochenta generaciones, que
 »gritaron y gritarán: ¡Viva el Papa, Rey de Roma!...»

—¡Vival!—gritó D. Fidel, imposibilitado de contenerse al concluir el discurso D. Andrés.

Y mientras las mujeres atónitas parafraseaban el documento que acababan de oír, los hombres allí reunidos palmoteaban, se miraban, y cambiaban palabras de asentimiento.

—¡Muy bien!...

—¡Asombroso!...

—No he oído nada igual...

—¡Qué maravilla!...

—De intento—dijo D. Andrés—he suprimido la lectura de los mil paréntesis que pone el periódico á la conclusión de casi todos los párrafos. Tales como, *sensación, aplausos, protestas...*

—Ha hecho V. muy bien...

—Valiente, valiente—exclamaba D.^a Obdulia queriendo aparecer emocionada.

—Este discurso—dijo Sedini terciando en el debate—me recuerda la disputa que días pasados sostuve con mi amigo Augusto Monpavón, sobre el mismo tema.

D.^a Obdulia fué á interrumpir, para decir al médico que Augusto se había ido el día anterior.

Pero se contuvo, y no dijo nada.

—Todo fué—continuó Sedini—por haber yo calificado de un modo algo violento al Rey de Italia. Con ese egoísmo liberal que pretende discutir á Dios y no deja poner en tela de juicio la usurpación del calabrés ateo, me afirmaba que era indiscutible el derecho del Rey de Italia á la posesión de Roma: y añadía que esta usurpación indigna no había más remedio que respetarla, aunque no fuera más que por ser un

hecho consumado. Tanto equivaldría suponer, le dije yo, que el año 1808 el Rey legítimo de España fuera Napoleón, porque tenía en su favor el hecho consumado de la invasión, conseguida por la fuerza brutal de las armas.

—Creo—preguntó el reservado D. Fidel—que el tal caballero era de lo más avanzadito...

—¡Ah! terriblemente... sí señor...

—Vaya bendito de Dios—dijo la mujer del notario.—Ya nos dejó en paz...

—¿Se ha ido ya?—preguntó una de las jóvenes circustantes á quien el día de la procesión no había disgustado del todo la apostura del capitán.

—Sí: ayer se fué—concluyó D.^a Obdulia clavando sus ojos verdes y saltones en el médico.

Y razón tenía para mirarle, que Sedini palideció hasta quedar como un cadáver.

—¿Qué acaba V. de decir, señora?—exclamó poniéndose en pie.

—Pues nada—respondió la notaria,—que ayer se fué del pueblo con... el Mosén.

—¿Con el Mosén?

—¿No lo sabía V.?

—No. Estuve ayer y antes de ayer fuera del pueblo... Y hace dos horas escasas que he vuelto.

Y reinó el silencio, porque toda la tertulia dedicóse á mirar las contracciones que sufría la cara del doctor, cómo su agitación aumentaba por grados y cuál tartamudeaba impaciente palabras que nadie entendía.

—¿Qué tendrá?—se preguntaban las mujeres en voz baja. Y Sedini, dudando aún, volvió á interrogar:

—¿Pero está V. segura?

—Segurísima... Los ví partir... juntos...

—¿Juntos?

—Sí, señor. A caballo... Por cierto que no esperaron á que la Berlia acabase de martirizarnos.

El doctor quedó como una momia en su ornacina. Se parecía á Santo Tomás en que oía y no creía. Le era preciso ir, ir y convencerse de que era verdad aquel suceso no previsto

por él. Pasó algún tiempo sin que volviera de su pasmo y terror, haciéndose cargo de lo difícilísima que quedaba la situación, sin poder explicarse qué habría motivado aquel brusco partir de los dos enemigos irreconciliables. No era absurdo lo que pasaba, pero sí extraordinario y anómalo.

—Señores—dijo al fin, turbado,—voy inmediatamente á ver qué es lo que ha sucedido... Adiós, D. Fidel... Adiós, señores... Señoras... Dispénsenme VV... pero... Adiós, adiós...

Y salió veloz, inquieto, repartiendo saludos á troche y moche, tropezando al uno, pisando á otro, y murmurando al hablar consigo mismo:

—¡Santo Dios!... ¡Ese Jaime! ¡Ese Jaime!...

Cuando sonó el golpe de la puerta de la calle, D.^a Obdulia lanzó una carcajada nerviosa, larga, agudísima, como el careo de un ave de corral.

—Divino, divino—exclamaba tendiéndose de risa en su silla.

Siguió un cuchicheo mezclado de risillas, semejante al que producen los sapos al morder las flores. Luego la tertulia se dividió en tres pelotones, que respectivamente presidían el notario, su mujer y su hija mayor. Después se oyeron exclamaciones, medias palabras, susurros. Los hombres se sonreían, las muchachas se ponían encarnadas y las viejas metían su hocico en el grupo de D.^a Obdulia, para aspirar con delicia aquella atmósfera de maledicencia, más grata para ellas que el aromoso álito de finas flores.

—¡Un hijo!—decía uno.

—¡Hipócrita!—decía otro.

—Se le fué... ¡el caballo blanco!...

—¿Por ésta?...

—¿Sí?...

—¡Pché!...

—¡Oh!—exclamaba santiguándose el D. Robustiano, alargando su cara de arcángel con perilla blanca, tiñéndola de un barniz de horror cómico y demostrando con ella que hay militares completamente inofensivos é incapaces de hacer mal ninguno.

Y zumbaban, zumbaban las más groseras invenciones, produciendo un zumbido semejante al de un enjambre en marcha.

Los aguijones de aquellas víboras se cansaron de morder.

Sintióse roce de telas y percales, bullicio de saludos, movimiento de sillas que chirreaban al resbalar sobre la encerrada tarima. La tertulia se disolvía. Salieron formando dúos, tercetos y hasta concertantes de seis personas, riendo aún algunos, bromeando otros, comentando todos.

Se fueron Gurrea, el vinatero D. Robustiano, el discuti-
dor D. Andrés.

—Adiós... adiós...

La familia notarial quedó en cuadro.

Era ya tarde.

—Papá—dijo la joven Barrera.—No rompas *La Época*. Precisamente me servirá mañana para cortar patrones que tengo que hacer.

Estaba de Dios que en aquella casa no se pudiera librar de la tijera, ni el periódico madrileño que por su sensatez y formalidad honra la prensa española.

CAPÍTULO II

VISIONES

Dormida, pero respirando con agitación cual si el pecho se lo oprimiesen extrañas garras de acero; con el pelo suelto y formando doble almohada de negras guedejas sobre las que apoyaba sus desnudas pero ardientes mejillas; presa de intensa fiebre, estaba María de la Paz en su lecho, materialmente hundida entre las ropas, la frente sudosa y el semblante tranquilo, las unas pestañas ligadas á las otras por espeso humor lacrimoso; los párpados corridos y la boca entreabierta, mostrando los finos y blancos dientes, desfiladero de hielo por el que se escapaba un hálito tibio, como perfume de flor enferma.

Y á su lado, solo, en pie, taciturno, meditando, un hombre de buena estatura, canoso, quieto cual si á sus pies los sujetaran clavos y con los ojos fijos en la paciente, observando cuanto en la mudada fisonomía de ésta se presentara como síntoma de un mal temido, anuncio de mejoría ó señal de recrudescencia...

Y todo en medio del silencio de la media noche.

Estremeciáse la hermana del Mosén de cuando en cuando, revelando que cosas muy horribles debían venir á su calenturiento espíritu, y soñaba catástrofes tremendas á juzgar por las palabras incoherentes que salían de su boca sin acabar

de moldear las frases, como pompas de jabón que el aire deshiciera. En su somnoliento delirio se la veía que la tersa frente se tornaba en rugosa, y que era este cambiar á modo de extraño asombro, por las visiones que debían culebrear en el espacio de sus pensamientos.

Y pasaba el tiempo, reposaba, luego se volvía súbita... y volvía á calmarse, dibujando inconcebible sonrisa de importuno placer en sus labios rojos y estrechos, como bordes de herida recién abierta. Luego oprimía su pecho con las manos; un temblor vivísimo la acometía; exhalaba un tenue grito que en su sueño debió ser horrible trueno, y gemía ahogada:—«¡No... *¡fai-me... á ése no... ése!...*»

Trascurrían largos espacios de perezoso tiempo, y acababa la frase diciendo:—«¡*Ese... es tu... hermano!...*»

Se adivinaba después que sus manos se hacían la ilusión de que cogían algo, que sus labios daban un beso al aire, y que murmuraba más quedo aún:—«¡*Por mi hijo! ¡Sí, mi... hijo es... y suyo! ¡Suyo es también!...*»

El espíritu de la infeliz abandonada, después de agitarse en horrendos desvaríos sin determinación y de ser arrastrado en voraginoso torbellino de fantasmas de todas clases y colores, se había trasladado á un campo sembrado de cadáveres, iluminado por una luz como de cueva, y por el que dos hombres corrían persiguiéndose encarnizados. Se abrazaban para luchar, caían al suelo, se levantaban sin vencer ninguno de los dos, las caras llenas de sangre, los ojos saltados de sus órbitas, jadeantes y echando espumarajos de furor por las mustias bocas. Ya las manos se negaban á arañar, á sacar piltrafas de los estenuados miembros, y eran los dientes las armas del combate.—«¡*Basta* (gritaba la enferma ahogada de dolor), *basta... déjale!...*»—Y entonces los ojos del delirio barrían las nieblas que envolvían al sueño, y la lucha era más á muerte que antes; ya el ruido de las bofetadas lo percibían sus oídos aturdidos de tanto y tan brutal golpe... ¡Ya! ¡Ya caía uno!... ¡Caía herido... exánime!... ¡Y era su hermano!... ¡No... no: era Augusto!... ¡Santo Dios!... ¡Cuál era?... No veía bien... Se pasaba los dedos por los ojos, ¿estaba ciega?... Sólo distinguía entre los cardos tronchados del

campo, tendido un cuerpo pálido, desgarrada la ropa, hecha la carne girones... y que el otro, el autor de su muerte, huía espantado del crimen, se ocultaba, tendía con espanto la vista... y se hundía en profunda cueva; antró sin fondo; pozo de paredes roquizas; todas llenas de puntas y cavernas donde anidaban monstruos que al pasar volteando le escupían el encendido rostro... Y luego que la cueva íbase aclarando de resplandor de fuego y haciendo visible un humo fétido y espeso que obligaba á sudar y toser ahogadamente... y al fin un choque espantoso que daba el caído contra una piedra, y que al punto unos hombrecillos de betún se echaban sobre él... ¡Qué horribles eran!... Cíclopes de Birmíngham ó Sheffield, que arrastraban el cadáver de aquel asesino del mundo, y atándole al cuello unas cuerdas tejidas de huesos humanos, le arrojaban al barullo, al vértigo, al estrépito de un caos de lumbre y chispas... ¿Pero era Augusto ó Jaime?... Nada podía asegurarse: era un cuerpo, mejor dicho, era una masa de canillas desquiciadas y carne colgante, sin cara ya, sin forma de hombre, que se deshacía cada vez más, la carne, entre alaridos de júbilo bestial; los huesos, como montón de pedernales que desparramara el galopar de un escuadrón... Todo esto veía María con indecible espanto, sin poder gritar, ni respirar... Pero llegó un momento en que la angustia se sobrepuso al pánico; María hizo un supremo y violento esfuerzo; brotó un torrente de lágrimas de sus cargados ojos; sacó de su abrumado pecho un grito estridente y raro como un trueno, levantó el brazo de debajo de las ropas, alargó la mano, y asió lo primero que encontró: la mano de Sedini.

Abrió los ojos espantados, los revolvió por techo y paredes con el mirar estúpido de una estatua sin pupilas que pedía noticias á la cama, á un cuadro, á los muebles, del sitio y razón, dónde y por qué se encontraba. Sin saber nada; sin salvar sus dudas; sin ver más que un hombre que estaba junto al lecho, solo con ella, vigilante y atento...

Al fin le reconoció.

Sus ojos expresaron un sentimiento dulce y melancólico á la vez.

—¿Usted?—preguntó sonriendo apaciblemente.

Y el médico se acercó, inclinándose hacia ella.

Cuando descubrió las ropas de la cama para meter su mano, buscar la de María y tomarle el pulso, quedó al descubierto un hombro y parte del turgente seno, todo lleno de finas gotitas de sudor, que hacían semejar tanta blancura montañas de nieve que un imprevisto sol comenzara á derretir... Y se escapaba del ambiente de debajo de las sábanas un olor tibio á carne mojada, impregnado del característico hedor de calentura que no debió parecer del todo bien al médico, cuando frunció severamente el ceño, y sin hablar palabra, contó las pulsaciones que daba la venilla de la muñeca, sobre que tenía aplicado el pulgar.

Al mismo tiempo inclinaba á un lado la cabeza, alargando la oreja, cual si pretendiera percibir algún ruido insensible á oídos profanos.

María le miraba fijamente, aunque de un modo algo extraviado y extraño, con la hermosa boca entreabierta que, húmeda como estaba por el sudor, parecía una grosella á quien la excesiva madurez hubiera hecho abrirse en dos mitades...

La enferma balbuceó unas palabras.

—¿Qué?—dijo el médico arqueando las cejas é incitándola con la vista á que repitiera más alto lo que había querido decir.

María, con acento triste, como gemido de lejana esquila que doblase á un muerto, murmuró:

—Tarde... ya... es... tarde...

—Comprendo—la contestó Sedini.—He venido tarde...

La enferma movió la cabeza queriendo afirmar.

De pronto se hirguió horriblemente.

—¿Quién ha muerto?... ¿Quién?...—dijo.

Y se apoderó del brazo del doctor, lo estrujó contra sí, y dió un chillido...

—¿Quién ha matado á quién?... ¿Augusto?...

Se tapó la cara con las manos y quiso llorar. Pero era el de sus lágrimas manantial seco ya en aquella noche.

Su cuerpo sufrió una sacudida espasmódica.

—¡Sedini!... ¿Quién ha muerto?... ¿Él ó... ó Jaime?...

El doctor retardó la respuesta.

—¡Hable V.!...

—Ninguno—contestó Sedini, creyendo firmemente que mentía.

—¿Cierto?... ¿Es cierto eso?—exclamaba María con una vocecilla angelical de niña consentida y mimada.

—Verdad, verdad es...—seguía afirmando Sedini.

—¡Ah!...—decía respirando con más libertad la hermana del Mosén.—Creí... He soñado que habían luchado... los dos... como se fueron juntos... y sentí una opresión... un peso... aquí... Doctor, ¿en qué sitio está el alma?...

Como es de suponer, Sedini lo ignoraba.

—Pues ahí... ahí... era un dolor... horrible...—continuaba diciendo María en tono hiposo y entrecortado.

Se calló luego cual fatigada de haber hablado tanto.

Sedini sacó entonces un fino estuchito de piel, y de él un tubo de vidrio, que después de consultado, introdujo bajo el brazo de la enferma.

Allí lo tuvo por breve espacio, y cuando lo sacó, el mercurio del termómetro marcaba cuarenta grados.

María escudriñaba sus turbios recuerdos. La catástrofe se le aparecía casi borrada, pero cada minuto que trascurría, iban las imágenes despejándose más y más, resaltando mejor sobre el fondo de viento y remolinos que la Berlia le imprimió.

La voz de Paz, semejante á rumor de devota rezando, murmuraba:

—Y... Jaime le decía... «No... no ignoro... á quien arrojo de... mi casa... es al... al asesino de mis padres... al que deshonoró á mi... hermana...» ¡No!... ¡Nol!... Esto no lo dijo... porque... no lo sabe... ¡Si lo supiera!... ¡Ay!... tal vez... tal vez... entonces...

Y dando más fuerza á su moribunda voz, decía mirando al médico:

—Usted era el que... podía... Pero V. se había ido...

—Pero ya he vuelto—la dijo cariñoso, inclinándose sobre la cama.

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Que ha venido V.... tarde...

—No, tarde no; ya verás como esto que tienes no es nada: una ligera calentura.

—¿Ligera?...—sonrió María.

—Sí—le contestó Sedini, poniéndola la mano sobre la frente.

—Tarde... tarde...—decía Paz téticamente, como el naufrago que tiene toda la esperanza perdida.

—No, hija mía—replicaba el hombre de ciencia.—¿Qué ha de ser tarde?... Prometo que te curarás. Antes de cuatro días te levantas.

María lanzó al médico una mirada de compasión dulcísima, un gesto lastimoso; elocuentísimo modo de decir lo equivocado que el doctor estaba.

—¡Ay, no es eso!...

—¿No?...

—¿A mí... qué me importa ya... vivir?...

—Hija, ¿entonces á qué te refieres?

—Si es... á lo otro...

—¿A lo otro?... ¡Ah! Vaya, no hables más. Ya te comprendo. Augusto se marchó... ¿le echó tu hermano Jaime acaso?... Todo lo sé.

—Sí, sí... eso es... le echó... le arrastró... Si no él no se hubiera ido.

—Seguramente. Ea, arrópate y no te enfríes. No debes ahora pensar en nada, más que en ponerte buena... mañana será otro día. Si consiguieras dormirte y sudaras más, quizá al amanecer te hallase limpia de calentura.

—¿Cuántos días hace que... se fueron?—preguntó, tratando de recordar...—¿Hace ocho?...

—No, mujer. Ayer.

—¡Aún no hace más que un día!...—prorrumpió con amargura.

—Nada más. Vaya, no pienses en nada. Repito que te abrigues.

—¿Qué hora es?

El médico miró su reló, y dijo:

—Las tres. Pronto amanecerá.

—¿Se va V.?—exclamó con tristeza.

—No, hija, no. Haré lo que tú quieras. ¿Quieres que me eche al lado de tu cama?

—Sí... en ese sofá... pero... arrímelo V. más aquí... Que yo... alcance con la mano.

Y Sedini arrimó el sofá, abrigó perfectamente á María, puso un libro delante de la luz, se persignó con fe, y se acostó en la improvisada cama.

Y el silencio más profundo siguió á todo.

El doctor, aunque muy preocupado, fatigado del viaje que había hecho aquella tarde, no tardó en dormirse.

María de la Paz cerró los ojos; pero siguió viendo fantasmas y visiones.

Soñó luego que corría por un prado llevando en brazos á su hijo Jesús, y alfombrado cual estaba el campo de flores, María gozaba y saltaba contenta, arrancaba amapolas y mentisitas que ceñía y entrelazaba en el escaso cabello de Jesús...

Cuando de repente notó que le faltaba tierra; que sus pies se hundían, y finalmente que se hallaba al borde de la misma sima en que antes cayera el luchador que vió luego en el infierno.

Gritó como se grita en sueños: sin que lo oiga nadie; pero sacó los brazos en dirección al sofá en que dormía Sedini, y se agarró á las primeras hierbas que encontró á mano.

Gracias á esto no se la tragó la tierra.

Por eso se aseguraba en ellas y las oprimía tanto, que hasta removió la tierra en que estaban sembradas.

CAPÍTULO III

REALIDAD

Más que seguido, acompañado por Berrugas el histórico asistente, caminaba Augusto Monpavón por el paseo de la Florida de Vitoria, bien como sér que despierta de un largo sueño, ó como hombre caído de un mundo á otro.

Había llegado aquella misma mañana del campamento, donde fué recibido con generales muestras de regocijo por sus compañeros de armas. Y bajo pretexto de completar su restablecimiento y mejoría, consiguió de sus jefes una licencia verbal, por la que podía faltar de su puesto treinta ó cuarenta días, á partir de aquel en que se presentó de regreso de Cristierna.

Durante su ausencia, el fiel Berrugas había hecho infinidad de tentativas por pasar á Cristierna y verle; convencido como se hallaba, de que lejos de haber muerto, estaba curando sus heridas, precisamente en casa del jefe de la facción. Mas no contento con esto, confesó en secreto á Augusto que el día del Corpus había estado en la plaza de Cristierna, y que le había visto, y que hasta tuvo firmes propósitos de acercarse y saludarle... pero que temió ser reconocido, y volvió, por extraños senderos, á las filas del Gobierno.

Al ánimo meditabundo y preocupado de Augusto había venido más de dos veces la risa, producida por el extraño

modo con que Berrugas burló la vigilancia de las avanzadas carlistas. El leal asistente había tenido que ser el protagonista de varias aventuras.

Yendo por el campo un día, topó (así se expresaba él) con una mujer que sin ser una divinidad, no carecía de atractivos en lo menudo y airoso del andar, lo flexible y esbelta de cintura, y limpidez y tersura de una cara, chata sí, pero de buenos ojos, mejor boca, y ¡rara cosa en una vascongada!... dientes iguales y blancos. Verla y pararse cuadrado ante ella, fué todo uno. Decía Berrugas que la miró de un modo tan expresivo, con unas visuales tan incendiarias, un mover de los ojos dentro de las órbitas tan fogoso, que hubiera hecho arder no ya el corazón de una provinciana, sino el mismo Polo Norte.

—*¿Ser gure zu?*... (1)—le dijo la vascongada parándose también.

Y le miró de arriba abajo murmurando:

—*¿Carlitan tropie ó gobiernuana?*... (2)

Berrugas hizo un desesperado movimiento de cabeza. La mujer no hablaba el castellano. No le entendía... ¡Qué lástima! él que pensaba haberla dicho tan buenas cosas. Pero nada hay difícil cuando un hombre es dispuesto: apeló á la mímica, y debieron ser dignos de verse los ademanes, los gestos, las contorsiones que hizo demostrándola amor. Al fin llevó la mano á la boca como para recoger un beso, y la provinciana, interpretando la acción como deseo de beber, se bajó de la cabeza el característico cubete de ancha base y boca estrecha, que llevaba lleno de agua, y le dijo con amabilidad:

—*¿Gure zu edan ure?*... *Enzit edarrié* (3).

Berrugas se acercó y bebió: al estar sorbiendo el cristalino líquido, formó un grupo semejante al de Eliezer y Rebeca, sin más diferencia que la terminación del refrigerio; pues sí,

(1) ¿Qué quiere?

(2) Carlista ó tropa del Gobierno.

(3) ¿Tiene sed?... Pues tome el cántaro.

según la Biblia, Eliezer no se extralimitó, Berrugas alargó el brazo y ciñó la cintura de la aguadora.

—*Egon goldi!*... (1)—le dijo separándole la mujer.—*Escondutenago. Nere quizonac genio charra danque*... (2)—añadió repeliéndole.—*Funserá demoniara*... (3).

Berrugas hizo signos negativos.

—*Bai, bai*... (4)—siguió la vascongada creyendo que aquel hombre ponía en duda su matrimonio.

—¿Cristierna?—preguntó Berrugas.

Y como pudo, expresó que se había perdido.

—*Erdu, bañe niregas es* (5).

El asistente vió el cielo abierto.

Siguió á la mujer y con efecto á las dos horas de camino, después de cruzar mil peligrosos vericuetos, entró en Cristierna. Allí vió á Augusto asomado á un balcón de la plaza mientras pasaba la procesión del Corpus. Y satisfecho, salió del pueblo, luego de haber oído á la mujer que le guió, despedirle diciendo:

—*Ondo ivilli y guichi gastan* (6).

Orgulloso de su fechoría había corrido la noticia por el campamento. Noticia que por de pronto le valió no volver á las filas como asistente sin amo.

La única desdicha, y no era poca, consistía en que todo el ajuar de Augusto que con tanto esmero cuidaba Berrugas, había desaparecido el día de la rota de Zadorra.

Estaban, pues, amo y asistente, sin más equipaje que la ropa que llevaban puesta encima; y sobre todo la de Augusto, no era para lucirse.

Además, ni un solo céntimo llevaba en el bolsillo, necesidad á que no veía modo de poner remedio, pues ya se sabe que en tiempos republicanos las pagas andan torpes y reha-

(1) Estése quieto.

(2) Soy casada. Si viera mi marido que...

(3) Vaya V. al demonio.

(4) Sí, sí...

(5) Ven, pero no entres conmigo.

(6) Modismo del país que significa: «Adiós; andar bien y gastar poco.»

cias, é iban ya pasados cuatro meses sin que en el campamento hubiese quien tuviera una peseta, si bien gracias á la igualdad y á la fraternidad tampoco hacía gran falta.

Este apuro financiero era un dato más que explica el abstraimiento y extraño modo de preocupación que dominaba aquel día á Augusto.

Ya hemos dicho que estaba en el paseo de la Florida de Vitoria.

Sin que Augusto se hubiera dado cuenta de ello, había el día avanzado considerablemente, y las risueñas horas de la mañana, unas tras otras, iban derramando alegría y calor sobre los jardines. El aire que hacía mecer los árboles; las nubes que corrían pomposamente por el cielo, dándose la mano y enredándose como hilachas de madeja; el tibio ambiente y las flores que por todas partes presentaban sus chillones rostros á las caricias deslumbradoras del sol, todo convidaba á la alegría. Y sin embargo, aquellos lujos de la Naturaleza parecían á Augusto un sarcasmo espantoso con que Dios se burlaba de su estado.

—Mira—dijo á Berrugas,—ve á llevar la carta que te dí antes, y yo aquí, sentado, esperaré que vuelvas.

El asistente, á quien ya comenzaba á inquietar la tristeza de su amo, hizo un saludo y se fué.

Monpavón quedó solo: las manos cruzadas á la espalda; la vista fija en el suelo, á cuya fina arena no cesaba de preguntar: *¿Qué haré?...*

Sentóse sobre un banco, con el codo en la rodilla y la barba sostenida en los dedos; quieto y fijo como una estatua más del jardín, y meditó.

El sol, que picaba más de lo regular, le hizo pronto abandonar aquel sitio y buscar otro al abrigo de la sombra de los altos árboles.

Y encontró otro banco junto al pequeño estanque de una rumorosa fuente. Tomó asiento, y por un instante se distrajo su atención, contemplando la fuerza con que salía el surtidor, y cuál se tronchaba á cierta altura formando burbujas y bolas de cristal que, deshaciéndose en lluvia, hacían que la tranquila superficie del estanque no cesase de dibujar círcu-

los que, aumentándose, iban á besar sus bordes... Y cuál, debajo del agua verde ó azul según reflejaba la arboleda ó el cielo, corrían inquietos de un lado á otro, peces rojos de aletas doradas que le miraban estúpidos, abriendo y cerrando sin cesar la redonda boca. Y el silencio del paseo á aquella hora, solo turbado por el ruido del salto de agua, que saludaba, hablaba y escupía...

—¿Qué dices tú de lo que á mí me pasa?—decía mirando al surtidor.

Y luego, sin esperar respuesta, añadía hablando consigo mismo:

—Lo más inesperado ha sucedido... ¡María!... ¡Qué horrible es no haber concebido más que de un modo la dicha, y no poderla conseguir!... Ni quise ni querré más que á María, y todo... todo, podrá quererme á mí, menos María. Las fatalidades del mundo nos separan: su hermano es el abogado... y ya acusó... El Juez (miraba al cielo) se calla como si no existiese.

Callaba un momento y proseguía:

—Y qué horrible es también haber cometido una falta y estar dispuesto á lavarla con lo que el mundo dice que se lava, y no... poder. El obstáculo es su hermano; el que me ha arrojado de su lado... al que yo podría hacer desaparecer como á un insensato que se interpone en el camino de mi dicha... ¡y al que tengo que respetar!... Y María de la Paz morirá de pena, y por mi causa. Antes podía aducirse en descargo de nuestro modo de estar, que Jaime no sabía... Ahora lo sabe todo: se lo dije al separarnos en el camino, y.. ¡qué explosión de odios!... ¡Cómo vociferaba loco!... ¡Cómo me mandaba que desapareciera de ante su vista!... ¡Cómo reía sardónicamente, y murmuraba «jella también!...» ¡Ella?... ¿Y qué culpa tiene María?... ¡Estúpido cojo!... La respuesta que me dió fué digna de él... Yo creía que el argumento era incontestable: María tenía que ser mi esposa... Y él dice que un convento... la resguardará de mí. ¡Horrible lazo va á tenderla!... ¡Y se lo tenderá ese hombre que dice que es su hermano, y no es sino hiena dispuesta á hacer de María de la Paz un cadáver!...

Su pensamiento era torrente desbordado que arrastraba ideas distintas de amor y de venganza.

—Pero no—proseguía.—Si el que yo sea quien soy impide que María me pertenezca para siempre, como ya fué mía un instante solo, nadie podrá arrebatarme lo que muy pronto he de robar... Si ella abandona su más dulce consuelo, si la prohíben que vea á nuestro hijo... no faltará quien vele por él. María de la Paz será una víctima del fanatismo de su hermano; y exaltada por el espíritu de esa religión, cuyo dogma tiene por base el padecer, doblará la cabeza al verdugo ascético y arrastrará miserable vida en los claustros húmedos de un pobre convento. Pero yo, mientras tenga vida, haré por sacarla fuera y huir... llevando á nuestro hijo entre los dos; ¿á qué más bendición?... ¡Oh, cómo me abrasan las sienes; creería que en mitad del cerebro habíame brotado un volcán, cuya lava me corriese por las venas!... ¿Y quién sabe si aquel frailuco, que es el amo absoluto del alma de Jaime, es el inspirador de la idea?... ¡Tal vez sea su especialidad sermonear sobre la caridad... y en este caso concreto, aconseje esta solución de demonios!... Todo por no transigir. Y después de todo, ¿qué más puede esperarse de un fanático?... Por eso entre sus burlas me decía: ¿Casarla? ¿Y contigo, que no crees en Dios?... ¿A él qué le importa si creo ó no creo?... Si amo á su hermana, basta... ¡Intolerancia! ¡Intolerancia!... Cuando te veo en forma de negra nube surgir de la tierra despidiendo fétido olor esparciéndote por los aires, llegando hasta el sol de la razón y queriendo ocultarle, cubriendo de tinieblas las mil vibraciones de su lumbré, me encierro en mi cerebro, y trasladándome con él á otras edades, evoco los fantasmas muertos que en yacentes esculturas dormitan en las catedrales góticas, y les escupo, y les insulto y les echo en cara sus vicios y sus mentiras, y me complazco en verlos hechos polvo, sin que el clamor de la libertad galvanice sus cadáveres ni vivifique sus estatuas corroídas por el tiempo; porque ellos fueron los cimentadores del fanatismo que hoy nos divide... ¿Pero qué digo?... A la fuerza debo estar loco. Me distraigo con mi desventura, porque ella es tan grande, que cada fase suya, y

cuenta que las tiene por millones, me sugiere un pensamiento distinto. ¡Tiempo es ahora de pronunciar discursos!... Una sola palabra bastaba, para que el problema entre cuyas conclusiones y premisas me hallo envuelto, desapareciera como un velo rasgado que dejara entrever un porvenir lleno de esperanzas, y esa palabra sonó, y no surtió ningún efecto. Yo creí que todos los odios y rencores que separan á su familia de la mía se allanarían y reducirían á polvo en cuanto yo dijera *me caso*... Y lejos de ello, ese imbécil cojo me ha insultado y me ha llenado de improperios. Yo creí que pidiéndola por esposa, renunciando á mis ideas, á mi vida de desheredado, podía sacarla del infierno de la deshonra, y podía devolverle la felicidad perdida, la estimación del mundo, y la tranquilidad de estrechar á Jesús en su regazo con la frente muy alta, y no como ahora, que va á verlo en medio de la noche, teniéndolo escondido y oculto como la vergüenza ó como un robado tesoro... Si yo no hubiera hecho esto no hubiera sido hombre, hubiera sido un monstruo, un miserable digno de ser perseguido eternamente por la conciencia... y no tener un solo día de paz ni de sosiego... ¡Oh! ¡Pensar que con sólo decir á Jaime que su hermana era ya mi esposa de hecho, podría traer tanto bien, y de callarlo tanto mal!... Por eso lo dije... lo dije... ¿Y qué bien me ha traído esta confesión?...

Detúvose un momento. Su espíritu, dando una vuelta, le mostró la escena en que se despidió del Mosén definitivamente.

Recordaba cómo Jaime, con los ojos inyectados en sangre, temblaba agitado y le decía:

—No acepto esa transacción, porque el que se humilla soy yo. Esa confesión que acabas de hacerme debí suponerla. Pero no creas que con ella compras mi perdón. Ni te he matado ni te mato porque enfermo y desarmado nada podías contra mí. Desde ahora, cambia la situación; yo te buscaré; haré por encontrarte, y te juro que si desde hoy algo me retiene en la tierra, es la esperanza de vengar en ti todos los desastres de mi familia. Casándote con Paz me quitabas la razón para matarte; eras tú el digno que abrías tus bra-

zos á la deshonrada huérfana, á quien por misericordia te unías...

—No; por misericordia no; porque la amo—le había interrumpido Augusto.

—¿Amar tú?... ¡Qué dices, hombre!... ¡Amar tú, ni ninguno de los tuyos!... No mientas: parece que vuestras lenguas nacieron para mentir, como vuestras manos y vuestros corazones de piedra para matar Parollas. Y créeme: á ti no te sienta bien la figura del hombre lavando la mancha que vertió... á ti te sienta mejor huir de mí, y dejar morir á Paz luego de haberla deshonrado y de haber tenido un hijo expúreo, constante padrón de ignominia. Así te comprendo: no de otro modo... Anda, vete, vete... que yo te pierda de vista... que dejes de ser mi huésped, para convertirte en un contendiente á quien sin ser asesino pueda arrancar la vida y llevarla ante mi padre diciéndole... ¡Padre, ya estás vengado!...

—¿Pero qué le he hecho yo á V.?...

—Calla, hombre, calla; á no morir de amargura, me riera de tu candidez. Qué, ¿quieres que vuelva á relatar el largo capítulo de nuestras cuentas?... Sin duda lo deseas para atormentarme haciéndome que las recuerde una vez más... Pero no; me basta con decirte que mataste á mi padre, y á la que me dió el ser, y que ahora, como capitel del horrible edificio de tus crímenes, me dices tú mismo, con un cinismo que me asombra, que Paz... mi hermana María, antes pura y feliz, ha sido flor que has pisoteado sin temor á Dios ni á mí... que turbaste la paz de su corazón arrancándola á la ignominia; sacándola del cielo de su inocencia á que sintiera los dolores de la madre... Nació para derramar con sólo su mirada la ventura, para que á su sombra viviese este incapaz espíritu mío; y de esa estrella has hecho tú lóbrega noche de tristezas y abandono... ¡No: no puede ser tuya!... Si quieres alcanzarla, has de pasar por mi cadáver... Y si después de ello, ella te ama... yo mismo te incito á que la adores ¡porque es digna de ti!... ¿Cómo comprendes que puedan quererse nunca el lobo y la devorada oveja?... ¿No ves lo absurdo de esto?... Y si por su honra lo haces, vete tranquilo: más honrada, pero mil veces más digna, es mi hermana sola y lloran-

do el destino que la condenó á ser una víctima más de vuestras iniquidades, que unida á ti siendo tuya y sintiéndose ceñida en los delirios del placer, por los mismos brazos que forcejearon asesinando á nuestra madre... ¡Madre mía!... Es seguro que su maldición caería como un rayo sobre la pareja que si la desgracia ha unido un momento, no puede estar unida por una vida que pueda ser muy larga. Figúrate tú, asesino de Parollas—decía furioso encarándose con Augusto,—que un sacrílego profanase por un instante un objeto sagrado... ¿Es esta razón para que ese objeto lo esté ya profanando toda su vida?... Vete, hombre, vete. Comprende, si es que tienes entendimiento, en vez de instinto de culebra. Te agradezco en cuanto vale la limosna de tu nombre... pero te lo arrojo al rostro, porque no me hace falta ninguna. Crees que has deshonrado á Paz y te equivocas. Cualquiera otra persona la hubiera deshonrado; tú no. Ella no entró en el cieno, fué el cieno el que la salpicó... Al verse con el lodo en la frente, ¿crees tú que debe arrojarse al charco para sumirse bien en tu basura?... ¡No, no te pongas hosco, ni finjas cólera!... Esa es una farsa tuya. Repito que te vayas...

—Pero María...

—Si te amara, estaría deshonrada grandemente; pero lejos de eso, te odia.

—Mentira.

—¿Miento yo? Vete... Vete, y en medio del combate repítelo si tienes valor para ello.

—¿Y qué va V. á hacer de... ella?...

—Nada te importa á ti.

—¿Quizá un convento?...

—Tú lo has dicho.

—¡Convento más triste que una sepultura!...

—Pero más alegre que tu impuro amor.

—¿Y no veré más á mi hijo?...

—Nada debe importarte.

—¡Crecerá, y le veré algún día sin conocerle!...

—Sí.

—¡Y le enseñarán á maldecir mi nombre y mi sangre!..

—Yo seré en eso su maestro. Yo mismo.

—¿Y no puede esto evitarse de ningún modo?

—¿Te humillas?... Bien está. Es tu papel.

—¿No puede evitarse?

—De ningún modo.

—Si es preciso mi vida...

—Ni la tuya, que ya no es tuya sino mía, ni cien más.

—Soy un miserable si no te arrebató á María.

—Lo eres de todos modos. Haciéndote ladrón aún más.

.....
Después de aquellas palabras, se habían separado.

Augusto corrió sin camino todo el día, dejando á Jaime, que reía como un loco.

.....
De estos pensamientos en que Augusto estaba sumido, le sacó Berrugas, que volvía de entregar la carta que fué á llevar. Se cuadró ante él y le dijo:

—D. Leopoldo Moreno le espera á V. en su casa.

Púsose Augusto en pie, y comenzó á andar.

Hay momentos en la vida en que el espíritu se divide en máquina y en conciencia: la máquina dirige los órganos, y la conciencia se absorbe toda en una idea.

La idea de Augusto había caído en un profundo hoyo de negras paredes, del que no sabía salir.

María de la Paz no sería nunca suya.

Mientras abandonaba el Paseo de la Florida, iba llorando más que hablando consigo mismo, y se decía:

—¡María!... ¡María idolatrada!... El ideal con que soñé se deshizo en polvo al primer soplo de amoroso aliento que mi boca exhaló sobre tu tierno oído. Aquella frente tuya, blanco campo en que nacen como parcelas de azabache tus dos cejas tendidas y negras, doselando tus ojos, tan grandes como el bien que perdí, tan oscuros cual mi pesadumbre. Aquellas mejillas con hoyuelos que yo pensé convertir en fosas donde enterrara los besos de mi vida entera. Tu cuello; tus hombros; tus apretados brazos, cadenas de nácar con que me hubieras tenido siempre preso ¡ya no serán míos! Y sobre todo, tu alma; aquel arquetipo de sentimientos y complacencias que iba á ser mi dulce amiga, más aún, la dueña de todo mi

sér, no servirá ya sino de sonora caja que repita, como el aire las vibraciones de la lumbre del sol, los ecos de una tristeza mortal. ¿Y yo? ¡Yo no podré vivir! Que es la vida áspera cuesta llena de tropiezos, que suben los más arrastrando y asiéndose á los matorrales raquíuticos del amor vendido, y los menos, en pie, sin más ayuda que el cayado seguro y firme de una esposa como yo soñé que tú lo fueses mía...

Calló, y no hizo más que andar.

Berrugas le seguía en silencio.

CAPÍTULO IV

DONDE RESULTA QUE LAS HIERBAS Á QUE SE ASIÓ MARÍA
NO ERAN SINO LOS CABELLOS DEL DOCTOR SEDINI

La luz del alba que á torrentes entraba por las ventanas deshaciendo la ligera escarcha de los vidrios, se trasparentó á través de los párpados del doctor Sedini, é hiriendo vivamente sus pupilas, le despertó.

Bostezó pesadamente, aun sin abrir del todo los dormidos ojos, y trató de moverse.

Pero á los pocos esfuerzos que hizo, se consideró inútil para todo movimiento á derecha, izquierda, frente ó atrás. Estaba asido; amarrado de los pelos fuertemente por una mano que al ir á palpar con la suya, reconoció ser de María de la Paz. Y como al echarse en el sofá lo hiciera de espaldas al lecho, y no era de los que dormidos dan vueltas, resultó apresado por la blanca mano de su infeliz amiga, en postura semejante á la del antiguo verdugo cuando enseñaba al pueblo la cabeza del difunto ajusticiado.

Esto no obstante, intentó al menos sentarse; pero vió que únicamente cortando el tranquilo sueño de Paz lo conseguiría, y ante aquella crueldad, prefirió seguir inmóvil.

—¿Qué idea le habrá dado?...—se preguntaba á sí mismo en busca de una explicación á aquel apresamiento de sus cabellos, cual si se cogiera á una mata de hierbas.

Era hombre que no se resignaba fácilmente con una contrariedad, hasta no probar todos los medios habidos y por haber...

Por esto alzó el brazo, y con la mano fué con suavidad buscando la de María, que al fin halló sobre su cabeza como casquete diminuto de fino mármol... Palpó con cuidado, notando al tacto que los dedos estaban crispados y fijos como garfios, y entonces, vino á su mente la idea de si María le habría llamado á media noche, y él no hubiera respondido, presa inconsciente de profunda modorra.

Recriminóse por su falta de cuidado, é hizo avanzar la mano en el camino exploratorio que había comenzado á recorrer. Llegó á la muñeca, y tocó el sitio donde el pulso se notaba perfectamente... Se detuvo, y vió con gran satisfacción, que si bien la calentura no había desaparecido por completo, había bajado de modo altamente tranquilizador. Subió más, y arribó con felicidad á la parte opuesta del codo, estación deliciosa de empalme de varias venas, que dan á esa porción del brazo un medio tono azulado más encantador aún cuanto más blanco es el cutis en que luego pierde y se borra como pesaroso de turbar la uniformidad del color.

María de la Paz, que en todo era una estatua, tenía un brazo intachable.

El doctor siguió subiendo la mano; pero bastante antes de dar con el hombro, le faltó distancia.

Y nadie, equiparándose á D.^a Obdulia, crea que la sonrisa de Sedini fuera un signo demostrativo de la liviandad de complacencia de aquel palpamiento extemporáneo... Nada de eso. La prueba es que de pronto bajó la mano, y volviendo sobre la gravedad innegable de la situación, púsose á pensar.

—He estado torpe—se decía.—Pero muy torpe. Lo que ha sucedido, debí preverlo... ¿Cómo no se me ocurrió que Jaime no aguardaba sino una ocasión para perder de vista á Augusto?... ¡Y también ha sido fatalidad!... ¡No estar yo en el pueblo!... Porque si yo estoy, le digo todo... y ya hubiéramos visto por dónde salíamos... Siempre hubiese sido más fácil que ahora. Parece que el mismo demonio ha andado en el ajo. Ni yo, ni Fray Salvador, ni nadie... Jaime con sus rencores, y Augusto con sus atrocidades de ateo y sus debi-

lidades de enamorado; ¡y solos!... Ya tengo deseos de que esta chiquilla me cuente lo que anoche por su debilidad no le pedí me contase... Porque sin un motivo concreto, es indudable que la cosa no hubiese pasado de un choquecillo de ideas... Ha debido haber algo más... mucho más... Nada, nada—exclamaba resueltamente encarándose como si hablara con otra persona.—Sr. Sedini, ha estado V. desdichadísimo; repito que muy torpe.—¿Y quién se había de figurar—le oponía el imaginado interlocutor—que por una triste ausencia de dos días?...—Ha estado V. muy torpe—se contestaba él mismo;—no me venga V. con argucias, doctor. Y si no, ¿cuándo, ni cómo?...

Aquí fué á adelantarse para dar mayor fuerza á la frase; pero los inmóviles dedos de María le advirtieron con un fuerte tirón, que no era dueño absoluto de sus movimientos.

—¡Diantre!—exclamó llevándose la mano á la cabeza.—Me olvidaba de que estoy preso. Es preciso renunciar á todo cambio de postura. Porque yo no la despierto así tenga que permanecer en esta posición un año entero. La mejor medicina para toda clase de dolencias es el descanso: y para la que sufre María, que consiste en una profunda alteración moral psicológica, descanso, y reposo, y calma... y todo lo que sea hacer olvidar al espíritu los dolores del alma.

Entonces oyó el doctor un rumor como de bajo profundo escapado por la destemplada cornetilla de un órgano que se disminuía y se aumentaba, se perdía ó se doblaba en intensidad.

Puso atención, y al instante su fino oído le declaró que el rumor no era sino el zumbido de un moscardón ó abejorro, que revoloteaba por la tranquila alcoba.

—Si fuéramos superticiosos—pensó Sedini,—ya estaría mos previendo una desgracia. Dicen que los bichos estos las anuncian. En realidad, mayor peripecia que en la que hoy estamos estancados en esta casa...—Viene V. tarde, amigo mío—dijo casi en alta voz, con su constante afición de hablar aunque fuera con las moscas.

Y el insecto, sordo á toda clase de excitaciones, seguía volando.

Al fin calló un instante, pero fué para redoblar sus energías.

Un castañeteo monótono é intermitente, dió á entender á Sedini que el moscardón chocaba repetidamente con los cristales de la ventana. En efecto, trababa desesperado combate contra aquella sustancia trasparente que le mostraba las flores del huerto y le impedía la salida, dando coscorrones, brincos, vueltas y hasta mordiscos con su menuda é inofensiva trompa. Luego parecía convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, y volaba rápidamente de una esquina á otra; cerníase en el aire, con sus seis patas encogidas en apretado haz y los élitros en remolino y movimiento. Desde allí debía tender su vista y ver el campo; porque, falto de memoria, el coleóptero se lanzaba como una flecha hacia la ventana, chocaba con el vidrio y caía atontado é inmóvil patas arriba.

Veía Sedini los esfuerzos que por su libertad hacía el insecto negro, y dirigiéndose á él, decía á media voz y sonriendo:

—Los dos estamos iguales: á ti te retienen las invenciones de los hombres y á mí las del diablo. Porque el mismo Lucifer en persona debe haber imbuído á esta chiquilla la graciosísima idea de cogermé por los pelos. Ni tú puedes salir, ni yo levantarme.

Entretanto, volvía en sí el testarudo prisionero, y desengañado de la ventana, decidió examinar todo lo que fuese picable en el cuarto.

Tomó un vuelo lento y majestuoso, pero mareante, y fué á girar precisamente sobre la cara del aburrido Sedini.

El médico se convirtió entonces en naturalista, y observándole, iba diciendo:

—¡Y qué bonito eres, indino!... Cabeza azulada... Antenas... Torax ó coselete... El abdomen, vulgo tripa, violado... Élitros musgosos... Ya te conozco: eres *Pentámero*, de la familia de los *Lemelicornios*. ¡Numerosa por cierto! Género *Melolontha* de Linneo, *Melolontha vulgaris*. Pero ya podías callarte, porque tu voz no es para exhibirla así con ese orgullo. ¿Te vas? Me alegro. Así me evitas el trabajo de darte un manotón.

El abejorro miró las dos caras de Sedini y de María de la

Paz, y conociendo instintivamente que la sangre de esta última debía ser bastante más apetitosa que la del médico, se dirigió hacia ella.

Y zumbaba explorando al volar la boca de la enferma, la tersa frente, las mejillas pálidas. Sedini comprendió que iba á picarla, y sacando su pañuelo, lo agitó para espantarlo de allí. Pero en la postura en que estaba y que de ningún modo podía cambiar, el pañuelo era, por su inutilidad, una espada de Bernardo.

El ruido cesó: el coleóptero había posado sus impuras patas sobre los lagrimales ligeramente húmedos y legañosos de María.

Picó, y como era consecuencia natural, se estremeció la enferma.

—¡Maldito seas tú, *Melolontha!*—gritó Sedini, á cuya cabeza había llegado en forma de tirón de pelos el estremecimiento de María.

Pero bien dice el refrán, que no hay mal que por bien no venga.

María soltó á Sedini por acudir á sus doloridos ojos.

No bien se encontró libre el doctor, se puso en pie hecho una furia contra el maldecido insecto. Lo espantó, lo persiguió, lo acosó, y no le dejó en paz, hasta que dándole un golpe con su pañuelo, lo dejó caer atontado. La venganza del hombre de ciencia no se hizo esperar. Puso el pie encima y...

Se oyó un ruido extraño como de nuez cascada.

El *Melolontha vulgaris* de Linneo, murió despachurrado.

Sedini se volvió hacia el lecho y vió á María que con los ojos á medio abrir, le miraba fijamente.

—¿Usted?—volvió á decir como la noche anterior.

—Sí, hija mía, yo soy.

—¿Cuándo ha venido V.?

—Anoche. ¿No lo recuerdas?... Llegué al pueblo por la tarde; fuí por la noche un momento á casa de Barrera y allí me dijeron lo que había pasado.

María de la Paz tenía en aquel momento la mirada extrañada que acompaña á las grandes crisis.

Sedini la observaba con atención cariñosa.

—¡Qué triste está el día!—murmuró ella dando un suspiro.

—Y yo...

—¿Triste el día?—la interrumpió Sedini.—¿Pues no ves qué sol más hermoso y qué azul está el cielo?

Hubo una pausa.

Médico y enferma hablaban muy despacio.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Triste, como el día.

—Pasará; esto pasará.

—¡Ah!—dijo María, herida de súbito por un recuerdo doloroso.—¿Jaime se fué?

Sedini no supo qué contestar.

—¿Y se fué con él?

—No te excites; calma, hija mía, calma.

—¿Por qué no me he muerto?

El doctor fingió que se reía.

—Porque Dios no quiere verte tan pronto por el cielo.

—¿Pero iré?

—Irás... cuando te repongas. Y cuando hagas una porción de cosas que aún tienes que hacer por el mundo.

Pausa.

—¿Qué me ha sucedido?...

—Nada. Una contrariedad que se ha opuesto en tu camino.

—No es la primera.

—Ni la última.

—Según eso... ¿aún tengo que sufrir?...

—Dios lo sabe.

—¿Dios?...

—Pon en él tu fe.

Nuevo silencio.

—¿Y dice V. que... se fué Jaime?...

—Sí.

—¿Y que se fué con él?

—Sí.

—Pero volverán.

—Justo.

—Y... volverán... los dos.

—Claro.

—¿Es que lo he soñado, ó realidad?...

—¿El qué?

—Que Augusto y Jaime se han batido... y... ¡qué horror!... ¿uno de los dos ha muerto?...

—No; eso es un sueño.

—Y Augusto me quiere... ¿verdad, Sedini?...

—Mejor que yo debes tú saberlo.

—Sí; yo lo sé... pero no acabo de convencerme. Porque, ¿entonces, por qué se fué?

—Porque tu hermano le hizo irse.

—¿Cree V. que Augusto abjurará sus errores y pedirá perdón á Jaime?...

—No es imposible.

—¿Y que Jaime olvidará sus odios para perdonarle?...

—No es tampoco difícil...

—¿Fácil?—dijo ella.

—No; fácil no es.

—Pero al fin será mi esposo... Lo he soñado. Todo acabará en paz...

—Con tal que no sea la paz de los sepulcros—murmuró Sedini.

—¿Qué dice V.?...

—Nada. Que así será. Ahora sin alterarte y con mucha calma, me vas á contar cómo ha sucedido todo, porque supongo que tú estarías presente á la decisión de marcharse.

María cogió la mano de Sedini y le atrajo hacia sí con suavidad.

—Mira—la dijo el bondadoso doctor.—Es una cosa que necesito saber para ponerme al tanto de tu situación. Comprendo que recordándolo vas á sufrir; pero no hay más remedio. Ea. Aquí me siento, y espero... Habla despacio, que yo ninguna prisa tengo.

El doctor cogió una silla y tomó asiento en ella á la cabecera del lecho.

—Déjame la mano, y tápate. Soy todo oídos.

Nueva pausa de silencio reinó en la alcoba.

Dos lágrimas gruesas y brillantes fueron los batidores de

amargura que precedieron á la comitiva de hechos que con voz entrecortada y débil María hizo pasar ante el pensamiento de Sedini.

Al cabo de un rato, el doctor sabía minuciosamente todas las causas que mediaron para irse Augusto. Quedó pensativo, mustio, sin atreverse á levantar la vista del suelo.

María de la Paz, fatigada de hablar, cayó también en un sopor de muerte.

Oyóse entonces el galope de un caballo.

Y el ruido cesó de repente.

La Caspia gritaba en el piso bajo:

—¡El señor, el señor!...

Sedini se puso rápidamente en pie, y se dijo:

—¿Sería el *Melolontha* un aviso del cielo, notificándome que venía Jaime?...

Y salió á la escalera.

CAPÍTULO V

LA ACUSACIÓN

Bajó uno por uno los peldaños que la formaban y al pisar el último, se detuvo en él, con las manos apoyadas respectivamente en la baranda y la pared, como tratando de impedir pasara nadie.

El Mosén acababa de penetrar en el portal.

Al ver al médico, se detuvo también, y las miradas de los dos amigos estuvieron largo rato haciéndose preguntas que no fueron contestadas por ninguno de los dos.

En las facciones de Jaime había impresa una tristeza que Sedini encontró lógica.

Al fin se saludaron, y hasta cruzaron sus manos estrechándolas con efusión.

—¡Jaime!...

—¡Doctor!...—exclamaron á una médico y cabecilla.

Y el Mosén fué á andar. Pero Sedini con voz solemne y apesadumbrada le dijo, mientras le ponía la mano en el pecho para que no pasase adelante:

—Descanse V. un poco, antes de subir...

Jaime se estremeció, como si de repente le hubiesen despertado de un profundo sueño.

—¿Qué sucede?—dijo vivamente.

—Nada...

—¿Nada?...

—Es decir—repuso el médico tartamudeando,—ocurre que...

Jaime quiso acabar la frase subiendo la escalera, y trató de desviar á su amigo.

El Doctor entonces le sujetó con ambas manos, y le dijo con fogosidad:

—Por lo que V. más quiera en el mundo, escúcheme un instante antes de subir.

El Mosén le miró fijamente, dando á entender que tenía verdadera impaciencia por escuchar.

—Jaime—le murmuró casi al oído,—¿hay algo en el mundo que le pueda sorprender?... ¿Hay alguna amargura que no haya experimentado ese espíritu?... ¿Se asustaría ante algo nuevo que viniese á probar más que su peregrinación por la tierra es un Calvario?...

—¡No!—exclamó el Mosén, oprimiéndose el pecho con la mano y alzando los ojos al cielo.—Por eso—continuó el mismo—quiero ver á María...

—Es absolutamente necesario que hablemos antes.

—Todo lo doy por hablado.

—Imposible.

—¿Por qué?...

—Usted ignora.

—Yo no ignoro nada. ¿Qué, va V. á contarme que María de la Paz...?

—Está enferma.

—Y algo más. ¡Oh!... déjeme V. subir...

—Antes tengo que pedirle...

—Nada.

—¡Jaime! Se lo pide á V. un viejo que le ama entrañablemente; que cuanto hace es por su bien...

—Lo sé.

—Entonces...

—Entonces subo.

—Antes repito que se calme... ¡Por la Virgen santísima!... Está V. muy escitado.

—Demasiado tranquilo para como debiera estar.

—Pues esté como esté, concédame el que le diga dos palabras; el que le pida perdón...

—¡Perdón?... ¡Para quién?...

—Para María, para mí...

—¿Para mi hermana?... ¿Pues qué ha hecho?...

—Ser una desventurada....

—Ser madre—le interrumpió el Mosén.

—¿Sabe V.?—le preguntó asombrado el médico.

—¡Sí!... ¿Ve V. como yo no ignoro nada?... Lo sé por la misma bestia que con su inmunda pata holló la delicada flor... ¡Lo sé por él!...—gritó con ronca voz el cabecilla, rechinando los dientes y extendiendo los puños cerrados hacia el valle que, la puerta de la calle abierta, dejaba divisar.—Él ha tenido el descaro de confesármelo... ¡Doctor!... Déjeme subir y que dé á mi hermana un beso... quizás el último que haya empañado la tersura de su frente haya sido el que yo estampé en ella cuando me fuí con el hombre que la deshonoraba mientras sus sicarios apuñeaban á nuestra madre... Y es claro que yo tengo, á fuerza de besarla, que quitar de ella la baba que aún reste de él...

Diciendo esto pugnaba por subir.

—¿Ve V., digo yo ahora—exclamó Sedini,—como no lo sabe V. todo?...

—Pues qué—rugió Jaime como un tigre,—¿hay aún más?

—Sí.

—¿El qué?

—Una cosa naturalísima.

—¿Natural?...

—Sí, señor. María de la Paz ama á Augusto, y...

—¿Que María de la Paz ama á Augusto?...—repitió Jaime con un grito ahogado, mientras sus ojos relampagueaban como los del lobo entre tinieblas.—¡Mentira! ¡Mentira!—decía.—Eso sí que es imposible. Ahora sí que V. se ha equivocado, y que ignora mucho... que no sabe que antes de que eso fuera verdad, tenía que hundirse el firmamento... y yo, ¡no ser yo!... y ella, ¡no ser ella!... y él, no ser infame; cosa tan absurda, ¡tan imposible!, como el que no haya Dios. Ahora mismo va á negarlo la misma María.

—¿Y si lo afirmara?

—¡Si lo afirmara!—dijo Jaime sintiendo correr por su frente un sudor frío, que apesar de ser tan frío como el hielo, no era bastante á apagar el fuego que dentro del cerebro le abrasaba...

Su gesto, su expresión, todo él era terrible en aquel instante: el médico leyó en su sombrío entrecejo la palabra que seguía á Jaime como á la voz del caminante el eco de la montaña. ¡Venganza!

—Si confesara que es así—dijo Sedini,—supongo que no había V. de vengarse en ella, porque sería vengar su propia sangre de V... Tomar represalias de una hermana porque, débil, fué vencida; inocente, fué engañada; amante, cayó en brazos de un hombre...

—¡Basta! ¡Basta!... ¡Qué afán de repetir la misma historia!... Suponer que yo he de hacerla ningún mal, es no conocerme. Y ahora, amigo mío, déjeme V. subir, que ya tengo ansia de abrazarla, y cualquiera diría al ver el empeño que muestra por impedirme el paso, que María de la Paz se había muerto.

—Lo que V. la diga—repuso Sedini, separándose al fin de en medio de la escalera—ha de influir mucho en su salud.

Subieron uno tras de otro.

El Mosén iba delante.

Entró, ni veloz ni pausado, emocionado ni indiferente, con la cabeza más en postura de juez que de reo, las facciones tranquilas en apariencia, y una sonrisa tan irónica en los labios, de mordérselos ensangrentados y rotos, que le daba al rostro, si no aspecto feroz, un tinte de lucha con el interior, que horrorizaba y daba frío al mismo tiempo.

Avanzó resuelto hasta la mitad de la estancia, que su entrada había hecho llenar de pavor y de congoja, y después de detenerse, midiendo con la vista el espacio que le separaba de su hermana, se llegó al lecho, la miró con unos ojos que lanzaban centellas de fuego en vez de miradas, y forzando aún más su tétrica sonrisa, la dijo al agacharse para darla un beso en la despejada frente:

—María, Dios te guarde.

Y calló.

María abrió los ojos desmesuradamente; los fijó en el hombre que acababa de besarla, y extrañándola el frío que en su frente dejaron sus labios, le respondió con tristeza mientras llevaba su mano á la parte manchada.

—¡Jaime!... ¿Me has llenado de sangre?...

El Mosén se enjugó la boca.

Luego hubo un instante en que queriendo hablar los dos, guardaron los dos silencio: pero en la mente de María surgió como un relámpago una idea que encontrando abiertas las puertas de la boca se lanzó al aire envuelta en dos palabras, y dijo:

—¿Vienes solo?...

Y entonces, la sonrisa de Jaime Parolla se agrandó; se hizo inmensa, como si quisiera arrojar con ella fuera del cuerpo toda su alegría, para no dejarle mas que la amargura y la pena de quien ha perdido lo único que amaba.

—¿Tú?... —fué á decirla inclinándose sobre ella...

Pero sin duda su rostro se demudó de modo tan espantable, que dejó entrever algún pensamiento tan horrible y amenazador, que María, asustada, se arrebujó con las sábanas, ocultándose la cara y dando un grito.

El doctor Sedini, mudo testigo de aquella escena de suprema espectación, aseveró entonces:

—Amigo mío: tenga V. en cuenta que María de la Paz está enferma y que no puede soportar ciertas emociones.

Volvió la cara Jaime, al escuchar esto, calmándose cada vez más, hasta quedar tranquilo. Y como para dar la razón á lo que el médico acababa de decir, pronunció en tono completamente natural, cual contestando á la primera pregunta de su hermana:

—Solo.

Y se quitó la empolvada boína.

Si Paz ó Sedini hubieran estado para reparar en detalles, hubiesen visto la cabeza del Mosén más canosa que nunca: parecía en dos días haber envejecido doce años.

Tomó la palabra Jaime, y comenzó á decir lentamente, dirigiéndose á los dos que le escuchaban:

—¿Quién más había de venir conmigo?... El heredero del autor de nuestra orfandad, autor también de otras desdichas nuestras, se fué para no volver jamás. Ahora bien, Paz querida y amigo doctor, he aquí que yo debiera mostrarme ofendido con ustedes. Verdaderamente no sé qué mal les he podido hacer yo, para que me hayan envuelto hasta ahora en una atmósfera que siempre me ha sido asfixiante, que siempre he odiado, la de la mentira. ¿Qué especie de conjuración trabaron contra mí para no presentarse ante mí más que fingiendo?...

Sedini se inmutó y miró de reojo á Paz.

—¿Por qué tanta mentira?—continuó el Mosén.—Primero se fraguó aquella invención de que el capitán se llamase Julio Alvarez... Es decir—dijo corrigiéndose.—Primero fué lo otro: primero ha sido el silencio guardado sobre un hecho que yo antes que nadie debí saber. ¿Crees tú, María, que porque hubiese tenido conocimiento de ello, hubiera dejado de amarte como te amo?... No. Que el que brutalmente te violó fuera un Monpavón, es cosa que debimos suponerlo....

A Sedini le flaquearon las piernas y vaciló.

María de la Paz, aterrada y en silencio, estaba sobre la cama tan inmóvil como un cadáver.

—Toda desgracia que caiga sobre nosotros ha de provenir de esa infame familia. ¡Si vieras qué descansado entro en combate y qué tranquilo atravieso por en medio de las balas, cuando me consta que en las filas del enemigo no hay ningún Monvapón!... ¡Y qué especie de congoja me da cuando sé lo contrario!... Es porque tengo certeza de morir, herido por plomo salido de un arma suya... y entristezco ante la idea de perder la vida, porque perder la vida, es perderte á ti.

Y cogiendo la mano de su hermana entre las suyas, la besó repetidas veces.

El doctor Sedini creyó de oportunidad intervenir en aquella especie de acusación, y dijo:

—Según lo que ha dicho V., Jaime, no ignora ya nada de lo que más bien por prudencia que por otra cosa se le ha

ocultado. Y por tanto, es mi parecer que ha llegado el momento de discutir las bases para una transacción.

El Mosén alzó la vista y le miró como si no le conociera.

—¿Transacción dice V.?...—le contestó.—¿Acaso cabe alguna?

—Pues no...

—No, señor.

—¿Y la deshonra?..

—Es que hay transacciones mucho más deshonrosas que la deshonra que pretenden evitar.

—No es este caso una de ellas...

—Sí, sí... querido Sedini—dijo Jaime exaltándose por segundos.—Es una, es una... Es, quizás, la única... ¿Cree V. que yo no lo he pensado?...

—Es que la impresión del primer momento...

—Un instante es suficiente para resolver la cuestión más difícil.

—Sin embargo, así como de la discusión sale la luz, de la discusión profunda con el sentido íntimo ó conciencia nacen las resoluciones menos dadas á equivocarse...

—¡Luz!... ¿Acaso hay luz más viva que la del relámpago, ni más rápida?...

—El relámpago ciega.

—Pero en un segundo, muestra lo mismo que el sol en todo el día.

—Y sobre todo, una tempestad no es comparación.

—Sí la es. Aquí hay una tempestad... por consiguiente, no debe haber más luz que la del relámpago, que ya ha fulgurado en mí. Todo está dispuesto. A mi plan no le resta sino una consulta, que ahora mismo voy á hacer.

—¿A Paz?

—Sí, á María.

Y juntándose más á la cama, dijo á su hermana:

—En el último momento que he hablado con la víbora que anidó en nuestro regazo sin que impedirlo pudiéramos, me dijo una cosa que no me cabe en la cabeza de puro horrible y grande. Me dijo que te amaba con delirio...

Paz revivió como si respirara nuevo aire.

—Pero en esto no reparé yo, porque propia de su estirpe es la mentira. Lo que me pasmó por el descarado cinismo que denota, es la manera con que aseguraba... ¡fíjate bien, Paz!... aseguraba que tú le amas á él también... ¿Es esto cierto?... ¡Contesta!...

Paz no respondía.

—María—dijo entonces Sedini—tiene un deber moral... el de querer á ese hombre. ¡Y le quiere!

El Mosén se estremeció y estrechó más la mano de María que tenía prisionera.

—¡No lo creo! ¡No lo creo!... Que lo diga ella.

—Ella contesta por mí.

—¡No puede ser!... ¡Tienen sus labios que arder al decirlo!... y no lo dirá.

—Lo dirá.

—¡Pero si es imposible!... Sí, si le amara no sería mi hermana.

—Pues lo es, y le ama.

El Mosén se cogió el cráneo con las manos, abandonando la de María, que cayó como un pesado lingote de plomo, y dijo:

—Dilo, María; no puedo concebir que sea así; dímelo, y así sabré si estoy en error ó en certeza... ¡Lloras!... Di, María... ¿Es verdad que le amas?...

Tras corta pausa, María afirmó:

—Sí.

El Mosén quedó como si á un hombre de talento le quitaran de pronto la inteligencia y quedase hecho un estúpido.

—Es un amor natural—dijo Sedini.—María es madre. María...

—¡Lo sé que es madre!—rugió el Mosén sordamente.—Pero como no basta concebir un hijo para tener derecho á ser madre; como ese niño no ha nacido de padres unidos por la Iglesia, sino de seres enemigos de toda la vida y que la casualidad y la desgracia unieron un momento... Como no ha venido al mundo circundado de esa aureola de alegría de que viene rodeado un hijo... Como ha nacido sin padre...

—Es menester dárselo—interrumpió el médico.

—Como tú misma—continuó sin hacer caso de Sedini,—

al sentir en tu seno las palpitaciones de ese nuevo sér con vida que arrancaba de tus entrañas, no sentiste sino vergüenza y no alborozo, tristeza y no ventura... ¡Claro es que tú eras inocente!... ¡Pues no faltaba más! Y él, tu hijo, era y es también inocente, y ha nacido sin más culpa que la que todos traemos al nacer... Pero lleva en su frente de ángel un estigma de baldón que nada puede lavar... ¡Porque tu unión con ese hombre es imposible!... ¿No comprendes que este es un nuevo lazo que un Monpavón nos tiende?... ¿No ves claro como el sol, que ese amor que finge el muy hipócrita no es más sino el precio de su vida... que me quiere comprar á mí?...

María sintió que sus cabellos se erizaban, que sus músculos se contraían, que su sangre se paralizaba.

—Tú, Paz querida, sueñas con una reparación que es un imposible. Piensa, recapacita, mide bien lo que es una unión con ese hombre... Cuenta con que si libre fué hiena que te hizo desgraciada para siempre, el día en que hasta por la Iglesia fuera tu señor... ¡Pero no; he dicho la Iglesia!... ¿Le crees capaz de casarse? ¿y de amarte?... Si no ama á Dios, si no cree en él, si es un hombre sin temor de nada, si es como... ¡como debe ser un Monpavón! como los he concebido siempre. Y admito, admito que llegara á ser tu esposo, y que fuera para ti marido amante, y que yo fuera un miserable que consintiera todo esto... ¿Y la otra vida?... Supón el instante de tu muerte; supón tu subida al cielo, y medita sobre lo que allí te sucedería cuando al buscar á tu madre del brazo del que la cosió á puñaladas... la pidieras un beso, y al verte con él te escupiera la mejilla y te repeliera de sí, diciéndote: *no; tú no eres mi hija*. ¿Crees que no comprendo yo la buena intención que te guía al amarle?... Es un sentimiento, un sacrificio laudabilísimo que te honra sobremedera. Dar á tu hijo un padre: el mismo que lo engendró... Pero hay ocasiones en que vale más no tener apellido... El cachorro de la fiera, cuando ve que todos huyen de él, maldice á su padre... Y tu hijo maldeciría al suyo cuando supiera la infamia que contigo cometió.

Calló Jaime para enjugarse el sudor que abundante corría

por su frente, y el médico, aprovechando su silencio, dijo:

—Es este, por tanto, un problema.

—Es lo que V. quiera.

—Sí; un problema que no tiene solución.

—Sí la tiene.

—¿Cuál, como no sea un milagro?

—Todo lo que es hijo de actos humanos, puede resolverse dentro también de lo humano. Este que V. dice problema, tiene una solución naturalísima.

—¿Que V. vió en el relámpago de que hablamos antes?

—Justamente.

—Y que por tanto será una ilusión.

—No es ilusión: es la solución que para este caso dan Dios y el mundo. Las circunstancias terribles que concurren en María, exigen que renuncie á todo, que muera para el mundo, para la sociedad, para todo; y que sólo viva para Dios.

Paróse como para tomar aliento, y concluyó:

—María de la Paz debe olvidarlo todo, y debe entrar en un convento.

Al oír *convento*, alzó María la postrada cabeza. Hubiérase creído al verla temblar, que en su pecho estallaba sublevación repentina de sentimientos imposibles de dominar. Fué á decir algo categórico, contundente, enérgico, porque sus ojos se iluminaron de fuego y sus labios, palideciendo, se movieron... Pero cual si la losa de un sepulcro hubiera caído sobre aquel oleaje de ideas que se levantaban con audacia, su espíritu se resignó; apagóse su vista como un sol que se extingue, y sus labios secos quedaron inmóviles.

Paz dobló la cabeza, como la doblan los Crucifijos, y siguió escuchando.

—Mientras, yo haré por saldar una cuenta que en el mundo tengo pendiente; y cuando la haya saldado—exclamó con acento sombrío—entonces... me retiraré también, si Dios me da tiempo, á procurar la purificación de mi alma, é impedir que abrumada de culpas caiga en el infierno... á quien tengo miedo cervical, porque me consta que allí... han de estar ellos... todos...

Y se extinguió su voz como si hubiera muerto.

Sedini callaba en tanto: estaba aterrorizado de ver el giro que tomaban las cosas.

Y la alcoba parecía tétrico lugar donde dos vivos velasen en silencio el reposar eterno de un cadáver.

A ninguna otra cosa se asemejaba más la silueta pálida de María; tan pálida, que á veces se confundía la carne con las sábanas.

Grande y triste huella habían dejado en sus facciones, antes llenas de lozanía, los huracanes de amargura que las azotaron cruelmente. Causaba el verla, lástima profunda.

Jaime inclinó su cabeza en la almohada de María, hasta el punto que sus frentes se tocaban. Entonces María abrió los moribundos ojos y miró á su hermano con dulce expresión de disgusto... Aun le dió un beso y le dijo muy por bajo:

—¡Qué cruel eres conmigo, Jaime!...

Y Jaime, separándose repentinamente de ella, la respondió:

—No: nada de eso... Todo lo que quieras lo tendrás... menos á él... Y la prueba es que ahora mismo el Doctor Sedini va á tener la bondad de traer aquí, para que repose contigo... y para que yo le conozca, al hijo que la lascivia de un miserable te hizo concebir...

—¿Pero sabes?...—le dijo ella.

—Sí: lo sé todo... Que Sedini lo tiene en su casa... que se llama Jesús...

Poco después Sedini salía de casa del Mosén y más tarde, á la media hora, volvía acompañando á Brites, que llevaba en brazos al hijo de María.

Jaime Parolla lo recibió en sus brazos, y devorándole las facciones con la vista, le dió dos besos, luego que como expresión espontánea del supremo elogio de su hermosura, hubo dicho y repetido mil veces:

—¡Y no se parece á su padre!...

CAPÍTULO VI

LO QUE SE DECÍA

Trascurrió el tiempo después de lo referido, hasta llegar el mes de Agosto, sin que nada notable ni digno de ser contado ocurriera en Cristierna.

Los días iban acortando; las mañanas iban siendo frescas; las tardes solían resolverse en chubascos y tormentas de verano, y únicamente seguían como en Junio las horas del mediodía calurosas y pesadas.

Si la necesidad de datos nos hubiera hecho buscar noticias de lo que en aquel tiempo pasó, ciertamente que teniendo abiertas las puertas de casa de D.^a Obdulia, hubiese sido supina necedad desperdiciar la ocasión de enterarnos al detalle de lo sucedido en todo el pueblo, y por consiguiente en casa de Jaime Parolla. Pero la notaria, cuya lengua parecía una espada, que no dejaba jamás enmohecer, era relator apasionado, y su tertulia, corifeo nada imparcial, que á creerles, nos hubiesen llenado la cabeza de fantasías y delirios, á cual más imperdonables, constándonos como nos constan las verdaderas bases de que la murmuración arrancaba sus relatos.

Mas como al propio tiempo, para no ignorar nada que pueda interesarnos, nos es preciso no apartarnos mucho del conciliábulo notarial, elegiremos por historiador al ilustre don

Fidel, que á cambio de otros defectos, más bien que tales debilidades muy pasaderas, poseía sobre su viperina consorte la cualidad preciosa de ser más prudente y menos dado á mentir é inventar maldades. Y de este modo, aunque un tanto tergiversados los hechos que el buen juicio reducirá á sus naturales moldes, sabremos lo que nuestro deseo busca con interés.

Era el día de San Lorenzo.

El cielo parecía querer recordar á los mortales el martirio realmente bárbaro que padeció el tostado santo, achicharrando sin necesidad de parrillas á los vivientes; y por las calles de Cristierna, á las once del día, no transitaba un alma.

Sin embargo, no todos los vecinos estaban metidos en sus casas; pues aun los más partidarios de la prolongada estancia en el hogar doméstico, si eran de alguna jerarquía ó altura social, estaban echando lo que allí se llama *Las once*. Refrigerio líquido, compuesto de agua, vino, limón, azúcar y canela, con que refrescan las abrasadas fauces los vascongados de alguna pro y valía. Y perteneciendo á este número y grupo, en primera fila, el notario Barrera, claro está que á la sazón se encontraba atareado en tan grata ocupación y empeño.

Así es que en un ancho portalón, sumamente fresco por cierto, cuya puerta doselaba un ancho rótulo en que se leía:

CHUBIRI Y PERENANTE

ARDAUE + CHACOLINE + PONCHIE + SANGRISIÉ

se encontraba el confidente regio conversando tranquilamente con D. Robustiano y D. Andrés, mientras agitaba con un canuto de olorosa canela el Fierabrás de la sangría clásica.

—En cuanto á mí, Sr. D. Andrés—decía D. Fidel,—puede S. M. otorgarme la recompensa que guste, en la plena seguridad de que tal como ella sea, la recibiré agradecido y

sumiso como una inmerecida deferencia y honor que me dispensa su munificencia real. Mas sí guardaría en mi interior un cierto rencorcillo contra esos cortesanos de bajo vuelo, que no son sino piratas de la voluntad del Rey, y que le coartan sus resoluciones, convirtiéndole en el terreno gracioso ó de recompensas en un Rey constitucional.

—Tiene V. muchísima razón—repuso D. Robustiano contestándole.—Y da V. de ese modo loable ejemplo de respeto á las reales decisiones, aceptando un premio que es asaz corto, y nimio, y pequeño, y miserable, y...

—¡Chisdt! No tanto. Por Dios bendito, D. Robustiano, no tanto.

—Sí, señor. ¿Qué va V. á decirme? ¿Que es una cruz que no tienen más que cuatro ó cinco, entre ellos ese botarate del Mosén? ¿Y qué? ¿Qué comparación tiene lo que representa ese pedazo de trapo y la chapa colgando, con los servicios inmensos que V. tiene prestados á la causa? ¿Cuándo le podrán pagar á V. con eso ni con nada los sacrificios de todo género que V. se ha impuesto voluntariamente? ¿Cuándo, ni por dónde ha hecho nada el General Cantarero para tener la misma distinción? Que V. es modesto, y es digno, y es prudente, y es servidor leal, y es...

D. Robustiano iba á proseguir, pero D. Fidel se sintió mareado por tanto y tanto incienso, y temeroso de desvanecerse, tapó la boca á su amigo y concluyó:

—Silencio. Yo sé lo que hacer me toca. Haga lo que quiera S. M., yo seré siempre su primer soldado y este pecho—se golpeaba la boca del estómago—será siempre suyo, y siempre estará henchido de amor por su persona.

—¡Oh, manes de la honradez!—exclamó D. Andrés cruzando las manos, poniendo los ojos en blanco y brincando á la cúspide de la adulación.—¿No batís palmas al escuchar á este patricio ilustre cómo desprecia las recompensas que de sobra tiene merecidas? ¿No os regocija ver cuál menosprecia las insidiosas manipulaciones de los moscardones de S. M.?

Los tres personajes fueron del mismo parecer. Hasta don Fidel se olvidó de la modestia, y asintió con la cabeza á las preguntas que hizo D. Andrés.

—Y á propósito de avechuchos—interrogó D. Robustiano.
—¿Cuál es la verdad de lo ocurrido la otra noche en casa del doctor Sedini?...

—¿Lo del robo?—dijo D. Fidel.

—Justamente—fué respondido.

—En cuanto á eso—prosiguió el notario,—son infinitas las versiones que circulan. Los unos dicen que á las doce y media de la noche se presentaron en casa del médico varios hombres armados, que forzaron la puerta de la calle, y que entraron...

—Pero la cuestión está en que es indudable que á robar no iban.

—¿No?...

—No señor: y la prueba de ello es que se fueron luego de estar allí un rato, y no ha faltado un solo objeto.

—¡Raro asalto! ¿Qué irían á buscar?...

—A mí me ha contado Arco—dijo D. Andrés,—que como ustedes saben vive en el número 6... en la Cuesta de...

—Al lado de Sedini.

—Sí.

—Pues Arco me ha dicho que no fueron varios, sino dos tan solo; y que cuando menos uno, vestía de militar, y militar del Gobierno.

—¡Zapateta!...

—Añadióme que él iba á acostarse cuando oyó la voz de la vieja Brites, que gritaba: ¡*Ladrones, ladrones!*... Que se asomó á la ventana y que cuando lo hizo, vió ya correr dos bultos que trataban de huir y se dirigían hacia fuera del pueblo...

—¡Qué misterio!...

—Aquella noche no durmió en su casa Sedini.

—¿Pues dónde?...

—En casa del Mosén: su hermana se había agravado por la tarde, y...

—¿De suerte que Brites se hallaba sola con el chicuelo ese que nadie sabe de quién es?...

—No. Ese niño, que si no recuerdo mal se llama Jesús, lo han llevado también á casa de Jaime: por consiguiente, no estaba en la del médico la noche de los ladrones.

—¿Irían á secuestrar al niño?...

—No es creíble. ¿Con qué objeto?...

—Realmente, señores—exclamó el notario,—son frecuentes las disputas que yo sostengo con mi mujer acerca de la vida extraña que trae el Mosén... Pero verdaderamente que es una casa tan llena de líos, de secretos y jeroglíficos, que parece la mansión encantada de alguna bruja.

—Verdad, verdad—dijo riéndose D. Robustiano.

—Y el caso es—seguía D. Fidel,—que con unas cosas y otras tiene abandonada la guerra, y mucho me temo no nos cueste cara la broma de sus enredos. Ahora, no sé con qué pretexto ha dicho que no conviene avanzar, sino solamente mantenerse á la defensiva, y hace más de un mes que está el ejército como dicen que estaba el gran Quevedo. Aunque si bien se piensa, yo creo que ese deseo de no alejarse de Cristierna obedece al plan que se ha trazado de volver todas las tardes al pueblo.

—Es que como su hermana María está de tanta gravedad —objetó D. Robustiano concluyendo de beber su refresco.

—Sí, pero el caso es—le contestó el notario,—que con ese sistema, nos tiene á todos con el alma en un hilo: y el día que refuercen el ejército contrario, y retrocedan los nuestros, tenemos otra vez á Cristierna convertida en campo de batalla.

—De eso estamos seguros que nada sucederá. El Gobierno de Madrid está muy ocupado con sus cosas para que se cuide de nada. Bastante hace con tener la gente que tiene en filas...

—Que no paga...

—Eso ya hace tiempo. Pero como decía, están muy distraídos, y empiezan á sentir las consecuencias de sus malditas ideas: lo cual es inútil, pues nuestra patria tiene que apurar aún más el doloroso cáliz de amargura que Dios da á beber á sus pueblos para probarlos, como da tristezas á los individuos para aquilatar su fe.

—En mi concepto—dijo D. Andrés,—España está experimentando el más espantoso y nauseabundo de todos los cansancios: el cansancio de sangre.

—Y volviendo al Mosén—dijo D. Robustiano,—¿no han oído VV. hablar nada de que S. M. pensara destituirle?

—Si algo hubiera—exclamó con orgullo D. Fidel,—antes que nadie lo sabría yo.

—Sin embargo—repuso D. Robustiano,—me consta que algo se ha dicho.

—Creo que no.

—Pues yo me alegraría. No perderíamos mucho.

—En la próxima reunión de Murguía...

—¿Va á haber reunión?

—Y muy pronto.

—¿Presidida...

—Por el Rey.

Callaron D. Robustiano y D. Andrés, con muestra del asombro más profundo.

—Son asuntos muy graves los que van á tratarse. Se acerca el momento en que las tropas pongan sitio á la villa de Carregui, y es necesario saber quién va á defender esta importante plaza.

—¿Y dónde va á ser la reunión?

—En el convento de San Fermín de Murguía.

—¿En el subterráneo?

—Sí.

—Ahora que dicen VV. de convento. El otro día fueron á ver el de Mercenarias de Tolosa el Mosén, su hermana Paz y Sedini.

—¿Pero tratan de que María entre en él?

—Así parece.

—Pues es un disparate, porque esa chica está tísica ó anémica, ó no sé cómo...

—Sí—dijo D. Andrés,—he oído que está muy grave.

—¿Estará otra vez en estado interesante?

—¡Hombre!... Cuántas veces quería V. que...

—¡Toma!... Quien hace un cesto, hace ciento.

—Silencio, señores. Miren VV. quién viene por allí.

Y el notario enfiló su dedo índice hacia la puerta de la calle, señalando á Sedini, que venía en dirección del portal en que hablaban y refrescaban los tres amigos.

Al pasar por él y verlos juntos, se detuvo, y después de vacilar un momento, cerró el amplio quitasol, y entró.

Los tres amigos se pusieron en pie y cambiaron con el médico fuertes estrechones de manos.

—¿Quieren VV. algo para Madrid?—les dijo Sedini, aparentando naturalidad é indiferencia.

—¿Se va V.?—exclamó asombrado D. Fidel.

—Sí—continuó el doctor.—He tenido una mala noticia. Mi hermano Juan ha muerto y mi cuñada queda sola con los chicos. Me ha escrito que por Dios vaya, y esta tarde, si tengo corriente el pasaporte, saldré de Cristierna.

—Pero...—fué á objetar el notario.

—No tengo más remedio—prosiguió.—La casa de mi hermano era casa de muchos negocios y temo que si pronto no se pone alguien al frente, la gentuza de dependientes y cobradores dé al traste con todo.

—Hombre—le dijo D. Fidel,—crea V. que lo siento de todas veras. ¡Qué desgracia!

—Reciba V. mi pésame—añadió D. Robustiano.

—¿Era mayor que V.?—le preguntó D. Andrés.

Y el ambiente del portal se llenó de esa porción de frases huecas, frías y realmente hipócritas del dolor fingido, que se escuchan en todos los duelos del mundo.

Cuando se hubieron agotado los vocablos sentimentales, el doctor Sedini fué invitado á tomar refresco.

—Estoy sudando—replicó—y como no puedo esperar...

Luego se repitieron los apretones de manos: se oyeron de uno y otro lado promesas, encargos, ofrecimientos y demás zarandajas de una despedida, y Sedini se alejó del modesto bodegón.

Al poco rato el notario y sus dos amigos se marchaban también.

Y al poco dieron las doce.

Y el aire tibio y cálido que hacía columpiarse las secas ramas de los chopos que *la Berlia* desgajó, se preparó á arrullar con el rumor del siseo de sus hojas el sueño de la siesta que casi todos los vecinos de Cristierna iban, comodones, á dormir.

CAPÍTULO VII

UNO MENOS

En efecto, y como Sedini anunció verazmente á D. Fidel y su pandilla, aquella misma tarde saldría de Cristierna para Madrid.

La noche anterior tuvo una larga conferencia con el Mosén, en la que convinieron el modo y la manera cómo las cosas habían de quedar. Convencido el doctor de que nada conseguiría de Jaime por el momento, aplazó la resolución del pendiente problema hasta su vuelta; que según tenía pensado y en proyecto, sería de allí á un par de meses: tiempo, según él, más que suficiente y bastante para ordenar la casa de su difunto hermano.

Quedó pactado que María de la Paz fuese al convento de Mercenarias de Tolosa; no sin protestas y remilgos del médico, que sólo accedió á la expresada resolución, atendiendo á que la hermana del Mosén se iba á encontrar completamente sola y cercada de peligros que los muros del claustro guardarían, y harían hasta inofensivos; á más de que su estado enfermizo y débil exigía un continuo cuidado de su persona, que sólo entre monjas podría tener, dado que á Jaime con la guerra no le era posible estar mucho tiempo á su lado.

Y no hubo disputa sobre la conveniencia, y más que tal, necesidad imperiosa de ocultar á María la tentativa de robo

que se llevó á cabo en casa de Sedini; tentativa que se frustró, gracias á la casualidad de no dormir el niño Jesús aquella noche con Brites; que ni para el médico ni para el Mosén cabía duda de que el objeto del asalto nocturno fué el robo del niño; así como de que el ladrón había sido Augusto.

Convenidos de esta suerte, después de agotar Sedini cuantos argumentos persuasivos é inclinativos de perdón le sugirió el desosegado magín, se despidieron, y el doctor hizo sus cortos preparativos de marcha.

Amparado por su quitasol, hizo sus visitas de ordenanza; despidióse de todo el mundo á fuer de fino, que era en alto grado, y ya eran las cinco y media de la tarde, cuando entró en la alcoba de María de la Paz, á darla el postrer adiós.

Estaba la huérfana echada sobre su lecho, describiendo las líneas de su cuerpo esbelto, sutil escorzo, cuyo vértice era la entreabierta boca que jadeaba anhelante y dificultosa, con sibilante respiración que hacía parecer que el aire, al salir, atravesaba una estrecha y tupida malla de acero. Tenía el cabello mal peinado, y con las crenchas y los rizos prendidos al descuido, como si la frívola ocupación de su ordenamiento, no fuese para María ni ocupación siquiera. Y en su cuerpo todo se notaba un abandono, más de notar en quien fué siempre, si no peripuesta, pulcra en el vestir, y escrupulosísima en el tocado.

Cuando oyó los pasos de Sedini, se tiró de la cama y se puso en pie. Con ojos desencajados, el espíritu yerto y el alma transida de amargura, le dijo, mientras con las dos blancas manos se apartaba los deshechos rizos de pelo que se le hincaban en los ojos como púas:

—¡Yal...

—Ya, hija mía—la contestó Sedini, tratando en vano de ocultar que una secreta emoción le dominaba.

Y quedaron mirándose el uno al otro, María pestañeaba con frecuencia; tenía los párpados muy cargados, pero no lloraba. Porque la naturaleza fisiológica de las criaturas, parece que se complace, en los momentos más culminantes de la vida, en negar hasta el dulce consuelo que á las penas prestan las lágrimas.

—¿Se va V.?...—murmuró María, como si estas palabras le abrasaran los entonces pálidos labios.

Y como Sedini comprendiese el irónico reproche que con ellas le arrojaba á la cara la huérfana, la enderezó el siguiente discurso:

—¡Me voy, sí!... Y puedo añadir que me voy con harta pena de mi alma. No he de decirte más en comprobación de este aserto, sino que no amaba á nadie en el mundo como á mi difunto hermano Juan (que Dios tenga en santa gloria); que resultado de ser el único pariente que me restaba, tenía reconcentradas en él todas mis más caras afecciones..... Y que..... ¡me lo perdone Dios!... Hoy, más que su misma muerte, siento el que sea la causa de separarme de ti. ¿Que si es cierto? ¡Pluguiera el cielo que no lo fuese tanto! Quién sabe si en la otra vida, cuando todos nos veamos ante el que todo lo dispuso y lo ordenó, mi hermano Juan me pedirá estrechas cuentas de este criminal olvido en que, gracias á ti, le tengo; y me acuse, con razón, de posponer su amor al que te profeso á ti, Paz del alma... Porque es que tus desgracias me afligen de tal suerte; tu situación me preocupa tanto, que ¡créeme por sodos los Santos del cielo!... ¡ni una oración por Juan he podido concluir!... ¡porque tu recuerdo se ha interpuesto entre los dos!...

El pobre hombre lloraba como un niño.

María de la Paz sonreía como un ángel.

—¡Te ríes de mí!...—continuó el viejo médico.—¿Es ese el pago que das á mi cariño?...

Paz se levantó y le abrazó emocionada, diciéndole balbuciente y entrecortada:

—¿No se me consiente ni que tenga una pasajera alegría, al ver que hay alguien que me quiere, y me quiere mucho?...

—¿Pues no te lo he de consentir?... ¡No faltaba otra cosa!... Pero... ¿sientes tú que yo me vaya?...

María retrocedió, para ver si el que hacía la pregunta era el doctor Sedini.

—¡Y lo pregunta V., hombre!...—dijo, consiguiendo al fin que una lágrima se asomase indecisa á su párpado...

—Pues no debes sentirlo. ¿De qué te sirvo yo?...

—De mucho...

—La experiencia debe haberte enseñado que de nada. En mí, todo son buenos deseos: resultados, ningunos... La fatalidad se ha impuesto... Soy inútil... inútil completamente—decía rabioso contra sí mismo el cariñoso doctor.

—¡Oh!... No diga V. eso.

—Lo digo, y... lo repito.

—Pues yo lo niego.

—¿Lo niegas?...

María de la Paz se irguió: anublóse más el ceño de tristeza que entoldaba lúgubre su tersa frente, y acercándose al doctor y apoyando ambos manos en sus hombros, le dijo en tono de quien hace revelaciones:

—Lo niego... porque, mientras V. estaba conmigo, por muchas que fuesen las tinieblas que me rodeasen, vislumbraba en medio de ellas... una luz... así como un faro... A mi dolor, aparecía una esperanza de consuelo y de reparación. Hoy se va V.... y todo á mi lado queda oscuro, y... sucumbiré.

—No tanto, mujer... Quedas con tu hermano...

—¡Mi hermano!—dijo con sarcasmo María.

—¿Qué vas á decir?...

—¡Que Jaime no me quiere!... ¡Jaime me odia!... ¡Jaime me desprecia!...

—¡Mentira! ¡Mentira!—la interrumpió Sedini.

Paz se ofendió, y le dijo:

—¿Que es mentira?

—Sí.

—¿De suerte que... si V. fuera mi hermano, haría lo mismo que éste hace conmigo?...

—¡No!!

—Lo ve V.... como...

Y no se atrevió á concluir la frase. Pero Sedini comprendió al instante lo que había querido decir, y repuso:

—Nada, hija mía. Es cuestión de esperar.

—¡He esperado ya tanto!... Y en vano...

—Puestos ya en el caso en que estamos, no hay más remedio que esperar. ¡Yo te prometo que antes de un año

(si Dios no lo impide) se ha resuelto el problema, y yo he vuelto, y tú sales del convento, y todo se arregla perfectamente. Ahora hay que dar paso á una tregua de tiempo que el cielo pone á tu felicidad, para que no venga forzosamente, sino de un modo natural y lógico. Si crees que tu hermano Jaime va á pensar siempre como piensa ahora, te engañas de medio á medio. El dolor y los sentimientos son como la materia; se desgastan; se consumen; se pierden; se reducen á la nada: y tu hermano, que hoy no aspira más que á vengarse de los agravios que una familia le ha inferido, acabará por olvidarlo todo. Ahora se niega á toda transacción; pero deja que recapacite, y que piense sobre la responsabilidad que su negativa le hace contraer: deja que vea mucho tiempo el cristal de su conciencia sólo empañado por este terco espíritu de venganza, y luego, con un beso tuyo, un ruego mío, y una súplica de perdón sincero *de quien* por ti es capaz de eso y de mucho más... todo acabará divinamente. Esto ha de suceder: por tanto, espera y ve al convento: allí estás segura; allí te cuidarán muy bien las madres... allí estarás con tu hijo... que *nadie* te podrá robar: allí te santificarás en piadosos ejercicios; y allí pensarás un poco más en Dios, que no todo ha de ser pensar en Augusto.

María tembló. Pero no por lo que acababa de decir Sedini, que gran motivo era el sentir el dedo sobre la llaga, sino porque escuchó que un caballo paraba á la puerta de la casa, y que Sedini al oírlo sacó su reloj, y al ver la hora que mostraba, hizo un movimiento brusco, y aun se inmutó.

Había llegado el momento terrible de la separación. Era n las siete de la tarde, y para coger la diligencia de Tolosa, era menester salir ya de Cristierna. Sedini sintió que un frío extraño le serpenteaba por el cuerpo, y miró á Paz con la misma fijeza con que se mira á una persona cuando un secreto presentimiento nos dice que es por la última vez.

María no sintió frío ni calor: sintió sencillamente que la muerte la tocaba en el hombro, y la decía: *preparate*. Sintió también deseos de arrojarle á los pies del médico, y pedirle por la salvación de su alma que no se fuera: intentó hablar algo... llorar... Pero la faltaba aire en el pecho; palabras en

la boca; lágrimas en los ojos; fuerzas para tenerse en pie... peso propio para derrumbarse en el suelo. Y no hizo nada. Siguió quieta, inmóvil, las acciones del doctor, que muy turbado é indeciso del modo como se despediría de Paz, daba vueltas y más vueltas como si estuviera tonto.

Y en uno de aquellos círculos que su perdido cuerpo describía, se encontró frente por frente de la estatua de María de la Paz. Recreóse por postrera vez en aquellos ojos que el dolor iba hundiendo como queriendo enterrarlos; vió la hinchada nariz ayudar la respiración fuerte que la boca era insuficiente á dejar salir, y el turbulento agitarse de su pecho que bajo del corpiño parecía en sus altos y bajos de continuo movimiento el rudo pelear de las olas del mar cuando hirviente tempestad las sacude con furia.

—Adiós, María—baluceó al fin.

De la boca de María iba á salir otro *adiós*: pero no salió sino un grito aterrador, estridente, de agonía.

—¡María Paz!... hasta la vista...—repetió Sedini.

Y entonces aquel dolor comprimido que la huérfana sentía hervir en el fondo de su organismo: aquella pena que como monstruo roedor de sus entrañas la oprimía, se volcó en caliente catarata de lágrimas y de sollozos, que inundó abrasando las mejillas pálidas de la hermana del Mosén.

—¡No llores, mujer!...—fué á decir Sedini; pero al decirlo, prorrumpió también en llanto y en gemidos.

María se colgó materialmente del cuello del doctor, apoyando sobre su hombro la calenturienta frente.

Y en aquella situación, en que al suelo caían confundidas las frías y viejas lágrimas de un anciano, y las brillantes y ardientes de aquella madre desventurada, estuvieron unos minutos, que relámpagos parecieron á los dos.

—¡Gracias!... ¡Gracias por todo!—murmuraba muy por lo bajo al oído de Sedini la desconsolada madre.

Y el viejo, sin poder articular ni dos palabras, acometido de súbito temblor, comenzó á desasirse de María. Y como la joven yedra desgarrá y troncha sus tallos, cuando la fuerza le separa de la vetusta encina á cuyo sostén vivió amarrada largo tiempo, así á María la sonaban rotas las coyunturas,

cada vez que Sedini la apartaba y la repelía, ansioso de marchar cuanto antes.

—Ya... no nos... veremos más—gimió María...

—Sí, mujer...

—¿Dónde?...

—Aquí... en Cristierna...

—¿Y si yo no estoy ya en el mundo?...

—Entonces... en el cielo.

—Pues hasta el cielo—suspiró María.

Y cogiendo convulsivamente la mano de Sedini la llevó á la boca, y estampó en ella un fuerte y apretado beso.

Después se apartó ella misma del doctor, y haciéndole con la trémula mano señas de que se fuera pronto, se hundió en el fondo de la alcoba, queriendo hablar y sin poderlo conseguir, dando pasos vacilantes, mientras el afligido Sedini volvía resueltamente la espalda, salía de la estancia, descendía apresurado la escalera, y atravesaba el portal, hasta dar con su desatentado cuerpo en medio de la calle, donde un espolique, teniendo las bridas á un manso caballejo, le aguardaba.

Sin cambiar con él ninguna frase, montó torpemente en la cabalgadura; acomodó la maleta que le había custodiado en el arzón de la montura, y gallardeándose cuanto le fué posible en la silla, apretó las piernas á los hijares de la bestia, y fué á andar. Levantó la cabeza, y en la ventanuca de la casa estaba como escultura de bajo relieve la pálida silueta de María, que al parecer insensible, le sonreía tristemente: tan sólo algunas lágrimas sueltas, no seguidas, como residuos de un pasado chubasco, la goteaban de los ojos.

Sedini se descubrió, y fingiendo tranquilidad, dijo dirigiéndose á María:

—Adiós... Y no olvides ni un momento, que así como para descansar se necesita estar cansado, y para morir haber vivido..., para ser feliz como tú lo serás, es menester antes sufrir mucho...

Agitó su sombrero de campo, que describió en el aire cortés saludó, y torciendo las riendas del caballo, empezó á caminar, seguido á pie por el espolique.

Traspuo la calle. Al pasar por la plaza, tuvo una verdadera ovación. Allí estaba reunido cuanto de notable encerraba la noble Cristierna. No faltaba ni Fray Salvador, ni don Fidel Barrera con toda su familia y toda su tertulia; D. Robustiano, D. Andrés, el boticario, el alcalde, el Padre Macario, rector de la Ermita de la Misericordia, el comandante de guardia y los practicantes del Hospital, con sus convalecientes enfermos... todos con el sombrero, ó las tejas, ó las boínas en la mano; agradecidos al hombre que sin retribución de ningún género, tan importantes servicios había prestado á la población en tan calamitosas circunstancias. Y por todos llevó la voz D. Fidel, que adelantándose entre todos, echó un discurso de despedida de que hago notoria gracia al lector, á quien no le interesa saber más sino que Sedini le contestó con otro tan fino, mucho mejor pensado y no menos bien dicho, que al concluirse puso en movimiento á todo el grupo de gente, que en los apretones de manos se invirtieron casi quince minutos; y que al fin el doctor volvió á estimular al caballejo con un par de amonestaciones pedestres en sus hijares, y salió de la plaza, aclamado hasta que se perdió de vista.

Mientras tanto, Paz, recostada los ebúrneos brazos en el alfeizar de la modesta ventana, desde donde siguió con los ojos á Sedini, cavilaba en sus amarguras, no viendo su imaginación más que fantasmas de muerte y tintas de sangre tan densas á veces, que oscurecían la vista como un velo encarnado á cuyo través todo se mirase rojo. Su postración física sólo pudiera compararse á la moral: y era tal la balumba de ideas que sentía picotear en su cabeza, que la doblaba rendida al peso como si fuese de plomo.

Y así, al trasluz de su dolor, contemplaba la muerte del día, que iba á ser llorona y fresca.

Fueron coronándose las cimas de los cerros de blanquicos vapores que, enrollados en torno de los picachos, parecían turbantes moros: luego, dedos invisibles fueron tirando de aquellas nieblas hacia la falda de las montañas, cual si quisiesen abrugarlas los pies; y como el viento ligero y fresco agitase sordamente las selvas bravías y aun los prados de

maíz que aun no se habían segado, el cielo tomó el rumor del vaivén de los plantíos por instancias de refresco; y uniendo las mallas de la blanca gasa de vapores las trenzó y tejió hasta formar compacto toldo, que en breve empezó á deshilacharse en flecos de agua, y que la sedienta tierra absorbía con deleitosa fruición y complacencia. Y la luz iba siendo escasa; el sol marchaba ya á esconderse tras de las últimas sierras que las nubes confundían; pero antes de hacerlo, abrió una grieta en la densa niebla, y asomando por allí sus mofletes de carmín, no pudo hundirse en el ocaso, sin enviar el beso de su luz á la espaciosa frente de María de la Paz, que entornó la vista deslumbrada por el resplandor de su lumbre.

Y desapareció el sol; y la lluvia se hizo más fuerte; y fueron ocultándose los límites del horizonte; y todos los objetos tomaron plúmbeo tinte de tristeza al ser devorados por las osadas sombras que todo lo invadían y tapaban.

El negro, se hizo cada vez más negro en el paisaje; y llegó la triste noche, sin acallar con el terror de su aspecto lúgubre, el chispeo menudo del agua que azotaba ya descaradamente, lo mismo las enramadas que los aleros de las casas.

María de la Paz se quitó de la ventana: la lluvia llegaba á ella: al volverse, como despertando de un profundo sueño, ¡había adivinado al decir á Sedini cual quedaría á su marcha! Las tinieblas la envolvían por completo.

No había una luz por ningún lado.

CAPÍTULO VIII

EL CONVENTO

Brincaba la desvencijada carreta sobre los pedriscos del estrecho sendero; se hundía lenta en los baches, y crugía, cada vez que una desviación hacía tocar las ruedas chillonas en los ribazos floridos del camino. Llevaba toldo de cañas y lona, y la cerradera flotaba suelta al viento; mientras en el interior sendos colchones habían convertido la carreta en cómodo diván, donde sentadas se zarandeaban con el movimiento tres personas.

Que no eran otras que la pobre María, enferma y alelada ante todo cuanto veía y escuchaba; el sombrío Mosén, de continuo caviloso y ceñudo, y la ex-ama de llaves de Sedini, Brites, con el pequeñuelo Jesús en el regazo. Jaime miraba alternativamente á su hermana y á Jesús, y nuevas sombras le teñían de negro la frente, como si aquel ver le trajese dolientes memorias al recuerdo.

E iban los tres en silencio, dejándose sólo escuchar, de cuando en cuando, el silbo estridente del boyero, excitando á los mansos novillos; y al escurrirse de sus herraduras en las carrascas del piso de aquel descuidado sendero, que á no ser porque ahorraba más de una hora de viaje á Tolosa, nadie seguiría.

Traspuso la carreta la última cima de donde se divisaba el

blanco caserío de Cristierna, y se hundió en otro valle cerrado por todos lados de cerrillos de espesas mimosas, sustituidas en los altos por olmos enanos y gigantes chopos. Allí el aire era perfumoso, pues las mismas hierbas que las ruedas pisaban, castigando su intrusión en el camino, al reventar sus tallos, dejaban escapar lechosas esencias que embriagaban el olfato. Y el prado estaba sembrado de margaritas que no obstante su significación política entonces, se dejaban devorar á las voraces reses que unas tumbadas y otras en pie, miraban sosegadamente la paciencia de sus congéneres al arrastrar valientes la carreta.

En la hondonada, la convergencia de los rayos solares hacía sentir con exceso el calor; pero cuando luego de la cuesta se halló el vehículo en otra altura, allí donde los aires abofeteaban el rostro con bocanadas de fresca brisa, era la temperatura deliciosa. Y atravesaron otro valle más reducido que el anterior, pero con más arboleda; siempre bajando, y conociéndose hasta en las lavadas piedrecitas que la vega estaba próxima.

Cruzaron luego unos maizales y unas huertas: ganaron los tapiales de un pintoresco caserío; y al fin carraspeó la carreta al escurrirse sobre los cantos rodados de la cañada.

El *Oria* estaba allí brincador y rumoroso, deslizándose jugueteón entre las guijas y las peñas, lamiendo ya el carcomido tronco de un podrido arbolucho, ya la frondosa enramada de un sano junco.

Entonces encaminó el boyero á su ganado hacia el punto en que la margen del río fuese menos escurridiza y expuesta: y encontrado que lo hubo, dejó su vara en el suelo, y encomendando la guía de los bueyes á sus propias manos, los arrimó al agua, conteniendo prudente la impaciencia de los animales por beber. Bajaron los testuces, desnivelando toda la carreta, y sumergieron sus espumosos hocicos en la alborotada y fresca corriente. Hartáronse de sorber, y cuando aún les babeaba la boca, ellos mismos, al sentir saciada la sed, retrocedieron, sacando las manos del agua y volviendo orilla arriba hasta tomar de nuevo el abandonado camino de Tolsa.

Conforme iban ganando más terreno y aproximándose á la ciudad, iban ya encontrándose con centinelas y grupos de carlistas, en quienes era muy de admirar, tanto el duro preguntar al boyero de quién iba en la carreta, cuanto el respetuoso saludo que hacían en cuanto oían que era el Mosén.

Crecía además la animación y la vida: á un lado y otro del camino se encontraban varias casas: el río Oria parecía una escalera de cristal, tantas presas le impedían el libre curso; y no bien salvaba echando espumarajos de coraje, las bovinas de una fábrica de papel ó las ruedas de una de harina, ya estaba de nuevo encauzado por impensado ladrón que le llevaba quieras ó no quieras á nuevas compuertas, nuevas bovinas y nuevos estorbos que á la conclusión y postre abandonaba, para entregarse libre al propio placer de espumajear entre los guijarros, arrastrar mimbres, y aun en reflejar en los remansos de los pozos el verdor de las cercanas arboledas, y el terso azul del claro cielo.

Tolosa se vió al fin con sus torres de piedra y sus casas dadas de cal. La carreta enfiló por la carretera, y al poco entraba á atravesar uno de los dos grandes puentes de piedra, por bajo de cuyos cinco arcos, el Oria convertido ya en un río muy formal, se desliza ancho y majestuoso, como si el desarreglo del campo lo abandonase para ser serio delante de la ciudad.

Recorrieron varias calles, y pararon ante la fachada principal de un convento, cuyo jardín salía de Tolosa, internándose en el campo.

Paró el boyero sus bestias, y bajó primero de la carreta el Mosén; luego Brites con Jesús, y la última María de la Paz.

Era el convento de Nuestra Señora de las Mercedes un antiquísimo edificio, remendado por todas partes y ruinoso por otras muchas; estado de decadencia de que se exceptuaba la iglesia, que á más de conservarse muy bien, era toda de piedra; estilo gótico, si no puro, de los menos adulterados por la manía de los adornos; y cuya solidez y buena construcción eran el único arrimo que el despeado convento tenía para no hundirse y aplastar á las veinte y ocho monjas que aquel año tenía en sus celdas.

La portería estaba á la derecha de la puerta de la iglesia; y á ella llamó el Mosén tirando del sobado cordón de la campana. Vibró ésta, y luego de una breve pausa, escucháronse pasos al otro lado del torno; oyóse descorrer una cadena, y tras del hueco cilindro de madera, sonó gangosa y atiplada la voz de la portera, que dijo:

—Ave María.

Contestó Jaime, expresando que venía á hablar con la superiora, á cuyo fin suplicaba se abriese el locutorio. Peticion que fué atendida en el momento.

Consistía el locutorio en un amplio salón, apestando á humedad, en cuyo fondo se veía la aspillada reja, secundada en su objeto de negar á los ojos el poder ver las monjas por una rejilla de madera, que á su vez tenía detrás una cortina de negro paño, que todo lo ocultaba. Por las paredes había repartidos cuadros místicos, representativos de diversos pasajes de la Sagrada Escritura: allí estaba la edificante escena de la Burra de Balaam; el cambio de las lentejas por la primogenitura; la capa de José... etc. Y en las rinconeras, que debieron ser construídas para algún músico, tal era el número de liras y de arpas que tenían talladas, había un Nazareno, infamemente cincelado y más infamemente vestido aún, cuya milagrosa fama era por todos conocida: que es común en la piedad del vulgo elegir para patronos y protectores á los santos más feos, y á los que á ser el autor Obispo, mandaría quemar por bien de la misma religión: un Divino Pastor menos malo que el Nazareno, y una Virgen de las Mercedes, no falta de carácter. El cuarto rincón lo llenaba un alto reloj de columna, figurando en conjunto un culebrón, cuyos ojos se movían á un lado y á otro, acompasando su movimiento con el tric-trac de la péndola.

No bien nuestros tres personajes se hubieron enterado de todos los detalles escritos, se corrió la cortinilla, y al través de la reja vióse ondular un hábito blanco, á cuya presencia el Mosén se puso en pie, se acercó á los hierros y saludó cortés, siendo contestado en igual forma por la superiora de la comunidad. Luego de las preguntas y presentaciones de ordenanza, se trabó el siguiente diálogo:

—El asunto de importancia que en mi carta indicaba á usted—dijo el Mosén,—no es otro que el que hoy me trae aquí. Tengo entendido que por especial privilegio de la casa, tienen VV. un anejo al convento, donde en muchas y diversas circunstancias, han venido á vivir señoras, á quien su estado particular ó simplemente el deseo de hacer piadosos ejercicios, ha impelido á ello.

—Así es—contestó la monja.

—Pues siendo así, mi hermana María, quiere ser una de ellas, si es que ahora hay alguna en igual caso.

—No hay; pero, es lo mismo.

—Entonces, si V., madre, no lo tiene á mal, le agradecería viésemos cuantos antes el citado anejo, porque va ya mediada la tarde, y tengo que regresar cuanto antes á Cristierna.

—Ningún inconveniente hay por mi parte. Mas como para pisar VV. la clausura es menester y de todo punto indispensable que les acompañe nuestro vicario, le mandaremos llamar.

Y esto diciendo, se levantó y llamó á otra monja. Cuando la hubo dado el encargo, volvió á sentarse preguntando al Mosén con interés por el estado de las cosas de la guerra. Respondióla el Mosén: discutieron en algunos puntos; y en estos dimes y diretes, abrióse la puerta de entrada del locutorio y penetró el vicario. Era un viejo venerable, delgado y doblado por el peso de los años; expresión de bondad y aire humilde é indiferente; mal que pese á los escritores *naturalistas*, no siempre han de ser los curas como ellos los pintan; es decir, gruesos de tanto atracarse; humildes por hipocresía, y achacosos por el gastamiento de los vicios.

El sacerdote entró lentamente mirando con atención á Jaime: y cuando supo por la superiora que era el popular Mosén, se adelantó á él, le estrechó afectuoso la mano, y le dijo:

—Dios conserve muchos años una vida que tan bien emplea V. en defender su santa causa.

Sonrojóse el Mosén, y aun hizo negativas con la cabeza. Pero el vicario continuó:

—¡Oh!... sí señor, sí señor. No se haga V. el chiquito. Todos sabemos lo que V. vale; y lo que trabaja; y lo que sufre.

Jaime miró al vicario, como queriendo decirle que se equivocaba en lo último que había dicho. Lo que él sufría no lo sabía nadie más que él mismo.

Salieron todos del locutorio, y enderezaron sus pasos hacia la puerta de la clausura, que ya estaba abierta, y que pasaron, entrando en el claustro.

Cruzaron el jardín, bien cultivado y por tanto florido, y llegaron á la huerta, en cuyo último término había en efecto un edificio pequeño, de moderna construcción, y aspecto si no alegre, tranquilo y no triste, al menos.

Pero antes de llegar á él, la superiora, que los acompañaba con el velo negro echado sobre la cara, se detuvo y dijo:

—¿Y este niño que lleva esta mujer, es hijo de algún pariente de VV.?

Jaime se estremeció al oír la pregunta: María de la Paz, ni oía, ni veía, ni entendía: iba como una máquina: por eso no escuchó nada.

El Mosén afrontó la cuestión y contestó:

—Es hijo de mi hermana.

—¿Y no tiene padre?

—No—respondió Jaime.

—¿Ha muerto quizá?...

—No—volvió á decir el cabecilla.

Y esto manifestado, cogió del brazo al vicario, y expresando que quería decirle unas palabras en secreto, se apartó con él del grupo.

Mientras tanto la superiora, Brites y Paz, llegaron á la casa de ejercicios, y entraron en ella. Después de una antesala, desnuda de muebles, y en cuyas paredes no había ni un triste clavo, se pasaba á un largo corredor de anchas losas, en que varias puertas daban acceso á unas miserables celditas. En la que la madre dijo que era la mejor, entraron las tres mujeres.

Todo en ella estaba muy limpio; pero todo era también

muy pobre. La cama se componía de un tablado con jergón y colchón; blancas almohadas y colcha de percal azul. A su lado había una mesita con libros de devoción, un candelero y un gran Cristo de talla, en cuya peana se leía un rótulo que decía: *Aquí no se piensa más que en mí.*

Dos sillas, de las llamadas de Vitoria, completaban, con un reclinatorio de caoba, el mobiliario de la pieza.

Poco tiempo estarían en ella, cuando se oyó la voz del vicario que llamaba á la superiora. Salió ésta, y no bien lo hubo verificado, María, que en la laxitud de sus movimientos y lo torpe de sus pasos parecía un andante cadáver, revivió y despertó de su modorra, mirando con espantados ojos á todos lados, y preguntando á Brites:

—¿Estamos solas?

—Solas—la contestó la vieja.

Y comprendiendo la intención que guiaba á María al decir aquello, la entregó á Jesús y fué á custodiar la puerta de la celda.

Como la leona se arroja sobre el cachorro que la robaron, ¡más aún!... así se avalanzó Paz á su hijo. Le estrechó contra su pecho; le puso en alto; le besó en la boca, en los dormidos ojos, en los oídos, en la frente, en el cuello; manoseóle á placer, devoró con la vista el blanco carrillo... y el niño con tanto movimiento y tanta molestia despertó. Y conforme sus legañosos parpaditos se iban entreabriendo, así los hermosos ojos de la madre se iluminaban de la deslumbrante luz que parecían haber perdido para siempre. Y las arrugas que grieteaban la frente de María, se deshicieron y dejaron tersa y lisa, la que antes surcaban como vetas moradas de blanco mármol: y todo el aire triste y de congoja que como mole de mortal pesadumbre oprimía el gesto de la huérfana, rodó al suelo sin más esfuerzo que posar el chiquillo su débil manecita sobre las pálidas mejillas de la madre: bien así como la colosal peña que mil huracanes no pudieron conmo- ver de su asiento, y el peso de un ligero pajarillo la hace der- rumbarse estrepitosamente al abismo.

La cara de María, aquella cara desencajada y descompues- ta, que parecía flotar entre un océano de muerte, se animó

é hizo risueña; y la boca, que sólo para los gemidos de la congoja servía ya, se abrió, mostrando la brillante dentadura... Cayó hacia atrás la hermosa cabeza, y sonora carcajada de ventura profanó aquella celda, que sólo para el recogimiento místico se edificó.

El niño sonreía á María de la Paz, y con los ojos aún cargados del último sueño, balbucía vocablos de esos que sin pertenecer á idioma alguno, entienden y adivinan todas las madres.

Las pupilas de María retrataban sobre su oscuro fondo la cabeza de ángel de Jesús; tan cerca estaban las unas y la otra; y en el acceso de su locura, delirando por aquel fruto de sus propias entrañas, vaso de nácar que llenaba la sangre que corría por sus venas, le besaba una y mil veces, exclamando casi tantas:

—¡Si no vivieses tú!... ¡con qué gusto moriría!...

Luego se tocaba el pecho y se sentía mordida mortalmente por interior culebra, que succionaba su vida con hambre y voracidad espantosas; y la idea de la muerte, idea que la perseguía como sombra que su mismo cuerpo proyectaba al reflejo de su esperanza; sombra más grande cuanto más lejana estaba la luz..., venía á gesticular delante de ella para mofarse de su desventura.

—¡Moriré yo y quedarás tú solo!—decía, zarandeando al pequeñuelo.—¡Moriré yo, y en el mundo no te amaré nadie como yo te amo!... ¡Sin mí serás desgraciado; porque cuando una desdicha te dé sed de consuelo, no tendrás quien te lleve á los labios ese néctar que sólo se liba en el alma de las madres!... ¡Quién sabe si fuera mejor que murieses conmigo!... Pero no—se desdijo en seguida, horrorizada de sus mismas palabras,—vive, vive, hijo de mi sangre... Tus pasitos resonarán allá arriba..., los oiré yo... Y quizás cuando tú al andar pisotees la tierra que me cubra, machacando mis pelados huesos, yo te bendiga desde el cielo... y pida á Dios para ti toda la felicidad que á tu madre negó!...

Jesús se reía de todo esto, y apretaba los rosados puños, para dar luego golpecitos á Paz, que pagaba amorosa cada cachete con un beso.

Y cortó aquella borrachera de mutuas caricias la repentina entrada de Brites, que quitó á Jesús de los brazos de María sin que ésta hiciese el menor esfuerzo. En el corredor sonaban los pasos de los que por él venían. Paz, como ardiente sol que de pronto un nublado oculta, palideció, tembló y quedó yerta, con las manos cruzadas y el gesto de taciturna seriedad de los muertos.

Su hermano entraba en la celda seguido de la superiora y del vicario.

—Querida Paz—dijo el Mosén,—no habíamos contado con una dificultad que ahora se presenta.

María alzó la frente y trató de ver á Jaime, pero no lo consiguió: una nube negra la cegaba por completo.

—En que tú te quedes no hay inconveniente—prosiguió el Mosén.—Mas tu hijo no puede estar contigo...

—¡Y yo no puedo estar sin él!—murmuró blandamente María.

—Nadie trata de separaros.

—Entonces, ¿de qué?...

—De que el caso es nuevo en esta casa, y sin un permiso especial del Sr. Obispo, no puedes tener en tu compañía á Jesús.

Paz fué á decir algo; se movieron sus labios; pero siguió el Mosén:

—Ese permiso se compromete á obtenerlo el señor vicario. Pero hoy tienes que, ó quedarte sola, ó volver conmigo á Cristierna, hasta que la licencia se consiga.

—¿Y qué dificultad hay para que Jesús quede conmigo?...

—La dificultad—dijo entonces la superiora tomando la palabra—está en que es grave escándalo para la comunidad el ver en su compañía á V.... con un niño que no es... su hijo. Y aunque lo fuera, en la casa nunca sentaría bien esa constante presencia de los amores del mundo. Yo, por ser su hermano de V. quien es, consiento gustosa todo, si el señor Obispo da permiso para que el niño quede aquí. Mientras tanto...

—Nos vamos—exclamó María, poniéndose en pie resueltamente.

—Creo—dijo Jaime—que lo más oportuno sería que te quedases tú, trayendo yo á Jesús, en cuanto el señor vicario me avisase de que el permiso estaba concedido. Pasado mañana, lo más tarde, dice que estará en su poder... Y como, además, tu estancia aquí no se ha de prolongar más tiempo que el que el Rey invierta en aceptarme la dimisión que le tengo presentada...

—¡Tú!—exclamó asombrada María.

—Sí, yo. Me rinde la fatiga de tanta lucha, y ansío retirarme contigo á otro país. Mi única ambición es el descanso. No te lo había dicho antes porque no había para qué. Por consiguiente, repito que es mi parecer que te quedes tú, puesto que ya estás aquí, y que aguardes, dos días no más, á que el Sr. Obispo dé permiso para que vivas con Jesús los ocho, ó diez, que el Rey tarde en aceptar mi renuncia. Sin embargo... habla. Yo... no he de hacer más que tu voluntad.

—Yo no tengo voluntad—dijo María resignándose.—Hágase la tuya.

—La mía es esa.

—Pues sea.

Y desencajándose la los ojos, hasta parecer que iban á saltar como balas de las órbitas, inclinó la cabeza y clavó su barbilla en el pecho, que lentamente latía, como pausada respiración de un agonizante.

La superiora se adelantó y la abrazó solícita, diciéndola:

—No debe apurarla una separación tan corta. Aquí procuraremos hacerla á V. corto el tiempo, divirtiéndola en nuestros ratos de ocio: precisamente han entrado hace dos meses tres novicias que tienen el genio más vivo y alegre del mundo, y con las cuales hará V. pronto buenas amistades. Se entiende que mientras esté V. sola: en cuanto se una á su niño, su vida tendrá que ser completamente independiente y separada del resto de la comunidad, que ninguna necesidad tiene de saber el origen ni la historia de su venida al mundo.

María callaba.

—Luego, la vida del convento no es tan pesada como vulgarmente se cree. Mire V.: á las cinco en punto nos levanta-

mos, aseamos y vestimos, para ir á las cinco y media á la *Meditación*. A las seis y media se rezan las *Horas menores*. A las siete se oye la santa Misa. A las siete y media desayuno. ¡Verá usted qué chocolate más rico!... Hasta las nueve, arreglamos las celdas; se barre, se limpia todo por riguroso turno: y cuando da esta hora, se canta el sublime *Veni creator spíritus*: á las diez el *Ave Maris stella*. Y concluídos estos ejercicios, nos ponemos á hacer labor, escapularios, remiendo de hábitos, ropa de altar... que dejamos cuando dan las doce. Suena la campana, y ¡á comer!... pobre, pero todo abundante... Concluimos, y viene el recreo, con sus juegos, sus animadas conversaciones, sus cánticos de alegría; se cortan flores del jardín, se baja al huerto, se dan cuatro zapatetas, y al oírse las dos á *Lectura*... La vida del santo del día. La historia de San Pedro Nolasco, nuestro venerable fundador. La relación de redención de cautivos... Todo muy interesante. A las tres, vamos á *Coro*, y rezamos *Vísperas*, *Completas*, *Maitines* y *Laudes*... Acabamos con esto, y volvemos á tomar la labor hasta las cinco. Y ¡vuelta á jugar, y á correr, y á cantar! No lo dejamos hasta las seis. En esta hora vamos á la *Meditación*. Y á las siete á cenar. ¡Vaya unas migas que va usted á probar!... Nos levantamos de la mesa, y ¡cualquiera diría que otra vez á *Coro*! ¡Pues no señor!... Otro recreo, hasta las ocho y media en que hacemos nuestro examen; rezamos el *Miserere*, y á las nueve á acostarse todo el mundo. ¿Qué tal?...

María de la Paz no respondió una palabra.

—Por supuesto, V. no tiene obligación de asistir á todo esto. Va V. á lo que más rabia le de. Si no quiere V. comer, ó no tiene gana de jugar, se encierra V. aquí, y Dios con todas.

Concluyó la locuaz monja de hacer la apología de la vida conventual, y empezó el Mosén diciendo:

—Visto que accedes á lo que se te propone, me marchó. ¿Quedas contenta?...

Un involuntario estremecimiento fué la respuesta de Paz. Luego se levantó y abrazó á Jaime. Cuando llegó á estar delante de Brites, se detuvo mirando á su hijo; Jesús extendía

sus manitas hacia ella; pero Paz se las apartó y sólo le dió un beso. Volvióse en seguida de espaldas y dijo:

—Idos... Ya me quedo.

Sería no hacer la debida justicia al Mosén si no declararíamos aquí que vaciló por un momento en resolverse; que luchó un instante con un deseo que le brotó en el ánimo, avasallador y fuerte como todos sus pensamientos; que tuvo en la lengua la palabra *vente*... Pero que á la postre, cedió á su primer impulso, y se contentó con despedirse del vicario diciéndole:

—Hasta pasado mañana.

Y salió de la celda.

Cuando María de la Paz escuchó los pasos que todos producían pisando las losas del corredor, tendió una mirada agonizante á aquella puerta que quedó entornada, cerrándola sus deseos, semejante al postrer rayo del sol que se pone, dando paso á la noche más negra. Levantóse de nuevo, y anduvo de un lado á otro toda la pieza.

Al poco rato volvió la superiora, y la dijo:

—Ea; véngase ahora conmigo, y la presentaré á toda la comunidad.

CAPÍTULO IX

LA VÍSPERA DE LA ASUNCIÓN

Objeto fué de vivos comentarios, cabildeos, disputas, controversias y discusiones, la cuestión magna de la víspera de la Asunción en Crisstierna. Teníase por costumbre todos los años, celebrar dicha víspera, con una fiesta popular parecida á las *verbenas* de Castilla: fiesta en que se bebía, se cantaba, se encendían hogueras, y por ende se disparaban sendos *chupinazos*; bestial pasatiempo, que no sabemos qué mal intencionado tuvo la humorada de trasplantar de Valencia, su patria, á las provincias.

Pero aquel año, la guerra tenía la atención de todos suspenso y pendiente; el pueblo no estaba muy propicio á regocijos, con los liberales á la puerta; y ante todo y sobre todo, no había un cuarto con que costear los dispendios que ocasionase la tradicional diversión. Por esto, de muchos días atrás, veníase cuestionando la conveniencia ó inconveniencia de suprimirla: siendo el paladín sostenedor de que debiera repetirse como todos los años, el insigne D. Fidel, que siempre fiel con sus autocráticos principios de gobierno, creía, en su manía centralizadora, que el Estado debía ocuparse hasta de proporcionar recreo al pueblo, y por consiguiente, que era altamente impolítico el privar á los cristernienses de aquel desahogo á sus amarguras. Además, el espíritu público estaba

alicaído, mustio y triste; y era menester levantarlo, animarlo y despreocuparlo de sus pensamientos. Prevalció entre todas la opinión notarial, si bien se convino en que, debido al mal estado pecuniario del Municipio, las fiestas se rebajarían de su ordinaria talla y altura; y así, que quedaran reducidas á lo que ahora se verá.

Al comenzar á declinar la tarde, brotó de los campanarios regocijado repique de campanas que puso en movimiento á los partidarios de la bullanga para animar á los indiferentes, y alentar á los fríos en el júbilo. Los chicos de la escuela se habían encargado de tan estruendosa tarea, y con este apunte queda expresado que los seculares bronces espolvorearon hasta el hollín de sus tornillos y goznes: sólo cesaba el ruido del metal el preciso tiempo que la campana estaba quieta para que el polvorista disparase locos cohetes desde la misma ventanuca de la iglesia: que es espectáculo el de los voladores, no por muy visto, hartador de juveniles ánimos. Y luego que el cohetero decía: *no hay más, por ahora*, volvían los badajos á golpear con furor los vibrantes bronces: y así cuando no eran los petardos de la pólvora, las campanas se encargaban de ensordecer á los pacíficos, y exasperar á los opuestos á la fiesta.

El repique se extendió por el campo suspendiendo las tareas de la siega y de la trilla. Las *nescachas* sentían retozar el ánimo con el pensamiento de una noche de desatentado regocijo. Los viejos, los antiguos patriarcas, volvían las memorias olvidadizas á sus tiempos mejores, cuando aquel toque era la señal de acercarse la noche de los atrevimientos y de los grandes favores de las ninfas de su amor, que luego los años, y la realización descompasada de los ensueños, habían convertido en vetustas madres tan decrepitas y tan gastadas como ellos mismos. Los mozalvetes pasaron revista coqueta á sus personas, y sacando del sudor y el vencimiento del trabajo garbo y donaire para los galanteos, cargaban cantando con sus aperos y enderezaban sus pasos, más acelerados que de costumbre, al pueblo.

Con este motivo venían llenos los caminos: cargados los aires de canciones y de voces de júbilo; y las carretonas, gru-

ñendo, gracias á la mala enjabonadura de sus ejes, bajo grandes cargas de hierbas secas y aromáticas, para la hoguera del atrio.

Increible parecía que tanta cara risueña pudiera encontrarse, donde tantas lágrimas hacía derramar la lucha fratricida que en sus contornos se libraba. Y sin embargo, las había; hasta las viejas saltaban de contento, con la general alegría. ¡Qué de citas para la noche!... ¡Qué de promesas! ¡Qué de miradas malignas! ¡Qué de malicias y dicharachos se escuchaban!... Decididamente, aquella noche la batalla iba á ser entre el osado cieguetzuelo de doradas flechas y las debilidades incontinentes de virtudes más ó menos enamoradas; de quién sería la victoria, era difícil de prever; sólo podía asegurarse que el niño Amor iba á dejar tendidas muchas víctimas.

Llegó la noche y con ella el sonido incitante de la dulzaina y el tamboril; toque de alarma para los impacientes, señal de salida para los que tan sólo esperaban música para echarse á la calle. Y en lo alto de la torre vióse ondular entre las oscuridades y las sombras amplias banderas, que el aire plegaba y desplegaba con la misma indiferencia con que columpiaba á los farolillos de colores que dibujaban las ventanas de los campanarios.

D. Fidel, como propagandista y pensador de aquella despreocupación, en medio de tanto y tanto peligro como á Cristierna rodeaba, recibía plácemes y enhorabuenas, amén de intrincadas indirectas, que el pobre hombre, mareado con el aplauso popular, no acertaba á comprender. Paseándose orondo y satisfecho de la general alegría, y cuando entró más tarde en el atrio de la iglesia para asistir al rezo de la solemne salve, fué su presencia saludada con más de doce tiros de cañón pedrero, que á tal sonaban si no los excedían en la resonancia de las detonaciones los disformes *chupinazos* que chupines fijos en el suelo dispararon casi á un tiempo. Estremecióse horrorizado, y aun se tentó la ropa y tomó el pulso por ver si estaba vivo; aquello era una barbaridad, que él de bonísima gana mandaría suprimir... Pero ¡en Cristierna suprimir los *chupinazos*!... Antes morir; podía haber fiesta

sin hoguera, y sin música, y sin salve; pero sin los tremendos truenos, espanto de D. Fidel..., ¡qué disparate!

Cantóse con solemnidad la salve; aumentó la iluminación con errantes hachas de viento, que los fornidos jayanes corrían de un lado para otro, y muy cerca de las diez se prendió fuego á la hoguera. En medio del chisporroteo, del bramar del fuego y de las columnatas de humo saltaban los grandes y los chicos, alardeando de incombustibles. Mas sucedía que no todas las chaquetas eran de amianto, y así solía verse á uno de aquellos improvisados cíclopes salir de entre las llamas con la ropa ardiendo, y entonces... ¡Ah, entonces era la diversión! Arrojábanse sobre él todos sus compañeros, hasta volcarle en el suelo patas arriba; le pisaban, le llenaban de achuchones, le sofocaban con estrépito, y el fuego acababa porque no tenía aire donde arder..., y el malogrado tizón se levantaba con las narices sangrando y la cara llena de encontrones y cardenales. Pero á bien que él tenía la culpa: ¿quién le mandaba dejarse prender por el fuego?... ¡Allí de la rapidez del salto y de la agilidad en sacudirse!...

Esta operación se repetía varias veces, y para refrescar el susto, iban los mozos bajo cierto nogal, donde especulador cantinero vendía rejalgar chacolizado..., mezcla infame de vinagre y azúcar y vino y aguardiente... Y cobrados nuevos ímpetus y nuevos bríos, volvían á la faena de los saltos, si ya entre las redes del amor no iban á echar su cuartito á espadas en el corrillo de la danza, donde el polvo se mascaba espesamente y donde acababan de marearse y ponerse ébrios.

Y á todo esto, los *chupinazos* no cesaban: lejos de ello, parecía que aumentaban á cada instante... Y era que el celoso capitán de provisiones había puesto á disposición del populacho, para su solazamiento y diversión, una importante partida de pólvora, muy pasada, y otra no menos grande de sal en grano, que son los componentes que cargan las entrañas de los ruidosos aparatos. Sólo así se explica que el tiroteo fuese tan incesante, que pareciese el cañoneo con que una plaza fuerte rechazaba un impensado asalto á sus murallas.

Y la algazara de gritos coreaba las detonaciones; y las bo-rracheras crecían; y menudeaban los lances, chistosos unos, graves los otros; y hasta el estrellado firmamento parecía reflejar la lumbre de la hoguera, y los ámbitos del cielo repercutir y aumentar el estruendo de los tiros y el vocerío. Tanto, que más de dos hubiesen jurado que en el campo sonaba ruido de fusilería.

Comparsas de chicas iban de extremo á extremo recitando coplas, que concluían entre el jarjeo de ruidosas carcajadas, risas estúpidas y voceamientos á voz exhausta ó ronca de tanto gritar. Otras, las más mozuelas, se entretenían en correr, y aun en sisear á los grupos de nada más de dos personas, que sin darse el brazo, pero yendo muy juntas, buscaban la protección de las sombras para el liviano cumplimiento de alguna promesa hecha después de oír muchos juramentos. Y las toses y los siseos los hacían volver atrás, con no escaso contento de la *ella* y desesperada turbación del *él*... Que en aquellos forzados arrepentimientos, hacía de acusadora conciencia la aventajada malicia de las chicuelas.

Pero pronto el tumulto general los volvía á dejar solos, ó ya la persecución de idéntico delito en otros, los libraba de la inquisición pública, que era como mala tapadera, que mientras tapa uno de los extremos de lo que se propone tapar, lo deja libre por otro, imposibilitada de encajar, sobre todo, á un tiempo.

A los últimos espirantes reflejos de la hoguera vióse venir por la carretera de Tolosa una carreta, arrastrada de bueyes, que la curiosidad delató en seguida como la misma que por la mañana salió de Cristierna, conduciendo al Mosén y á su hermana. Tuvo con este regreso del cabecilla alimento nuevo la desocupada maledicencia de doña Obdulia, que había agotado ya todos los temas predilectos del escarpelo de su lengua, y como lámpara á que falta el aceite y de pronto la llenan de nuevo, vertió nueva luz, menudeando las absurdas invenciones del por qué, para qué y á qué habría llevado Jaime Parolla á María de la Paz al convento de Tolosa.

Siguió la carreta hasta casa del Mosén; paró á su puerta, y Jaime, con Brites y Jesús entraron por ella.

Volvía el cabecilla muy meditabundo y apesadumbrado al parecer; y es que todos los temperamentos nerviosos tienen la extraña propiedad de presentir las tormentas; y ó material ó moral, la presentía el Mosén, y no chica, sino inmensa. Y el contraste de sus amarguras y los locos ecos del regocijo del pueblo, le doblaban sus dolores internos: que cuando al alma la abrumba una pena, la alegría de los demás la dobla el peso.

Encerróse solo en el último rincón de su casa; y allí, paseando con agitación, contempló horrorizado la titánica lucha que tras de su frente libraban las dos soluciones de su conflicto.

Era la una risueña, placentera, descansada. Consistía no más que en olvidar. En cerrar la vista hacia el pasado, y retirarse allí donde ni la guerra ni otras pasiones le triturasen más el trabajado espíritu. Pero tenía su lado malo: el del ridículo. El que afrentas repetidas quedasen impunes, y juramentos terribles sin cumplir. Una familia ofendida, escupida, humillada, que pasearía indiferente y vencedora los baldones y los girones de honra arrancados ¡a la suya!... que lejos de tomar venganza, huía cobardemente de los mismos que la robaron la calma y la paz.

La otra era sangrienta; horrible; feroz... ¡pero magnífica!... ¡La justicia humana anticipándose á la divina!... ¡Acelerando la llegada del criminal ante el supremo Juez!... Y tenía también su contra: la necesidad ineludible, imperiosa en que Jaime se encontraba de no pensar más que en María de la Paz... última perla que la voracidad de los ladrones dejaron cascada en el joyero. Necesidad que traía consigo el olvidarse de todo para siempre... ó por lo menos fingir que se había olvidado.

El dilema se agrandaba con la consideración de si él, libremente, podía decidirse en absoluto por una de las dos soluciones: consideración que le hacía dudar de las propias fuerzas y desalentar ante el sacrificio de optar por una ú otra.

Este batallar, este luchar sin descanso, había aguerrido su inteligencia, de modo colosal: pero aun así, la fatiga le acortaba las energías: y el resultado era verlo todo negro; colc-

peor mil veces que el rojo de la sangre, que al fin dice á qué hay que atenerse; y no la negación y la ignorancia de todo, que representa el color de la noche.

La sombría mirada del Mosén quebraba sus reflejos de serpiente con los lánguidos y brincones de la vela de sebo que se corría encima de la mesa: y cuando Jaime entornaba los párpados, como si sus ojos diesen luz, la penumbra indecisa de la estancia se agrandaba, y quedaba flotando en ella la llama azulada de la vela que se torcía, se desmayaba, apagaba y encendía, según los caprichos del viento que dejaban colar las rendijas de la ventana entreabierta.

De su aletargamiento vinieron á sacarle unas voces que escuchó estridentes resonar en las calles, y que nada tenían de jubilosas y alegres: antes bien eran de desesperación y de angustia...

Pero al poco cesaron, y la modorra volvió á hacer presa en el sombrero Jaime.

La vieja Brites le turbó un momento para preguntarle si quería cenar: pero contestó con un *no* seco, y la anciana le dejó solo.

Al poco, Jaime Parolla se sonrió. El bullicio de las calles cesó de pronto. Como si el pueblo entero se hubiese muerto. No dejó de chocarle tan rápido enmudecer de la algazara. Pero únicamente dijo:

—¡Gracias á Dios que se han cansado!

Fuertes *chupinazos* que sonaron en seguida, le demostraron que se había engañado; que la fiesta continuaba aun...

Pero nuevas y más seguidas detonaciones se oyeron, y entonces su oído ya muy práctico para clasificar ruidos de armas de fuego, le dijo que entre aquellos estruendos había más de dos cañonazos. Alarmóse, y púsose en guardia... Escuchó... Hubo una nueva pausa más larga que las anteriores.

Sólo oía el charlar dificultoso que traían en la cocina baja la Caspia y Brites.

Así trascurrieron hasta diez minutos. Pasados que fueron, un frío sudor chorreó por la grieteada frente de Jaime Parolla.

Indistintamente, sin género alguno de duda, escuchó gritos ahogados, no canciones de alegría; disparos de cañón,

no *chupinazos*; tumulto revuelto de grandes masas consternadas; huidas desesperadas por las calles; voces de auxilio, de mando, de ruego, de espanto; un vago rumor como la marea cuando empieza á inundar las arenas de la playa; luego más ruido, y más gritos, y más voces, y más disparos, hasta que á la puerta de su casa dió el aldabón un fuerte y largo repique, mientras mil voces, á coro, desordenadas, repetidas, gritaban, aullaban y decían:

—¡Mosén!... ¡Socorro! ¡Socorro!..

—¡Mosén!—clamaban los ecos.

Y abriéndose de repente la puerta misma del cuarto, vió reventar por ella una informe muchedumbre de paisanos y militares, con los gestos vacilando entre la expresión de la embriaguez y la del pánico más supremo; llorando unos; frenéticos otros; todos voceando; todos exigiendo; todos en feroz avalancha de quejas, súplicas, ademanes de moribundos, caras desencajadas, bocas laxas, jadeantes; y agitar de brazos, y temblor de cuerpos, y saltar de ojos en los encendidos párpados... turbión de monstruos que manoteaban oprimiendo nerviosos armas, palos y algún que otro fusil...

¿Qué había pasado?...

CAPÍTULO X

OTRO MÁS PARA EL CIELO

Sólo á persona de tan pocos alcances militares como don Fidel Barrera pudo ocurrirse el desventurado pensamiento de despertar el sueño del enemigo que cerca de ellos dormía, con ruidos tan parecidos al de una encarnizada batalla, como los *chupinazos* producían. Así es que las avanzadas liberales (que en aquellos días, por descuido del Mosén, se habían acercado mucho más de lo regular á Cristierna), oyeron las detonaciones lejanas que sonaban hacia el pueblo; y como entre ellas se susurraba que la columna del General Barzana andaba por aquellos contornos, ganosa de proporcionar á los carlistas una desagradable sorpresa, pensaron y entendieron que ya la sorpresa se había llevado á cabo. Mandaron algunos espías á que estudiasen más próximamente lo sucedido, y éstos volvieron al campamento contando que de la población de Cristierna no cesaban de salir gruesas columnas de humo; que el combate era en las mismas calles, y aun que por lo menos en dos campanarios, se habían visto ondear airosas banderas que debían ser sin duda alguna del Gobierno.

De estos datos dedujeron que Cristierna era ya de las tropas: mas como no cesase el tiroteo, creyeron de buena fe

que la plaza hacía resistencia, y que si pronto no se volaba en auxilio de los que atacaban, sería muy de temer una derrota.

Reunióse el consejo de oficiales, y decidió por unanimidad poner en marcha inmediata á todo el mundo. Quizá en aquella noche iban á recuperar lo perdido en dos meses de incesante lucha. Y no dejaron de influir en esta resolución las instigaciones vehementes de cierto joven capitán recientemente ascendido, que pronunció más de doce discursos demostrativos de la urgencia del ataque.

En efecto, todo el ejército se puso en marcha. Y... lo demás será mejor verlo desde dentro de Cristierna.

Lacios y cariacontecidos; estenuados y mustios del baile y la bebida, volvían todos á sus casas dando traspiés y encontronazos. D. Fidel, luego de aplaudido y aun vitoreado, se metió en su casa á descansar de las diversas emociones de la noche, y mientras algunos pertinaces revolvían las candentes brasas de la hoguera tratando en vano de reanimarla y hacerla cobrar nuevo esplendor, las calles iban quedando desiertas, el bullicio iba disminuyendo y las puertas de las casas cerrándose tranquilamente.

En esta agonía se encontraba la fiesta llamada de la Asunción, cuando no se sabe por dónde, ni de dónde, llegó un miguelete jadeante, y balbuciendo unas palabras, que al principio nadie entendió por lo confusas y desordenadas...

Luego, dos soldados destrozados, aspeados y rendidos de correr, con expresión de terrorífico espanto en los á un tiempo pulverulentos y sudosos rostros...

Después, otros cuantos arrastrando, cuál una camilla descuadernada por los encontrones; cuál un paramento sin pistolas; quién un aparejo desconcertado é incompleto... Detrás, medrosos cantineros apaleando la muleja de sus carros, que brincaban sobre las pedriscas de los tollos y los *pasos*, haciendo cacharros el ajuar de campaña... En pos de éstos, desalados jinetes, desangrando los hijares de sus caballos á fuerza de espolearlos desesperadamente.

Al fin, muchos hombres, soldados, paisanos, campesinos... que iban de acá para allá, extendiendo un indescrípible pá-

nico, gritando con toda la fuerza que sus gastados pulmones les consentían.

—¡Que vienen!... ¡Que vienen!...

—¡Que están ahí!...

Y mientras el eco de las canteras de Agurrio, rodando hacia las montañas, repetía los gritos y las voces, como antes imitaba las canciones y las carcajadas, sonó, lejos aún, un feroz cañonazo, que dió al traste con la poca serenidad que restaba á la atónita aldea.

Allí era el correr de las diversas gentes de un lado para otro, sin darse siquiera cuenta del por qué ni para qué corrían... Allí, el súbito cerrar de las ventanas, y el atrancar los portones con estacas y cerrojos clavados... y la vuelta á abrir de los portones y de las maderas... y el asomarse, y el esconderse, y el gritar descompasadamente, y el empuñar valientes todas las armas que se pudieron encontrar... y el llorar de los chicuelos que gimoteaban estrujando las temblorosas piernas de sus madres, ansiosos de encaramarse en sus brazos...

Los más valientes sentían la ansiedad que precede al supremo momento del combate; los cobardes, con los rostros pálidos, verdosos, y la desencajada vista, se mordían tremendamente las yemas de los dedos, las uñas; temblaban azogados, ó hacían otras cosas que no es muy del caso nombrar.

La algarabía de la desordenada muchedumbre ensordecía y aturdía á un mismo tiempo, y á mayor abundamiento, lo hacía inconscientemente y sin darse cuenta de la razón por que había que chillar y prepararse á huir ó á combatir. Y el estrepitoso estruendo se dobló con el toque á rebato de las vibrantes campanas, que no acabadas de reponer del reciente vapuleo, volteaban de nuevo sus badajos, aunque con causa distinta, cuando una sonata diferente pero no menos incapaz, vino á enredarlo todo mucho más de lo que ya estaba.

Era una mezcla extraña y confusa de rodar carromatos sobre los empedrados cocheros, relincho de bestias, arrastre de cajones, rugientes bramidos del ganado sacado de las cuadras, pesados esquilonos que los tardos bueyes zarandea-

ban con pachorra, jujeos de boyeros, silbidos de otros... Y todo en medio aún de las sombras de la noche, sin más vislumbramiento del futuro día que una indecisa penumbra que se quebraba tras de las montañas, todo secundado por un remusgo frío y húmedo que escarchaba los prados y ponía enhiestas las agostadas arboledas.

La noticia de la venida de la tropa no se creyó en un principio; pero cuando á la incredulidad substituyó la certidumbre, y á ésta la completa seguridad de que los *guiris* venían efectivamente, el pánico fué superior á cuanto de él pudiera escribirse.

La familia de D. Fidel, y todas las de su tertulia, es decir, las distinguidas de la población, no dudaron un momento en echar á correr: así que pronto prepararon el equipaje, sucediendo lo que sucede siempre que hay el mismo apuro para huir: que en el aturdimiento producido por el miedo, se escoge para salvar de lo que venga, bien sea fuego ó republicanos, lo menos importante y útil de todo el ajuar: así D.^a Obdulia llevaba bajo el brazo una sombrilla que podía valer hasta dos pesetas; una sombrerera vacía, y una caja de papel de cartas; dejando en cambio abandonados bolsos no repletos de tesoros que digamos, pero sí con alhajas de alguna pro, y metálico suficiente. Sus criados, también ganosos de huir cuanto antes, enganchaban, soñolientos aún, las chillonas carretas, prontamente forradas de colchones y de almohadas; y como no era la ocasión propicia para someros, lo mismo ataban una descosida correa del matalotaje de una hamuga á las guarniciones de los caballejos, que unían al yugo hecho para el cornamentado testuz del buey el cuelle escueto y liso de un mulo. Todo, por el atolondramiento, eran encontronazos, empujones, choques, gritos, sustos, lloros, carreras, brincos... todos los ojos brillaban encandilados y saltones... todos los semblantes con el color de la muerte impreso en ellos... la mujeres con la boca abierta, y los ancianos haciendo besarse á sus despobladas encías que tiritaban sin cesar.

Esto, en cuanto á la gente de pocos ánimos, que dicho sea en honor de Cristierna, no constituía ni la mitad de la pobla-

ción. Los indiferentes, que eran los más, y que huían, no por temor personal, sino por librar á sus ganados de la voracidad liberalesca, se concretaban á ponerse de mal humor y maldecir entre dientes á la guerra, y á D. Carlos, y á la República... Los valientes, los esforzados, los Quijotes de la causa, eran ya distinta cosa: volaron á casa del Mosén y fueron actores de la escena que ya presenciábamos: allí Cajucas vomitaba venablos y *piñatas*, agitaba frenético su famoso fusil robado en Vitoria, y allí, finalmente, el Mosén salió al frente de todos, dando órdenes y disposiciones á cual más belicosas.

Fuéronse á la entrada del pueblo por la carretera, y mientras se fortificaba estratégicamente el punto, se despacharon emisarios, que volvieron en seguida porque al medio kilómetro de Cristierna tropezaron ya con la vanguardia del ejército, que avanzaba á paso de dobles jornadas, tratando de apagar sus pisadas entre el polvo del camino y el rumor del campo por las noches: ese rumor que producen los insectos al arrastrar ó al perseguirse; los alacranes con su canto; los chopos al darse de cabezadas columpiados por el viento, y los arroyos rozando las esquinas de las guijas, saltando los desniveles ó desparramándose por las llanuras.

Pronto una doble fila de sacos de paja cubiertos de tierra formaron una gruesa barricada en la carretera; y un poco más tarde detrás de ella asomaban la oscura boca dos cañones que el mismo pueblo arrastró hasta aquel sitio.

Jaime Parolla cabalgaba airosamente en su caballo, que, por falta material de tiempo, y aun de montura, imposible de encontrar entre la confusión, montaba en pelo y decía:

—Aquí basta con dos cañones y la gente precisa para su servicio. Pero por si acaso, que se sitúen detrás un par de compañías del *Blanca* y un escuadrón del *Loyola*... Que se vengán conmigo todos los demás.

Y detrás del cabecilla corrían los soldados sin orden ni concierto alguno, malísimo presagio en achaques de guerra: y corrían é iban á situarse donde él mismo señalaba; y se recorrían fusiles y cargaban morteretes; y se rezaba algo en voz baja... Mientras la luz del alba, indecisa y blanca como virgen que despierta desnuda, iba atreviéndose á colorear de

carmín los horizontes, sustituyéndose aquella mañana el concierto de trinos de los alegres pájaros por el formidable estruendo del fuego que en seguida se rompió entre unos y otros.

El choque fué tan rápido como desgraciado para la gente de Cristierna. Y el Mosén, que desde el primer instante comprendió que iba á ser así, corría por todos lados animando á los cobardes, deteniendo á los fugitivos, arengando á los valientes y multiplicándose para estar en todos lados y en el sitio de mayor peligro.

Pero todo era inútil: estaba muy mal dispuesto el barco para resistir el abordaje tremendo de más de diez mil hombres; y por más que el capitán, desprevenido, se esforzó luego en dirigir hábilmente grandes maniobras, la derrota fué tan fácil como impensada, y los mismos liberales se encontraron dentro de Cristierna, sin darse cuenta de cómo habían entrado.

Forzáronse sencillamente las mal dispuestas barricadas: rompiéronse las desordenadas filas, saqueóse el tabernucho de Chubiri y Perenaute, cuyas anaqueleras quedaron desiertas de comestibles y de cuanto contenían; apedreóse y silbóse la casita de Fray Salvador, que siempre fué inocente desahogo de la gente de ideas avanzadas realizar estas proezas, y más especialmente si entre esa gente figuran almas de temple tan marcadamente progresista como la de Augusto Monpavón y sus adeptos y discípulos, como en aquella ocasión figuraban: y la lucha entonces se hizo cuerpo á cuerpo y mano á mano.

Desisto de contar los mil horrores que allí se vieron. Solo hablaré de uno, tal vez el más grande, por cuanto tiene mucha relación con el drama que se va desarrollando.

Cuando la madrugada hacía distinguir perfectamente los objetos, Jaime Parolla, rendido de vocear y aun de sembrar la muerte por donde quiera que pasaba, se retiró á su casa, no huyendo, sino á vendarse la herida que recibió en una mano, y que abundantemente se le desangraba. Al llegar frente á la puerta se estremeció. Augusto Monpavón estaba allí parado y como reflexionando.

Entonces una terrible sospecha vino á su mente haciendo que vibrasen todas las cuerdas de su cerebro: figuróse (y no iba muy descaminado en la figuración) que Augusto, su mortal enemigo, iba allí á robar el hijo de María de la Paz. Y con este pensamiento dudó qué hacer; pero vió la calle completamente sola, sin más que el odioso Augusto... y decidió entrar en la casa, y huir con el niño prontamente á cualquier lado...

Así, entró con suma rapidez, hecho una exhalación, una flecha, y dirigiéndose á la cuna donde el niño murmuraba, recién despierto, medias frasecillas de esas que únicamente Paz entendía, lo cogió, lo arrojó con la ropa de la camita y volvió á salir con él en brazos... Inútilmente le preguntaron las medrosas Caspia y Brites á dónde iba... ciego y sordo salió.

Al dar el primer paso en la calle, casi tropezó con Augusto.

La chispa no tardó en brotar de entre aquellas dos nubes de odios y rencores; mejor dicho, saltó en seguida, á la primera mirada, al primer impulso... centellearon los ojos como relámpagos... y sonó el primer trueno.

—¡Ese es mi hijo!—rugió Augusto Monpavón.

—¡Mentira!—le contestó temblando Jaime Parolla.

—¡Cómo que es mentira!... ¡Tráele, y verás si es mío!...

—¡Aparta! ¡aparta!... ¡Miserable!... ¡No te acerques á mí! ¡que me manchas!... ¡no me toques!...

—¡Tráelo, que es mío!...

Y asidos, al fin, como dos tigres, forcejearon disputando la presa; las hercúleas fuerzas del Mosén tuvieron entonces lugar de ejercitarse; con el braceamiento de una sola mano, contenía los embates de su obcecado contrario.

—Pero, ¿hasta esto nos quieres robar?...—decía ronco el Mosén.—¡No te hartas nunca!...

—¡Insúltame!... ¡Que el niño es mío!

—¡No nacen ángeles de hienas como tú!... ¡Y, por tanto, no es tuyo!

Cayeron luchando al suelo, y Augusto debajo de Jaime. El porrazo que Monpavón llevó en la nuca entibió bastante sus fuerzas, y, valido de esta ventaja, el cabecilla se hartó

de darles golpes. No satisfecho con esto, llenósele la cabeza de todos aquellos recuerdos que traían, como consecuencia, la imperiosa necesidad de la muerte de Augusto. Y ebrio de venganza, saturado de malos deseos, asió del revólver que pendiente al cinto llevaba, y, montándolo, lo disparó á boca de jarro sobre Augusto. La nubecilla de humo del disparo ocultó breve instante la cara del capitán; cuando se disipó, vió Jaime que vivía... que el tiro no le había dado. Ciego, volvió á disparar á quema-ropa, y casi al mismo tiempo que el segundo sonó un tercer disparo, seguido de un grito agudo y débil.

Jesús estaba herido; de su cuellecito manaba mucha sangre; el llanto de la criatura no era llanto, era un torrente de lastimeros quejidos.

—¡Qué!...—bramó Jaime fuera de sí.—¡Ya le diste un beso de padre!... ¡Qué otra cosa podía esperar de ti más que la muerte!... ¡Ah, infame!...

Y retemblando de los pies á la cabeza, olvidó á Jesús por matar á Augusto; había llegado el momento de despedazarle, de hacerle trizas, á cuchilladas, á bocados, como fuese. La inmensidad de los mares, hecha hiel, parecía haberse vertido en su alma, ya amargada por mil afrentas del mismo criminal. Echóse sobre él, como caerá el cielo sobre la miserable tierra el día que el mundo acabe; pero al abrir sus ojos, que la cólera le cerró herméticos, se encontró con otro hombre distinto del que, para mutilar horriblemente, buscaba frénico.

No, no era aquél el Augusto Monpavón, procaz é insultante, que tantas veces le hizo frente. Era otro hombre. No era su mirada la cínica del libertino cuando se vanagloria de sus infamias; era una mirada de terror, desencajada, anhelante, perdida, que encauzaba sus visuales, no al que le iba á dar la muerte, sino á la pobre criatura que se retorció herida por el plomo de su padre... era un gesto el suyo de espanto y desolación supremos... y su actitud, la de un malhechor que ha asesinado, sin querer, al hijo de sus entrañas...

Al mismo tiempo, arañándose las botonaduras del unifor-

me, se desabrochó la empolvada levita; clavóse materialmente las uñas, en las ropas interiores, y con feroz grito de arrepentimiento, rugió descubriéndose, y dejando libre el velludo pecho.

—¡La muerte!... ¡la muerte!... ¡Soy digno de ella!

El Mosén vaciló.

Y como aquel cambio hubiese desarmado un tanto su ira, privándola del empuje criminal del primer momento, y el niño agonizase en sus brazos, se levantó con presteza, tendió al caído Augusto una mirada de soez desprecio, y le dijo volviéndole la espalda y contestando á sus palabras:

—¡Ni aun de eso!...

Y entró de nuevo en su casa, estrechando entre sus convulsivos brazos el ensangrentado cuerpecillo de Jesús. Echóle en su misma cuna, y vió con espanto que la herida era mortal... ¡en medio de la garganta!... Un hombre estaba detrás de él sin que Jaime lo notara: y este hombre clavaba en el niño los ojos con tanto interés y tanto horror como el Mosén. Era Augusto Monpavón: el asesino de Jesús.

Las dos viejas Caspia y Brites estaban mudas de asombro ante aquella tremenda desgracia.

Cuando la Caspia murmuró:

—¡Y no hay un médico!...

Augusto salió de la casa corriendo.

El Mosén sintió escalofríos de vapor, y como un puñal que hincado en su corazón diese vueltas desgarrándole la herida, al ver á Jesús con la carita lívida y descompuesta; violados los labios que antes eran de púrpura; los ojos muy abiertos, pestañeantes y lagrimosos; el cuello entumecido, brillante, y empapado en sangre caliente que á borbotones salía de la herida: y padeció y sufrió aún más, al oír aquel gemido estentóreo, que no era lloro ni habla, sino algo semejante á aire escapado de un fuelle; voz de ventrílocuo; nota desgarradora; tonante, aguda, como el chirrido de las lengüetas de una flauta, que soplase un horrendo huracán. Le vió sofocado contraerse y retorcerse, llevándose al cuello las manos, y metiendo en la herida sus mismos dedos, ansiosos de quitarse de allí aquel horrible dolor. Y no pudo

más que contener un poco la hemorragia, que manchaba el inocente cuello, antes blanco como nieve, y entonces cardenoso y morado como carne podrida.

Estaba Jaime inmóvil como una estatua, con las manos cruzadas, mirando atónito y en silenciosa desesperación el horrendo extinguirse de aquella vida pura, inofensiva, amorosa, angelical, que sin cometer ningún delito, sin haber visto nada del mundo, donde Dios solo sabe las glorias ó las desventuras que le aguardaban, espiraba con las convulsiones del criminal ajusticiado, y la desesperación de la asfixia, tragando sin querer aire que se colaba por la herida, aire buscón de resquicios por que meterse, desalojando la sangre y la vida á un mismo tiempo.

En aquella sinigual agonía, Jesús volvía sus ojos á todos lados, suplicantes, lánguidos, pidiendo á Jaime tristemente que le quitase *aquello...* ó preguntando quién le había hecho tanta *pupa*, y tan dolorosa, tan terrible... La desolación era inmensa: Jesús se moría: ya de tanto padecer, ni lloraba.

Como relámpago infernal de ruido, en medio de aquel sepulcral silencio, se oyó murmurar al Mosén:

—¡Se muerel...

Y en efecto, la cara del niño era ya la de un cadáver: tenía las amígdalas, la epiglotis, la laringe, la boca, todo lleno de sangre, y sangre espesa que comenzaba á coagularse. Después le entró un delirio calenturiento: hizo varios movimientos cuya vista produjo á los tres personajes agudo dolor: uno de ellos fué el sacar la manita de debajo de las ropas, y abrirla y cerrarla como si se despidiese... Era una gracia que en aquel momento se convertía en cruel sarcasmo, trágico y horrible.

Entonces entraron dos hombres en la alcoba: Augusto Monpavón y un médico militar.

Como si la enfermedad quisiera presentarse en aquel instante en todo su esplendor y apogeo, reapareció con más fuerza que en un principio, y volvió la tos seca y metálica del degollado, la estrangulación del ahorcado la desesperación...

Jaime se volvió y miró á Augusto: reconoció al médico militar, y en su cadavérico semblante se dibujó un gesto de

agradecimiento. En su inteligencia chocaron bestial beso dos ideas distintas: su aborrecimiento á Monpavón centuplicado por el reciente crimen, y una gratitud inconsciente que brotó como una chispa de un pedernal, al verle, olvidado de todo, mirar con interés al niño moribundo, y aun rodar por sus mejillas, ahumadas por la pólvora, dos lágrimas que salieron brillantes de sus desencajados ojos, y conforme le escurrían por la cara se hacían negras y dejaban blanco surco.

El médico reconoció con interés las partes dañadas: de su examen surgió una mirada de desaliento á todos los circunstantes. *¡Se muere!* leyeron todos en ella. Pero ya que no de salvarle, trató el médico de hacerle menos fatigosa la agonia, y á fuerza de hilas y vendajes, fuertemente oprimidos al cuello y tapando herméticamente la herida, consiguió que Jesús respirase por la boca.

Descansó con esto un poco el niño, y sus párpados se entornaron como si fuese á dormir. Jaime Parolla miraba extasiado al hijo de su hermana, con tal delectación de amargura, que parecía un gran pecador, fanático cristiano mirando lloroso los dolores de un Cristo en la cruz. ¿Cómo no había de adorar al querubincillo de Jesús, brillante lucero de alegría, si él estaba rodeado por todas partes de lobregueces?... ¡Pero qué trasformación más espantosa! Media hora bastó para hacer de aquel hechicero conjunto de inocencias y hermosuras, un miserable cuerpo agonizante. ¡Qué pronto del pobre Jesús no quedaría debajo del cielo más que un objeto marchito é infecto, envoltorio de huesos ajado y desagradable del que con asco se apartarían los ojos! ¡y allá en la gloria, qué pronto también una almita pura revolotearía entre las regiones de querubines que adoran al Señor!...

El Mosén cayó de rodillas: cruzó los dedos de sus manos, y dijo elevando la frente al cielo:

—¡Señor!... ¡mi vida por la suya!...

Y quedó apoyado en los bordes de la cuna, casi sin sentido; desde luego sin fuerzas para hablar ni una palabra más.

Mientras, los demás no descansaban un segundo. Augusto y el médico hablaban en voz baja. La Caspia y Brites secundaban las órdenes que se les daban.

La figura que realmente era de admirar en aquel cuadro de sombras que torpemente iluminaba la luz de la mañana entrando brillante por las rendijas de la entornada ventana, era la de Jaime vigilando las últimas palpitations de aquella preciosa vida, previniendo los movimientos del diminuto enfermo, y prodigándole cuidados, besos, auscultaciones...

De pronto se oyó un grito desgarrador, indefinible, trágico, más trágico que todos los gritos del universo, parecido á roce de metales sin aceite... Luego nada más que un murmullo de tenues notas... Después nada... porque los sollozos no son ruido: son silencio. Jesús ya no se movía ni aun para quitarse del cuello la *pupa* que le escocía; iba quedándose frío, inmóvil, fatigado, inerte, vencido en la desesperada lucha con la asquerosa muerte, que á puñados le echaba en la cara frío sudor de ese que lanzado el último suspiro se convierte en millones de gusanos... Y su cabecita con las gudejas rubias empapadas en agua, iba haciendo un triste hoyo en la blanda almohada, como si quisiera enterrarse en ella, ó cual si fuese pedrusco de enorme peso que se hundiese entre finísima arena...

El Mosén se llevó las manos á la propia garganta, como queriendo sufrir el mismo dolor de Jesús. Su pena rayaba en fiereza contra el mal, y el ascua de su mirada siniestra y delirante, su boca seca, pálida, balbuciente, todo le colocaba en la suprema crisis del dolor.

Hubo una pausa corta en que Jesús entreabrió los ojos; era el último brinco de la luz que se extinguía...

Cuando los cerró del todo, se oyó un ruido como el de una vejiguilla que se rompe.

El médico dijo:

—¡Ya!...

Jesús era un cadáver.

Nadie se dió cuenta de lo que había pasado. Todos cayeron de rodillas. ¡Y todos rezaron!...

Algunos tiros se escuchaban aún en el pueblo.

Augusto fué á acercarse á la cuna para dar un beso á Jesús.

—¡Quita!—rugió el Mosén.—¡Ya no es tuyo, ni mío, ni de nadie!... ¡Ya es de Dios!...

Y cogiéndole por un brazo, lo arrojó lejos de sí.
Luego destapó las ropas que cubrían el cuerpecito del niño,
y lo palpó.

Ya era un mármol.

Tan sólo en el cuello conservaba algún calor, que, al fin,
desapareció también.

Miró el Mosén á Augusto, y le dijo sonriendo sarcásticamente y á media voz:

—¡Ya has enviado otro Parolla al cielo!...

CAPÍTULO XI

TREGUA

Y quedó como estulto, cual escultura de mármol ceniciento y vetas rojas, inmóvil, fijo, sin apartar la vista del diminuto cadáver, que en el postrer momento se había hecho más largo.

Vió, con curiosidad prolija y extraña, cómo se le enturbiaban los antes cristalinos ojos; cómo se acartonaba y endurecía, á un mismo tiempo que la nariz se le afilaba y ponía á modo de cuchillo... y no pudiendo resistir más aquel espectáculo sombrío, miró angustiado al no menos pesaroso Monpavón... La presencia de aquél, su constante enemigo de toda la vida, volvió á cargarle el alma de pensamientos negros; fuese irguiendo, como el tigre que va á destruir á su presa cuando la tiene segura é indudable... centellearon sus pupilas como ascuas de una lumbre interior... y fué á avanzar.

Pero en aquel instante se llenó la alcoba de tropa.

La puerta, á medio entornar, le había dado paso. Y era, nada menos, que el piquete que mandaba un oficial, conduciendo el mandamiento expreso de la prisión del Mosén.

Jaime Parolla no se mostró sorprendido por ello. Tenía ya formado un hábito: el de achacar á Monpavón cuantas desdichas le sobreviniesen. Y en aquella tropa, y aquel aparato

de fuerza que de repente le rodeó, no vió más que una miserable emboscada de Augusto.

Cuando quiso moverse, innumerables brazos le sujetaron como culebras.

Entonces suspiró fuerte; forcejeó en silencio; quiso hasta llegar á Augusto como si lo único y exclusivo que le molestase fuese su presencia; pero en todos sus esfuerzos cesó, cuando oyó decir á Augusto:

—¡Soltadle, bárbaros!..... No se escapa. Yo respondo de él.

Los soldados obedecieron la orden.

Jaime Parolla quedó libre y suelto, pero abatido y aun lleno de consternación y coraje, que le hacían estremecerse como las calderas cuando hierve en sus entrañas más vapor del á que ordinariamente pueden dar cabida.

Augusto se acercó á él, y le preguntó:

—¿Dónde está María de la Paz?...

El Mosén cerró los ojos para responder:

—Muy lejos de tí.

—¿No está en Cristierna?—interrogó de nuevo Augusto.

—No—fué contestado.

—¿Y el doctor Sedini?...

—Se fué...

—¿De modo que... V. está aquí solo con el niño?...

—Tampoco está ya el niño. Y yo no puede decirse que estoy... por cuanto no estoy en poder de hacer lo que quisiera. Y el hombre sin libertad, no es hombre. Es una bestia.

—Eso es verdad—contestó Augusto;—pero V. la tiene.

—¡Yo!...—exclamó el Mosén maravillado.

—Sí; V. puede irse adonde quiera.

—Estoy mandado prender.

Augusto llamó por su nombre al oficial que mandaba el piquete, y llevándole á otra habitación, le habló en secreto.

Entre tanto Jaime quedó en la alcoba donde Jesús espiró, y al quedar sentado, en completa abstracción de lo que le rodeaba, siendo objeto de la curiosidad de la soldadesca, y mirando únicamente el suelo, parecía uno de aquellos antiguos romanos que en el quicio de sus pórticos quedaron in-

móviles, mientras los bárbaros corrían sus tropelías y saqueos por la asaltada ciudad.

La Caspia y Brites, temblando pavorosas entre tanta tropa, apenas si acertaban á disponer al muertecito para que la tierra lo devorase; así, de modo torpe, cruzaban las manitas á la cera semejantes, que se soltaban luego abriendo los brazos, y tantas veces las cruzaron, y tantas otras los brazos se abrieron, que fué menester aprisionar las delgadas muñecas con una cinta blanca. Cerráronle asimismo la pálida boca, y le tiraron de los pies para que estuviese derecho: después rogaron á Jaime que saliese del cuarto.

Levantóse el Mosén, y anduvo unos pasos.

Un murmullo de burla se escapó de la tropa; era que les chocaba y aun llamaba la atención la cojera del cabecilla. Pero una mirada de fiera que éste les dirigió, tapó y destruyó las estúpidas sonrisas, haciéndolas cambiarse por dudosas expresiones de ira y miedo.

Al ir á salir, se encontró con Augusto Monpavón, que entraba voceando:

—Ea, muchachos; idos á beber unas copas, mientras preparamos á este pájaro para el Consejo de guerra. Ahí van unas monedas para que paguéis el gasto.

Y arrojó al suelo tres duros, que los soldados recogieron.

Cuando la casa quedó por completo desalojada de tropa, hablaron en el portal Augusto y Jaime, diciendo el primero:

—Mosén; un favor voy á hacerle, que quiero me pague con otro.

El Mosén le miró de arriba abajo, como si no conociese lo que quería decir.

—Digo—repitió Monpavón—que he conseguido engañar al oficial que mandaba la tropa, y que V. no debe perder un momento para ponerse en salvo. Pero...

—¿Pero qué?—rugió Jaime asombrado de que aquel hombre le pusiera condiciones.

—Que pido un favor en cambio del que yo he hecho. Y es que V. me diga, dónde... está... María de la Paz.

—Donde yo voy ahora—contestó Jaime.

—¿Á... Murguía? ¿á la Puebla?

—A Tolosa.

Un gesto de amargura dibujaron las facciones del capitán.

Y no parecía sino que eran antitéticos en el sentimiento, puesto que el disgusto de Monpavón, reflejó en el Mosén como una alegría.

—Ahora bien—dijo Augusto, como si fuese á decir una cosa que hubiese estado pensando mucho tiempo.—Lo que acaba de suceder, es prueba evidente de que V. y yo debíamos estar muy unidos. Yo puse cuanto estaba de mi parte para conseguir este fin, y V. se opuso. Pero ahora, yo lo olvidado todo...

—¡Yo no!—le interrumpió el Mosén.

—Entonces, es imposible todo arreglo. ¿Qué vamos á hacer?...

El Mosén le miró sonriendo por manera extraña: le cogió por un brazo oprimiéndoselo fuertemente, y le dijo balbuciente y nervioso:

—Ahora harás lo que voy á decir. Tu destino, que es el de asesinar Parollas, te ha hecho matar hace un instante á uno que no era uno solo: cuya vida no era una sola vida...

—¿Cómo?...

—La existencia de Jesús arrastra la de su madre, María de la Paz... ¡Mi hermana! va á morir de dolor cuando sepa su muerte. Y... ¡admírate, hombre! ¡La quiero tanto!... que para detenerla en la tierra voy á llamar al médico en quien tengo menos fe. ¡A tí!

—¿Yo?...

—Sí: Tú vendrás conmigo á Tolosa: le dirás á Paz: *Vengo de asesinar vilmente...*

—¡Sin querer!...

—No. *Vilmente...* que es como tú lo haces todo. *Vengo de asesinar vilmente al hijo de tus entrañas: aquel hijo que engendró tu desdicha y mi maldad.*

—¡Me maldecirá entonces!...

—No: porque, como te ama tanto...

—Usted duda que María me quiere.

—Porque lo dudo, te llevo adonde está. Por si es cierto;

cual uno de tantos absurdos como están sucediendo ya... el no haberte yo dado aún muerte... el que yo viva... Si tuviera seguridad de que tu *amor* nada había de conseguir, que no era ningún lenitivo á la puñalada que la noticia va á clavar en su corazón... te dejaría aquí... ¡Dios sabe cómo!

Augusto Monpavón vaciló un instante. Pero como en su deseo de unirse á María nada le importaba, acabó diciendo:

—Convengo en todo. Marche V. inmediatamente, y detrás voy yo.

—No. Mejor es que vayamos juntos. Por... si no vas.

—Sí iré; pero es peligroso que nos vean salir de esa manera. Yo mismo me expongo mucho, aun quedándome media hora más, para desorientar á alguno que pueda ver á V... Pero lo hago, porque es el único medio que veo de darle libertad.

—Pues sea—dijo Jaime.

—No basta esto—objetó Augusto.—Necesito que V. me diga en qué sitio de Tolosa me espera con María; y además, que me dé un salvo-conducto para que pueda entrar si algún destacamento de VV. me lo impide.

Jaime Parolla, por toda contestación, se sentó á la mesa y escribió unos renglones, que firmó. Y aún estaba fresca la tinta, cuando dió el escrito á Monpavón, diciéndole:

—En el convento de Mercenarias... preguntando por mí...

—Está bien—respondió Augusto.

Y se separaron bruscamente.

Momentos después, el Mosén salía á caballo del portal y tomaba el camino de Tolosa.

Quedó de amo y señor de su casa el pensativo Augusto; que la recorrió de arriba abajo con un cariño para cada cosa que en algo le recordaba á María, que le llevó á cometer las extravagancias más extrañas.

Entró en la alcoba donde la huérfana dormía, y aun se encerró en ella como si fuese á hacer algo malo.

Sentíase abrumado por remordimientos y por negras previsiones de nuevas desdichas; y se estremecía de frío pensando en el efecto que iba á producir en Paz saber que él mismo había dado muerte á Jesús. Luego el frío se tornó en

abrasadora inquietud que le produjo viva sed; y sus ojos se fijaron en la pililla de porcelana, en que tantas veces mojaría sus blancos dedos María. No dudó un instante en descolgar la pila y beberse la poca agua que contenía; que fué á su ardorosa boca, lo que la gota de agua al condenado á eternas penas en el infierno.

Y como también el cansancio le rindiese, se echó en el lecho de Paz; y aun al chocar las mejillas sobre la almohada que tantas veces habría sostenido su cabeza, no pudo contener un beso que se deslizó de sus labios á la insensible tela; que estas y mayores excentricidades hacen los enamorados con todos los objetos que tienen alguna relación con la vida de sus adoradas.

Púsose á meditar sobre su situación; y así le dejaremos para ir con Jaime, que al trote más largo de la yegua que montaba, se dirigía á Tolosa ansioso de llegar allá cuanto antes.

Iba silbando entre dientes; pero más que silbo era un rechinar de los huesos de la boca lo que hacía; y cruzaba prados y costeaba senderos, como una montada fantasma de aquellas soledades.

La muerte de Jesús había causado en él un extraño efecto de pasividad, como golpe de nuca que atonta hasta hacer olvidar el mismo golpe. Yendo por tanto sin definida expresión en el grieteado rostro, y el ceño al parecer tranquilo.

Sucedía á menudo que se distraía con los accidentes del camino. Veía sonriente cómo un congresillo de menudos pájaros, se disolvía al primer rumor de los cascos de su cabalgadura; luego, desde lo alto de las ramas de un chopo le miraban silenciosos, para después de pasar, volver á la tierra buscando semillas entre trinos y gorjeos. Después una saltadora alimaña cruzaba como flecha el camino que seguía, ó tímida largata, se volvía á sumir en su agujero temerosa de ser aplastada en la travesía, si ya sorprendida no escupía su veneno, hacía un par de eses con la cola, y se le quedaba mirando atentamente con sus ojillos negros y brillantes.

Y el sol mientras tanto, bañando de calor los aires; dorando las mazorcas del maíz, y agostando en flor las hierbecillas de las lindes y las bardas.

Al cabo de dos horas de camino, avistó la ciudad.

Eran las diez de la mañana.

Cuando aligerando el paso y tomando las calles menos transitadas para evadir el tener que decir el desastre de Cristierna, pensaba en si Augusto cumpliría ó no su palabra, ¡qué ajeno estaba de lo ocurrido en Cristierna, después que salió!...

Oyó el repique de las campanas del convento, y vió cómo caterva devota de fieles alargaba el paso por coger buen sitio en la iglesia, donde iba á celebrarse con gran pompa la misa de la Asunción.

Vió asimismo la curiosidad con que le distinguían, y, finalmente, dejando la yegua que bañaba blanca espuma de sudor, entró en la portería.

Díjole la monja encargada del torno que María de la Paz estaba en el coro, con todas las madres, y que si quería verla, quizá pudiese conseguirlo por la verja de la iglesia.

Fué allá el Mosén; hundióse entre la concurrencia, y no sin grandes trabajos consiguió ponerse al lado del comulgatorio. Desde allí miró al coro, y vió junto al enrejado un vestido negro que resaltaba notablemente sobre los blancos hábitos de las monjas, como borrón de pecado en campo de pureza. Adivinó que aquella mancha del tono general era su hermana, y de sus miradas y pensamientos vino á distraerle la misa que comenzó entre flautados arpegios del órgano, nubes de incienso y brillo de dalmáticas y casullas.

El Mosén se hincó de rodillas; en cuya postura estuvo todo el tiempo que duró el Santo Sacrificio, meditando en los divinos misterios, si bien más de diez veces se estremeció como para sacudirse alguna idea profana y pecadora que viniera á inmiscuirse y mezclarse con sus oraciones.

El calor era excesivo; y por la frente de Jaime caían abundantísimos hilillos de sudor que no cuidaba de enjugarse, dejándolos caer al suelo. Su abstracción para todo lo externo era completa y absoluta.

Finalizó la misa, y entre los últimos acordes del órgano, se oyó triste y lastimero un prolongado sollozo que venía del coro. Torció la cara Jaime y vió que su hermana lloraba...

y que se levantaba para desaparecer de la vista como una de tantas sombras flotantes que cruzaban tras de la reja. Y al mismo tiempo, apagándose las velas y quedando el templo desierto, se corrieron las cortinas de los tragaluces, entrando el sol en forma de prisma de colores que partían y borrraban el humo de los moribundos pábilos y el polvo de la iglesia, que al mezclarse con los haces de luz, se hacía ya de oro, ya verde, ya rojo, ya morado, como explosión fantástica de fuegos de artificio.

Salió también Jaime Parolla de aquella pesada atmósfera de tufo, mirra y cera apagada, y se dirigió nuevamente á la portería.

Diéronle allí la llave de la entrada de la casa de ejercicios donde ya estaría María, y preguntó:

—¿Ha venido alguien preguntando por mí?...

—Nadie—le respondieron.

Y el Mosén, siniestro y amenazador como un espectro, cruzó claustros, pasó patios, atravesó celdas, y dió al fin en la de su hermana, que al verle entrar solo, se inmutó primero, y luego llorando se enterró en sus brazos.

Mintió varias veces el Mosén, diciendo á María de la Paz que Jesús quedaba bien en Cristierna; pero no pudo ocultar la tremenda inquietud que le devoraba.

De cuando en cuando, escuchaba por ver si oía pasos en el corredor... Y nada.

A las doce comieron juntos los dos hermanos; es decir, les sirvieron la comida, porque realmente ninguno de los dos probó bocado.

Paz se encontraba muy postrada; aquella noche había soñado muchas cosas á cual más espantosas y horribles. Por eso, pasando los brazos al cuello de Jaime, le decía entrecortada y temblando aún por sus recuerdos:

—¡Si vieras qué susto pasé esta madrugada!... No había hecho sino dormirme, y me despertó un quejido extraño... ¡tan horrible, hermano mío! que... ¡qué sé yo! hubiese jurado que estaban matando á Jesús. Luego cuando pensé que Jesús estaba contigo, me tranquilicé mucho porque comprendí que estando tú con él, antes morirías tú que consentir

que nadie le hiciese ningún daño... ¡Pobre criatura! ¡hacerle daño! ¡a él!... y, ¿quién va á quererle á él mal?... ¿Qué ha hecho para eso?... ¿Lo vas á traer pronto?... Sí, tráele, tráele; junto á él no me importa nada... ni el estar en el convento. ni.... ¿Pero por qué estás tan pensativo?—dijo clavando sus hermosos ojos en el angustiado Parolla.—Cualquiera diría que te había pasado algo. ¿Ha pasado?... Pues no me lo ocultes y te consolaré. Todo será muy pequeño y pobre ante la dicha que vamos á gozar los tres, yéndonos muy lejos de aquí. ¿No te acuerdas de lo que me dijiste?... Sí, hombre; cuando te admitan tu renuncia y huyamos, tú, mi Jesús y yo. Cuanto más rincón sea el punto donde vayamos, mejor; así nos podremos dedicar los dos á Jesús... Porque es menester que tú le quieras tanto como yo... que seas su padre, que le mimes y le ames, sin pensar en nada más sino en que es un hijo de mis entrañas. Verás qué gozo el día que ande solo, y vaya de tus piernas á mis faldas, y se ría de que tropieza, y se caiga, y tú y yo le recojamos del suelo y le sanemos la *pupa*, y peguemos al suelo porque se la ha hecho. ¡Verás qué tranquilos vivimos!... Ya no aspiro yo á nada... más que á esto. Tú ya no expondrás tu vida á cada instante; yo no lloraré más... ¡te lo prometo! Y Jesús no volverá á separarse de mí, hasta que... yo me muera... y entre de puntillas donde yo acabe de morir, para cerrarme bien los párpados por si á tí se te olvida hacerlo... ¡Habla, hombre, habla!... Pareces una estatua.

—¡María! ¡María de mi alma!—dijo rompiendo un ahogado sollozo el Mosén.

—¿Por qué lloras?...

Jaime guardó un instante silencio; después fingió serenarse, sonreír, y dijo:

—¡De tanta dicha!...

—¡Sí, tanta dicha!... tienes razón; es para llorar... Pero... ¿sabes que no te había visto llorar nunca?...

—Ni ahora he llorado—dijo Jaime reponiéndose.

—Sí; ahora sí. Lo he visto yo.

—Has visto mal.

—Ca. He visto hasta una lágrima muy gorda que se aso-

maba á tu ojo derecho y que luego se ha perdido sin saber por dónde. ¿Qué has hecho de ella, muchacho?...

María de la Paz se reía como una niña.

—¿Lo has hecho por engañarme?...

—¿Engañarte yo á tí?... ¿Y en qué?

—No, nada. Por divertirme conmigo. Oye y ahora que recuerdo—dijo cambiando de tono.—¿A qué has venido?... Porque tú no haces las cosas sin motivo. ¿A qué?...

—A verte á tí.

—¿Nada más?...

—Nada más.

—Hombre, pues si no era nada más que á eso, bien podías haberme traído á Jesús.

—Sí...

—¿Y por qué no le has traído?...

—¡Qué sé yo!...

—Sabiendo que me traías la vida.

—Hacía calor, y podía... haberse puesto malo.

—¡Ave María!... no me hables de eso. Ponerse enfermo Jesús. Has hecho muy bien en no traerlo, porque si enferma... sólo de verle á él triste, creo que me muero yo. Tú no sabes lo que se quiere á un hijo. En comparación con el amor que yo tengo á Jesús, el que te tengo á tí, es odio.

—¡María!...

—Sí: no te enfades. Pero es verdad.

Púsose en pie Jaime Parolla, y salió de la celda, diciendo que volvía en seguida.

Iba á preguntar á la portería si había venido alguien preguntando por él.

—Nadie—le contestaron.

Y esta pregunta y esta respuesta sonaron seis veces aquel día.

Ya se ponía el sol de la tarde reclinando sus mejillas de oro en nubes de grana, cuando el Mosén se estremeció ferozmente al ver que Augusto Monpavón faltaba á su palabra y no llegaba á Tolosa. Y estremecía, porque si por una parte el terrible legado de odios que sus padres le dejaron y por otra su propio orgullo no le consentían olvidar las afrentas

de los Monpavón, su largo y continuo padecer había, sin que él se apercibiese, aflojado mucho la indomable tensión de su carácter: siendo una especie de alivio á sus dolores, que buscaba, el intentar un último esfuerzo, para abstenerse de más sangre, siquiera su padre le maldijese desde el cielo por su cobardía. Y el esfuerzo era consentir que Augusto y Paz se viesen, y aun fraguasen cuantos proyectos quisieran con tal de atenuar el golpe que para Paz iba á ser la noticia de la muerte de Jesús.

Mimaba con cariño á María, que ebria de caricias á que estaba tan poco acostumbrada, se dormía con la cabeza reclinada en su pecho: y así la vió dormirse.

La media luz del crepúsculo le consintió descansar también un poco; pero despertó en seguida, porque le picaba como una aguja una idea. Que María, al verse sin Jesús, moriría.

Quiso apartar de su imaginación tan tenebroso pensamiento, leyendo por distraerse algún libro de devoción de los que tenía allí María de la Paz.

Cogió uno y lo abrió, por donde estaba registrado. Era el Ofertorio del día, y decía al pie de la letra:

«María ha sido elevada al cielo: alégranse por ello los Angeles, y bendicen al Señor en dulces conciertos.»

La coincidencia de su pensamiento con el Eucologio, le abrumó aún más: era tan casual como extraña.

Tal vez por eso, cuando ya de noche se despidió de su hermana, iba murmurando, mientras pisaba lentamente las losas del claustro de salida:

—¡Señor, Señor!... ¡Piedad para nosotros!...

CAPÍTULO XII

HERIDA DE MUERTE

Aquella columna de refuerzo que esperaban las tropas del Gobierno, llegó á Cristierna momentos después de caer en poder de los liberales la desdichada aldea.

Mandaba la división el General Barzana, militar hecho y derecho, que no entendía más que de la ordenanza, que sabía al dedillo; hombre rudo y de poco trato, pero de gran energía y decisión; que no distinguía entre oficiales y soldados, denominando á todos *militares* y que por sus raras prendas de valor personal y mano fuerte, merodeaba por el teatro de la guerra, casi sin otro encargo ni otra comisión que poner en orden lo desordenado, restaurar la disciplina allí donde se hubiese adulterado, y, finalmente, hacer y deshacer cuanto le viniera en deseo, en la plena seguridad de que lo que hacía estaba muy bien hecho.

No atendía á consideraciones de ninguna clase cuando de corregir un abuso se trataba; y era tan excesivamente rigorista, que se contaba como anécdota suya, auténtica y verídica, la siguiente contestación que dió cierta vez, y que pintaba por sí sola su carácter.

Sabido es el barullo que en el ejército produjeron las malhadadas ideas de igualdad, fraternidad y demás zarandajas; barullo que se traducía en faltas de respeto, deserciones,

peleas, desafíos y desobediencias. Los jefes se quejaban siempre que algo de esto les ocurría, y envidiosos de que en la división del General Barzana no pasara nada, le dijeron un día:

—Pero nuestro General, ¿cómo y de qué manera se las arregla V. para tener su división lo mismo que una balsa?..

—¡Pché!—contestó muy tranquilo Barzana.—Con un sistema muy prudente. Al soldado que no me saluda, le hago dar doscientos palos, y al oficial que me da una mala contestación lo fusilo. Y con este ten con ten...

Por esto se juzgará de su temple y de su genio.

Llegó como hemos dicho á Cristierna, y se encontró con que cada cual obraba de por sí, sin que aparentemente hubiera una cabeza que todo lo dirigiese; y esta era precisamente una falta que constaba castigada con tremendas penas en su programa reformista. Llamó en seguida á sumaria y preguntó quién había defendido la plaza; le contestaron que el Mosén. Regocijóse con la noticia, y mandó que lo llevaran á su presencia si había quedado en el pueblo. Dijéronle que sí, y sin más, extendió la orden de prisión. Al poco rato volvía el piquete que vimos en casa de Jaime Parolla, diciendo el oficial que lo mandaba, que el Mosén estaba en Cristierna, pero que lo había dejado libre, bajo la responsabilidad del capitán de artillería D. Augusto Monpavón.

—Pues vuelva V.—exclamó irritado el General Barzana—y diga á ese botarate que quién es él para guardar con su responsabilidad á nadie. Y si no... ¡yo mismo voy!

Y se plantó en casa del Mosén.

Excusado es decir que al encontrar á Augusto, y encontrarle cuando ya el Mosén había huído, le reprendió severamente y le declaró arrestado. Y no paró aquí la cosa.

Registrada la casa, se topó con un salvo-conducto firmado por el Mosén á favor de Monpavón, y Barzana, frunciendo el ceño y erizándosele el bigote, mandó encerrar en un calabozo á Augusto, sin perjuicio de comenzarle un consejo de guerra por andar en tratos con el enemigo.

De nada sirvieron las protestas, las disculpas, los discursos de Monpavón, declarando que aquello era una tropelía,

una arbitrariedad que con él se cometía. Fué preso, y comenzó la sumaria.

Y no hay que decir la desesperación que se apoderaría del capitán. Trató de escaparse, sobornando á los centinelas, por la fuerza, por súplicas, por influencias, pero el miedo á Barzana era cervical, y nadie quiso ayudarle.

Lo único que consiguió, á fuerza de ruegos y promesas, fué que llamaran á la vieja Caspia.

Cuando se avistó con ella, la suplicó encarecidamente pidiese lo que creyera ser necesario para ponerse inmediatamente en camino de Tolosa, y dar cuenta al Mosén de lo que le había ocurrido.

La anciana, que no deseaba otra cosa que unirse con sus queridos señores, le contestó que no quería sino que la dejasen salir de la población tranquilamente, aguardando empero á que Jesús se enterrase; porque irse dejándole insepulto, eso sí que no lo haría en manera alguna.

Instóla Augusto, tratando de demostrarla que lo mejor y más sencillo, era que se pusiese en camino cuanto antes; pero como nada hay más testarudo ni empalagoso que una navarra vieja, fué machacar en frío y predicar en desierto.

Al fin convinieron en que Augusto le daría una cartita para su amigo Quintana, con objeto de que la proporcionase un guardia que la acompañaría hasta fuera de Cristierna, luego de que por la tarde hubiese dejado á Jesús en el cementerio. Y así todo arreglado se separaron; sin que sea para omitido el detalle de que la vieja servidora del Mosén, al hablar con Augusto, lo había hecho muy á regañadientes, gruñendo, y en tono altivo y rencoroso, como inspirado en un sordo odio que bullese en el profundo corazón de la sirviente.

La población de Cristierna tomó un aspecto extraño aquel día: no encerrearaban los cabestros del ganado, ni las esquilas de los pastores: el tránsito por las calles lo constituían únicamente patrullas y pelotones de tropas: y así como en días anteriores salían á desparramarse por la plaza los víveres y comestibles, buscando al comprador, aquella mañana era el comprador el que tenía que descender á las cuevas ó

subir á los desvanes, para mercar á precios fabulosos el sustento de su familia.

De las casas en que el saqueo fué más espantoso, era sin género de duda la preeminente, la de D. Fidel Barrera. Tanto, que el General Barzana, que la eligió como alojamiento de su propia persona, no tuvo una mísera cama en que descansar de las fatigas del combate.

Y el hospital estaba relleno de descalabrados, mancos, cojos y moribundos; que esta abundancia de desdichas constituye siempre el epílogo y conclusión de las fiestas militares.

Al doblar el día, turbó el silencio de Cristierna un repique alegre y bullidor de las campanas: era el toque de gloria, que por orden de Fray Salvador se daba en Santa Inés anunciando á los aires que el angelillo de Jesús había batido sus alas y remontado su espíritu inocente al cielo.

Y poco después, cuando sonaron las dos de la tarde, cruzó por las calles de la aldea una tan corta como compungida comitiva fúnebre.

Abría la marcha una muchachuela alegre como unas castañuelas, que llevaba bajo el brazo la tapa de una cajita de muerto. La seguían otras cuatro muy peripuestas y adornadas, llevando suspendido de las asas el pequeño ataúd que encerraba á Jesús. Y cerraban el conjunto, Fray Salvador y un monago, escoltados por dos viejas á las que no es preciso nombrar para saber quiénes eran.

El muerto llevaba la cara sumamente descompuesta, y se le había unido á los hombros como si en vida hubiese sido un jorobado. Le orlaban la cabeza unas flores blancas de trapo que al lado de su frente parecían amarillas. É iba con las manos cruzadas y sujetas por la cinta que ya en otro lugar se mencionó.

Llegaron todos al campo-santo, que se extendía sobre una lomilla distante de Cristierna unos dos cuartos de legua, y la puerta de hierro gimió y rodó sobre sus enmohecidos goznes, como si tan vieja fuera que la molestase aquel corto movimiento.

Un anciano que fumaba descansando sobre una piedra se

levantó al ver el entierro, y tomando un azadón, y echándolo al hombro, guió á la comitiva por un florido caminito alfombrado de verde hierba.

A los pocos pasos se internaron en un espeso matorral, entre cuyas espadañas y cardos silvestres se alzaban podridas algunas cruces de madera, y en una plazoleta, recientemente desmochada de hierbajos, hicieron descansar la caja ante un hoyo abierto casi á flor de tierra.

Guardóse por todos sepulcral silencio: descubrióse el sepulturero, y Fray Salvador murmuró unas breves oraciones. Tomó luego en sus manos el hisopo, y salpicando de agua bendita el ya hedoroso cadáver, le bendijo gravemente. Hasta entonces fué el Ministro del Señor: desde entonces se convirtió en el amante amigo del Mosén, que despojándose de la estola y la sobrepelliz, se hincó de rodillas en el suelo y rezó tres Padres nuestros que las cinco chiquillas con sus voces de tiple, y las dos ancianas con la gutural propia de la vejez, contestaron conmovidas.

Inclinóse luego y estampó un beso seco en la frente, ya tan pálida como la plumazón de un cisne, de Jesús. Le imitaron la Caspia y Brites, llorando á todo llorar, y las muchachas, enternecidas, se miraron indecisas sobre si besaban también al muertecito; vacilaron, sonrieron, y al fin dijo una de ellas:

—¡Pobrecito!...

Y tendiéndose sobre la caja, lo besó.

Sus compañeras la imitaron.

Nada quedaba ya por hacer, y Brites quitó la corona de flores que doselaba al niño la frente: quitóle también la almohada en que descansaba su cabeza y repitiendo muchas veces para consolarse, las palabras:

—¡Ya está en el cielo!... Ya está en el cielo!...—se puso en pie.

Cerróse la caja, y se enterró en el hoyo.

Y siguiendo una incomprensible costumbre cuyo significado nadie ha dicho aún, dieron todos, como á manera de diversión, en tirar puñados de tierra sobre la caja, con tal prisa y entusiasmo, que otra cosa parecía. El monaguillo sobre todo

se distinguía por su destreza. Ya la caja iba desapareciendo... ya no se veía más que una esquina... Luego ya no se vio nada.

Y entonces cesaron todos en su tarea, y comenzó el enterrador á rellenar el agujero con grandes esportones de arena, cascote y polvo.

—Salud para encomendarle á Dios—murmuró téticamente al ver que ya se iban.

Y se fueron.

Volvieron á Cristierna, y la vieja Caspia se preparó á partir en seguida para Tolosa.

Quintana, que por encargo de Augusto no la perdía de vista, la acompañó hasta bastante lejos del pueblo. Y la vieja, que por más instancias que se le hicieran, no quiso admitir ninguna cabalgadura, caminó á pie seguramente en dirección á la ciudad.

Imposible parecía que á su propecta edad se conservasen ánimos para tal esfuerzo; y sin embargo, cuando daban las once de la noche en Tolosa, llegaba la vieja, sin fatigas de ningún género, y sin mostrar cansancio alguno.

No se sabe dónde durmió aquella noche, aunque es muy probable que lo hiciese en el atrio del convento de Mercenarias donde estaba María: teniéndose sólo noticia de que, apenas el sol apareció entre las brumas de la madrugada, la Caspia llamó en la portería y solicitó ver á Paz.

Minutos después abría la puerta de su celda, y prorrumpiendo en amargo llanto, disparó á la huérfana el siguiente escopetazo:

—¡Pobre señorita de mi alma!... ¡Ya no tiene á su hijo! ¡Ya se lo llevó Dios al cielo!...

—¡Caspia!...—dijo María sorprendida.

—¡Angelito!... ¡cuánto sufrió en su última hora!...

—¿Pero de quién dices eso?...

La vieja secó sus lágrimas; serenóse un tanto, y dijo pa-sándose las huesudas manos por las sienes:

—¿La señorita no sabe que ha muerto el niño?...

—¿Cuál?...

—Jesús.

—¡Mi hijo!—gritó María de la Paz convulsivamente, quedándose como helada, con los ojos fijos y la boca entreabierta.

—¡Mi hijo ha muerto!—repitió con una voz que no parecía venir de este mundo.

La idea, como idea, no era nueva en Paz: éralo como una horrenda realidad. Ya su alma había tenido vagas presunciones; brumosos temores: pero siempre la verdad aplasta, aun cuando sea precedida de quimeras y de sueños.

—¡Jesús!... ¡Muerto!...—volvía á decir la huérfana, que estaba con el conocimiento á medio perder, alélada, padeciendo una especie de hemiplegia fulminante, cual si cada una de las palabras que su boca balbucía, fuera enorme peñasco que la abrumase el cerebro.

—¿Y cuándo ha muerto?—preguntó maquinalmente.

—Ayer... en la madrugada... un balazo...

—¡Santo Dios!... ¡un balazo!... ¿De?...

—Del señorito Augusto.

La fulgurante viveza de María, y la loca imprudencia de la vieja, cesaron de repente: Paz había pasado del terror al idiotismo. Según costumbre de su especial temperamento en las grandes crisis, no lloró.

La estúpida Caspia comenzó luego el repugnante relato de la muerte de Jesús, cuyos detalles iban produciendo en María una especie de sobreexcitación epiléptica, aunque no oía, ni podía oír con perfecto conocimiento de percepción aquel gráfico y cruel bosquejo. Escuchaba en su interior un tumulto extraño que repercutía dentro de sí misma, haciéndola figurarse que lo que entendía de la descripción de Caspia, pasaba en aquel momento. Así trató de correr, cuando oyó que las bombas cayeron en el huerto, y cuando llegó el instante de coger el Mosén en brazos á Jesús, se abalanzó loca sobre una sombra que nadie más que ella vió, le arrebató algo, le fué á dar un beso, y retrocedió espantada al comprender que era todo una ilusión. Y las preguntas que se hacía del por qué Augusto disparó contra un sér á quien él mismo dió la

vida, no eran contestadas más que por extraños rumores que la serpenteaban el cuerpo como el frío, ó como la sangre por las venas, con un estruendo semejante á una revolución, una sublevación, al despertar fiero y repentino de un adormecido pueblo.

La sierpe de muerte que se enroscó á su pecho hiriéndola mortalmente el corazón, incubó en sus entrañas innumerable muchedumbre de hijuelos, que salieron ágiles culebreando sin cesar en todas direcciones, vomitando fuego, mordiendo y mascando asquerosos el organismo de Paz: luego crecieron y se ayuntaron, y se multiplicaron á su vez, formando millones de bichos que arrancaban la vida allí donde la encontraban. Así devorada en su interior por quemadoras culebras, no halló en su mente palabras con que expresar la amargura de aquel espantoso momento: ni llanto en sus lagrimales que verter, y claro es que todo esto fué á costa de su existencia, que recibió en seco, en silencio, sin desahogo ninguno, cruel puñalada de esas que á la postre dan al traste con la vida.

Nunca había sentido la pobre muchacha cosa semejante, ni sabía lo que era aquello. Su dolor se confundía con el pasmo, con la sorpresa. El sacudimiento estertóreo que experimentó fué tan vivo, que no se le ocurrió pensar en Dios, ni llamar en su auxilio á la resignación con los divinos decretos.

¡Y su físico cómo varió en menos de un minuto!... Arreboláronse en sus mejillas oscuros borrones de morado: hundiónsela los ojos... estrecháronse sus labios... pronunciáronse los pómulos... ¡Quedó fea!. . Y el gesto que hacía cada vez que se estremecía, horrible como un demonio.

Su despecho tomó á Augusto como víctima. A haber tenido un puñal, y á Augusto delante, es seguro que le hubiera cosido el pecho con alegría. Pero este insano deseo pasó pronto: vióle entre los vapores del delirio... con su sombrío rostro lleno de amargo atractivo; su barba rizada que le daba un aire misterioso de personaje heroico y legendario... sus ojos de fuego apagados como brasas de espirante hoguera... su frente donde se posaba brillante reflejo de la luz solar... ¡he-

chicero conjunto! Y Augusto la amaba, la adoraba con frenesí, con delirio, con ceguedad... ¡No, no; mentira! Entonces, ¿para qué mató á su hijo?...

La fueron faltando las fuerzas materiales, y cayó somnolienta y loca sobre la revuelta cama. Rebullóse un poco: fué á volverse para ponerse en pie... quiso alzar la frente para mirar al cielo... mover los brazos... Pero sus brazos la cayeron como pesados lingotes de plomo: la cabeza se le dobló como si estuviese llena de acero... y flaqueándola todo el cuerpo, cayó desplomada.

Estaba herida de muerte.

CAPÍTULO XIII

LA JUNTA MAGNA

Así como una virgen nunca es tan hermosa como cuando duerme tranquila, así la naturaleza jamás es tan espléndida como en una noche serena de verano; noche apacible y templada, sin viento que agite los aires, ni más rumores que los naturales de la vegetación.

De esta manera fué aquélla; una de las últimas del mes de Agosto.

Era noche silenciosa y cálida; con una luna tan blanca, que un globo de nácar en mitad de un pabellón celeste oscuro parecía. Bordaban la techumbre del cielo, fulgurantes estrellas que parpadeaban sin cesar, como ojos que desde otros mundos mirasen á la tierra; y reflejaban su vislumbre las hojas de plata de los álamos, el sosegado curso de los ríos y las cimas calvas de los montes, semejantes en el brillar á bruñidos mármoles.

El valle de Zuya, quizá (si me leyera algún zuyano me quitaría este *quizá*) el más pintoresco y variado de todas las provincias, estaba bañado por la nocturna claridad de los cielos, que en vano trataban de ocultar las sombras de la tierra. En medio de él hay un pueblecito que no es conjunto de casas, puesto que todas están separadas y á regular distancia unas de otras; pero en fin, sumadas todas, forman lo

que se llama Murguía, que viene á ser la corte que resume los primores de arbolado y las maravillas de vegetación del susodicho valle. Murguía, por lo intrincado y revuelto de los senderos que á ella conducen, la gran disposición para emboscadas de sus bosques, y sobre todo el asombroso convento de San Fermín, que en medio del Rál, si no existe, debiera existir, fué el punto de reunión donde los amigos del Pretendiente tenían sus conciliábulos y sus juntas para entender en toda clase de asuntos de la guerra.

Y el piadoso lector recordará que en aquel diálogo que en el tabernucho de Cristierna sostuvieron D. Fidel y don Robustiano, anunció el notario á éste y á D. Andrés la próxima reunión de todas las grandes personalidades del partido en el convento de San Fermín de Murguía, para depurar y sustanciar el verdadero estado de las cosas de la causa, y sobre todo, y principalmente, el modo y la manera de combinar la resistencia que á las tropas del Gobierno se proyectaba hacer en la villa de Carregui: villa que por estar en un estrecho desfiladero, era la llave de muchas poblaciones importantes de Guipúzcoa.

Pues bien: esta era la noche señalada para la celebración solemne de la junta magna.

El convento de San Fermín, severa edificación de la Edad Media, se alzaba tétrico é inmenso á mitad de camino de Izarra á Murguía, en la cima más alta y más escabrosa del contorno; pues solamente la eminencia de la Virgen de Oro pudiera jactarse de andar por aquellas desmesuradas alturas. Era un deforme conjunto de pardos y ruinosos torreones, destacados sobre el fondo semi-claro del horizonte; torreones y murallas que en lo poco armónico de sus líneas demostraban no haber sido construídos de un solo golpe y por un solo director, sino conforme las necesidades y los posibles de la comunidad lo iban consintiendo, y según el gusto más ó menos artístico de los sucesivos priores.

La causa de su abandono no seré yo quien la diga, entre otras razones, porque no la sé: no teniendo más conocimiento del monasterio, sino que, á sazón de los acontecimientos que vamos relatando, cubrían sus muros oscura hiedra y

musgo pardo salpicado de blancas campanillas: que los macizos arcos de su claustro y las interminables galerías ojivales del patio de armas de la orden, eran sólo albergue de alimañas y reptiles; y que por arcos y galerías suspiraba el viento como un gemido de dolor, agitando las espesas hierbas. Los senderos del jardín y los tapiales del huerto, que tanto tiempo hacía no pisaban las sandalias de los religiosos, dejaban, impasibles y quietos, á la vegetación salvaje, para que luciese todas sus galas... y con tal libertad, las matas trepadoras que no subían ni se encaramaban por los troncos deshojados de los castaños, se tendían voluptuosamente mordiendo las esquinas de una losa, ó enroscándose como salamandras á los tallos de los juncos: los cardos silvestres y las punzantes ortigas, brotaban en mitad de los gránulos de arena de los caminos; y en los muros, las basamentas de las torres, y las repisas de los distintos cuerpos, el jaramago surgía por entre las junturas de las piedras hasta ascender y coronar las almenas, y verterse desde allí como una guirnalda, ó despararramar su intrincado y menudo follaje como pluma de cimera, mientras que las fusias rojas se balanceaban en el columpio de sus tallos, pregonando con su mismo silencio la victoria del olvido y de la ruina.

Un revuelto camino en forma de zig-zás, llevaba ante el pórtico, que era todo de piedra granítica, y tenía encima de la puerta un bajo relieve, en que San Fermín con las narices rotas, y sin manos ni pies, era remontado al cielo por cuatro arcángeles, que poseían la virtud de volar sin tener completas las alas.

Por la cuesta de él subían de rato en rato silenciosos jinetes, que embozados hasta los ojos, no mostraban si eran ó no militares, sino cuando al bajarse de golpe del caballo, hacían sonar las espuelas y el acero de los sables.

Unos venían solos, y eran los más.

De dos en dos fueron pocos los llegados.

Y conforme se aproximaba la media noche, aumentaba el número de los que ascendían por el empinado caminillo. Así como entre la penumbra de la luna y las sombras de los árboles, se veía tiritar, cada vez más, reflejo de armas; señal

evidente de que todos los contornos estaban tomados por tropa.

Cerca de las doce, cesó el tránsito. Y siendo esto indicio de que todos los invitados habían llegado ya, justo es que entremos y veamos lo que iban á hacer los señores.

Salvado el cancel, se atravesaba un claustro que conducía á un patio todo lleno de escudos de armas casi tapados por la hiedra y borrados casi por la destructora mano del tiempo. Y dejándole atrás, se llegaba á una gran puerta de nogal tallado, por la que se pasaba al amplio refectorio, con su silla de la misma madera que la puerta, y el roto sitial del prior presidiendo el conjunto.

Todo estaba á oscuras y sin ninguna luz artificial; haciendo únicamente el servicio humanitario de impedir que el que entrase se rompiese la cabeza de un tropezón, la tenue claridad de la luna que, brillando en el exterior, refulgía dentro.

Ya al dejar el refectorio para entrar en la desmantelada biblioteca, se encontraba un hachón de viento que ahumaba el rincón en que estaba colocado; y á más unas guardias con la bayoneta montada en los fusiles, custodiaban la entrada al salón contiguo, que era una especie de antesala del de más allá, soberbio y grande, como de capítulo que era.

Y entonces toda la soledad y el misterio de los lugares antes atravesados, se convertían en rumor sordo de cuchicheos y cabildeos, discusiones y reyertas, carcajadas y exclamaciones... Un informe conjunto de Generales y oficiales de alta graduación, con los que se mezclaban algunos personajes de levita negra y no pocos sacerdotes, lo llenaban todo por completo, hablando, fumando, riendo, saludando á los nuevos que entraban, y demostrando no poca impaciencia por que la Junta comenzase cuanto antes.

Y no son del todo desconocidos para nosotros muchos de los que allí había, pues buscando y rebuscando entre los numerosos grupos, pudiéramos encontrar al ínclito D. Fidel, vestido de gran etiqueta; al célebre Cantarero, sin cesar de echar humo por la boca, y al no menos invicto Corceraga, yerno ideal de D.^a Obdulia Barrera.

Pero todos estos personajes eran insignificantes átomos perdidos entre la magnificencia é importancia de los principales cabecillas que, con aire de suficiencia y las manos apoyadas en los pomos de los sables corvos, conversaban ó relataban sus hechos de armas. Atónitos les escuchaban los pigmeos de la celebridad, esos satélites de los grandes hombres que van siempre junto á ellos por ver si se les pega algo de su grandeza ó de su sabiduría, y la ponderación y certificación de haber presenciado los hechos que se referían, eran la corona y remate de aquellas descripciones en que brillaba por su ausencia la modestia.

En caras había toda una colección de rarezas y fenómenos: abundaban las frentes tostadas del sol y de la pólvora; los cuellos remendados por costurones aún sin cicatrizar; los brazos mírame y no me toques; las piernas débiles y vacilantes... Pero todos hablaban con profunda convicción, con fe, con entusiasmo: no había disconformidad de pareceres: todos estaban unánimes y contentos: y todos poco á poco fueron subiendo el tono de la voz hasta levantar una algarabía de dos mil demonios, en que era imposible entender nada, y mucho menos hacerse oír.

De cuando en cuando se extendía un ¡*Chissssd!*!... Siseo exigente de silencio por los que ya tenían ensordecido el cerebro, y los oídos malos de tanta balumba... Y las voces y las conversaciones bajaban de contrapunto... Pero de repente sonaba una exclamación: y á ésta seguía otra, y luego otra, y después mil, y tornaba el mareador bureo y estruendo á volver locos á los congregados.

Aquello era un caos de palabras que se enredaban unas en otras como los cabos de una intrincada madeja, revolviéndose más cuanto más se quería desenredarla. Y como las conversaciones tenían ya el interés de lo comenzado y no concluído, exasperaba á todos el no poderse enterar bien de lo que oían, y decían:

—¡Silencio!...

—¡Callarse!...

—¡Señores, por Dios!...

Pero todo inútil: el que gritaba: ¡*silencio!* era para ponerse

á hablar inmediatamente: y el que lo oía, no cesaba de palabrear más que un minuto. Así, era aquello semejante á los murmullos del mar cuando rompe sin cesar en las peñas de la costa brava espumas de perlas entre estruendos y bramidos de coraje, y sólo cortísimos intervalos, mientras forma nuevas olas, permanece en silencio, escuchándose el rezumamiento del agua en las arenas, el cocer de la espuma al deshacerse, y el silbar de las rendijas de las rocas que el aire y el agua al subir y bajar por los agujeros, convierten en instrumentos de piedra que silban, cantan, gruñen y murmuraban, como murmuraban, gruñían y conversaban los congregados á la junta magna en el monasterio de San Fermín.

¡Qué animación! ¡Qué ruido! ¡Qué desconcierto más horrísono y destemplado!... Pero de pronto...

Pusiéronse los que estaban sentados en pie: esponjéronse los grupos; ahogáronse los rumores; descubriéronse las cabezas; agitáronse todos; los bajos de cuerpo se pusieron de puntillas; cesaron los cuchicheos, y fuerte, estridente, con voz de trueno, se oyó gritar:

—¡Viva el Rey!...

—¡Viva!...—contestaron todos grandemente emocionados.

Y precedido de un brillante Estado Mayor, entró un personaje, á quien todos abrían calle, saludando risueño á toda la concurrencia, y dando á besar la mano á todos. Iba en traje de campaña, el pecho lleno de cruces que él á sí mismo debió otorgarse, guapo y erguido, con su arrogante mirada, mirada de Rey de verdad, barba negra y sedosa, de hombre... muy hombre, y apostura noble y desenfadada.

Cruzó por entre la muchedumbre, teniendo para cada uno una frase cariñosa de estimación; distinguiendo con doble afecto á los eclesiásticos, y levantando afable á aquellos que, rindiendo culto aún á la antigua monarquía con todos sus atributos y ceremoniales, hincaban las dos rodillas en el suelo. Detrás de él venían los conocidos por el mote de los *Ojalateros*: nombre que les vino de su manía de titularse cada cual á sí propio el *Director del Tesoro*, el *Presidente del Consejo de Estado*, el *Director de Aduanas*... y que hacía que unos á otros se dijese *ojalá*...

Acto continuo pasó á la grandiosa sala capitular, soberbio recinto de granito, de elevada bóveda y esbeltas proporciones. Salón inmenso que alumbraban brillantes candelabros con hachones de cera, cambiando sus reflejos rojos por los calados de las cornisas, las archivoltas de los machones y las repisas deterioradas, sobre las que, ascetas de la orden esculpidos en piedra, estaban con las manos cruzadas orando y mirando vagamente, como miran las estatuas, que tienen los ojos sin pupila.

Tenía más que de salón aspecto de cripta ó tumba, y ayudaba á dárselo el que todos al entrar iban callando, como si fuesen muriendo. Sólo se escuchaba el son metálico de las armas, chasqueando unos sables con otros, ó rozando las espuelas las bruñidas losas del cimientto.

El festejado personaje subió una gradería que llevaba á un presbiterio de altura regular: sentóse bajo un trono, y habló con los que tenía al lado.

Poco después se abrió solemnemente la sesión, rezando el *Veni Creator spíritus*.

Siguió á esto la lectura de las cuentas de donativos, hecha por el tesorero. Figuraban en ellas grandes partidas. Cuando sonaba el nombre de alguno de los que estaban presentes, todas las miradas, inclusa la del Presidente de la reunión, se fijaban en el aludido, que bajaba al suelo los ojos con modesto ademán. Entre los donantes había gente de toda España y de todas las clases sociales; distinguiéndose por la enormidad de las sumas remitidas varios títulos de Castilla y algunos Obispos.

Terminada esta parte de la junta, el que presidía dió la palabra á un viejo de aspecto venerable, militar fornido, que dió razón de las operaciones hechas bajo su mando. Hubo para él cuando terminó algunos aplausos, que se repitieron, y entonces con doble entusiasmo, cuando se puso en pie un General, seco de cara, flaco de cuerpo y débil de voz, pero enérgico en su oratoria y en sus ademanes. Su descripción fué interrumpida por oleadas de entusiasmo y rugidos de aprobación que le incitaban y espoleaban en su ardor oratorio.

A este siguió otro, cuyo discurso suspendió para sostener

un altercado con el Secretario de la Junta. Y luego de puestos en paz y que hubieron hablado otros varios, vino á ponerse sobre el tapete la cuestión de la defensa de la villa de Carregui.

Pronuncióse un discurso muy violento por uno que al parecer era alcalde de dicha villa, encareciendo la necesidad que tenía de grandes socorros y pidiendo ante todo que los que á defenderla marchasen, fuesen hombres dotados de gran valor personal, pues así lo exigía la especial situación del pueblo, que no admitía podía decirse otro combate, que el de cuerpo á cuerpo. Dijo tambien que á este ánimo y valor debía supeditarse la pericia y táctica guerrera, poco menos que inútil en el valle en que estaba Carregui enclavado, y mucho más, dominado por las alturas de un desfiladero, llave, como ya se ha expresado, de muchas ciudades importantes de Guipúzcoa. Y concluyó haciendo votos por que Dios iluminase al Rey, en el momento de designar la persona que al mando de las tropas había de ir.

Sepulcral silencio siguió á la oración del alcalde. Y al silencio, profunda expectación al ver que el personaje á quien todos nominaban Rey, tendía una mirada por el salón, como buscando á alguien que no estaba.

—Veo—dijo—que no ha venido... Jaime Parolla.

Todos los ojos se cruzaron con curiosidad; y un lento murmullo que fué subiendo de punto, y luego se apagó como un quejido, turbó la calma solemne de la Junta.

Era una interrogación al que acababa de preguntar por el Mosén.

Pero comprendida al instante, siguió hablando así:

—Porque Jaime Parolla, cuyos grandes servicios había olvidado recompensar, es el que, ascendido, he resuelto nombrar para General en Jefe de las fuerzas que defiendan á Carregui.

—¿El Mosén?...—dijeron todos.

Y al poco sonó un aplauso casi general: aplauso en que se mezclaron cuchicheos y observaciones.

—¿Pues no ha pedido su retiro?—gritó uno.

—¡La pierde!—dijo otro que bien pudiera ser Corceraga, refiriéndose á la villa.

—Como valiente, lo es mucho—murmuraban terceros.

Y como en toda reunión de españoles, después que se enuncia un pensamiento, no hubo dos que apreciaran de igual suerte la oportunidad de la elección. La inmensa mayoría la vió con buenos ojos. Y de la exigua minoría que trató de protestar, se callaron muchos al considerar que no era ningún puesto para codiciarse el de Gobernador militar de Carregui, porque realmente, lo que iba á hacerse era correr un albur, en que la muerte tenía grandes probabilidades de éxito.

Restablecido el silencio, después de acallar el siseo de las discusiones particulares, continuó el Rey:

—El Mosén me presentó hace días su renuncia, y me pedía su licencia absoluta. Yo creo que no llevará á mal que no le admita la una ni le conceda la otra; nombrándole, como está nombrado, para defender á Carregui.

—Con la venia de V. M...—interrumpió una voz temblorosa y enfática.

Volviéronse las cabezas, y pudieron ver que de los últimos asientos se había levantado un viejo.

—Habla—le dijo el Rey, al divisarle.

—Con esa licencia, empiezo.

D. Fidel Barrera, Notario de Cristierna, que no era otro el que iba á hablar, tosió un par de veces, escupió una, estornudó media, y con gran nerviosidad en los brazos, tembloroso de piernas y balbuciente y entrecortada palabra, dijo:

—«Señor: faltaría á mi deber si no expusiera á V. M. los peligros á que nos expone el nombramiento que acaba de hacer. Respetándolo como lo respeto, y acatándolo como suprema decisión de la alta sabiduría de V. M., esme aunque doloroso preciso, poner de manifiesto ante la Junta hechos que he presenciado, y que no son para presagiar victorias en la defensa de Carregui. La circunstancia de vivir en Cristierna, donde últimamente ha estado el Mosén (con cuya amistad particular me honro muy mucho), me ha hecho conocer que si bien es una persona dotada de grandes ánimos propios, es un hombre á quien negocios de la vida privada, no todo lo feliz que fuera de desear, colocan en una pasividad é indiferencia para

las cosas de la causa, que le hacen completamente inútil para todo. (*Asombro.*)

»Yo, señores, he podido apreciar por mí mismo que durante más de tres meses, en la comarca de que soy natural, no hemos avanzado un solo paso; y no será porque la suerte nos haya cerrado sus puertas, pues de casi todos los encuentros hemos salido con bien, sino porque los disgustos y las desgracias de familia hundieron en la abstracción y en la nulidad al Mosén. Crea la Junta que me es muy sensible el tener que hablar contra tan esclarecido guerrero, y denunciar que más que un Comandante de fuerzas, es un maniquí, siempre enterrado en sus propios pensamientos, que monta á caballo y se bate como por fuerza, sin atender á los incidentes de la batalla, sin cuidarse de dar disposiciones que completen la victoria y menos de atenuar los efectos de una derrota. La renuncia que de su cargo ha presentado y el retiro que ha pedido son las mejores pruebas del cansancio y desaliento que animan lo que debiera estar animado por la más profunda convicción y el más ardiente entusiasmo. (*Sensación: uno aplaude.*)

»Para terminar estas observaciones, hago presente á la Junta que recuerde el descalabro recientemente sufrido en Cristierna, de donde hemos tenido que huir... (*Murmullos.*) Sí, señores: hemos tenido que huir porque el encargado de velar por la tranquilidad y la seguridad de nuestras casas, faltando á su deber, estaba completamente descuidado para cualquier evento. Y ¡ay de Carreguil... si como defensor suyo va el mismo que acaba de perder á Cristierna. (*Silencio profundo.*)

Sentóse el Notario muy satisfecho de su discurso, y el auditorio esperó á que alguien le contestara.

Fué el encargado de hacerlo el Barón de San...***, hombre guapo y bien portado, de ademanes sueltos y vibrante voz. Tenía el pelo rizado y muy espeso, el labio inferior como partido, los ojos saltones y la tez curtida del sol. Era íntimo amigo, y pudiéramos añadir que admirador del Mosén; y bajo este concepto, pidió la palabra, y sin enfadarse, sonriendo afabilísimamente, dijo:

—En todos los asuntos es menester considerar el pro y el

contra. Por eso los pleitos no se fallan nunca sin haber antes oído á las dos partes. En la cuestión presente ha escuchado la Junta unas observaciones, ó lo que sean, del *Ex-Notario* de Cristierna...

—¡Cómo! ¿*Ex-Notario*?—le interrumpió amoscado don Fidel.

—Lo es—siguió sin inmutarse el Barón—desde el momento que huyó de Cristierna, dejando abandonada la *Notaría*. (*Risas, que ponen epiléptico á D. Fidel.*) Decía que las observaciones del *Ex-Notario* de Cristierna son muy de atender; pero que si las deficiencias de Jaime Parolla nacen de grandes desgracias en su familia, por esto más bien es acreedor á la compasión que á la censura. (*Aprobación.*) Además, si el Sr. Barrera conoce hace siete meses al Mosén, yo puedo alegar que le trato hace más de cinco años y que le he visto batirse á mis órdenes como no se bate nadie. La Junta debe tener en su poder los partes que mandaba yo luego de acabadas las acciones, y creo habrá pocos en que deje de citar á Jaime Parolla por su heroísmo, no rayano, sino pasado de la temeridad. En más de una ocasión ha realizado empresas que, á contarlas yo ahora, salvo la molestia que había de causar mi mala manera de expresar los pensamientos, habían de enseñar á la Junta quién es el Mosén; habían de no dejar de mencionar la noche que pasamos el desfiladero de la Puebla, poco antes de Danclares; noche en que el Mosén salvó la vida á toda una División, exponiendo la suya propia á la lluvia de proyectiles que desde los dos castillos que Cheli construyó en las alturas le enviaban las tropas de la República; y sobre todo, el encuentro de Fuenterrabía, poco después de comenzar la guerra, donde, gracias á la fiereza del Mosén, que combatió como un león, no cayó en poder del enemigo la augusta familia de S. M. el Rey. (*Sensación: el Rey hace signos afirmativos.*)

»Sería prolijo y largo enumerar uno por uno los servicios que tiene prestados á la causa el Mosén; son muchos y muy grandes; por eso ya no es Comandante; es ya tan General como yo; y por eso ya no mandará la División que guarnecía á Cristierna, sino la de Carregui. (*Aplausos.*)

Para concluir estas mis observaciones á las del Sr. Barrera, me resta sólo rectificar dos apreciaciones que envolvían una especie de censura á la conducta del Mosén. Ha dicho el Sr. Barrera que el Mosén ha estado manteniéndose únicamente á la defensiva, sin avanzar nunca más de tres leguas de Cristierna. Yo siento mucho los malos ratos que habrá pasado el Sr. Barrera con el susto de tener tan cerca al enemigo. (*Risas.*) Pero estas eran las órdenes que el Mosén tenía; y al no avanzar, no hacía más que obedecer lo que se le había mandado. (*Aprobación.*) Ha añadido el Sr. Barrera que la reciente pérdida de Cristierna debe achacarse á torpezas de Jaime Parolla; y esto es lo menos cierto de todo cuanto ha dicho. La Junta conoce perfectamente todo lo ocurrido, y cree que es mucho más imprudente la conducta de quien despierta al enemigo con extemporáneos regocijos y fiestas, que la del que como el Mosén protesta de ellos, y cuando viene el castigo de la imprudencia, lo acepta y se bate como él sabe hacerlo, no saliendo de Cristierna sino el último, y ya cuando la sangre que manaba de sus heridas podía señalar con su reguero el camino que había de seguir. (*Murmillos de aprobación.*)

»Y nada más: S. M. el Rey ha hecho una gran elección para defender á Carregui. ¡Que Dios corone el buen deseo del Rey y los ánimos valerosos de su General con la victoria!»

Una salva de aplausos resonó en la Sala de Capítulos, que se interrumpió cuando se levantó D. Fidel Barrera y dijo con mal reprimido enojo:

—En vista de lo que ha dicho el Sr. Barón de San ... ***, veo clarísimo que, sobre todo en la cuestión de avanzar ó no avanzar de Cristierna, no era yo el depositario de las verdaderas órdenes de S. M. Creo que mi deber es hacer inmediatamente renuncia de mi cargo, y tengo el honor de ponerla respetuoso á los piés del Trono.

—Y el Rey la acepta—contestó D. Carlos gravemente.

En aquel instante entró de la puerta hacia todos los ámbitos del salón algo así como un viento colado; viento que se tradujo en inquietud primero, expectación después y asombro últimamente; hablábase algunos al oído, otros miraban la

entrada de la sala, y al fin, mientras unos se ponían de pie, y otros palmoteaban, y todos exclamaban voces distintas, se vió penetrar un hombre de buena estatura, pero algo encorvado, no obstante parecer ser aún de bastante buena edad.

Caminó seguro hacia el presbiterio, estrechando muchas manos que se le tendían, escuchando enhorabuenas y mirando absorto las pruebas de afecto que todo el mundo le daba. Llegó ante las gradas del sillón del Rey, hincó en ellas la rodilla y besó á D. Carlos la mano. Al volverse ante la Junta pudo ver cómo los que no le conocían le miraban con curiosidad; y aun llegó á sus oídos clara y perceptiblemente la voz de algunos que decían, sin duda al contemplarle:

—¡Qué viejo está!... ¡Qué cambiado!... ¡Ese es!

De su espanto vino á sacarle D. Carlos, que dirigiéndole afectuosamente la palabra, le dijo:

—¡Hombre... ¿y esas canas?... Hace poco tiempo que te ví, y tenías aun el pelo todo negro. Si hubieras venido antes hubieses cído al Barón los elogios que ha hecho de tí...

—¡Señor!... está agonizando una hermana mía, y me ha sido imposible... es lo único que queda de mi familia... Sólo vengo á pedir licencia á V. M. para volver en seguida á Tolosa...

El Rey aparentó afectarse profundamente, y preguntó con interés:

—No sabía que tenías una hermana, y menos en tan grave estado. Has hecho mal en venir.

—Señor, V. M. tarda en admitirme la renuncia...

—Ya no eres comandante—dijo el Rey.

—¿Me la admitió ya?...

—Te he nombrado General. Vas á Carregui.

—¡Señor!...

—Pero ahora te vas inmediatamente á Tolosa. Te acompañará un ayudante mío.

—¿Para qué?...

—Para que vuelva y me diga cómo está tu hermana. Y no hables más; sino vete, hasta la vista.

El Mosén, que casi no tenía ya aspecto de hombre, cayó agradecido en tierra, y besó la mano del Rey. Bajó del pres-

biterio, y fué á despedirse de todas las caras conocidas que allí vió; pero iba como dormido, cual atontado; risueño mentirosamente, afable, fingiendo que nada le sucedía, y ni oyó, ni miró, ni contestó á persona alguna de las que cariñosamente le daban la enhorabuena. En su atolondramiento, llegó á preguntar á uno que por qué le felicitaba; había olvidado su ascenso; no sabía si era soldado ó un hombre próximo á morir; no se dió cuenta de nada más que de inclinar la cabeza á los que le aclamaban, y nervioso, como ahogándose, cruzó por entre la muchedumbre, y salió; salió ligero, dando largos pasos, al refectorio, abstraído y recto como una andante escultura.

Al cruzar el patio de armas, miró con extraviada vista las estatuas que le adornaban, y aun hizo un gesto que pudiera traducirse como envidia á su eterna tranquilidad. No notó siquiera que un ayudante de D. Carlos le seguía. Salió por fin del convento, y montó á caballo, picando espuelas y poniéndose inmediatamente al galope.

Apareciendo y desapareciendo entre los robles y las hayas, parecía la sombra de un malhechor que huyera de la justicia. Y prestaba más parecido á la semejanza el otro jinete, que á todo el correr de su cabalgadura, le perseguía, hundiéndose entre los setos de espinos, costeano los bardales, atravesando por entre los troncos, y empañando su fantástica silueta en la misma nube de polvo que el caballo del jinete de delante producía.

A veces se perdían de vista entre las sombras de un bosque, y luego en el claro de un descubierto se veían refulgir unas armas...; y después que desaparecían, otras iban á borrarse en la misma ruta. El ruido también se perdía cuando los cascos de los brutos rebotaban sobre hierba, pero retumbaba ásperamente cuando galopaban sobre un pedriscal. Así fueron desapareciendo la visión y el ruido que los dos producían, hasta que ni se escuchó un rumor que no fuese del mismo campo, ni se vieron otras sombras que las bajas de los relleños árboles, ó las altas de los montes de Laudambey y Ancozar.

La noche había refrescado, y rara era la planta que no titi-

lase en la punta de su verde hojuela una gota de cristalina escarcha; y entre la escarcha que agitaba su vislumbre á la luz de la pálida luna, esa eterna viuda, melancólica y triste como el olvido, y las luciérnagas que irradiaban su verdoso resplandor, parecía el solitario campo un campo sembrado de brillantes ú otro cielo que reflejase las estrellas del firmamento.

Cuando vino la madrugada, todo el plantío estaba húmedo como si hubiera caído un fuerte chaparrón; y cuando alegre y deslumbrante salió el sol á secar lo que mojó el rocío, grupos de gente llenaban los senderos de Murguía, haciendo animados comentarios; jinetes y peones discurrieron por los diversos caminos, y con los ruidos de la alborada se confundieron los relinchos de los caballos, las voces de despedida, y el sonar de una música, que junta con unos *vivas*, se escuchó por la parte del Monasterio de San Fermín.

Con la noche, había concluído la junta Magna.

CAPÍTULO XIV

EL JURAMENTO

Aquella tarde, que revestía ya algún aspecto sombrío como tarde de otoño, el espectro de muerte, que hacía días revoloteaba en torno del lecho de María de la Paz, se acercó más á la moribunda madre, y aun besó sus frías mejillas con los descarnados dientes que la sirven de labios. Llevaba las alas plegadas para no hacer ruido; pisaba quedo las choquezuelas, y, envolviéndose en su sudario de amianto, se escondía tras de las cortinas de la cama, para desde allí poder lanzar su golpe más sobre seguro. Y miraba á su presa con extraña vaciedad de pupilas, encogiendo las mal sujetas quijadas, haciendo rozar las articulaciones, sonriendo, en fin, como sonreía también Paz al columbrar el esqueleto, porque la idea de morir casi la consolaba.

La fiebre latente, que iba devorando, por encargo de la muerte, poco á poco su existencia, la ponía delante espantosas visiones que atormentaban su moribundo espíritu, con el recuerdo de las contadas venturas del pasado, las amarguras del presente, y la felicidad del porvenir, cuando libre de las cadenas de la carne subiese á ver á Dios, y encontrase al hijo de sus entrañas siendo un querubín de los que sostienen el divino trono.

Pero la flaqueza humana es tal, que aunque en el alma

haya reunidas ideas de ventura y de desdicha, olvida siempre las primeras por pensar en las segundas; como si gustara más de dolerse del mal, que de agradecer á Dios el bien: y así María estaba sobre su lecho tendida, aniquilada, sin fuerza casi ni para quejarse..., pero abrumada por el horror de su situación, y por el negro pensamiento de lo que sería de Jaime después de su muerte, que tenía por segura.

Tres monjas la rodeaban, asistiéndola con cariño, y dándole de media en media hora ciertas cucharadas de un reactivo, de esos que los médicos recetan, en la plena seguridad de que no sirven para maldita la cosa. Cada vez que el líquido entraba en la desfigurada boca de Paz, hacía al pasar por la garganta unas burbujas y unos hervoreos, que asustaban á las madres, y rezaban sin parar, pensando que sin remedio se les quedaba entre las manos de un momento á otro. En esta convicción, habían puesto entre las manos de María un Crucifijo de madera de olivo, y en la cómoda, ante un cuadro de la Virgen de las Mercedes, encendieron unas velas, que eran como una anticipación del tûmulo fûnebre.

Pero darían en el reloj del convento las siete, cuando entró en la celda el Mosén, y apagando las luces, y abriendo de par en par las hojas de la ventana para que se renovase el aire, llegó hasta el lecho, y con la voz más dulce que pudo dijo:

—María...

La huérfana entreabrió los ojos, y miró desencajadamente á su hermano.

Venía Jaime agitado y rendido de fatiga: había ido á Murguía y vuelto, sin descansar un instante ni probar un bocado: y traía el uniforme lleno de polvo, y la cara quemada del sol.

—Creí que...me moría... no estando tú á mi lado—dijo Paz con vocecilla tenue.

El cabecilla se inclinó y la dió un beso en la mejilla pálida. Ardía.

—¡Vamos, tontuela!—la dijo estrechándola una mano fría que tenía pendiente á lo largo del cuerpo.—¿Estás bien?...

Paz se movió un poco: al parecer quería variar de postura para ver bien á Jaime. Con mucho trabajo dió media vuelta,

dibujando las ropas de la cama el contorno aún hermoso, de aquella moribunda preciosidad.

El Mosén, á su vez, se sentó junto á la cabecera, y mientras con la mano derecha estrechaba las heladas de María, entretenía la izquierda en jugar con los sueltos cabellos, notar el pulso de las sienes, y borrar el sudorcillo de su frente.

Por hablar algo, por distraer un poco á su hermana, dijo en tono de broma y de contento:

—¡Si vieras qué amable ha estado el Rey conmigo!... Ha venido tras de mí un ayudante á llevarle noticias tuyas...

—¿Qué?... ¿por dónde sabía el Rey que yo estoy mala?...

—Por mí. Yo se lo dije para que me dejara volver pronto.

—¿Y tú que le has contestado?...

—¿A quién?

—Al Rey... ¿Cómo le has enviado á decir que estoy yo?...

—Que estás bien...; que mejoras...

Paz se sonrió y murmuró:

—No..., no le habrás dicho eso.

—¿Por qué mujer?...

—Porque... no es verdad..., y tú no mientes. Es decir, sí: sí mientes algunas veces; por ejemplo, cuando sabías que Jesús había muerto y me asegurabas que quedaba perfectamente en Cristierna...

A una señal de Jaime, salieron las tres monjas, dejando solos á los dos hermanos.

—¡Qué guapa estás!—continuó el Mosén, tratando de desviar la conversación de donde la había llevado María.

—¿Sí?...

—Sí. Te lo juro. Puedes creerme.

—Ya no; ya no...

—Sí, mujer; estás muy bonita.

—Tráeme un espejo y lo veré.

Jaime paseó su vista por la celda.

—No hay aquí ninguno—dijo.

—Lo siento.

—¿No te fías de mis palabras?...

—Sí..., pero... como algunas veces no dices verdad...

—Te aseguro—la interrumpió Jaime al verla en el mismo

mal camino—que estás preciosa. Tú siempre lo has sido..., pero ahora, ahora...

—¿Querías que no guardase algo para el cielo?...

—Si no hubieses sido mi hermana—la volvió á interrumpir—créete que te hubiera amado como un loco.

—¿No me amas?...

—¡Sí, y con locura!—se apresuró á decir el Mosén.—Pero me refiero al amor del mundo, á que te hubiera hecho mi mujer; porque contigo la felicidad no se habría apartado de mí un instante; eres buena, cariñosa, guapa... ¿Qué más quería?...

—Sí... yo también te hubiera deseado para marido,... y sobre todo porque si... hubiéramos tenido un hijo, no lo habrías matado como Augusto.

El Mosén se estremeció.

—También él!—prosiguió María—juraba y perjuraba que yo era buena y hermosa..., y tanto me lo dijo que llegué á creerlo... Pero ya me he convencido de que tú tenías razón... Augusto no me quería... ¡Quiéreme tú por él!...

Y diciendo esto, echó sus brazos por cima de los hombros de Jaime; unió al rostro de él, que escaldaba, su frente, fría, y le inundó de lágrimas las manos.

—¡María! ¡María!... ¿Qué es esto? ¿Por qué te afliges?... ¿Por qué lloras?... Ten esperanza en Dios como yo la tengo... Me dices que te quiera... ¿acaso no lo hago ya?... Yo te amo como no te quiso nadie. Y te lo demostraré cuando te pongas buena y nos vayamos solos, muy lejos... muy lejos, donde nada nos recuerde nuestras desgracias.

Irguió soberbiamente María su cabeza, hizo apartarse á Jaime un poco, repeliéndole con las manos, y púsose á contemplarle en silencio. Sus ojos, semejantes á un sol que refulgiese á través de la malla de plata de un aguacero, brillaban por entre las lágrimas que tembloneaban en sus párpados. Luego de mirarle fijamente un buen rato, volvió á acercársele, y replicó en voz tarda y baja sonriendo:

—¿Crees tú que nosotros podemos ser ya felices en la vida?

Jaime, aterrado, escuchó aquella verdad y se estremeció: porque tenía que desmentirla.

—¿Y por qué no?... Dios lo puede todo, y si quisiera...

—¡Ah!...

—Querrá, querrá, María—prosiguió fervorosamente el cabecilla.—¡De sobra hemos purgado ya todos los pecados que hayamos podido cometer!... ¿No te sientes aún bastante castigada?...

—Demasiado...

—¿Lo ves?... Tú misma reconoces que hemos sufrido mucho; demasiado tal vez...

—¿Y por qué no ha venido Augusto?...—saltó María, en cuyo cerebro indudablemente volteaba una horrible vorágine de ideas y de pensamientos.

El Mosén la miró absorto; trató de inquirir por qué se hacía aquella pregunta; mas no lo consiguió.

—¿Tú querías que viniera?

—¿Yo?... No.

—Entonces...

—No me hagas caso.

—Es que si tú quieres que venga, vendrá—afirmó solemnemente el cabecilla.

—No...—balbuceó Paz.

—Hasta ahí llega el amor que te tengo. Admírate de lo que te quiero... Yo que jamás he cometido un hecho vil, yo que nunca volví la espalda en los combates, que no comprendí jamás que hubiera un Parolla que se arrojase á los pies de un Monpavón pidiéndole misericordia, me arrodillaría ante él, vil asesino de nuestra familia, robador inicuo de tu honra, sólo... sólo porque tú lo deseases. ¿Lo quieres?...

—No; que no venga.

El Mosén abrazó convulsivamente el cuerpo de su hermana, y la dijo al oído, envolviendo las palabras en ardientes besos:

—Gracias... gracias... Paz de mi vida... gracias. ¡Si vieras el peso que me quitas de encima!... El plan por mí formado es el mejor. Tú te serenarás; te reanimarás; te restableces por completo y te vienes conmigo... muy lejos... Tú no te acordarás, porque eras muy pequeña, de la casa de nuestro padre; está en mitad de una montaña; los árboles que la rodean

la hacen invisible hasta que se llega á la misma puerta... ¡Si vieses qué silencio reina allí!... Ahora estará abandonada: pero no importa, los musgos y la yedra que tapizan sus viejos paredones, los hemos de arrancar con nuestras propias manos, y del cercado que la rodea, como ahora mi brazo á tu blanco cuello, los rosales y la madreSelva expulsarán los abrojos, que la soledad y los vientos de la sierra plantaron allí.

María de la Paz se sonreía.

—¡Qué bonito es todo eso!... Si yo no me fuera á morir, ¡cuánto gozaría á tu lado!... Realmente me quieres mucho: has sido mi ángel de la guarda en la tierra: y la verdad es que con los mismos ojos me has mirado cuando era inocente y pura, que cuando deshonrada y abandonada...

—¡Oh!... ¡no digas deshonrada!... ¡Eso es mentira: hasta la última gota de sangre que hay en estas venas, la vertería yo para alzarte, para purificarte, para declararte inmaculada, ángel que no cayó en el cieno, sino que volando por el cielo, el cieno te salpicó!...

—¡Qué bueno eres!... Pero todavía tienes que hacer más cosas por mí.

—¡Cuáles!

—¿Se van á negar tus labios á pedir á Dios reposo y misericordia cuando deje de existir?... Dime Jaime: ¿No rezarás y llorarás mucho por mí cuando yo me muera?...

Dijo esto con tal acento de profunda melancolía; venía tan de veras de su alma, que el cabecilla hizo un gesto de terror.

—¡Morir tú, María!... ¿Y quién piensa ahora en eso?...

—Yo y tú.

—¡Dejarme solo en la tierra?... Eso no puede ser. Dios no puede desear mi condenación... Tú vivirás.

—¡No es eso, tonto—dijo María acariciando á Jaime, pesarosa de haberle disgustado.—Yo viviré todo lo que tú quieras que viva. Pero... cuando se está triste como yo estoy, cualquier cosita anima y refresca el abatido espíritu. Y aunque te repito que por mí no me moriría hasta dejarte camino del cielo... No sé cómo decírtelo... Yo no sé hablar como hablas tú... Pero supón por un momento que Dios dispone

que yo muera hoy mismo; no ignoras que la muerte la manda cuando menos se piensa...

—¡María!...

—Déjame hablar, hombre. ¿No es esto posible?...

—Es un delirio tuyo.

—Bueno; delirio, locura, tontería mía... ¡si yo siempre he sido muy tonta! ¡Pero dime: ¿no es posible?... Sí: y siéndolo, tú no sabes lo que me consuela oírte prometer que encomendarás mucho mi alma. Anda, hombre, dame ese gusto. ¿Te cuesta algún trabajo darme palabra de honor de que rezarás mucho por mí?...

—¡Ea: será preciso complacerte!... Sí: está bien: te doy mi palabra. ¿Quieres más?...

—Sí. Quería otra cosa...

—Bien: pero no ha de ser triste.

—Yo no sé como es.

—Habla.

—Espera un poco. No tengas impaciencia. Tengo que pedirte otra cosa.

—Díla.

—¡Qué curioso eres!... Pero mira Jaime: nunca más, ¿lo entiendes?... nunca más se abrirá mi boca para exigir de tí imposibles...

—¿Es un imposible lo que vas á pedirme?...

—No: difícil... algo difícil para tí. Pero creo que me lo concederás: porque... oye—y le atrajo hacia sí con melosa dulzura—¡Te lo pido por la salvación de nuestra madre!... ¡Por aquella santa que tanto nos quería! ¿Te acuerdas, Jaime?

—¡María!... ¿Qué puedes tú pedirme á mí en nombre de mi madre, que yo no te conceda?...

—Una cosa.

—Dala por hecha.

—No: no quiero que me lo digas así.

—¿Pues cómo?...

—Quiero que me lo jures.

Jaime clavó los ojos en su hermana. Temblaba.

Y temblaba porque la cara de María era ya la de un cadáver.

—¡Jurámelo, Jaime!...—exclamó Paz con voz llorosa y débil, parecida á la de un espíritu que al abandonar las prisiones del cuerpo, enviase al mundo el adiós de despedida.

—Pues lo juro—dijo el Mosén con cierta intranquilidad.

María se sonrió con gracejo: miró á su hermano con agradecimiento; y poniéndose un dedo sobre los labios como para reclamar silencio, asió del Crucifijo que las asustadizas monjas la pusieron entre las escuetas y descarnadas manos; y como reanimada repentinamente por súbita energía, cogió la diestra de Jaime, y poniéndola sobre la imagen, y apretándosela hasta clavarle en los dedos las espinas de la corona del Señor, le dijo:

—Así...

—¿Estás ya contenta?—dijo el cabecilla, que sin resistencia de ningún género, había cedido á los movimientos de Paz.

—¿Juras?—preguntó nuevamente María.

—Juro. Sí. Ya he jurado. Pero dime el qué.

Entonces María le cogió las manos, y cubriéndoselas de besos y de lágrimas, dijo tan contenta que parecía que entre el llanto sonaban discordes algunas carcajadas nerviosas:

—¡Gracias, Jaime!... ¡Si pudieras comprender, todo el bien que me has hecho!...

—¿Quieres hacer el favor de decirme qué es lo que he jurado?...

—¡Olvidar...todas las injurias... Y perdonar al... que tanto amé! Eso es lo que te he suplicado en nombre de la madre que á los dos nos mira desde el cielo. Y eso es lo que tú acabas de jurar. Yo voy á morir...

—¡No digas eso; que acabarás por volverme loco!—gritó aquel hombre que veía en efecto la existencia de su hermana, perdiéndose cada vez más entre los vapores de la muerte.

Y olvidando en el espantoso ímpetu de su horror y de su cólera, el estado de la desdichada enferma, retiró la mano de encima del Cristo, y vociferó, más bien que habló:

—¡Me has obligado á hacer un juramento falso!...

—¿Falso?—dijo Paz angustiada.

—Falso, sí: porque si la muerte, como tú dices, viniera á cortar estas postreras esperanzas de tranquilidad y ventura, que antes te dije entreveía, el único consuelo que para desahogarlas tendré, será el de no perdonar nunca á ese hombre que fué tu asesino, y el de tu hijo... y el de toda nuestra familia. Mi único recreo será arrancarle la vida... Que ya que sólo no puedo enviarle al Infierno, rodaremos los dos, y así la presencia de sus tormentos aliviará los míos... No me pidas pues eso, porque ignoras lo que pides.

—No—replicó Paz—lo sé muy bien. No porque quites ahora la mano de la cruz, como si esta te quemara, desaparece el juramento que has hecho. Dios te lo ha tomado, y á Dios no puedes tú engañarle.

—¡Pero hermana!... ¿Quieres ahora deshacer lo que noches interminables no han conseguido? El deseo que tanto acaricié como la aspiración de mi vida, de castigar en ese hombre los crímenes de su familia, ¿crees tú que puede ahora troncharse cual si fuera débil pajilla, y no firme columna de acero como es?... Y el pensamiento de asesinarle que devoró á todos los que llenaban mi cerebro, que abarcó mi existencia hasta constituir mi vida, el aire de mis pulmones; ¿crees tú que va ahora á limpiarse de toda hiel, y á huir como sombra mal aparecida en algún sueño?... ¡Si tú no mueres!... quizá, quizá... fingiera que le perdonaba... Mas yéndote tú de mi lado, ¿en qué quieres que me ocupe más que en matar á Augusto?... ¿Acaso tengo yo alguna obligación más que esa?...

—Sí, la que con Dios y conmigo acabas de contraer. Y que por más que digas cumplirás—afirmó María con una seguridad y una firmeza que contrastaban con su abatimiento anterior.—Va á ser tan grande el odio, que te quite de ser cristiano?... de ser hombre?... Además sería impío, horrible y cobarde que lo que sobre una cruz has jurado á una hermana tuya que te ama con delirio, momentos antes de morir, no lo cumplieras... ¡Pero tú lo cumplirás!...

El Mosén se agitó vacilante: oprimióse el pecho con ambas manos, cual tratando de contener el tumulto de pasiones

que le hacían latir con inusitada violencia: rompiéronse los hielos de sus lagrimales y lloró.

—No: no seré impío ni cobarde... lo cumpliré... sí: lo cumpliré...

María de la Paz pareció dormirse, cual si cayera desvanecida en un deleitoso deliquio de ventura, un inexplicable sueño de felicidad que de repente la asaltase..., y murmuró con voz baja, como la del sacerdote cuando consagra la Hostia:

—¡Le he salvado! ¡Le he salvado!...

—A él...—dijo el Mosén agobiado de pena.

—Y á tí—le contestó ella, perdiendo el sentido por completo y cerrando los ojos.

El Mosén sacudió entonces su modorra. Inclínose á ver á su hermana, á quien creyó ya muerta y se separó cuando notó el latir de las venas, indicando aún la presencia de la vida.

Y Paz desfallecida; y Jaime en pié, erguido, con el rostro apoyado entre el pulgar y el índice de la mano izquierda; mirando y clavando sus ojos hundidos y centelleantes en aquellas mejillas pálidas, é inquiriendo con mentida placidez los vestigios de esperanza que se borraban cada vez más, formaban triste cuadro, á que servía de fondo la pared oscura de la celda y la luz crepuscular que magnificando las sombras, daba un tinte fantástico á lo que era una horrible realidad.

El Mosén, en silencio, quedó abismado en sus meditaciones. Y pasaron los minutos, los instantes, las horas, sin que Jaime lo advirtiera.

Aquella tarde era muy larga: el sol lisonjeándose de verse solo en medio del espacio, sin que ni una nube le turbase los esplendores de su roja lumbre, lamía con sus reflejos las últimas torres del Convento, haciendo flamear las veletas y las cruces, y reververando en las vidrieras de las ojivas, hasta conseguir semejarlas á cristales fundidos por un incendio que ardiese dentro del templo, devastador y grande. Sin embargo, el tiempo no había parado: antes iba deslizándose los granulos de su reloj de arena, como el hilillo de agua que gotea y gotea en las hendiduras de la roca perdiéndose en esa terrible inmensidad de lo que fué; en ese nada abrumador como la eternidad, que llaman pasado.

De pronto, Jaime creyó ver que la cara blanca de María se teñía de un rojo cual de rubor: en efecto, el sol que andaba ya para desaparecer de un momento á otro, la besaba la frente entrando sus rayos por la reja de la celda. Tal vez comprendiendo que no la volvería á ver. Y jugueteó y culebreó, haciendo brillar la cara como á un mármol: dándola una vida de que á la verdad carecía, y que alegró á Jaime...

Pero el sol se fué, y con él la alegría del alma tenebrosa y cansada del cabecilla.

Que al verse entre sombras, salió del cuarto y fué á pedir algo más que luces.

CAPÍTULO XV

LA MUERTE

Aprovechando unos momentos de gran lucidez que á eso de las diez de la noche tuvo María, confesó con el Vicario del convento; quien según se dijo luego, salió llorando de la alcoba, y murmurando emocionado, estas palabras:

—¡Oh, qué alma tan pura!...

El mismo santo hombre sacó de la iglesia el sagrado copón, y fué á dar la comunión á Paz.

Marchaba hacia la casa de retiro con lento paso y recogido continente, y le abría camino de brillantes luces, doble hilera de monjas con los velos negros echados sobre la cara. Todos pisaban quedo, cual huyendo el no hacer ningún ruido: y todos tenían los cumpungidos rostros enrojecidos con el fulgor del hacha que llevaban en la mano, inclinándola de tiempo en tiempo, para que escupiese el derretido calducho que alimenta el pábilo chisporroteador. La campana, que un mona-go iba haciendo sonar con grande complacencia y diversión, clamaba por los senderillos del jardín, despertando á los dormidos pájaros que se rebullían entre el follaje de los árboles. Y la procesión llegó ante la puerta del pequeño edificio. Allí se detuvieron todos, y dejaron que pasara primero el Señor: resonando al poco por el claustro los pasos del sacerdote y sus acompañantes. El brillante pavimento reflejaba las luces:

por el techo y las paredes corrían sombras de cabezas, y re-verberaciones de las hachas. Flotaba el pavor, y los ánimos estaban suspensos; como silenciosas las bocas, y bajos todos los ojos. Luego se fueron apagando los pasos: no se oyó más que el estridente sonido de la campanilla.

El silencio era sepulcral.

Durante el solemne acto, quedó solitario el convento: no había una monja que no estuviera alumbrando en la procesión.

Las que no pudieron entrar en la celda, se quedaron de rodillas en el claustro; pero representaban en su imaginación la escena que en la alcoba tendría lugar, y temblaban.

En el pórtico, en las galerías, en las vecinas celdas solitarias é iluminadas como nunca, el ambiente mudo y templado, parecía el aliento de un gigante suspendido por la espectación del respeto. Todo era silencio, tan sólo se escuchaban, allá dentro, junto al lecho de la moribunda, sollozos y gemidos que se entremezclaban y confundían con la voz solemne del sacerdote que preguntaba cosas, que una vocecilla apagada y débil contestaba maquinalmente. Luego se oyó el quejumbroso rumor de una oración bastante larga: después silencio interrumpido por el choque de una como copa; roces de telas; pasos cortos..., y al fin la campanilla que repicando solemnemente con tres golpes aislados y sonoros, hizo al mongío darse golpes de pecho, y doblar más la cabeza, murmurando, tres veces:

—«*Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum...*»

Luego hubo una pausa corta de duración, pero inmensa en otro sentido: que todo un Dios bajaba por el alma de María de la Paz.

Y transcurrida, se sintió primero un murmullo; después nuevos pasos; las monjas se pusieron en pie y salieron del claustro al jardín: creció el rumor, se aumentó la claridad con la junta de todas las luces, volvieron á andar, se alejaron de la casa de retiro, sonó lejana la pequeña esquila que el acólito agitaba con afán... Y todo concluyó por donde había empezado, por sombras y silencio.

En la celda de María había sin embargo gran claridad, que

producía el reflejo de las luces de un improvisado altar.

El Mosén á la cabecera del lecho aguardaba resignado é inmóvil á que la muerte le arrebatase aquel tesoro de virtudes y hermosura.

—Jaime—murmuró débilmente María de la Paz.—¿Por qué has apagado todas las luces?... ¿Dónde has ido?... ¿Por qué huyes de mí tan pronto?... ¿Te doy ya miedo?... ¿Asco quizá?...

—¿Las luces?—preguntó el Mosén.—Pues qué, ¿no ves que están ardiendo todas?... Y yo mismo, ¿crees que me he movido de tu lado ni un momento?...

—Has hecho bien... Ya falta poco... muy poco... Un favor... me hicieras... si abrieses la ventana...

—Está abierta...

—¿Pues cómo no entra el sol?...

—¿Cómo quieres que entre, si es de noche?...

—¿O es que yo no le veo, como no te veo á tí?... ¡Está todo tan oscuro!...

—No, no: es que ya cerró la noche...

—¡La noche!... ¡qué larga será para mí!

—¡Quién sabe si amanecerás antes que nadie...!

—Sí... pero será... para el otro día... para el de allí...

Y señaló con el dedo al cielo.

Los ojos de María desmesuradamente abiertos se revolvían en sus órbitas; no veían ya, y las pestañas, largos doseles en otro tiempo de su negrura, se apegotaban y recogían como si hubiesen comprendido su inutilidad.

—Jaime... me...—dijo María.

Pero no acabó: impidióselo uno de esos gemidos en que se suman y concentran todas las angustias: uno de esos gemidos que el alma exhala al dar el primer arranque, el primer tirón para abandonar el cuerpo; uno de esos gemidos que caen sobre el corazón del que lo escucha, siendo hijo ó padre ó hermano, y lo aplasta, lo tritura, lo deshace.

Un sublime esfuerzo de amor había hecho vivir á María, hablar, sonreír, en medio de las mortales arcadas, hasta obtener de Jaime el juramento de perdón que obtuvo. Exhausta de fuerzas y de espíritu, calló para hablar ya muy poco. Tenía

los labios entreabiertos y por ambos extremos de la boca le burbujeaba una espuma blanca veteada de sangre.

El caos de dolor, de remordimiento, de terror, de blasfemias, de desesperación, que en aquel instante hervía horrible en el alma atribulada del Mosén, es imposible de pintar; como lo es el rayo, ó el huracán... Sólo pudo arrancar de aquel torbellino de sus ideas esta pregunta que hizo, agarrándose como una fiera al desvanecido cuerpo de su hermana:

—¡María!... ¡María!... ¡María Paz!...

Oyóse un «qué» tan lejano ya del mundo, que Jaime se estremeció:

—¡Y no he de volverte á ver?... ¡María!...

María de la Paz pareció suspender su ascensión al cielo, para contestar á Jaime...

—Piensa... bien—dijo—que... depende de tí. .

—¡De mí?...

—Sí... el... perdón... el... juramento... ad...

Clavó entonces la mirada que no veía, hacia donde suponía á Jaime, y pareció decirle con una sonrisa cadavérica:

—¿Te quedas, ó te vienes conmigo?...

La hermosa cabeza de la huérfana se iba desfigurando poco á poco; la frente se puso como más encima de los ojos; y éstos se iban hundiendo; pero todo sucedía lentamente: porque nada se movía, y daba á creer que María lograba el privilegio de entrar en el reino sombrío de la muerte, con sosegada parsimonia y sin ningún dolor físico, como se pasa de un sueño á otro sueño; de una visión á otra...

Jaime aguardaba junto al lecho, observando con dolor el cambio de aquella hermosura sublimada por una tan tranquila agonía. Lo solemne del momento: el silencio de la celda, sólo turbado por un aliento apenas sonante para poder llamarle ronco; la mirada glacial de aquellos ojos moribundos que se clavaban en él como raíz misteriosa de ortiga que no quiere dejarse arrancar por nada ni por nadie, llevaron al Mosén al pasado horrible de sus desdichas. Asaltóle feroz escuadrón de recuerdos que laceraron su alma encogida y muerta más de lo que ya estaba; y asíóse desesperado de las sienas, no como si quisiera arrojar del todo aquellos pensamientos

que le subyugaban el espíritu, sino como demandando una tregua de tranquilidad, siquiera hasta que muriese su hermana: parecía que entonces no trataba sino de contar los pasos que en el camino de la eternidad iba dando María... Y así se acercó más á ella, atraído por el extraño matiz de los ojos que se abrían un poco... Vió de cerca el vello finísimo, casi imperceptible que sombreaba su labio superior... y las pupilas sin brillo... y su aliento cada vez más premioso...

Sin embargo, bajo aquella aparente tranquilidad, debía hervir furioso oleaje de pasiones: porque María se estremecía; y miraba unas veces con amor, con indignación otras; y aunque en pequeño, debía sentir borrasca parecida á la de Jaime...

Dos lágrimas asomadas, que no llegaron á correr, fué lo único que salpicó al Mosén de la tempestad postrera de María.

Por fin, la muerte, aquella muerte que tan familiar era á Jaime por haberla visto millares de veces en el campo de batalla, la vió en su hermana clara y distintivamente. Entonces todo lo olvidó para acordarse sólo de que era cristiano, y pronunciando á media voz las solemnes palabras de consuelo y de esperanza que la religión consagró para la hora suprema del tránsito al otro mundo, acercó á los labios de Paz el símbolo de la Redención.

María de la Paz, como la luz que en el último momento antes de apagarse despide un fulgor intenso, haciendo un postrero esfuerzo para levantar la frente y ver á su hermano, murmuró con voz cortada:

—¡El perdón!... ¡el perdón!... ¡El juramen...

Y los brazos, que alzó en aquel esfuerzo final, cayeron mortales sobre la cruz; los labios siguieron moviéndose un poco sin articular sonido alguno... luego dijeron muy quedo:

—Al... cielo... al... cie... lo...

Y se fué.

Ángeles de blandas manos debieron bajar por ella, y, después de examinarla, la suspendieron en los aires, abriéndola, al punto que la cerraban los del cuerpo, los ojos del alma, para que extendiese su primer mirada por el infinito.

Las últimas palabras de María zumbaron largo tiempo en

los oídos del cabecilla, que inmóvil, llorando, sin darse cuenta de las lágrimas que se le derramaban y vertían por los cargados ojos, volvió dos pasos atrás... espantóse de aquel ya frío cadáver... y su mente hizo de pronto una pregunta al corazón, que fué cual tea arrojada en mitad de un polvorín.

—¡La ha matado él ó la he matado yo?...

Y la explosión consistió en llenarse sus venas y sus pulmones de la hiel acre y amarga del remordimiento y el veneno corrosivo de un deseo criminal.

Aquel hombre se olvidó de que lo era, y cayó al suelo rodando por el pavimento, rugiendo y mesándose los cabellos revueltos por sus mismas manos. En seguida se puso de nuevo en pie, y anduvo y reanduvo la celda de una á otra esquina; habiendo en su figura mucho de monstruoso y fantástico.

Cuando pasaba por delante del pedazo de carne fría que fué antes María de la Paz, cerraba los ojos involuntariamente, como si su presencia le recordara una promesa, que no quería ni podía cumplir... ¡era imposible!...

De repente miró espantado, cerrando los puños, encorvando el cuerpo y embutiendo la cabeza entre los hombros...; terrible visión le hizo creer que la sombra del Vicario que entraba en la celda, era la silueta de un hombre á quien había jurado respetar y en quien iba á quebrantar el juramento...

Se dirigió como un rayo al cadáver de su hermana, y como quien va á decir un importante secreto, murmuró:

—¡María...! ¡no puede ser...! ¡no puede ser...!

Por su vista interior pasaban imágenes rojas, incoherentes, borrosas, fugaces...; su cerebro era un torbellino...; volvió el cuerpo hacia la entrada y, asombrado, estupefacto, gritó jadeante:

—¿Usted?...

Había reconocido al Vicario.

.....

Poco después salía Jaime Parolla de la celda.

Y de aquella exaltación, de aquel furibundo revolverse y

alzarse de los divinos decretos, le sacó la Naturaleza, que se mostraba en el jardín espléndida de poesía y de misterios, océano de penumbras por el que cruzaban dulces brisas de calma y amor... Era una noche hermosa, limpia, serena, inundada de la claridad melancólica de la luna. Las estrellas de pequeño brillo, palidecían, pero las grandes lograban fulgar retumbando con visible esfuerzo sobre el horizonte, que en su placidez ofrecía la falsa apariencia de un mar tranquilo.

El Mosén miró estúpidamente al firmamento: le exasperaba y abrumaba ver la majestuosa indiferencia de los cielos visibles ante los dolores que él sentía en la tierra. La espantosa catástrofe moral que acababa de dejarle solo en el mundo con sus remordimientos y sus deseos de venganza, que le abrasaba el alma y le tenía partido el corazón... ¡pché!... no era para formar una ligerísima nube que empañara un instante al cielo... Loco como estaba de dolor, olvidaba que todos los alaridos de la humanidad agonizante, todas las lágrimas del mundo no son para producir un rumor ni llevar una gota de agua á esos espacios sin fin que ocupan los astros, no como adorno de la tierra, sino cual simples colonias del imperio de Dios ó desperdicios de su gloria...

Y es que el hombre, comparado con el Universo, no es más que un microscópico sér de dos patas que se escurre sobre la corteza del astro llamado *tierra*.

CAPÍTULO XVI

DESDE MADRID

Felicísimos tiempos aquellos!... La forma ó sistema republicano de gobierno había hecho de España la más dichosa de todas las naciones: caídos los *tiranos* Borbones, que eran los *únicos* que estorbaban el progreso y adelanto de este pueblo *esencialmente agrícola* y esencialmente vago y aficionado á la licencia, todo el ambiente político sentía plétora del vivificante oxígeno de la libertad.

La traición de Alcolea, por su origen la más injusta, por su desarrollo y su término, la mayor y más miserable vergüenza, el más despreciable perjurio que nunca abyectos ganapanes sin honor de ningún país se atrevieron á cometer, iba produciendo frutos y frutos con la fecundidad de horrores de toda plaga ó epidemia contagiosa. Daba asco tender la mirada á la patria de tantos héroes, convertida en orgía de pasiones desenfundadas y apetitos vitandos, en que maleantes vividores robaban al país en nombre del derecho, escarnecían la ley y se arrancaban á bocados, como fieras, las piltrafas de sus despojos, insaciables en el vértigo del hurto y la profanación... Causaba repugnancia ver á los regeneradores del populacho guiando á España en dirección á lo desconocido, mientras hacían repletas pacotillas con que vivir sin trabajar... y producía grima y angustiosa pena con-

templar la paralización de la industria y el comercio; el miedo cerval de los capitales á las empresas; la ultrajada religión escupida por bribones y desconocida por los poderes públicos; mientras la discordia erguía sus crispadas manos destrozando á los partidos; la guerra civil assolaba los campos y las ciudades; las fuerzas monárquicas y los elementos de orden se dividían en odios inextinguibles; el principio de autoridad caía á los pies del pueblo soberano; la tranquilidad se hallaba á merced de los francos peseteros, que apedreaban, en nombre de la libertad de pensamiento, los balcones del que no iluminaba por el feliz advenimiento de la República; la ley estaba en manos de jueces populares indoctos; la Hacienda caminaba á la bancarrota; el ejército seguía siendo el ludibrio de las turbas harapientas, y España, deshonrando á Europa, dejaba que la marina nacional cayese prisionera de los acorazados alemanes. Siendo todo este desconcierto, lleno de crímenes y miserias, no más que para que los revolucionarios de Setiembre de 1868, una vez encumbrados en el poder, decidiesen á vuelta de bajezas, humillaciones, intrigas y descabros, traer un Monarca caballeroso y digno, á quien ellos mismos vendieron en 1873.

Por los días de aquellos tiempos de triste recordación, que ojalá no se olvidasen nunca, en que tuvo lugar esta historia, entre tantas cosas como presentaban mal aspecto, la fortuna de la guerra sonreía, aunque falsamente, al des-Gobierno de Madrid. Aquella *brillante* cruzada de la libertad (!) contra el oscurantismo (?) había mejorado y producido algunas victorias repetidas á las tropas no facciosas.

El ministerio se aprestaba con empeño decidido á apoderarse de Carregui, con cuya posesión creía tener ya la de media Guipúzcoa.

Y no iba muy descaminado en la creencia, si llegaba á tomar la expresada villa.

Con este propósito se reconcentraron todos los cuerpos que operaban en la provincia; proveyóse de abundantes provisiones de munición y boca á las ambulancias de Administración; rehiciéronse los mermados batallones, y con todas las plazas cubiertas y todos los servicios en disposición de ser

atendidos convenientemente, el día 13 de Setiembre se supo oficialmente en Madrid que Carregui estaba cercada por todos lados y que de un momento á otro iba á comenzar el bombardeo. Había mucha ansiedad por saber el resultado del sitio, que aunque en él no se jugaba el todo por el todo, para nadie era un secreto que la victoria ó la derrota había de ejercer una gran influencia en los acontecimientos sucesivos.

Funcionaba el telégrafo sin descanso; cotizábase en la Bolsa cualquier noticia de efecto que sobre Carregui versase, y así pasaron tres días de mortal angustia para el desdichado Gobierno que había hecho el esfuerzo de los esfuerzos sonsacando al esquilnado país nueva sangre que verter en los campos de la guerra.

En cafés, calles y plazas se miraba la gente transeunte preguntándose un *¿qué hay?* generalmente contestado por un mudo encogerse de hombros, que hundía en la desesperación á los curiosos. Y era más de alarmar la falta de fe en las noticias de origen oficial; pues como cada Ministro entonces era un falsario, la *Gaceta*, los Ministerios y los Cuerpos Colegisladores no eran sino mentideros de fábricas patrañas á cual más mal urdidas y pensadas. Momentos hubo en que llegó á creerse que los sitiadores habían sido deshechos por los sitiados; pero aunque el ánimo llegaba casi á convencerse, dejaba abierto el resquicio de la duda la tablilla del Congreso participando á los españoles que en varios encuentros parciales tenidos con el enemigo, que constantemente hacía salidas infructuosas, las tropas del Gobierno habían tenido un muerto y dos ó tres heridos, y en cambio los facciosos habían dejado el campo sembrado de cadáveres. ¡Lástima grande no tener á mano algún parte telegráfico carlista, donde cambiados los términos, apareciese que, muy por el contrario, con sólo un par de muertos habían hecho singular matanza y carnicería los partidarios del Pretendiente!... Que estas diferencias de apreciación son muy comunes y corrientes entre los ejércitos beligerantes.

Por fin, una de aquellas muchas noches de sobresalto que la revolución hizo pasar á los ciudadanos inofensivos y pacíficos,

á eso de la media noche, ó mejor cuando ya la madrugada se iniciaba borrando estrellas del cielo y empañando los cristales con las primeras escarchas del otoño, clara y distintamente se oyó por las calles un clamoreo de chicuelos y mujeres que desgañitándose, á voz en grito pregonaban: *¡El extraordinario de la Gaceta, con la toma de Carreguí...!*

No hubo casa en que no se mandara al criado que bajara inmediatamente á la calle á comprar el papelucho...

Y truncando el sueño, todos leyeron que el extraordinario decía así textualmente:

«El General en Jefe del ejército del Norte, al Excmo. Señor Ministro de la Guerra.—Después de nueve días de incensantes trabajos, la villa de Carreguí ha caído en nuestro poder. El combate ha sido reñidísimo y ha durado toda la noche. Aún no se puede precisar el número de bajas habidas en una y otra parte.—X.»

Por muy largo que hubiera sido el parte, hubiera parecido deficiente á la curiosidad pública: siendo, como era, cortísimo, disgustó á los sedientos de noticias.

Amaneció Dios, y las calles se vieron muy animadas. Los comentarios que se hacían al laconismo del General X no eran muy laudatorios para el Gobierno: bien es verdad que en España, suceda lo que suceda, siempre el Gobierno ha de ser criticado y mordido, porque la desconformidad con el que manda es cualidad tan inherente como los glóbulos rojos á la sangre *hidalgá* y *noble* de los españoles. Pero así y todo, oíanse algunas críticas que no dejaban de tener mucho fundamento... Y de este modo las cosas, cuando ya la hoguera de la murmuración se agotaba falta de combustible, entre las cenizas del primer telegrama vino otro segundo á avivar el moribundo fuego con noticias y detalles tan candentes como los que siguen:

«El General en Jefe del ejército del Norte, al Exmo. Señor Ministro de la Guerra y Presidente del Poder Ejecutivo de la Nación.—La precipitación con que puse á V. E. el anterior telegrama fué causa de que dejara de participar al

»Gobierno los detalles de la gran victoria que ayer alcanza-
 »ron las tropas. Ante todo cúpleme rendir tributo de pro-
 »funda admiración á los soldados, sin distinción de armas,
 »que se han batido heroicamente y con un entusiasmo digno
 »de premio, y á los Jefes y Oficiales de todas graduaciones
 »que, con pericia nunca bastante aplaudida, han cooperado
 »al éxito de la acción. He presenciado rasgos de valor que
 »recompensaré cuando V. E. me autorice para ello. Una ma-
 »la noticia tengo que comunicar, mezclada con estas nuevas:
 »las pérdidas que hemos tenido han sido muy sensibles: el
 »General Barzana, víctima de su arrojo, está gravemente
 »herido: el Brigadier Savonac ha muerto, como asimismo el
 »Comandante de Canarias, dos capitanes y siete oficiales de
 »diversos regimientos. En cambio hemos cogido prisioneros
 »á casi todos los sitiados, empezando por el General en Jefe
 »que ha dirigido la defensa, y que no es otro que el famoso
 »cabecilla Jaime Parolla. Además se han apresado veintidós
 »cañones de varios calibres, setenta cajas de pólvora y diez y
 »nueve carros de provisiones. Efecto de nuestras bombas, la
 »población está destrozada. Las bajas del enemigo son cuá-
 »druples que las nuestras. Espero órdenes de V. E. para for-
 »mar inmediatamente consejo de guerra al Mosén y los trein-
 »ta y dos oficiales prisioneros. Al comunicar á V. E. estas
 »noticias, no puedo menos de felicitarle y felicitar al Go-
 »bierno por este nuevo triunfo que, añadido á los anteriores,
 »dan como cercano el día que definitivamente se afiance en
 »España la República democrática, de que V. E. es digno
 »Presidente.—X.»

Este parte produjo gran hervoreo en la población, siempre
 ávida de emociones, de Madrid. Inmediatamente se procedió
 á ordenar que se engalanasen los balcones, empezando por
 los de los edificios oficiales, y se mandó que las charangas
 de la guarnición paseasen por las calles, caminando marciales
 al son del himno de Riego. Construyéronse banderas con ins-
 cripciones patrióticas y alusivas al suceso: y de más de dos
 Ministros sé yo, que iban sacando la cabeza por la ventanilla
 de su coche, aguardando sin duda á que el pueblo soberano

les victorease, cuando el pueblo, de hacer algo más que despreciarles, no hubiese hecho sino escupirles en la estúpida fisonomía.

Faltaba el entusiasmo; y el entusiasmo no es de esas cosas que se pueden mandar. ¡De qué servía que cuatro borrachos asalariados vociferasen por las calles *viva la República*, si el país entero estaba ya de República hasta la coronilla!...

Por eso los que esperaban con la toma de Carregui una reacción inmensa y unánime á favor del Gobierno, se llevaron solemne chasco. Todo el mundo se encogió de hombros, y todo el mundo siguió como hasta entonces, harto y cansado de embrollos, jaranas, movimientos y discursos parlamentarios.

Llegó la obcecación de los gobernantes hasta soñar con una ovación hecha al Ministro de la Guerra al entrar en el Congreso, y á este fin, es fama que el susodicho Consejero responsable dilató su entrada en el Salón de Sesiones mientras escaños y tribunas no estuvieran completamente llenas; pero entró, y si bien algún pariente, tal vez su misma mujer, escondida entre la muchedumbre, palmoteó con furor, pronto el palmoteo se borró en medio de una ahogante atmósfera de expectación y silencio, en que contrastaba el desdén del público con la fatuidad y fachendez del campanudo Ministro, que de gran uniforme y subido en la tribuna, leyó con entrecortada voz los dos telegramas que ya todos estaban cansados de saber.

Lo único que produjo alguna sensación fué la declaración de que el Gobierno, si bien no quería abusar de la victoria obtenida, decidido como estaba á obrar con resolución y con energía, había mandado fusilar al nombrado Mosén, perdonando á todos los demás oficiales carlistas que juntamente con él habían caído prisioneros.

Y así se participó telegráficamente al Capitán general del ejército del Norte.

CAPÍTULO XVII

AUGUSTO

- ¿Conque Augusto Monpavón está de nuevo arrestado?...
- Así parece.
- Nunca lo hubiera dicho. Antes bien, jurara, luego de ver cual se ha batido, que iba á ser objeto de una recompensa.
- Pues ya ves qué premio le han dado.
- Algo habrá hecho. ¿No se dice nada del por qué ha sido?...
- Se dicen muchas cosas; pero dudo que ninguna sea verdad.
- ¿Tan extrañas son?...
- Figúrate que se le achaca el haber levantado la mano al capitán que llevaba preso al Mosén.
- ¡Demonio!...
- Eso exclamé también yo.
- ¿Y no se sabe quién era?
- Sí... ese sobrino del General X, que no sirve más que para crear conflictos.
- ¿El que se puso enfermo *de tanta gravedad* el mismo día de comenzar el sitio?...
- Precisamente.
- ¿Sabes que es una alhaja el tal Juanito?... Bien pudo

exigir de Augusto una reparación, sin acudir á la autoridad del tío.

—Es sublimemente cobarde; figúrate que no lleva jamás cargado el revólver...

—¿Sí?

—Sí, muchacho, por eso te decía que un hombre por ese estilo no puede entrometerse en lances de honor... Ni por pienso. Antes lo arrastran que concertar un duelo.

—Pues en un día de jolgorio, como debe ser hoy para nosotros, no está muy bien que haya arrestado un oficial.

—¿Sabes lo que me ocurre?...

—Te lo adivino. Que nos reunamos todos y pidamos al General que absuelva á Augusto.

—Exactamente.

—Pues manos á la obra.

—Encárgate tú, puesto que los tratas más que yo, de interesar á los dos grandes amigos de Augusto, Valero y Quintana, que, como es de presumir, no se han de negar á nada de cuanto se haga en este sentido.

—Desde luego.

—Pues vamos.

—También predigo una cosa.

—¿Cuál?

—Que si conseguimos la libertad de Augusto, ha de ser á fuerza de súplicas y promesas.

—Pero, ¡si al fin abrazamos á Monpavón en la calle!...

—¡Le abrazaremos!...

.....

Cumpliéronse las profecías y los deseos de los que así hablaban.

El General X puso muchísimos reparos á la comisión que fué á verle, expresando lo grave que era en la guerra hubiese disensiones entre la oficialidad. Dijo también que no era la primera ni la segunda vez que se arrestaba á Monpavón por causas, si no idénticas, parecidas; y finalmente, que no existiendo por su parte rencor particular alguno, y sin otro deseo que guardar incólume la disciplina y el compañerismo, pre-

vio el perdón de la parte ofendida, volviesen para firmar la orden de encarcelamiento.

Con esta respuesta voló el alegre grupo de oficiales á casa del tímido sobrino de S. E.

Luego de hacerse esperar largo rato el Juanito, se presentó á los manifestantes, oyó su pretensión, y haciendo corazón de tripas y tragando mucha y muy amarga saliva, contestó con voz atiplada que él por sí no se mostraba ofendido, y la prueba era que no había desafiado inmediatamente al osado Augusto: que la parte ofendida era la dignidad de la *entidad* OFICIAL, y que si ésta se declaraba por todos que estaba libre de ofensa, él mismo iría á ver á su tío y á ser uno más que pidiese la libertad de Augusto.

Todo salió como se había pensado; y unas dos horas después Augusto Monpavón salía del piso bajo de la Escuela pública, convertida en cárcel merced á haber quedado ruinoso la del pueblo.

El modo de salir que tuvo dejó á todos convencidos de que era cierto cuanto de algunos días á aquella parte se susurraba de Augusto: que si no estaba loco estaba por lo menos con alguna grave dolencia intelectual que no le consentía ser el mismo de siempre. Había variado mucho: su trato no era igual; el modo de hablar distinto... Y por más que sus íptimos, admiradores y secuaces se dieron de calabazadas por averiguar la extraña causa de tan brusco cambio, se quedaban en cada una de sus averiguaciones mucho más á oscuras que antes.

Hasta el físico del capitán habíase trasformado, y aquella su cara sonrosada y risueña aun en los más terribles momentos, en la que tan mal sentaba el ceño que generalmente imprimía su endemoniado carácter, se había tornado demacrada y más que pálida; era un tinte el suyo verdoso, como el de los que padecen toda la vida de bilis. Tenía también los ojos cargados y hundidos en profundas ojeras. La boca nunca quieta, que embelesaba con sus músicas democráticas á sus compañeros, no se entreabría ya sino para pedir con insistencia alguna cosa, vomitando, si en seguida no se le complacía, algún terrible juramento ú otra más espantosa blasfemia. Y el oírle repetidas

varias de éstas fué lo que más confundió á los inquisidores de su transformación.

Habíase creído por un momento que Augusto era víctima de un ataque de santurronería: sospecha á que daba base de credulidad y de certeza el haber observado que ya no se marchaba cuando se celebraba misa en el campamento; y sobre todo, y esto era lo grave del caso, que se le había sorprendido, no una, sino distintas veces, conversando en secreto con el cura del regimiento, habiendo de tener en cuenta que este personaje fué siempre constante objeto de las sátiras, burlas y calumnias de Augusto, que distinguía á tan benemérita clase con los apodos de *Cucarachas* y *Bestias negras*...

Pero todas las ilusiones y todas las hipótesis se deshacían en cuanto se le veía contrariado en algo: eran sus labios como paredes de un morterete que arrojara venablos encendidos.....

Estos antecedentes, digo, sumados al modo que tuvo de salir de su prisión, sin dar ni las gracias á sus compañeros, huraño, hosco y grosero, dejaron absortos y cariacontecidos á los que se las prometían muy felices con su libertad.

Y dejando al coro, y yéndonos detrás del personaje, diremos que así que se vió libre de importunos, se fué derecho al cuartel y solicitó presentarse al General.

Llamado por éste, entró en el camaranchón que le servía de despacho, y luego de mostrarse reconocido por su libertamiento, hizo una pregunta que fué contestada por el General tomando de sobre la mesa un parte telegráfico, entregándose-lo á Augusto y diciéndole al mismo tiempo:

—Vea V. lo que hay sobre ese asunto. Lo acabo de recibir en este instante.

Augusto leyó con rapidez el telegrama, y se inmutó.

Del mejor modo que pudo se despidió del General y salió á la calle sin rumbo fijo: anduvo por dos ó tres, sin que se notara en él más cambio de dirección que el esquivar las que hubiera mucha gente, y al fin de muchas revueltas dió con su cuerpo en el campo.

Siguió alejándose de la población, apartando la ofuscada vista de los sangrientos restos que aún yacían sin enterrar en

los alrededores de Carregui, y dejando atrás las últimas trincheras y los primeros parapetos, desde donde la artillería del Gobierno había estado emplazada, cubriendo con sus fuegos la parte Oeste de la población, se internó en una especie de alameda de chopos que se llamaba por la gente del país *el Ral*.

Paseó largo rato á la sombra de los altos árboles, siempre pensativo y cabizbajo, como quien medita algo muy trascendental. Parábase en algunos trechos, y como todo hombre sin fe, soñaba despierto con la panacea de los desesperados, con el suicidio: eso que llaman una cobardía los que no tienen valor para apuntarse el cráneo, sin pensar en el daño del cuerpo, ni en lo que será del alma después que suene el tiro.

Pero indudablemente no le calmaba del todo los dolores que debía sufrir el pensamiento de quitarse de una vez de en medio, cuando con avinagrada expresión de disgusto sacudía la frente y parecía internarse en distintos senderos de los infinitos que su imaginación le dejaba abiertos en un principio, para cerrárselos después con infranqueables barreras de imposibles.

Ni si eran remordimientos ó desasosiego inexplicable lo que Augusto sentía, podrá nadie decir; sólo pudiera asegurarse que una idea fija le subyugaba y le pesaba como peñasco próximo á aplastarle, comenzando por triturarle el cuerpo, y que era una idea, más que tal, problema de difícil solución...

Si el ánimo despreocupado, limpio de toda preocupación, viese de repente la más ardua de todas las cuestiones, la resolvería, por muy torpe que fuese el cerebro en que estuviese contenido. Pero la inteligencia más superior es impotente ante una de esas ecuaciones de la vida en que ha entrado el embrollo de la aglomeración de ideas, en que el cansancio y la fatiga tienen rendido el espíritu y los engranajes de la deducción no encajan cual debieran.

Y Augusto Monpavón había sentido en su masa cerebral una de esas conmociones terribles que hacen saltar de su común asiento á los nervios del buen juzgar, confundiéndose

los raciocinios de la conciencia con las aspiraciones y deseos del alma y los latidos é impulsos del corazón. Y la razón, y el corazón y el alma, conformes en un principio absoluto, disentían en la manera y el modo de llevarlo á cabo ó término.

Adelanto fué para Augusto huir de todo para encontrarse á solas en el campo, que es donde mejor y con más claridad se piensa; pero así, no obstante, batallaba y libraba singular combate entre dos muy desiguales mesnadas. De una parte formaban el agostado amor de una mujer, de quien hacía mucho tiempo que no sabía nada; la inocencia asesinada de su propio hijo y la desesperación contra sí mismo, producida por la fatal cadena de desdichas que sin voluntad mayor arrolló á la familia del único sér á quien su espíritu escéptico distinguió con un afecto no sentido ni por la madre que le trajo al mundo. De la otra parte estaba... no estaba nadie, era un *no sé qué*, un presentimiento, un deseo vago, una necesidad de algo que no acababa nunca de expresarse bien, ni decir qué era, ni qué quería, ni para qué le mortificaba, ni por qué había aparecido ante su vista como una cosa necesaria, imprescindible, de absoluta necesidad.

Lo más que pudiera traducirse de aquel malestar, de aquella sensación vaga é impalpable, era, y esto ya como resumen de mil disquisiciones, que había que hacer algo.

Pero, ¿y qué?...

Era aquel atascamiento de la decisión de Augusto, en su poderosa inteligencia, como máquina colosal de grandes proporciones que un grano de arena, una paja, un palito, enredado en la última y más pequeña é insignificante de las ruedas, detuviese y parase lo que un ingeniero tratase de hacer andar rebuscando la causa del contratiempo en las ruedas grandes, como Augusto rebuscaba en su cerebro el motivo grande que hubiese hecho nacer su entorpecimiento, tan ajeno ó más que el ingeniero de que todo estribaba en lo más despreciado de todo el conjunto: en aquello que jamás se sospechara tuviera poder para, siendo tan ínfimo, producir tan deformes efectos.

Y á la angustia sobrevenía la angustia: y al no saber qué

hacer, el ignorar qué decidir... que son fatales los momentos de indecisión que preceden á las supremas resoluciones.

Nublóse también el sol, y una nubecilla de otoño tendida y corredora dejó desprender una ligera llovizna que apenas mojó del todo las hojas de los árboles.

Chasquearon las gotas de la lluvia en la fina arena y se esquinaron en los tallos de los menudos helechos, yendo luego á rezumarse en la sedienta tierra: de esa tierra vascongada que es insaciable en el beber y más pide cuanto más la llueve... ¡estuviera meses enteros sin ver el agua, como están muchas tierras en Castilla, y supiera lo que vale esa humedad que ella dispendia y derrocha con desprecio!...

Pero el nublado se fué y volvió á brillar espléndido el sol, que sesgando sus rayos por las enramadas del espeso follaje, dibujaba en el suelo del *Ral* ondulantes y movibles manchas de clara luz.

Augusto caminaba bajo aquella verde techumbre, que salpicaba en los claros por donde entraba el sol el azul purísimo del cielo, y parándose de repente, se rehizo de su abatimiento; el cuerpo, que llevaba doblado, lo irguió y puso enhiesto, y dando un golpe de respiración fuerte, como el que descansa, murmuró unas palabras que bien pudieron decir:

—Ya, ya sé lo que he de hacer.

Hízose argumentos, objetándose á sí propio, el pro y el contra de cada una de las resoluciones que pareció tomar; mas enérgicas y de grandes ventajas debían ser, cuando salieron vencedoras de todas las argumentaciones. Púsose el hombre hasta risueño, y si de modo muy lento entró en el *Ral*, mucho más rápido salió de él, y bastante más grandes eran los pasos que daba hacia Carregui, como si quisiera llegar pronto, ó lo que fuese á hacer fuera de gran urgencia y necesidad.

Entró en la población y se dirigió á su alojamiento, quedándose maravillado al ver que declinaba el día: es decir, que sin notarlo había estado en el campo más de nueve horas.

Penetró en su estrecha estancia y probó un poco de la opípara cena que el puntual Berrugas le tenía preparada. A

las insinuantes preguntas del asistente contestó con vagas evasivas, y cual si todo lo que le contaba le tuviera perfectamente sin cuidado. Únicamente se estremeció cuando el incansable soldado le dijo:

—¿Y sabe V. lo de pasado mañana?...

—¿El qué?—preguntó, adivinando lo que Berrugas iba á referirle.

—La función que vamos á tener pasado mañana á las ocho de la mañanita.

—¿Quieres concluir de una vez?...

—Pues que fusilan al Mosén.

Augusto calló como un muerto: Berrugas mientras tanto siguió haciendo consideraciones sobre la ejecución que iba á tener lugar, quedándose maravillado cuando al aplaudirla y decir que produciría muy buen efecto en el ejército, le gritó con coraje Monpavón:

—¿Te quieres callar, animal?...

—¡Señor!...

—¿Y si no le fusilan?...

—Ya está en la orden del día.

—¡Y qué!...

—Que mañana á las ocho lo ponen en capilla.

—¡Y qué!...

—¡Si el señor se enfada!...

—No: lo que digo es que no le fusilarán.

—¿Por...?

—¡Porque no! ¡Ea!... ¡Ya lo sabes!... ¡No le fusilarán!... ¡Y ahora quítate de mi presencia!

Con esto terminó el corto diálogo, y Monpavón quedó solo.

Cerró inmediatamente por dentro la puerta del cuarto, y yendo hacia su maletín, lo abrió. Sacó de él un bolsito, lleno al parecer de dinero, y vaciándolo sobre la cama para que no hiciese ruido, contó, con ansia de avariento, las monedas que efectivamente contenía.

Era aquel montón de plata y oro el producto del juego, que días antes de entrar en Carregui le había sido extraordinariamente favorable, y cuando con exactitud de prestamista se enteró de la cantidad á que ascendía, se la fué guardando

en los bolsillos, que repletos y rebosantes de metal amenazaban romperse.

Esto hecho, aguardó á que la noche cerrase del todo, tumbado de medio lado en su cama y solazándose recreado con el seguro éxito de la empresa que iba á acometer.

Como hacía ya dos días que no pegaba los ojos, apenas los párpados se vieron de cerca se le unieron fuertemente, y salvando esa incomprensible barrera que separa á la vida del sueño, quedó profundamente dormido.

Cuando despertó, lo hizo sobresaltado, furioso contra su pereza y su descuido... Se levantó y miró la hora que señalaba su reloj. Eran las doce de la noche.

Púsose en pie, y tentándose los bolsillos para cerciorarse de que estaban rellenos de dinero, salió al cuarto contiguo, turbando el delicioso sueño de Berrugas...

Díjole que no le esperase hasta el día siguiente, y que si tampoco volvía, que le rezara un Padre Nuestro y no se acordara más del santo de su nombre. Encargo que sobresaltó al fiel asistente, que hubiera jurado que su señorito iba á pegarse un tiro.

Pero como su debilidad era la obediencia ciega á las órdenes que recibía, aunque tuvo pujos de seguir á Augusto y averiguar adónde iba, optó por quedarse en casa aguardando tranquilamente los sucesos que vinieran.

Salió Monpavón á la calle, y prevalido de la oscuridad de la noche se escurrió, sin que le viese ninguna patrulla, hasta cierta casa de la calle principal del pueblo, que rodeó y examinó sin acercarse al portal de ella, donde había luz y unos centinelas.

Dando la vuelta al edificio, se encontró con que por la parte posterior tenía un corral ó desahogo que guardaba una tapia facilísima de salvar. Sin vacilar tanteó los desperfectos del muro, buscando algún desconchado ó mal avenida pedrusco que saliéndose de la masa general ofreciese cómodo estribo para el pie, y aunque la tapia tenía poco de estas cosas porque era bastante nueva al parecer, encontró la mella hecha por una bomba y allí hizo peldaño para tomar aliento y de un empuje montarse en el paredón.

Abrochóse perfectamente el uniforme, y tendiendo la vista por entre la oscuridad de la calle, se vió solo... que fué verse con permiso de dar un salto y agarrarse ya encaramado al montante del muro. Pero entonces sonó una exclamación imposible de contener: un grito ahogado de dolor, que daba á entender gran daño en el que lo exhalaba...

Augusto Monpavón fué el que, heridas las manos por toda una aspillera de vidrios rotos, cascos de botella y fragmentos de platos que estaban enclavados en la masa de la tapia, profirió aquel quejido. Quedáronsele ensangrentadas las muñecas, ensangrentados los dedos y ensangrentada la boca, que fué donde llevó sus destrozadas manos en ese primer movimiento instintivo que inconscientemente hace al hombre aplicarse el gran remedio cáustico para todas las heridas: la saliva.

Del atolondramiento en que le sumió el horrible daño recibido vino á sacarle una somnolienta voz que á pocos pasos de él, pero al otro lado de la tapia, de donde ya se había bajado, gritó:

—¡Quién vive!

Sin duda, centinelas que debía haber en el corral habían visto asomar su cabeza.

Y comprendiendo lo imposible que era intentar nada por aquella parte, se alejó sin contestar una palabra al soldado que le dió la voz de alto.

Si gravísimos pensamientos no le abstraieran casi por completo, es indudable que se hubiese desesperado al verse con las manos imposibilitadas para todo. Pensó, sí, en retirarse y hacerse curar de cualquier cirujano; pero como el asunto á que iba urgía muchísimo y el tiempo corría, y tal vez pasadas algunas horas ya nada tendría remedio, se decidió por buscar una fuente que á la ida había visto implantada en el esquinazo de una de aquellas intrincadas callejuelas.

Al fin la halló; pero parecía que todas las cosas iban á salirle mal en aquella noche: la fuente no corría; debía ser de las que sólo se abren por el día, á causa de no ser muy abundante el manantial de que provienen y no quererse derrochar el agua. Sin embargo, delante de la fuente había un charco,

y un charco con cieno de ese fino que algunos recomiendan para curar heridas, y en él hundi6 las rotas manos Augusto.

Sobrecogi6se de fr6o al sentir el escozor de las heridas, que al ponerse en contacto la carne viva y el agua redoblaron su mortificaci6n. Maldijo al inventor de la bestial costumbre de sembrar vidrios en las tapias, y quisiera 6l haber tenido 6 mano algo con que limpiar en dos minutos los cristales y hac6rselos comer al due6o de la finca.

Son6 entonces un reloj, que Augusto no pudo descifrar si daba las dos 6 las doce y media y temeroso, de que fuese la primera hora, aceler6 su cura cuanto pudo, limpi6se las manos, y nervioso por los dolores, que cada vez parec6an ir en aumento, fu6se derecho 6 la misma casa donde antes vi6 luz y soldados en el portal.

Cuando se present6, los centinelas le saludaron; pero un sargento que se paseaba por no dormirse le pregunt6 que ad6nde iba.

Qued6se parado Augusto; mas ofendido por el modo brusco que el sargento tuvo de hacer la pregunta, decidi6se 6 obrar con decisi6n y contest6 resueltamente:

—A ver al Mos6n, de parte del General.

Dud6 el sargento; y aun fu6 6 pedir 6 Monpav6n la orden que derogara la que 6l ten6a de que Jaime Parolla estuviera completamente incomunicado; pero recordando varios caramillos que en otras ocasiones hab6a armado Augusto 6 otros compa6eros, y en las que, como de costumbre, hab6a roto la sogas por lo m6s delgado, contest6 ya con mucho respeto y mucha buena educaci6n.

—Agu6rdese un momento, que voy 6 *despertar* al oficial de guardia, y en seguida salgo.

—¿Qui6n es?...—interrog6 Augusto.

—D. Juan Bugallo—dijo el sargento.

Augusto vi6 una nueva contrariedad en que fuera el oficial de guardia el sobrino del General, por cuya causa hab6a estado preso; pero como no era aquella ocasi6n para vacilaciones ni nimiedades, dijo resueltamente:

—Bueno; pues d6selo, que yo al momento salgo.

Y entró derecho en el largo pasadizo que se abría en el portal.

Allí preguntó cuál era el calabozo del Mosén, y le indicaron una escalerilla que bajaba á un sótano húmedo y frío.

A la misma puerta de la prisión fué donde más tuvo que trabajar la constancia de Augusto.

Había allí de guardia un soldado gallego que resueltamente se negó á dejarle libre el paso; y aferrado á su fusil y á la orden que le habían dado, convenció á Augusto de que era menester echar mano de un recurso no experimentado hasta entonces. En efecto, sacó de sus bolsillos unos cuantos duros, y poniéndoselos en la mano al fidelísimo guardián, vió con no escasa maravilla de su ánimo, que sería también inútil aquel estratégico soborno. El centinela era más fiel á la consigna que Lucrecia la romana fué á su marido, y antes se dejara matar que consentir la entrada á nadie en el calabozo.

Pero si el soldado pecaba de severo en la guarda del sótano, Augusto pecó siempre de testarudo; y viendo que su último medio era la fuerza, decidió apelar á ella. Cogió el fusil al gallego, quien sorprendido por tan brusco ataque, no pudo impedir que se lo arrebatasen, y añadiendo al desarme dos golpes y un empujón, lo apartó de delante de la puerta, y entró por ella, bajando luego la escalera del modo más natural y cual si nada hubiese sucedido.

Mientras tanto, el soldado, reponiéndose de tan feroz acometida, y asustado por si alguna responsabilidad pudiera aún caberle en aquel quebranto de las órdenes que recibió, subió en seguida al cuerpo de guardia á contar á su sargento que sin que él lo pudiese evitar, un capitán de artillería había entrado á ver al preso; y el sargento, que aún dudaba si despertar al oficial, lo despertó; y el oficial, sin ánimos propios para habérselas con Monpavón se vistió apresuradamente y salió no menos rápido de la casa á contar el suceso á su tío.

CAPÍTULO XVIII

LA INTENTONA

Era un recinto estrecho y alargado: de mugrientas paredes que la humedad revistió de verdín: alfombrado de una espesa capa de tierra grédoa y movediza; y sólo alumbrado por un lamparón que pendiente de una filástica de junco, extendía sus moribundos resplandores sobre el conjunto ya tétrico y sombrío de la habitación. Deformes manchones producidos por las goteras que filtraban el agua del patio, parecían monstruos dibujados en el muro como los que en Egipto se esculpían en las criptas: y entre las grietas de las paredes, las junturas de las losas y los rincones de la tapia y el techo, amplias telarañas colgantes como trapos puestos á secar, se columpiaban, plegaban y replegaban según la fortaleza y el empuje del aire que colaba por los resquicios de la ventanuca abierta á flor de tierra.

En medio del silencio de cueva que allí reinaba, se escuchaba los chasquidos de los sapos al apresar algún insecto, el corretear de algún animalucho, y otros mil ruidos disformes, que con los brincos de la luz, y las sombras que se extendían á lo largo de aquella profundidad, daban una bofetata de miedo al que allí entrase, á más de la de frío húmedo y fétido que se recibía no bien se abría la puerta.

Augusto Monpavón bajó los siete escalones que concluían

casi debajo del farol, y buscó con la vista lo que distinguió al momento: una mala cama de palo, sin más que un jergón de paja, sobre la que sentado el Mosén, con los codos sobre las piernas y la cabeza entre las manos, no dormía, pero meditaba profundamente, por cuanto al sentir abrir la puerta, oír los pasos resonar en los peldaños de piedra, y presumir que alguien se le acercaba, no levantó ni siquiera la frente.

Augusto envuelto en su gabán, se detuvo al encontrarse junto á él: y cuando adquirió certeza de que no dormía, murmuró:

—Mosén...

Jaime entonces se rebulló, se puso en pie, y dijo en alta voz:

—¿Quién es?...

Augusto tembló al no atreverse á dar su nombre: y su indecisión duró tanto, que dió lugar á que el Mosén le viera al perfil de la malhadada luz, le reconociese, y airado, turbulento, con indecible expresión de desprecio, dijera:

—¡Ah!... ¡Eres tú!...

Y pareciendo salir de un soporoso abstraimiento, miró si alguien venía acompañando á Monpavón.

Al convencerse de que Augusto entraba solo, retrocedió unos cuantos pasos, cruzó los brazos apretadamente, y quedó derecho é inmovil contemplando á su odioso enemigo de toda la vida. A la dudosa vislumbre del farol, le relucían los ojos bajo las hundidas cejas con extraño brillo y relumbrar. Por sus macilentas mejillas, que las desgracias habían cuarteado como el tiempo los antiguos muros, y que la penumbra del sótano hacía aún más pálidas y terribles, se le esparcía una triste sonrisa... siendo no obstante muy extraño que en aquel ambiente de cueva, frío y húmedo, brotasen de sus poros, que lógicamente debían estar contraídos y cerrados, gruesas gotas de sudor, que enjugaba rápidamente con su mano ardorosa, volviendo en seguida á su anterior postura de examen y contemplación.

Aterrada retrocedería la mente de cualquiera si en tal momento hubiese podido observar el alma tenebrosa del cabezalla, ó yo acertara á describir el deleite acre y frenético que

le regocijaba con mil sensaciones de un odio mortal, encanecido por el tiempo y dispuesto á satisfacerse y vengarse de una vez, borrando á la memoria juramentos y promesas, para no dejar en sí más que el espíritu de la gran venganza, hervoreante, atronadora y pronta á estallar. La imagen de su padre anciano, llamándole con desesperación y angustia; la de su hermana envilecida, abandonada; madre; muerta al fin, después de haber sufrido en sus virgíneas sienes los brutales besos de Augusto; la de su madre gimiendo, pisoteada y moribunda; la de Jesús, espirando inocente, herido por el mismo que le dió el ser; todo esto en confusión inextricable, en horrendo caos de confusión y sobre un fondo negro, semejante á insondable profundidad de un cielo revuelto, donde la venganza destacaba y resplandecía, más brillante más llamativa, más provocativa de pronta ejecución y más arrobada de placer infernal y demoniaco, era la esencia del pensar de Jaime Parolla. Por esto en la sonrisa que vagaba errante, sin fijarse, fugaz y tenue por sus facciones, había algo de incomprendible, mucho de sobrehumano; algo de vacilación y de duda; mucho que hacía recordar el gesto, la mirada y la actitud de los arcángeles malditos, que rodaron del cielo á las últimas profundidades, en el comienzo de los tiempos bíblicos.

Augusto Monpavón le miraba silencioso, pero dirigiendo el curso de sus ideas por diferente rumbo. Ante un dolor tan profundo y legítimo como el que Jaime debiera sentir, Augusto olvidó su altivez y el valor de ánimo que más de una vez había demostrado.

Fué á hablar: pero al ver que los labios del cabecilla se movieron para hacerlo, calló.

Quedáronse mirando breve rato de hito en hito, siendo el primer rompedor del silencio el Mosén, que sosteniendo aquella sonrisa que pugnaba por reventar entre las amarguras de todo su rostro, habló si pausadamente, con energía:

—¡Hasta aquí, vienes á perseguirme?... ¡Eres insaciable!... Bien que tú...—y se detuvo un instante.

Acordóse Jaime de que Augusto ignoraría la muerte de Paz, y redoblando su coraje, trató de investigar en el ademán de Monpavón si así era.

La figura taciturna del Mosén, fué de mal agüero para Augusto: siempre le había mirado de un modo extraño que transparentaba un insaciable deseo de mal: nunca como en aquel momento supremo.

Sobre el agitado bullir de los nobilísimos pensamientos que llevaban á Augusto al sótano, pesó como un espectro de pesadilla la imagen sombría de aquel hombre, inclinado por su cojera, erguido y tieso por su orgullo de Parolla. Y el mirarse de los dos militares, llegó á ser tan elocuente, que no necesitó de la lengua para traducirse; y Augusto sintió que los ojos verdi-negros del hermano de su amada, se le clavaban en el alma como púas... huía de ellos y se veía acorralado, preso, en un atolondrado remolino de aflicción, que le estrechaba con la ferocidad de la hiena, meciéndose voluptuosamente en sus trances de agonía, refrescándose en su amargura; ciñéndole, palpándole, palpitando á su alrededor donde se retorció y enroscaba como una serpiente.

Y cuando Jaime se hartó de aquel deleite inefable, llegó á Monpavón, y echándole una mano al brazo, le sacudió, y dijo:

—¡Tú ignoras una cosa!...

Augusto, subyugado por aquella especie de fascinación, no tuvo alientos ni para preguntar qué era lo que no sabía: tembló y estuvo quieto: verdad es que nada hubiera conseguido á resistir, porque la mano ardiente de Jaime le apretaba como una esposa de hierro; y sus fuerzas, no eran fuerzas humanas; eran fuerzas del otro mundo.

—¡Digo—repitió el Mosén con voz ronca—que vienes, porque ignoras quién ha muerto!...

—¿Quién?—preguntó tembloroso Augusto.

El Mosén se contuvo un poco: quería que Monpavón espere el rayo que había de abrasarle.

Al cabo dijo:

—María de la Paz.

—¡Muerta!—gimió, Augusto, forcejeando por soltarse de la férrea mano de Jaime.—¡Muerta mi María!...

—¡Sí!—le repuso el Mosén, sonriendo con tristeza.—Tu María... ¡Ya no es tuya!... Lo único que la faltaba, sufrir de tí...

—¿De mí?...

—Sí; de tí. Después de deshonrarla, de abandonarla; luego de muchos días de soledad, cara á cara con su infamia; mataste el *único* amor que en la tierra tenía... lo que era sostén de su existencia... y murió.

—¡Murió!—repetía Augusto maquinalmente.

El Mosén se separó de Augusto: quería ver bien su angustia.

Luego oyó que balbuceaba una frase de cuya laberíntica urdimbre sólo pudo entresacar la palabra *perdón*, y agitándose como un loco, exclamó:

—¡Perdón!... ¡Ya lo pidió ella para tí! ¡Me exigió un juramento imposible!... ¡Que te perdonara y respetase tu vida!

—¿Ella?...—murmuraba consternado Augusto.

—Sí... En el delirio de sus últimos momentos—proseguía Jaime como un insensato.—Pero... yo...

Como lava enrojecida que surge á borbotones de cráter hirviente, frases de vértigo y locura fueron á brotar de la boca del Mosén. De pronto pareció olvidar el objeto de sus iras, y dirigirse á alguien que debió flotar como una silueta ó sombra, sólo para sus ojos.

Dirigiéndose hacia esta nueva alucinación de su desatentado desvarío, exclamó:

—¿A qué venís vosotros?... ¿A remorderme de un delito que aún no he cometido?... ¿A gritar *perdón*?... ¡Perdón!...

Y dando ya rienda suelta al torbellino de odio profundo, que el tiempo fué amontonando en su turbulento espíritu; dejando en libertad á los vientos y huracanes de sus rencores; abriendo la compuerta al torrente de sus encanecidos deseos de venganza, rugió frenético:

—¡Es horrible hablarme á mí de perdón!... ¡Perdonar yo á este malvado?... ¿Y por qué?... ¿Porque presté un juramento?... ¡Cuántos habrá él quebrantado y pisoteado!... Además, anterior al de María es el que hice á mi padre de vengar su muerte... ¡No es posible, no!... ¡Sonó la hora!...

Entonces pareció oír que Monpavón hablaba algo; pero ciego y sordo como estaba, rígido cual una escultura á quien arrastrasen por su pedestal, se aproximó á su enemigo, llevando la mano á la cintura. Estaba desarmado. Mas por segun-

da vez, no mirando la clase de combate, atento sólo á destrozar á Augusto, arrojóse sobre él...

—¡Es buen pago el que se me da por lo que vengo á hacer! —gritó con acento supremo de desaliento Monpavón.

Aquella voz ronca, proferida con trabajo por Augusto, sacó al Mosén de su pesadilla y de su afán de matar. Con la volubilidad de ideas de un loco, aflojó sus energías, retrocedió unos pasos y cruzándose de brazos como primeramente estuvo, replicó casi tranquilo:

—¿A qué vienes?...

—A lo que V. menos puede esperar—le replicó Augusto.

Y el Mosén, pausando su hablar, hasta hacerlo lento y reposado, dijo:

—Si no fuera porque de tí todo es esperable, dudara de tu visita á este sitio y á estas horas. ¿Acaso vienes á recrear tu corazón de hiena, viendo el efecto que me hace la noticia que seguramente traerás, de que me mandan fusilar?... Si es así, no te inquiete que yo por esto te deteste ni te aborrezca más; porque el mundo había de volver á empezar; habías de injuriarme doble de lo que me has injuriado; ¡habías de hacerme doble daño del que me has hecho! habías... ¡un imposible!... de ser más infame de lo que has sido para mí... y no te odiara tanto como te odio y te maldigo. Por esto, si es la muerte lo que vienes á anunciarme, calla, que con sola tu presencia he adivinado tu deseo.

—Vengo dispuesto á algo muy contrario de lo que V. acaba de decir. Vengo á dar mi vida por la de V.

—¿Tu vida por la mía?...

—Sí.

—¡Eso es creer que valen lo mismo!...

—Valga ó no valga, yo vengo á pedir á V. un favor.

—¡Qué te diga dónde está María!... ¿No es así?...

—No: ya he oído que ha muerto.

—Dí que la has matado.

—De ser alguien el culpable, V. sería más que yo.

Una horrible conmoción hizo estremecerse al Mosén. Re-
puesto, y dominando los impulsos que sentía por arrancar
la vida al causante de todas sus desgracias, dijo:

—¿Yo?... ¿Y qué he hecho yo?...

—Separarnos...

—¿Seguirás siendo tan imbécil que creas que María ha muerto de amor por tí?...

—No: pero...

—¡Si á mis impulsos hubiera de obedecer, te matara aquí, sin armas, como estoy!... Los calma, sin embargo, el recuerdo que la proximidad de mi muerte me trae de que aun siendo tu asesinato la más justa venganza que registraran los siglos, sería una nueva profanación de las leyes divinas y humanas, que prohíben el matar. Además estoy cansado: soy otro del que era... Por tanto, si te inspira alguna lástima ó respeto el desgraciado reo á quien muy pocas horas de vida le restan, calla, y déjale... vete... Ya que no le has dejado vivir en paz, déjale morir tranquilo!... ¿O vienes—dijo aumentando la fuerza acústica del metal de su voz—á impedir con tu presencia que me prepare para ser juzgado, allí, donde tú lo estás ya?...

—Vengo á una cosa urgente. A que V. se vista mi uniforme y salga de aquí. Yo me quedaré en su lugar.

La vista que no ve en mucho tiempo más que sombras, cuando mira de repente esplendorosa luz, se deslumbra y no la percibe. Cosa semejante sucedió al Mosén, que habituado á no ver en Augusto Monpavón más que crímenes y maldades, no pudo comprender en el primer momento la grandeza de la noble acción que emprendía. Por esto, cegada la inteligencia, balbuceó:

—No te he entendido... repite... repite...

Y Augusto le dijo:

—Que dentro de unas horas será imposible que V. escape: puesto que ya no estará aquí.

—¿Pues dónde?...

—En capilla... donde le pondrán á las ocho de la mañana.

—¿Y qué?...

—Que puede V. salvarse.

—¿Cómo?...

—Cambiemos los dos de traje. V. envuelto en mi capote no será reconocido por las guardias, que además ahora son pocas y están medio dormidas...

Callóse Augusto al ver la sonrisa maliciosa de Jaime, quien le dijo entre burlón y serio:

—Novelesco es lo que me propones, y me regocija por una consideración. Tú has hecho esto, ó mejor, quieres hacerlo, porque indudablemente te comienza á remorder la conciencia... Hay algo dentro de tí que te acusa sin cesar de las desdichas que has vertido sobre mi raza, hasta hacerla desaparecer de la tierra... Sientes cansancio de infamias... el malestar del bandido á quien duelen las muñecas de dar puñaladas á un mismo muerto, y sin descanso, sin tregua, sin reposar un instante... Y quieres compensar toda una vida de enconos contra mí, salvándome ahora. Te repito que me regocija mucho esto que vienes á hacer; pero es porque me demuestra, que al fin, comienzas tú á sufrir... ¡vé qué coincidencia!... ¡Cuando el último Parolla va á descansar para siempre!...

—¿Pues qué?...

Y Augusto Monpavón se detuvo un instante amedrentado antes de preguntar:

—¿No admite V. lo que vengo á proponerle?...

Brillaron los ojos del Mosén en medio de la oscuridad como los del lobo en mitad del bosque. Su gesto tomó una expresión indefiniblemente grandiosa de triunfo; y arrogante, contento, satisfecho y con solemnidad, respondió:

—No.

Esta contestación no la había previsto Augusto. Cayeron por su base todas las presunciones hechas, y aunque no habló, en su perplejidad demostró que no comprendía ni alcanzaba á entender la causa de aquella resolución: que como del Mosén era definitiva é irrevocable.

—Hasta cuando has querido hacerme un favor—continuó Jaime—resulta que no es posible. Está de Dios que tú no has de hacerme más que daño. Aunque daño es lo que me harías si yo aceptase tu proposición. Considera que todos los míos menos yo, reposan ya en esa vida en que tú nunca has creído... que todos me llaman á su lado... que yo mismo en el mundo me veo huérfano de todo cariño... siempre abrumado de amarguras, y constantemente perseguido por la lucha

que sostengo entre la promesa jurada que hice á mi hermana de respetar tu vida, y todos los impulsos de mi espíritu, que se hubiera gustoso condenado, con tal de precipitar tu alma en el infierno... Considera esto, y ve si no es daño, el que ahora que la dicha está en la otra vida, vengas tú á retrasármela, arrojándome al rostro, que tengo quemado de tus bofetadas, unas migajas de misericordia y de favor que ni siquiera te agradezco, porque no puedo convencerme de que sean leales.

—Nunca—replicó ofendido Augusto—viniendo á lo que vengo...

—A lo que venías—le interrumpió el Mosén.

—A lo que vengo—volvió á decir Monpavón—pude esperar de V. tantos insultos.

—¿Mereces tú de mi boca algo más?

—Sí; merezco que se marche V. ahora mismo, y que me deje aquí. ¿No he oído yo en mil tonos que V. quería matarme, vengando con mi muerte las desgracias que inconscientemente haya podido traer sobre su familia?... Pues váyase, y está satisfecho: que á mí no me han de premiar su fuga más que con cuatro tiros.

—Si lo que te propones es hacerme variar de resolución, desiste de tu empeño, y no te canses inúltimente. Es en vano que malgastes tu oratoria en convencerme de que debo huir... Aquí estaré... y aquí me matarán. Una cosa puedes hacer. Con tu infernal idea de venir á ponerte en mi lugar has atado mis manos más que con el juramento que á María hice y que estaba dispuesto á quebrantar. Por mí tienes ya un perdón, que nunca concebí ser posible que yo te diese. Así, pues, sal de aquí, vete fuera, enreda como tú sabes hacerlo, y á ver si consigues ser el oficial que da la voz de *fuego*. ¡Sonaría tan bien en mis oídos! ¡Me halagaría tanto morir á una voz tuya! No me niegues que sería el complemento de tu vida y de la mía... ¡Qué descansado quedarías al pensar que habías despachado al último Parolla!

—Mosén—dijo gravemente Augusto—el tiempo pasa, y no hay que perder un momento. Si es preciso que me hinque de rodillas para que se vista mi uniforme, dígallo, y caeré en

tierra. Pero márchese, aunque luego después... se pegue un tiro.

—¿Pegarme *yo* un tiro?... ¡Ahí tienes la diferencia que hay entre los dos!... Tú puedes hacerlo; yo, no. ¿Crees que millares de veces no he sentido necesidad de saltarme el cráneo?... Pues te equivocas, y hasta ¡insensato! más de diez he tenido el arma en la mano, y apuntando á la frente... Pero yo tengo que contar con una cosa con que no cuentas tú. Con Dios. El nos manda que jamás por nada ni por nadie dispongamos de nuestra vida; que la cuidemos y la preservamos.

—Ahora bien—interrumpió Augusto;—si Dios manda eso, el que tenga ocasión de salvar la vida y no lo haga, ¿pecará?...

—Sí.

—¿Será un suicida?...

—Como el que se dispara un pistoletazo.

—Pues V. tiene ocasión de huir, y no huye; es, por consiguiente, un suicida.

—No; porque esta vez es con perjuicio de tercero. Tú mismo has dicho, y con razón, que al verte á tí en mi lugar te fusilarían. Y cesa de argumentos y sofismas, que por mucho que digas, ningún caso te he de hacer. Vuelvo á repetirte que en mí existe el deseo de suicidarme; que no lo hago por temor á Dios; y que ya que su divina Providencia me proporciona la manera de morir y descansar, sin necesidad de pecado, por mi parte, le doy infinitas gracias, y créete que me siento profundamente reconocido á sus bondades. Dirás tú—añadió cambiando de tono—que no se compadece bien este temor de Dios y mis deseos de verte en camino de la eternidad, donde todas las virtudes se premian, y se castigan todas las infamias, pero has de tener en cuenta...

Entonces, los dos callaron, y los dos dejaron de mirarse. Habían creído percibir por la ventana que se abría á flor de tierra, ruido como de gente que se agachara y observase lo que ocurría en el interior del sótano. Y silenciosos permanecieron unos instantes con la vista fija en la enrejada claraboya, sin que nada consiguieran ver, por la oscuridad profunda de la noche, que hacía se viera todo negro en el exterior,

Como pasó un buen rato, sin que el ruido se repitiera,

Augusto creyó que el anteriormente escuchado, había sido producido por algún soldado que pasara por la galería; pero de todos modos le alarmó muchísimo y le convenció de que urgía acabar inmediatamente con aquel negocio.

—Jaime—dijo en tono imperativo,—su hermana María exigió de V. antes de morir, que respetara mi vida. Yo, á cambio de esto, le ruego por ella, que no desperdicie un minuto más y acepte el cambio de uniforme.

—Jamás—contestó tranquilamente el Mosén.

—Ya que mis esfuerzos—prosiguió Augusto—han sido inútiles y vanos, por zanjar antiguas enemistades; ya que nuevas catástrofes han coronado sus intransigencias, déjeme al menos el placer de compensar eso que V. llama mis crímenes, con esto que le propongo.

—Jamás—afirmó el Mosén, poniéndose sombrío y grave al escuchar á Monpavón.

—Pero qué he hecho yo, para que no quiera V. de mí la vida?...

—¿Que qué has hecho?...

Y el Mosén encorvado, se irguió; se enrojeció como una lumbre que avivase inesperado huracán: tembló de piés á cabeza en uno de aquellos estremecimientos que le eran tan característicos, y conociéndose que las ideas le bullían en el cerebro y las palabras le burbujeaban en la boca como pompas de espuma que se rompiesen antes de flotar en el aire, fué á decir algo de lo mucho que vino á su imaginación... Pero haciendo un violento esfuerzo, retrocediendo y doblando su voluntad, consiguió dominarse, logró hasta aparecer tranquilo; y severo sin dulzura, enérgico sin acritud, dijo:

—No has hecho nada. Pero por lo mismo que nada te debo, nada quiero cobrarte...

—Pues yo debo á V. el haber perdido á María de la Paz, á quien amé, como ella me amó á mí; quiero y exijo que salve su vida, y deje en rehenes la mía.

—Mucho quieres.

—Y mucho conseguiré.

—¿Vas á forzarme?...

—Sí.

Aquel inconcebible reto exasperó al Mosén, que retrocediendo unos pasos, se puso en guardia, diciendo:

—Desigual será la lucha... porque ya he jurado no matarte, y no te mataré... Además, si murieses aquí, dirían que te había asesinado yo, y en mi sentencia de muerte constaría que era un reo común, además de reo político. Pero—dijo adelantándose—prueba...

Augusto fué hacia él; estaba ciego, moral y materialmente; intentó arrebatarle alguna prenda del traje; púsole, en fin, las dos ensangrentadas manos sobre el pecho. Y el Mosén que llegaba ya al paroxismo de querer hacer algo y no poder, al verse manchado de sangre, repelió de sí, con un violento empuje, á Augusto, y le dijo:

—¿Qué vienes de hacer?...

—Al intentar saltar la tapia...—respondió Monpavón.

No pudo concluir. Impidiósele el mismo extraño ruido de antes. Ya no cabía duda de que tras de la claraboya había gente. Oíanse choques de espuelas que movían allí junto á la reja.

Mosén y Augusto comprendieron á un mismo tiempo que todo lo hablado y todo lo hecho había tenido testigos.

Jaime Parolla, cayéndole un sudor frío por la frente, dijo:

—¡Vete ya, que te estás comprometiendo inútilmente!

—¿Y qué?...

—¡Y además... me da vergüenza de que quepa en alguien la sospecha de mi fuga!...

Augusto Monpavón midió entonces de una mirada la lobreguez del sótano, la estrechez de la puerta, lo extraño de la hora; y dando, más que una voz, un angustiado grito, cogió del brazo al Mosén, y le dijo:

—El todo por el todo!... ¡A V. le sobran fuerzas y valor!... ¡A mí no me faltan!... ¡A salir!...

—¡¡No!!... ¡Contigo no!—exclamó Jaime.

Pero el primer movimiento no pudo esquivarlo; se sintió atraído, arrastrado por una corriente extraña, que lo llevó al pie de la escalera.

Allí se rehizo mientras Monpavón montaba sus revólvers y le entregaba uno, que desde luego cogió Jaime, pero para

apuntar á la frente de Augusto, que al ver aquella actitud de supremo odio le escupió con irónico desprecio estas palabras:

—¡Dispare V... pero salga!...

Y abriendo de golpe la puerta, siguió tirando de él.

En Augusto refulgía la desesperación más tremenda y más horrible. En Jaime Parolla la angustia de oprimir con el dedo un gatillo que podía vengar lo que siempre quiso vengar, é impedirselo un juramento escrito en su frente por la débil mano de su moribunda hermana, y el conato de favor recibido de la víctima.

Augusto pisaba ya el cuarto escalón, y estaba en el mismo cancel de la puerta. Jaime se defendía aún desde el primero.

Pero entonces el Mosén se sintió empujado por unos brazos invisibles; se oyó aconsejado por una vocecilla ronca que pareciendo venir del otro mundo, le murmuraba al oído: *vete, huye, sálvate, sálvate á él...* Y subiendo de un brinco tres peldaños, se separó de Augusto diciendo:

—¡Suelta! y ¡vamos!...

¡Oh ventura!... La galería que los dos suponían atestada de gente estaba solitaria... no había ni un soldado... Miraron á la ventana que daba al sótano y no vieron á nadie.

El Mosén vaciló, y se detuvo:

—¡Yo no salgo así!...—dijo.

Era el hombre de lucha noble, que se avergonzaba de huir sin combatir con alguien.

Augusto le vió dudar y le recriminó diciendo:

—¡Es V. un cobarde suicida si no me sigue!...

Aquellas palabras surtieron su efecto; Jaime se vió con posibilidad de conservar su vida. Pero era tal la animosidad de su pecho contra Augusto, que temiendo el instante de encontrarse en la calle libertado ¡*por él!* volvió á detenerse.

Decir la rabia, el coraje, el temblorero nervioso que producían á Augusto aquellas detenciones, es imposible. Sin saber á qué acudir, cogió por un brazo á Jaime, y sacudiéndole como á un cadáver, le gritó:

—¡Acabemos de una vez, Jaime!... Sus vacilaciones son extrañas, dada la fama de enérgico que V. tiene. Es ridícu-

la, altamente ridícula la escena que estamos representando. Con riesgo de mi vida, y luchando con mil obstáculos, he venido á dar á V. la libertad; V. se niega...

—¿Y eso es ridículo?—preguntó con rara entonación Jaime.

—Es ridículo—siguió rápidamente Augusto—porque en este momento sólo hay dos caminos que seguir. O vengarse ó perdonar. Si V. aún persigue mi castigo, en su mano tiene un revólver... dispare V. Yo no he de oponer ninguna resistencia... ni exhalar un solo quejido... Si ese Dios en que usted cree, prohíbe el asesinato, y V. quiere obedecerle, salgamos cuanto antes... Y sobre todo—dijo haciendo brillar sus ojos con una intensidad que era el reflejo de la idea que iba á exponer—cuando estemos fuera... tendremos tiempo de arreglar nuestras cuentas.

Talismán prodigioso debía ser para Jaime la esperanza de hallarse en libertad sin deber nada á Monpavón, antes por el contrario, continuando siendo enemigos; porque estremeciéndose y mirando con encendidos ojos de desdén á Augusto, los apartó de repente, y andando decidido y resuelto, llegó á ir delante de él.....

En el portal cerraban el paso una compacta fila de guardias.

A la derecha estaban los oficiales... A la izquierda el General X con algún Estado Mayor.

Al verse sorprendidos de este modo, ambos fugitivos se pararon...

Y nadie fuera capaz de decir lo que allí hubiera sucedido, si, extemporánea, fuera de lugar, aislada y sonora, como el claqueo de una gallina, no hubiese estallado una ruidosa carajada, que fué imposible contener al Teniente Bugallo.

Lo que siempre es locura, hay momentos en la vida que los acontecimientos y las circunstancias hacen natural, ó por lo menos irremediable. Así fué el tiro que Augusto Monpavón descerrajó al antipático Oficial...

Las consecuencias son las que comúnmente suelen ser las mismas. Y las de aquella temeridad fueron para Monpavón

el verse desarmado en el acto, atado codo con codo y conducido á un calabozo, distinto del sótano, donde cabizbajo, sombrío y lleno de vergüenza fué vuelto el Mosén, entre las burlas de los unos, la chacota de los otros y los estruendosos lamentos del Teniente Bugallo, que herido levemente en una oreja, creía se le marchaba por el insignificante rasguño aquella vida preciosa que entre tantos azares y sustos iba cuidadoso conservando.

CAPÍTULO XIX

EL MOSÉN

Tiene la legislación militar, en compensación de sus monstruosidades, la incomparable ventaja y preeminencia de la brevedad en la sustanciación y apreciación de los delitos, que la coloca á cincuenta codos de altura sobre la pesada é interminable civil. Esta rapidez en los procedimientos, si bien es causa algunas veces de injustos desafueros, las más de las ocasiones es el bello arquetipo del derecho penal, que aspira, en lo posible, á que el delito y el castigo sean consecutivos é inmediatos.

En la villa de Carregui hubo un caso en que se aunaron terriblemente lo inmenso de la pena con lo pronto y veloz de la sentencia. Y no es necesario presumir de muy lince, ni echarlas de avisado, para casi adivinar que el tal caso fué el proceso de Augusto Monpavón, por traidor y reo de asesinato frustrado: que de nada menos se calificó el acto de disparar y herir levemente al teniente Bugallo.

Varias fueron las causas que contribuyeron á tan doloroso resultado. La primera, sin género de duda, fué el descabellado intento de libertar á un cabecilla, á quien tantas ganas se tenía de coger para fusilarlo, como era el Mosén. La segunda, y también puede afirmarse sin vacilar que fué solemne temeridad y falta de conocimiento, el disparar un tiro á un

oficialito tan mimado por los superiores como Bugallo. Y la tercera, que el Presidente del Consejo de Guerra que inmediatamente se formó, hubo de ser nada menos que el General Barzana, quien ya sabemos no andaba con contemplaciones, y lo rigorista que era para la interpretación de la Ordenanza.

Súmese á esto el hincapié que hicieron los enemigos de Augusto; los envidiosos de su popularidad; los postergados en su aprecio; los olvidados en las distinciones y en las alabanzas; la indignación que produjo en la soldadesca saber que el fusilamiento del Mosén estuvo á pique de suspenderse por falta de sujeto fusilable; la mala fama de Augusto en las altas esferas; la sucesión apenas interrumpida de delitos parecidos, y sobre todo y ante todo, repetimos: el General Barzana, actuando de Fiscal, Auditor y Juez en la Presidencia del Consejo de Guerra, como corona de aquella avalancha ó dolmen de odios, rencillas y malquerencias, que iba á aplastar al desgraciado Augusto, y se vendrá en conocimiento de lo natural de aquel súbito reunirse el Consejo, con prevenciones y sentencias que en el momento del juicio agravó más y más.

Entonces se convencieron los íntimos de Monpavón de que estaba loco rematado. Y ya no era una locura pacífica la suya, sino de las que imposibilitan á la gente á aproximarse al loco; porque Augusto forcejeó con los que le custodiaron, produciendo coscorrones y rasguños: insultó al carcelero é hizo otra porción de cosas, que no son para escribirse, con el Capitán que le tomó la primera declaración; no siendo extraño, por lo tanto, que la sumaria resultase ponderativa del crimen, y con más superlativos y circunstancias agravantes que puntos y comas; y finalmente una vez ante el Tribunal respondió con denuestos y palabrotas á todas y cada una de las preguntas que Barzana quiso hacerle. Cada contestación empeoraba más y más el asunto; y contestaciones, gestos, desobediencias, resistencias y forcejeos, fueron pólvora blanca que cargó hasta la boca la bomba que iba á estallar, y cuya espoleta prendió el inflexible Barzana, firmando una larga sentencia en que, después de diez y siete considerandos y

veintiún resultandos, se condenaba á Augusto Monpavón á ser fusilado en amor y compañía del cabecilla Jaime Parolla, con quien se le supuso en armonía y connivencia.

La estupefacción, el asombro, que la noticia produjo, no es para explicarse; se comprende desde luego.

Pero las súplicas de los amigos y las protestas de los íntimos, fueron agua blanda que se estrelló contra la firmeza de roca de Barzana, el General X, y la opinión pública del ejército, que á rabiarse aplaudió la decisión del Consejo de Guerra.

Inmediatamente se trasladó la orden al nuevo reo. Y ¡quién lo dijera!... Calmóse cual si dulcísimo bálsamo se hubiera de repente vertido sobre su amargado espíritu. Sonrió afablemente al lector de la sentencia, y con amabilidad tan extremada, que irónica pudiera muy bien parecer en tan supremos momentos, pidió con corteses razonamientos y elegantes fraseos que le condujesen á la misma capilla donde Jaime Parolla estuviera preparándose para el fatal trance del día siguiente.

Cosa tan sencilla costó un triunfo el conseguir de Barzana; pero al cabo se ablandó, y cercado de guardias, desarmado y estudiado con avidez por la curiosidad de todo el mundo, Augusto Monpavón fué conducido nuevamente al sótano de que en mala hora quiso huir con el Mosén.

Al entrar en él, sin que en todo el camino hubiera despegado los labios, saludó á Jaime Parolla, que en esa modorra angustiosa y palpitante que aun en los más valientes produce la reflexión de tener contadas las horas y los minutos, estaba sobre la cama, derrumbado más que caído.

En la pared frontera á la puerta, una mesa de armazón, forrada de negro y cubierta de un mantelillo blanco, parecía invitar á fúnebre banquete. Sobre ella había un Cristo de talla, malísima escultura, como todas ó casi todas las imágenes de las Provincias Vascongadas; y en la misma línea cuatro candeleros de pino oscuro, goteados de cera, sostenían cuatro velas, que ardían tristemente, reflejando su vislumbrear en las cristalizaciones salitrosas del techo y la mugre de las paredes.

Jaime Parolla alzó la cabeza y miró á los que entraron.

Al momento adivinó el motivo por que venía Augusto Monpavón; pero no habló una palabra ni contestó al saludo de Augusto.

Detrás del desheredado Monpavón vinieron diligentes ordenanzas, con diversos utensilios de distintos usos. Llevaron cuatro confortables sillones de vaqueta, que sustituyeron á los dos cojos bancos de nogal que antes componían el mobiliario del sótano. Añadieron un colchón á la cama de Jaime, y entraron otra para Augusto.

Al poco rato volvieron con una mesa, que cubrieron de mantel, platos, copas y botellas... irónicos agasajos y extemporáneos festejos que la sociedad inventa para regalar en su último día á los reos condenados á muerte.

Y de este modo todo dispuesto, con dobles guardias en la puerta y el sótano barrido y limpio, al menos por los suelos, quedaron solos aquellos dos víctimas más de las terribles represalias de una guerra civil que produjo muchas, y que sólo justificará en barbarie ante la historia lo salvaje del desgobernio que imperaba en la infeliz España.

Nada se oía: ni Augusto ni Jaime habían cambiado una sola frase.

Así pasaron cortas y breves dos horas, que hubiesen sido largas á anteceder á una dicha.

Y al final de ellas entró en la capilla el Comandante de la cárcel, invitando á ambos reos á que almorzasen, manifestándoles que él mismo les haría compañía, si no tenían inconveniente en ello.

Augusto se encogió de hombros; Jaime hizo signos afirmativos y de asentimiento... Y el Comandante salió breve rato, para volver al poco, seguido de dos sargentos, que se dispusieron el uno á servir la comida, que humeante traía en una fuente, y el otro á destapar unas botellas, que al parecer eran Sagardúa y cerveza alemana...

Sentáronse de lado los meditabundos Augusto y Jaime, y en esta postura vieron desfilar por delante de ellos cuatro diferentes platos, de que apenas probaron bocado.

El Comandante les hizo presente que podían pedir cuanto apeteciesen, pues no ignoraban que en aquellos casos la vo-

luntad de los reos es ley. Pero uno y otro declararon no tener gran apetito, además de quedar satisfechos del opíparo desayuno que les habían servido.

El Comandante, que por lo visto era un hombre muy fino, les ofreció sendos tabacos, que los dos sentenciados rechazaron, por no fumar ninguno...

Lo único que Jaime tomó en gran cantidad, y al parecer con un deleite que hizo que Augusto le imitase, fueron dos grandes tazas de café.

Y cuando se hubieron levantado los manteles, Jaime, que aunque no habló ni cambió una palabra con Augusto, no cesó un instante de mirarle con fijeza, se apartó á un lado con el Comandante y le preguntó la manera cómo iban á ser ajusticiados.

A la respuesta del militar, solo replicó Jaime con una frase; tal vez fué lo único que le molestó de los detalles que debió oír: murmuró:

—¡Juntos!...

Antes de dejarles descansar la comida y abandonarlos á los centinelas de vista, el Comandante les hizo la descripción ó el programa del reparto del día, del cual quedaba deducido que antes de venir la primera visita, que sería la del Notario, tenían tres horas largas para reposar.

Despidióse esto dicho; y Augusto y Jaime se tendieron cada uno en su respectivo lecho.

La disposición de ellos, uno en frente de otro, permitía á los sorprendidos tráfugas el verse perfectamente.

Augusto, que disfrutaba de una calma y tranquilidad absoluta, rendido por la vela de noches anteriores, las emociones del antecedente día y el anormal estado de indiferencia que en su turbulento modo de ser produjo la lectura de su sentencia de muerte, entornó los ojos, y sin que nada le inquietase, quedó, si no dormido, inmóvil y en ese medio sueño que es mucho más agradable que el profundo, por cuanto en éste la muerte absoluta de todos los sentidos no permite, como en el primero, la complacencia y recreación de pensar en el deleitoso descanso de que se disfruta.

Jaime, por el contrario, quedó muy despierto. Era hom-

bre el Mosén de costumbres de penitente ó monge; y tenía desde muy antiguo, el hábito de hacer todas las noches, antes de entregarse en los blandos brazos del descanso, un minucioso examen de conciencia, en que, constituyéndose por sí y ante sí en riguroso juez de sí mismo, se penitenciaba y hacía propósito de enmienda en lo que juzgaba malo. Y lo que todos los días hacía, no es extraño que no dejase de hacerlo el último de los de su vida.

Por esto encauzó los ojos de su pensamiento, cual poderoso telescopio, hacia los hechos más remotos de su existencia, y buscó y rebuscó, hasta dar con todos los sucesos que le hicieron ser tal cual en aquella hora era.

Peldaño por peldaño fué subiendo la empinada escala de su vida, deteniéndose más en aquellos que imprevisto tropiezo le estorbaba el paso cómodo y sin dificultades. Y fué su cerebro el kaleidoscopio de siempre, que ponía ante su razón, obcecada por la pasión de ánimo contra determinadas cuestiones, de relieve y en ampliación, todas las desgracias que en el mundo le habían acontecido, una á una, sin que ninguna dejara de formar en aquella extraña revista. Empezaban en sus contrariedades infantiles; seguían por aquel único amor que sintió y que vió despreciado y escarnecido por Cristina; engrosaban y aumentaban al llegar á la época en que trató de ordenarse, y se hacían enormes, colosales, abrumadoras, al arribar á la interminable cadena de amarguras que principiaba en el asesinato de su padre, se enrollaba y rebullía por la deshonra y el abandono de su hermana, agarrataba como serpiente de acero á su madre que moría sin que él pudiese defenderla herido como estaba, y ondeaba como inflexible látigo que le hubiera estado sacudiendo golpes toda la vida, sobre los conflictos de María de la Paz y Augusto, y la muerte triste de María, dejándole sólo, único, último Parolla sobre la tierra.

Y es imposible, al sentir retumbar el trueno sobre la cabeza, ó estremecerse ofuscado por la brillante luz de los relámpagos, no mirar las grietas de lumbre que cuartejan las nubes, ó las entrañas negras de los vapores eléctricos que engendraron las centellas caídas.

Tan imposible era que Jaime Parolla, aplastado por las desventuras que su voluntad puso ante su pensamiento, dejase de mirar la nube que descargó tanto rayo sobre su familia.

Por eso sus ojos se clavaban en Augusto Monpavón, y al clavarse le acusaban tremendos, inflexibles, como á enemigo imperdonable á quien era preciso exterminar. Es decir, le miraban como le habían mirado toda la vida. Jamás dejó de verle de otro modo.

¡Qué criminal había sido Augusto con él!... Haberle arrebatado lo más querido del mundo: haberle ofendido y pisoteado en mil ocasiones... y, últimamente, ser el causante, con la muerte de Jesús, de la de Maria de la Paz...

Pero... algo más que esto había: había el anverso ó revés de tantos horrores; había en Augusto el final de tanta infamia, en un extraño modo de comportarse... desusado y desconocido en Monpavón... Era como mohosa espada que á la punta se tornase en reluciente y limpia.

El más apasionado de los espíritus, cuando ve cerca un peligro mortal, discierne y juzga con imparcialidad: el de Jaime Parolla miraba en Augusto Monpavón, al par que sus infamias, ciertas circunstancias, cosillas determinadas que, sin aisladamente ser nada, eran mucho en conjunto, por denunciar un orden de ideas que jamás el Mosén pudo suponer.

Y estas disquisiciones en pro de Augusto, llegaron á llenar la inteligencia de Jaime de tal suerte, que para mayor conocimiento las ordenó y sometió á un escrupuloso interrogatorio, cuyo principio fué una pregunta que hundió al Mosén en un proceloso y agitado mar de confusiones. En efecto; como golpe que desconcierta á la víctima de un sacrificio, Jaime se dijo:

—Todo el mal que Monpavón me ha hecho, ¿ha sido causado por su voluntad?... Todas las desdichas que sobre mí ha dejado caer, ¿han sido inspiradas por su libre albedrío, por su propia iniciativa y deseo?... Ó, por el contrario: ¿han sido actos fatales que inconscientemente hayan sobrevenido á mi castigada existencia por disposición única de Dios?...

¡No: nadie es capaz de decir, ni de pintar, el efecto que al Mosén hizo esta pregunta!... Revolvióse contra sí mismo furioso y obcecado... ¡Pues no había tenido, él, un Parolla, la avilantez indigna y baja de suponer bueno á un Monpavón?...

Pero la pregunta quedaba en pie y sin contestar: por muy pronto que Jaime acudiera á desarraigarla de su alma, y á arrojarla lejos de sí, la pregunta echaba profundas raíces en su espíritu, y le abrumaba exigiéndole rápida, pronta contestación. ¿Sí, ó no?...

Cual sucede en todas las crisis del ánimo, el desorden de las ideas invadió como inundación el cerebro de Jaime, y una nueva pregunta, tan terrible, tan avasalladora como la primera, brotó, semejante á una chispa, que el continuo rozar de aceros y pedernales produjese.

La pregunta fué como sigue:

—Siempre he negado, jamás pude concebir que Augusto amase á María de la Paz... Ahora bien; ¿por qué, en efecto, no había de amarla?... ¿No aman las fieras?... Únicamente el demonio es el sér privado de sentir amor.

Y como en la primera interrogación, se objetó una ferocidad. Se dijo que los Monpavón eran más que fieras; eran demonios.

—María de la Paz—continuó pensando y haciendo lucubraciones—sí, le amaba á él... Mas casi tenía obligación de ello... ¡A no ser así!...

Se estremeció ante el absurdo que surgió como consecuencia de aquellas premisas que iba sentando. ¡Un Parolla amar á un Monpavón!...

Acordóse luego, y vínole á la memoria de improviso, el acto de dejarle libre en Cristierna; la amenaza hecha al Oficial que le conducía preso en Carregui, y por lo cual fué arrestado, y sobre todo, el tenaz empeño con que llegó á que cambiasen los uniformes para proporcionarle libertad. Y aquí fué su tormento y su desesperación. Era indudable que Augusto, cuando menos en aquel momento, iba guiado por un espíritu de abnegación inconcebible, en quien de muy antiguo sólo obró el mal para los Parolla. Arriesgó su vida

Augusto por Jaime, y en el albur jugado la perdía indiferente, insensible, tranquilo... ¿Qué sería aquello?...

Volvió el Mosén á mirar á Monpavón, y al verle en capilla, reo de alta traición, condenado á ser fusilado junto á él, y contemplarle sereno aguardando una muerte que debía á haber intentado un imposible..., le compadeció; tuvo lástima..., y no seríamos justos con Jaime Parolla si no dijésemos que en el fondo de su alma brotaba ya, como aroma purísimo de flores, una esencia vaporosa de perdón y de amistad, que si los huracanes y vendabales de los antiguos odios trataban de desgarrar, persona que tuviera poder para acallarlos y sujetarlos dejaría llenasen de su perfume todos los ámbitos de aquel turbulento espíritu del Mosén, tan semejante al agitado mar en aquellos instantes; que olas gigantescas de odio y compasión juntaban sus espumas al estrellarse juntas en el inmóvil acantilado de su cerebro, entonces sereno y justo, cual de hombre que está muy próximo á la eternidad, donde todo se contempla sin equivocarse, en sus naturales límites y proporciones, tal cual es.

De su profundo pensar vino á sonsacarle ó distraerle el ruido de un coche, que, rodando por el empedrado infame de la callejuela á que daba la ventana del sótano, paró, al parecer, á la puerta de la cárcel.

Y algo debiera suponer ó esperar Jaime que viniera en carruaje, porque inmediatamente se puso en pie, y con los ojos fijos en la puerta aguardó impaciente á que se abriera.

Largo rato transcurrió sin que esto llegara á suceder. Pero al cabo, se escucharon pisadas y correr de llaves. Y una figura negra, de cabeza blanca, cara simpática y aspecto venerable, apareció en lo alto de la escalera.

Era Fray Salvador, el párroco de Santa Inés de Cristierna.

El Mosén corrió á arrojarse en los brazos del antiguo fraile, murmurando:

—Por fin... vino V...

Y el exclaustado, con voz que entrecortaba la emoción, le repuso:

—¿Pensabas que en esta ocasión te había yo de abandonar?...

El fraile alzó la cabeza para mirar la otra cama donde ya despierto Augusto estaba sentado, tratando de reconocer á Fray Salvador.

—¿Usted aquí?...—preguntó Augusto yendo hacia él y besándole la mano.

—Y V... ¿aquí?...—interrumpió asombrado el párroco...
Y quedaron mirándose los tres.

Ninguno habló

El manto de Fray Salvador envolvía entre sus pliegues á los dos reos.

CAPITULO XX

LA CAPILLA

Retirados el antiguo fraile y el Mosén á un extremo del sótano, tuvieron una conversación secreta, que á poco se convirtió en confesión general de Jaime.

Mientras Augusto se paseaba en otro rincón, con los brazos cruzados, baja la mirada é inclinada la frente, oyóse un murmullo producido por las propias delaciones de pecado del Mosén, y los balsámicos consejos que el exclaustro exhuma á cada falta nueva que sus oídos escuchaban.

A más de los hechos de toda su vida, Jaime expuso á su confesor las intrincadas vacilaciones, dudas y luchas que su espíritu sostenía con respecto al hombre que había odiado siempre, y con el cual estaba condenado á morir. Y cuentan que el fraile no se hartaba de dar secretamente gracias al Señor por el cambio operado en la conciencia de Jaime. Ya no era aquella dureza de piedra, imposible de moldear con instrumento alguno, la fortaleza y apasionamiento con que juzgaba todo lo concerniente á la familia Monpavón; era, por el contrario, sutil barro al que podía tallar de la forma más conveniente el más torpe é inexperto de los escultores morales; menos que barro, polvo volátil que se diseminaría por los aires, si era uno de la fuerza y calidad de fray Salvador el destinado á esculpir en el alma, con materia de ren-

cores, ángeles de paz: tarea semejante en el trueque de usos, á la que verifican los que con bronce de cañones funden estatuas á La Concordia.

Y una á una fué relatando el Mosén aquellas consideraciones que hizo al ver á Augusto condenado á muerte. Expuso al fraile aquellas preguntas que á solas se hizo, y que le produjeron malestar de espanto y agonía: y es inútil decir lo que fray Salvador apoyó la reacción de arrepentimiento que veía en el Mosén. Díjole á Jaime que cómo quería suponer un hombre tan criminal que sólo por el placer de hacer daño hubiese producido á su familia las infinitas desgracias que de parte de los Monpavón habían sufrido. ¿Por qué roba el ladrón? por el gusto de posesionar riqueza: pero el que hace mal tan sólo por hacerlo, demuestra tener un corazón muy empedernido: y no era así el de Augusto, como se había visto en el sublime acto de caridad que iba á costarle la vida. Tal vez, tal vez los Monpavón no habían sido en el mundo más que simples instrumentos con que Dios puso á prueba la templanza y la fe de los Parollas. Y seguramente de cuantas catástrofes habían ocurrido entre las dos familias, lo menos la mitad correspondían por culpa á Jaime. Esta declaración hizo brotar en el alma del cabecilla grande llama de arrepentimientos tardíos y remordimientos que le extranguaban el corazón. Pero el fraile seguía inflexible, forjando la nueva forma de aquel indomable acero, aprovechando la temperatura á que estaba puesto, con sus palabras. Y acusóle de ser el causante, con su ofuscación y su afán de vengar la muerte de su padre, de que una cosa tan sencilla de arreglar como era la deshonor de María, no hubiese sido coronada por el éxito. El Mosén, viendo que sus rencores no tenían eco en fray Salvador, no había vuelto á consultarle desde aquella célebre noche en que, empapado en agua hasta los huesos, fué nada menos que á anunciar que se iba á convertir en un vulgar asesino. Y aquel abandono á las propias inspiraciones que tan repletas de odios y malos deseos habían presidido sus actos, fueron, á no dudar, la causa de que María, avergonzada al verse sola para siempre, maldita por su hermano si amaba á Monpavón, enfermase de la últi-

ma dolencia, precipitándola al sepulcro la muerte de Jesús: que había cometido Augusto, sí; pero que era ya una consecuencia del fatal primer paso, cuando á la aproximación de dos seres, que quizás hubiesen sido muy felices amándose como se amaban, que tenían una obligación moral de ser esposos, y un ligamento tan poderoso y fuerte como el lazo que ata la religión, se interpuso infranqueable barrera de imposibles. La lógica del exclaustro abrumaba al Mosén; le hacía revolverse inquieto en los últimos extertores de sus animosidades; y quedó aplastado y deshecho, cuando fray Salvador fué descartando de culpa á Monpavón, haciendo presente á Jaime que el único pecado en que el capitán había incurrido, fué en el dejarse llevar de la bestialidad de malos apetitos, precipitando en el fondo de la deshonra á la infortunada María de la Paz. Lo demás, fué ajeno á Augusto. Hasta estúpido era que el hijo pagara los crímenes del padre; por tanto, si el General Monpavón asesinó al padre de Jaime, ¿qué culpa tenía en ello Augusto?... Ninguna. Si la madre de Jaime murió cosida por las bayonetas de la compañía que mandaba Augusto, fué un azar de la guerra, y no un deseo expreso de éste. Si Augusto hirió á Jesús, el mismo Mosén confesaba que había sido fatalmente, y sin intención directa de herirle. En cambio, dijo el fraile para dar el golpe final, considerados uno enfrente de otro particularmente, y aislados de todo lo que había ocurrido, ¡cuán distinto era el proceder de Jaime, sólo pensando en matar á Monpavón, y el de éste dando su vida gustoso por la suya, y aceptando resignado el precio de su temeridad!...

Al poderoso empuje y choque de estos argumentos, vió el fraile llorar á Jaime Parolla; quien en la más horrible de las agonías, murmuraba que después de una vida de azares y de amarguras, cuando soñó morir en la paz del que está para descansar eternamente, el mejor amigo del mundo le enviaba al otro, envuelto en espantoso ciclón de remordimientos.

Pero fray Salvador le repuso, que cuantos más remordimientos aportase al Supremo Tribunal, más segura tendría la salvación de su alma, única aspiración que entonces debía guiarle.

El Mosén pidió encarecidamente al fraile que aplazasen la conclusión de la confesión para cuando estuviera más calmado: y concedido este favor, se separaron.

Al levantarse Jaime Parolla, parecía otro hombre: con los ojos desenchajados, el rostro cubierto de sudor, la boca seca, la frente ceñuda y contristada, y el cabello canoso que semejaba haberle salido en aquel momento, tenía un aspecto triste de pária de la desventura que huyese de la fatalidad sin poder conseguirlo.

Su primer mirada fué para Augusto. ¡Qué tranquilo estaba!... ¡Cómo no parecía sentir la muerte! ¡Hasta en esto era más feliz que Jaime!...

Fray Salvador, hincado delante del improvisado altar, rezaba en su breviario.

Y el tiempo, que no detiene su carrera por nada ni por nadie, avanzó más en el día haciendo llegar la tarde. Ya iba siendo muy escasa la luz que penetraba por la claraboya. El sótano, pues, quedaba á cada instante más sombrío.

Las siete serían, cuando precedido de un oficial, entró en el recinto lóbrego el asistente Berrugas.

Entró compungido y lloroso; y lejos de ser cómico ó ridículo ver llorar á un hombrón de sus gigantescas proporciones, era triste y enternece, porque demostraba que el fiel soldado tenía tan grande el alma como el cuerpo.

Cuadróse delante de su amo; pero éste avanzando hacia él, lo recibió en sus brazos, sintiéndose con ganas de llorar: que este efecto produce el verse querido por una persona de la manera que demostraba hacerlo el tosco Berrugas.

—Nunca lo creeré—decía gimiendo y pasándose sus gruesos dedos por los párpados, para impedir que las lágrimas rodasen por las mejillas.

—Pues créelo—le decía sonriente Monpavón.

—Nunca, señor—replicaba el asistente.

—Mañana te vencerás de ello.

Y al ver que los gemidos de Berrugas aumentaban de tono, impúsose Augusto, y le dijo en són de amistoso reproche:

—Lo que nunca hubiera yo creído, era que tú lloraras.

—Señor—exclamó Berrugas reponiéndose y comprendiendo la debilidad de ánimo que le echaba en cara su amo,—no lo hecho más que dos veces en toda mi vida. ¡Y cuidado que han llovido penas sobre mí!...

—¿Dos?—preguntó Augusto siempre afable.

—Sí señor. Cuando se murió mi madre sin haberla podido dar un beso por encontrarme aquí, y... y ahora!...

Augusto, emocionado, apartó la vista del pobre hombre que lloraba como un chicuelo.

—¿Y á qué vienes?—dijo Monpavón.

—¿Que á qué vengo?—interrogó Berrugas abriendo desmesuradamente los cargados ojos.

—Sí.

—Pues... á... despedir... me... de V...

—Gracias hombre... y toma.

Augusto se metió la mano en los bolsillos y sacó un par de puñados de plata, que puso en la mano de su compungido asistente.

—¿Para qué es esto?... señor...

—Esto es para que te acuerdes de mí.

Berrugas tiró al suelo las monedas, exclamando ofendido:

—No necesito yo de eso para acordarme de V.

—Sin embargo—replicó Augusto,—cógelas porque son mías. Dentro de tres meses, cumples: te irás á Granada como tienes proyectado, y allí te casarás con tu novia. Pues con ese dinero la compras lo que mejor te parezca y la dices que es un regalo que la hace Augusto Monpavón, tu antiguo amo. Yo ya estaré muy lejos de estos mundos y no podré escribirte para darte la enhorabuena. Pero recíbela ahora; dame en cambio un abrazo, y vete con Dios.

Augusto dijo todo esto esforzándose por aparecer risueño y alegre; pero era poco antifaz el de su ficticia ventura para ocultar del todo su emoción.

—¡Ah, me olvidaba!—añadió.—Mi maleta, ropas y cuanto tienes mío, todo es para tí.

Los ojos de Berrugas eran fuentes abundantes que manaban sin cesar amargas lágrimas.

- Adiós, señor—gimoteó.
 —Adiós hombre... y que te vea mañana.
 —¿Dónde?...
 —Donde nos lleven.

Por más pronto que quiso acudir Monpavón á retirar la mano, ya el asistente había dado en ella tres ó cuatro besos.

Después Augusto volvió con rapidez la espalda á su compañero de fatigas, y encontraron distracción sus húmedos ojos en las dos figuras que le contemplaban: sonriente y bondadosa la del párroco de Santa Inés; grave, interesante y sombría la del cabecilla.

Fué hacia ellos, y hubiérales dirigido la palabra, si á los tres no les llamara la atención hacia otro lado, la numerosa comitiva de un notario, cinco ó seis oficiales amigos de Augusto, y el brigadier que, auxiliado de tropa entraba á exonerar á Monpavón y arrancarle las insignias de capitán: acto que venían á autorizar también con su presencia un Auditor de guerra y otros tres militares de graduaciones distintas.

Aquella visita de vida á un recinto en que la muerte reinaba, hizo que se animara el sótano y que sin haber entrado una sola luz más, teniendo las cuatro del altar, más aceros y uniformes en que brillar y resplandecer, la claridad se doblase, descubriendo las grietas de los muros, los desconchados del techo, y deformidades de fábrica que las tinieblas guardaban secretas y desconocidas.

El notario fué á unirse á fray Salvador.

El brigadier y el Auditor, cumplieron con la fórmula de desarmar á Augusto; pero siendo ambos grandes amigos suyos y no pudiendo dominar la emoción, acabaron lo antes posible, y dándole un estrecho abrazo, se fueron.

El Mosén con los brazos cruzados, estaba solo.

Valero, Quintana y otros íntimos de Monpavón le rodeaban en círculo, y con algazara extraña y chocante, reían y conversaban alegremente. Previendo que les iba á ser muy triste despedirse del insustituible Augusto, habían decidido entrar á verle con lastre de alcohol que impidiese al barco naufragar entre lágrimas: y de ahí sus bromas y su cháchara

interminables. No comprendió esto Augusto, y gozoso por aquella última diversión que se le proporcionaba, reía dando alguna que otra carcajada que, en lo forzada y seca, parecía la de un aprendiz de cómico que aún no ha conseguido reír naturalmente.

—¿Conque te vas y nos dejas?—dijo Valero.

—Eso he decidido—replicó Augusto, con una risilla á cuyo través se veía claramente dolor profundo.

—Te alabo el gusto: este mundo era ya chico para tí.

—Oye Augusto—preguntó uno.—Tu padre no sabrá nada de esto.

—Yo no le he escrito—respondió Monpavón con tristeza.

—Verdad es que tú no te tratabas ni con tu madre.

—Pues yo—dijo Quintana oscilando como un péndulo—te incomodes ó no, puse anoche á tu padre un parte telegráfico, dándole cuenta de la atrocidad que se va á hacer contigo.

—¿Tú?—exclamó Augusto.

—Yo, sí; y pégame si quieres por lo que he hecho. Por cierto que tuve que ir hasta Tolosa, que no sé si sabrás ha caído también en nuestro poder.

—No. Pero ¿qué objeto te guiaba?...

—Tu padre es persona de muchas relaciones en Madrid... Y estoy seguro que esta noche llega tu indulto. Yo voy á Tolosa á pasar la noche esperándolo.

—Un favor puedes hacerme entonces.

—Cuál. ¿Traerlo á escape?... Para eso voy.

—No; guardártelo, ó romperlo.

—Hombre, tú estás loco.

—¡Qué atroz eres!—repuso Valero terciando en el diálogo.

—Lo dicho: quiero morir y moriré. Si me indultan heriré á cualquiera, al general Barzana... hasta que consiga me vuelvan á condenar.

—Para eso era mejor que te pegases un tiro.

—No... Yo no puedo suicidarme.

Y al decir esto envió una mirada sombría al no menos trágico Mosén que, solo, paseaba de un lado á otro, deteniéndose ante el altar cuando delante de él pasaba.

La conversación tomó luego otros giros y otros vuelos. Tratóse extensamente de lo que es la fortuna que, habiéndose negado siempre á regalar sus veleidades á Monpavón, le había favorecido en los días que tenía próxima la muerte con una suerte admirable. Augusto confesó que había ganado en menos de veinte días más de veinte y cuatro mil reales; y á la pregunta que le hicieron del empleo que iba á dar á aquella pequeña fortuna, contestó que ya lo tenía pensado, y que para eso iba á disponer su última voluntad con el notario.

Despidiéronse Valero, Quintana y demás tropa, y en el sótano quedaron únicamente el notario, fray Salvador, Augusto y Jaime.

En el entre tanto que Jaime hacía escribir al hombre de fe, Augusto se puso al habla consigo mismo, y vino á aumentar la profundidad de sus meditaciones la lejana campana que vibró, dando las ocho y recordando á los dos sentenciados que en el espacio de doce horas justas todo habría acabado para ellos.

Cual nenúfares espontáneos en los charcos de agua que cualquier causa remueve y después deja en reposo, así en las agitadas ondas de las ficticias alegrías de Augusto, brotaron siniestras ideas, cuando sin sus amigos se encontró tan cerca de la muerte, viendo con evidencia de clarísimos ojos lo inmensamente grande que son las puertas de la eternidad, y siendo su aplanamiento moral una avanzada ó preludeo del físico que en breve sentiría, volvió la vista á su pasado.

El más eficaz, el más elocuente misionero y predicador del arrepentimiento, es el estado de moral cansancio, de desesperanza, en que el espíritu del pecador, al sonar el momento de la desdicha, se rinde desfallecido y exánime bajo el peso abrumador de lo pasado. El remordimiento con propósitos de enmienda y reparación, acecha ese gran instante para embeberse y filtrarse en el seno del malo, de donde en los días de alegría y ventura fué rechazado duramente: y el dolor que plantó en la tierra, inclinándose sobre el corazón como los sauces sobre las sepulturas, exparce allí las semillas de la amargura, que germinando instantáneamente, le entumescen, dilaceran y constriñen. Esto sucedía á Monpavón. La

especie de vahido soporoso y largo en que el desorden de ideas y afectos le había sumido, desapareció, borrándose ante el grito de la conciencia que le puso delante una terrible acusación: la de su primera mala vida.

Y es indudable que de todos sus delitos era tal vez el más grave el imperdonable olvido y abandono de un sér que en los comienzos de su vida le pagaba con blandos besos sus insultos y faltas de respeto: su madre.

Decidióse á escribirla dándola cuenta del trágico fin que iba á coronar sus locuras.

Sentóse junto á Jaime que le seguía atento con la vista, como un frenólogo que investigara las sensaciones de un maniático; y tomando una hoja de papel de las varias que tuviera allí el notario, se puso á escribir una carta en la que desde el primer renglón le tembló espantosamente el pulso. Rasguñeaba la pluma arañando el basto papel, y la clara tinta dejaba débiles signos que en lo desigual de sus trazados acusaban en el calígrafo emoción profunda y verdadera.

Jaime pudo leer que el primer renglón de la carta de Augusto ponía: «*Mi querida madre...*» y acordándose de la suya, lloró. ¡Pobrecilla!... Murió como un perro: sin auxilios de ninguna clase; sin ver á su lado á los hijos de sus entrañas, que mientras espiraba se defendían inútilmente de la brutalidad de ciegos invasores... Si al menos hubiese exhalado el último suspiro en tranquilo lecho, reclinando la moribunda frente en el hombro de Jaime, prolongando el calor de su cuerpo los ardientes besos de Paz... Pero ninguno de estos consuelos tuvo... No tuvo ni quien piadoso corriera sus párpados sobre las ciegas pupilas... Jaime recordaba la mirada penetrante de aquel cadáver que parecía recriminarle por su inutilidad... Pero ¡bah! ¡Ya la vería en el cielo!...

Un chasquido débil y ténue le sacó de su sentimental abstracción.

Era un átomo más de misericordia que caía en el platillo del perdón, haciendo á la balanza vacilar unos segundos...

Una lágrima que se desprendió de los ojos de Monpavón y fué á estrellarse en el papel borrando la firma de Augusto.

El Mosén miró al fraile, y el fraile, sonriendo, le contestó con un gesto mudo, pero muy significativo.

Augusto ocultó su cabeza entre los brazos; le daba vergüenza llorar tanto... y todo por nada... por su madre... ¡Qué tontería!...

Y tiene el dolor sus corrientes secretas, que indudablemente se comunican con la rapidez de la electricidad. No de otro modo se explica que Jaime derramara también algunas lágrimas al ver las que vertió su antes odioso rival, que le iba pareciendo bueno... porque no puede ser malo el hombre que acordándose de su madre llora mucho.

Levantóse Monpavón, y llamando al Párroco de Santa Inés, habló con él en secreto, encargándole pusiese en curso su última carta.

—¡Mi pobre madre!—decía—¡Por ella siento morir!... A pesar de mis ingratitudes, va á llorar tanto!...

Fray Salvador, consolaba á Monpavón.

De pronto, sonó una frase que produjo el mismo asombro en el Párroco y en el cabecilla.

—Padre, yo quiero confesarme—había dicho Augusto.

Entonces el que lloró fué el exclaustrado. Dios le había oído.

Llevóle amorosamente junto al altar, y allí hincados los dos de rodillas, oraron ante la imagen del que hasta para los sentenciados es ejemplo.

El drama del Gólgota, parece efectivamente hecho de expreso para los reos: alivia el dolor y da resignación, porque se ve en él, que todo un Dios con ser Dios, fué un condenado á muerte... como el que en sus últimas horas de capilla le implora.

Y hé aquí que la minuciosidad del novelista tiene que detenerse ante el absoluto secreto de la confesión. Nada más puede añadirse, sino que estuvieron largo rato.

Mientras, el notario había acabado de extender la última voluntad de Jaime: y al pedir la venia para retirarse, le dijo Parolla que aguardase un momento á ver si Monpavón, tenía también necesidad de hacer testamento.

Cuando el penitente y el confesor se levantaron, la cara

del fraile era la de un ángel: la de Augusto era la de un muerto.

—Jaime—exclamó el sacerdote, con voz que ahogaba la emoción,—ven y oye.

El cabecilla se aproximó.

Fray Salvador continuó hablando.

—Voy á despediros para un viaje que haréis juntos—decía dirigiéndose á los dos sentenciados.—Antes de partir, quiero que seáis unos buenos amigos...

Jamás en todo el transcurso de esta historia fluctuó un momento de indecisión tan supremo.

El silencio no era silencio de tumba: era el que reinaría en la nada anterior á la Creación.—Daros un abrazo—dijo al fin con tono imperioso y decidido.

Los dos cuerpos se acercaron uno contra otro.

Como ambos iban con la vista baja, tropezaron al encontrarse. Estaba de Dios que hasta para abrazarse tuviesen que chocar.

—Así no—exclamó llorando el fraile.—Más fuerte... más unidos... Y alzar los ojos... que os veais bien... Mira—dijo apoyando su mano en el hombro de Jaime—Ves á este?... Este fué el que mató á tu madre y deshonoró á tu hermana. ¡Le perdonas?...

Esta pregunta, hecha con fuerza, retumbó en el sótano como un alarido. Los ecos del muro se estremecieron.

—¿Le perdonas Jaime?... ¡Mucho más que á tí, ofendió al Señor, y el Señor le ha perdonado!... ¡Le perdonas?...

—Sí—contestó Jaime.

—Y tú—prosiguió el párroco, encarándose con Monpavón,—¿perdonas al hombre que te ha privado de una vida feliz y dichosa, y por cuya causa vas á morir?...

—Sí—exclamó Augusto...

Entonces nadie tuvo que decir á los dos enemigos que apretaran más su abrazo.

Ellos sólo se estrecharon con efusión.

Aquello era el abrazo de la muerte.

Cuando los cuatro hombres cesaron de llorar, Augusto fué al notario y le dijo:

—Suplicaría á V. extendiese unas memorias mías...

Y respondido por el hombre de fe, que estaba á su total disposición, se sentó á la mesa y lo mismo hicieron Jaime y el cura.

Monpavón sacó de sus bolsillos varios billetes de Banco y muchas monedas, diciendo á Fray Salvador:

—Esa es mi fortuna, que entrego á V... El destino que se le haya de dar, ya V. lo sabe.

Aquí el exclaustro tomó la palabra y dijo:

—Jaime... este dinero será empleado en costear una sepultura de mármol á tu hermana María de la Paz...

Los antiguos enemigos, cambiaron una mirada.

—En cuya compañía—repuso Jaime,—quiero yo ser enterrado...

Augusto quería hablar; tanto era su deseo, que los interlocutores de aquel triste diálogo lo conocieron y con la vista le interrogaron é incitaron á que dijese lo que por conveniente tuviera.

—Yo rogaría—dijo al cabo,—puesto que es dado elegir el punto de enterramiento, que mi sepelio se verificase lo más cerca posible del de VV.

—No—contestó Jaime.—Hágase esa sepultura y descansemos los tres juntos... ¡A Paz la pondrán entre los dos!... ¡Que ella nos reuna!...

Lo que pasó después, parecería nimio y tonto si se refiriese. Augusto y Jaime se abrazaron, pero sin excitación ninguna, de modo espontáneo y franco... Corrían las lágrimas como benéfica lluvia del cielo, que hubiese venido á calmar las amarguras de la tierra...

Y cuando á las dos horas, ido el notario, el confesor y los dos reos descansaban dormitando un rato, los tres creyeron ver, en medio del lóbrego ambiente de la cueva, flotar una sombra, que envuelta en un sudario miraba sonriente, las almas ya purificadas de aquellos dos eternos enemigos...

Con los primeros albores de la madrugada, se borró.

Los dos reos se despertaron.

Fray Salvador se preparó á decir la misa.

CAPÍTULO XXI

ESCENA FINAL

Es cruel y hasta inhumano recrearse en la contemplación de los últimos momentos de los ajusticiados. Haremos, por tanto, tan sólo, lo que hacen los que por obligación tienen que asistir á las ejecuciones.

A las ocho menos cuarto de la mañana, formaron en la esplanada de Carregui todas las fuerzas que guarnecían la plaza.

Lo alegre que estaba el día, contrastaba con lo tristísimo del acto que se iba á llevar á cabo.

A las ocho en punto salió de la población una corta comitiva al frente de la que iba un sacerdote sosteniendo con sus brazos á dos militares que andaban con resolución y sin abatimiento.

Al llegar á cierto punto se detuvieron y sonó una corneta que heló de espanto aun á los menos impresionables.

No sé qué ceremonias se verificaron: sé sólo que de pronto el sacerdote se separó de los reos, y casi al mismo tiempo ocho soldados se adelantaron saliendo de sus filas.

Luego volvió á sonar la corneta, y en el aire brilló una espada que pareció agitarse mientras el que la empuñaba daba una voz de mando.

Los ocho soldados se echaron el fusil á la cara.

Un tercer toque vibró en las ondas del aire perfumado de los campos, y casi simultánea una detonación desigual y áspera retumbó en el valle.

Una nube de humo blanco se perdió en el ambiente.

La sangre Parolla y la Monpavón, revuelta y confundida, se embebió en la sedienta tierra que la devoró con ansia hidrópica.

Al subir por los espacios de lo infinito los espíritus de aquellos dos hombres asesinados en nombre de la República (que también la República asesina como cualquier tirano), debieron ver qué pequeño é insignificante es el hombre al lado del sol, del cielo y del mar; que con ser los tres grandes reflejos de Dios que reverberan en el mundo como vislumbres de su omnipotencia, no son más que ripios de la Creación que nos dejó como sobras de las inmensidades del Universo.

CAPÍTULO XXII Y ÚLTIMO

TELÓN

La Naturaleza, que no tiene entrañas, quiso cubrir con telón de alegrías tantos horrores; é indiferente ante los dramas de la tierra, siguió risueña, esplendorosa, palpitando á los besos del Sol, como una mujer enamorada á las caricias del amante.

¡Jamás lució un cielo más hermoso que el de aquel día!...
Parecía que estaban abiertas de par en par las puertas de la Gloria.

Fuenterrabia, Junio—Agosto, 1885.



TABLE

PRIMERA PARTE

Capítulo I—El problema de la...	1
II—El problema de la...	15
III—El problema de la...	30
IV—El problema de la...	45
V—El problema de la...	60
VI—El problema de la...	75
VII—El problema de la...	90
VIII—El problema de la...	105
IX—El problema de la...	120
X—El problema de la...	135
XI—El problema de la...	150
XII—El problema de la...	165
XIII—El problema de la...	180
XIV—El problema de la...	195
XV—El problema de la...	210
XVI—El problema de la...	225
XVII—El problema de la...	240
XVIII—El problema de la...	255
XIX—El problema de la...	270
XX—El problema de la...	285
XXI—El problema de la...	300
XXII—El problema de la...	315

INDICE

PRIMERA PARTE

	Páginas
CAPÍTULO I.— <i>In illo tempore</i>	1
— II.—El escenario.....	3
— III.—El « <i>expoliarium</i> » de Cristierna.....	8
— IV.—Funerales de campamento.....	17
— V.—Jaime Parolla.....	28
— VI.—Los primeros actores.....	35
— VII.—El Dr. Sedini.....	44
— VIII.—Un día notable en los fastos salvadores del doctor.....	58
— IX.—Delirio: confesión: proyecto.....	73
— X.—La batalla.....	84
— XI.—Declaración.....	94
— XII.—La estatua de Víctor Hugo.....	105
— XIII.—Chismografía y tempestad.....	114
— XIV.—Empieza el drama.....	126
— XV.—El octavo.....	137
— XVI.—La procesión.....	148
— XVII.—Apariencias.....	161
— XVIII.—Los amores de María.....	168
— XIX.—Urgente.....	178
— XX.—Cartas.....	189
— XXI.—Venganza.....	195
— XXII.—¡La Berliat!.....	205

SEGUNDA PARTE

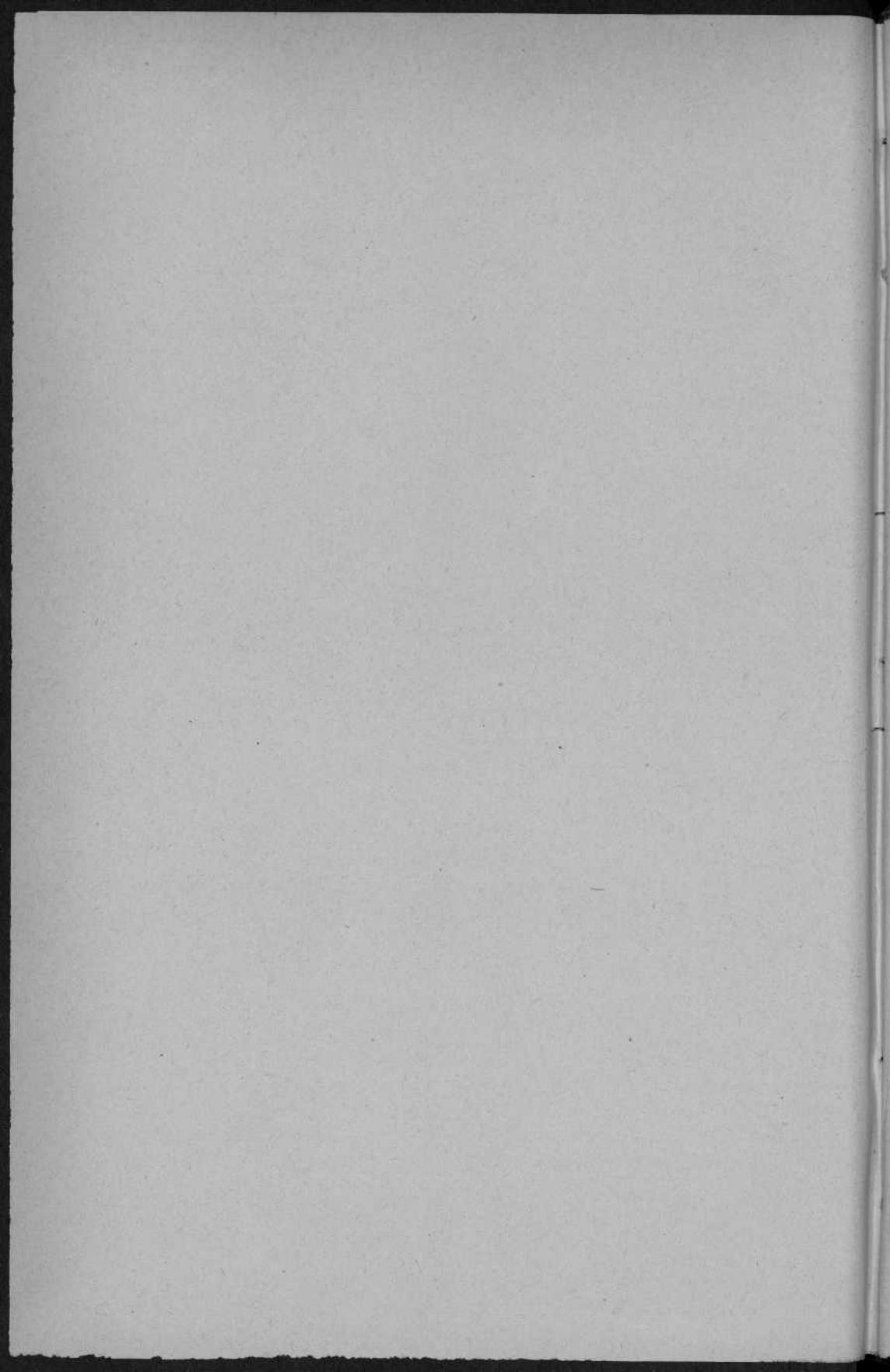
CAPÍTULO		Páginas
	I.—La crónica parlamentaria de <i>La Época</i> ..	211
—	II.—Visiones.....	221
—	III.—Realidad.....	228
—	IV.—Donde resulta que las yerbas á que se asíó María no eran sino los cabellos del doctor Sedini.....	239
—	V.—La acusación.....	247
—	VI.—Lo que se decía.....	258
—	VII.—Uno menos.....	265
—	VIII.—El convento.....	274
—	IX.—La víspera de la Asunción.....	286
—	X.—Otro más para el cielo.....	294
—	XI.—Tregua.....	307
—	XII.—Herida de muerte.....	318
—	XIII.—La junta magna.....	327
—	XIV.—El juramento.....	242
—	XV.—La muerte.....	353
—	XVI.—Desde Madrid..	360
—	XVII.—Augusto.....	366
—	XVIII.—La intentona.....	378
—	XIX.—El Mosén.....	393
—	XX.—La capilla.....	403
—	XXI.—Escena final.....	415
—	XXII.—Telón.....	417

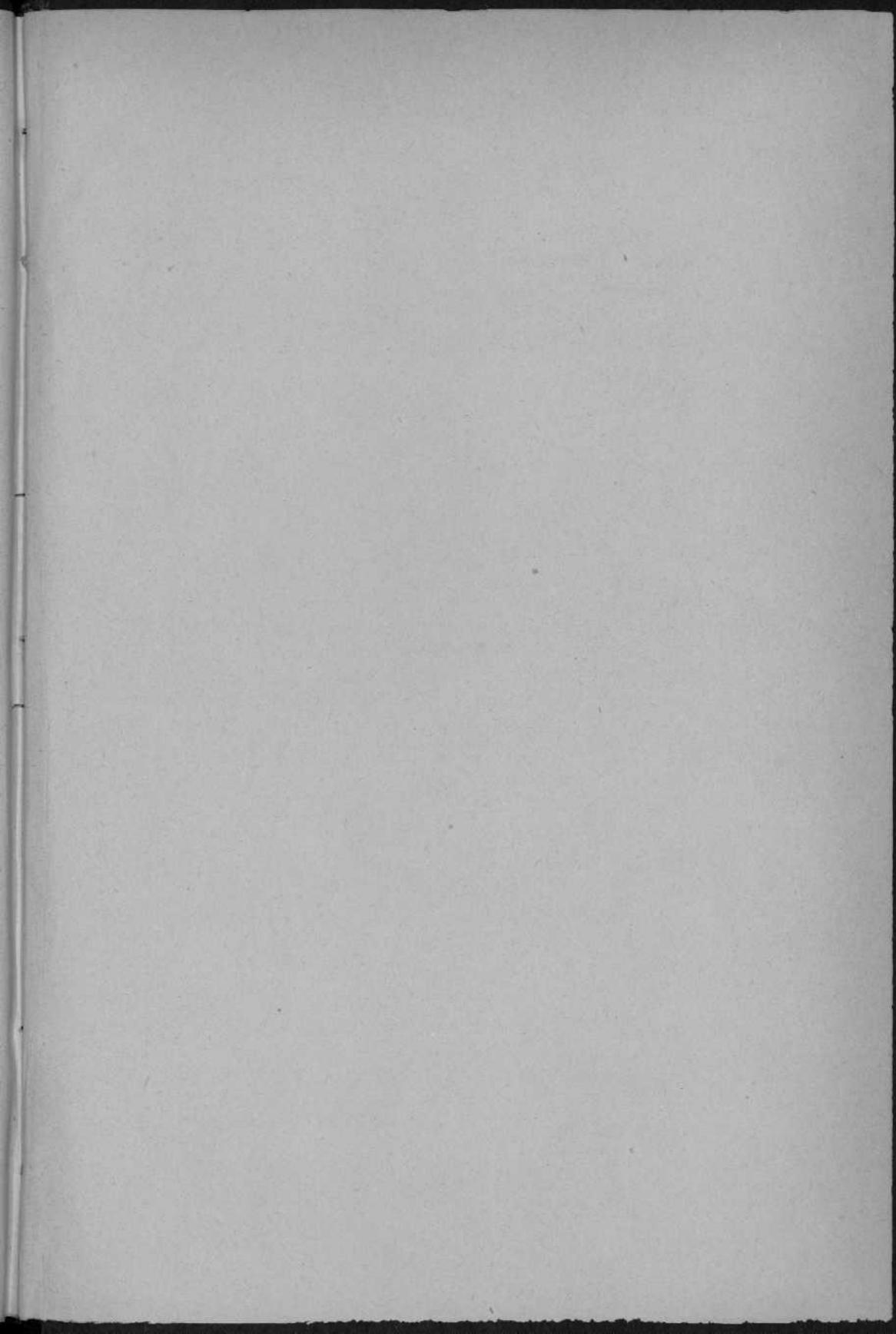


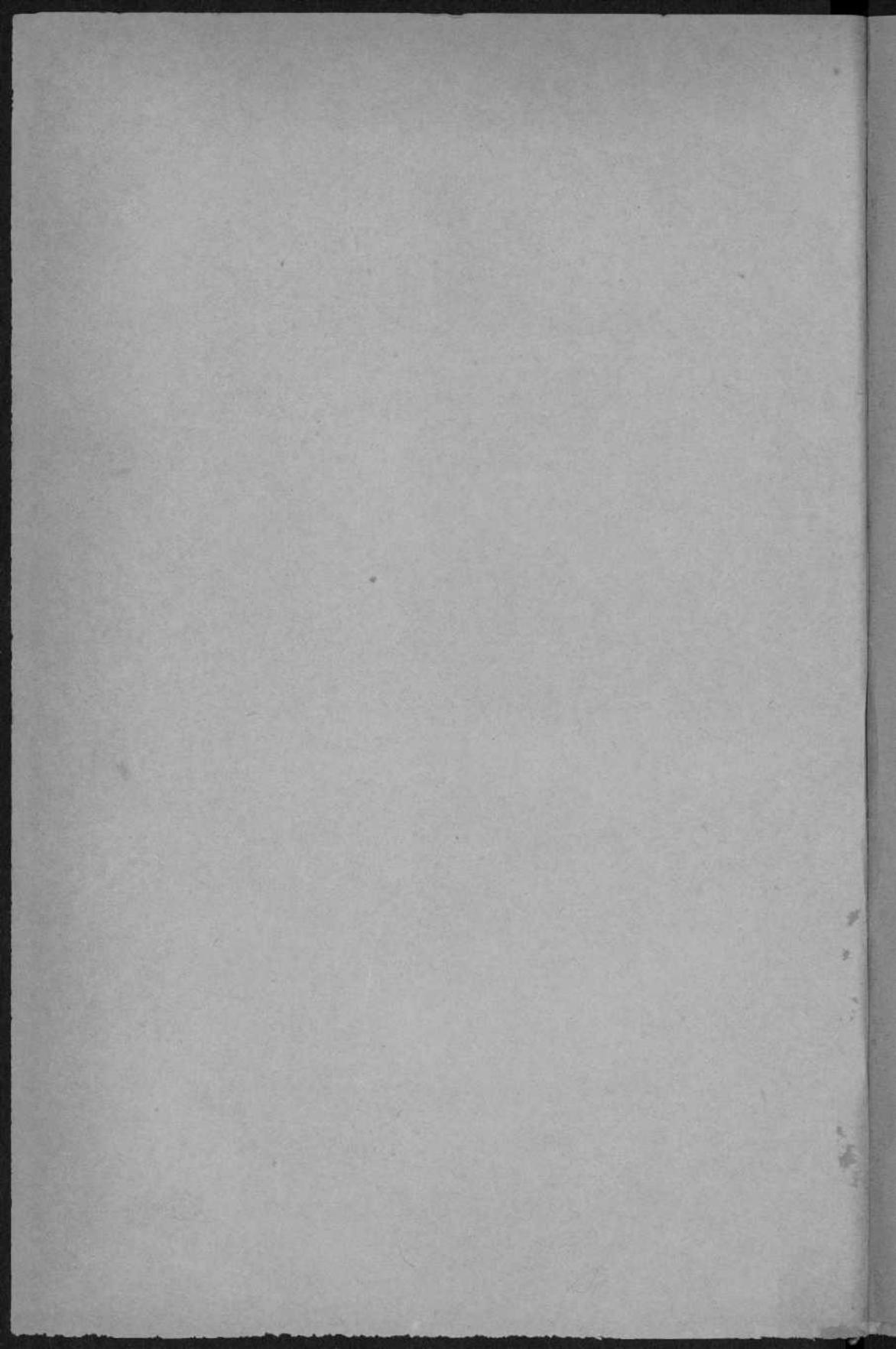
SEGUNDA PARTE

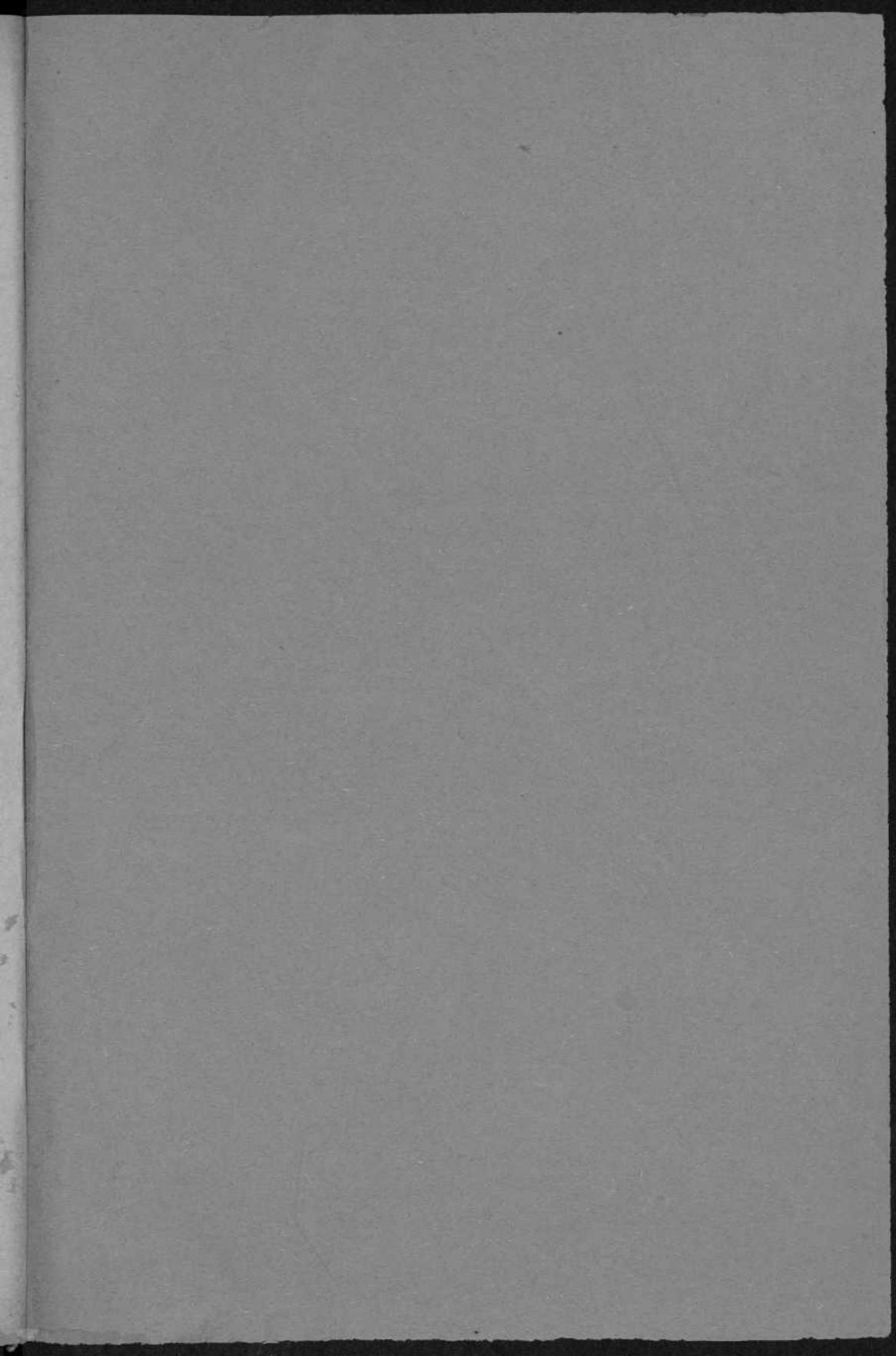
Índice

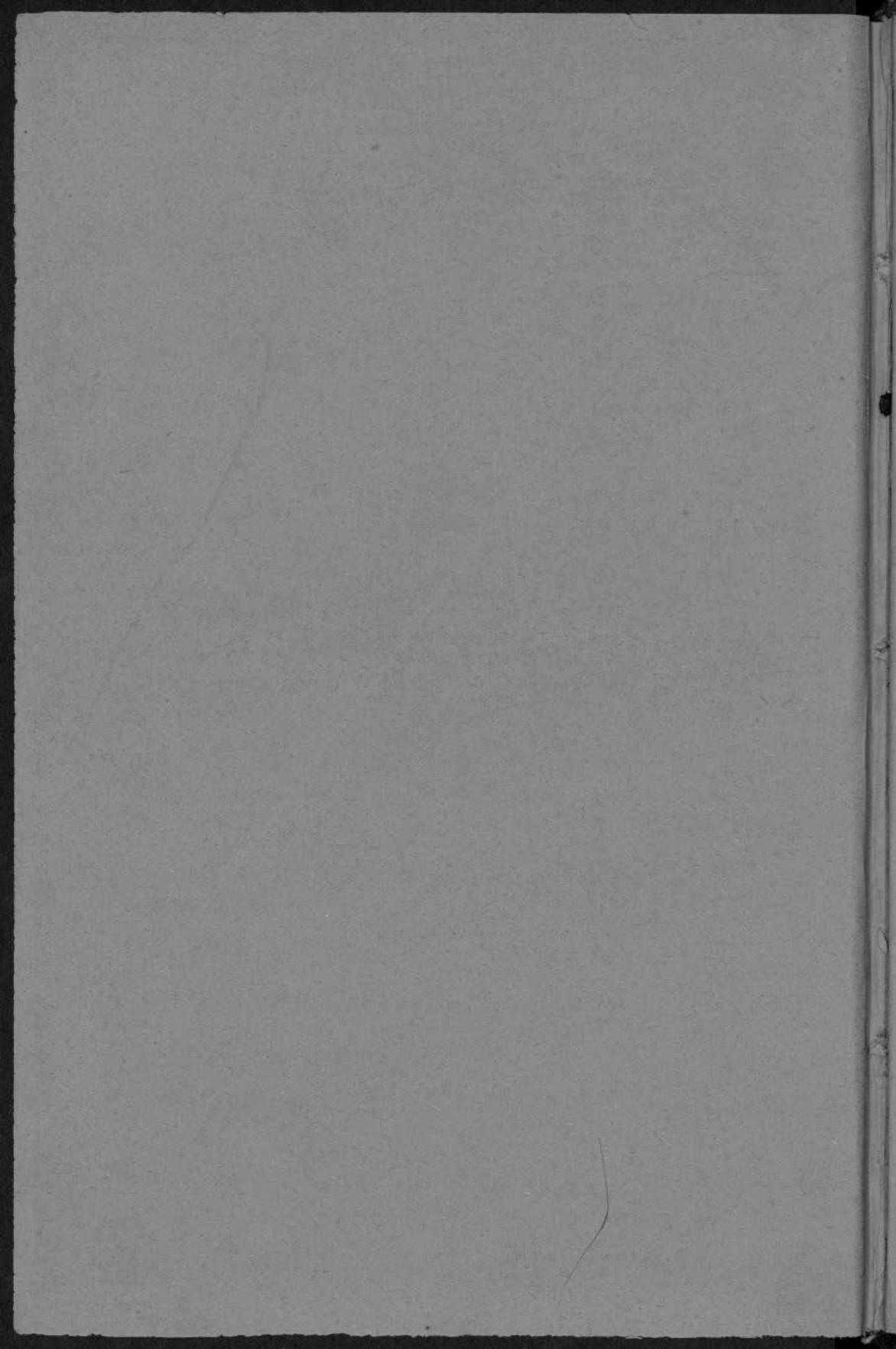
311	I.— Los últimos parlamentarios de la época	Castro
311	II.— Vintana	—
312	III.— Resaca	—
313	IV.— Locales de la casa de las vestidas a los señores	—
314	V.— El día de San Juan	—
315	VI.— La noche de San Juan	—
316	VII.— El día de San Juan	—
317	VIII.— El día de San Juan	—
318	IX.— El día de San Juan	—
319	X.— El día de San Juan	—
320	XI.— El día de San Juan	—
321	XII.— El día de San Juan	—
322	XIII.— El día de San Juan	—
323	XIV.— El día de San Juan	—
324	XV.— El día de San Juan	—
325	XVI.— El día de San Juan	—
326	XVII.— El día de San Juan	—
327	XVIII.— El día de San Juan	—
328	XIX.— El día de San Juan	—
329	XX.— El día de San Juan	—
330	XXI.— El día de San Juan	—
331	XXII.— El día de San Juan	—
332	XXIII.— El día de San Juan	—
333	XXIV.— El día de San Juan	—
334	XXV.— El día de San Juan	—
335	XXVI.— El día de San Juan	—
336	XXVII.— El día de San Juan	—
337	XXVIII.— El día de San Juan	—
338	XXIX.— El día de San Juan	—
339	XXX.— El día de San Juan	—
340	XXXI.— El día de San Juan	—
341	XXXII.— El día de San Juan	—
342	XXXIII.— El día de San Juan	—
343	XXXIV.— El día de San Juan	—
344	XXXV.— El día de San Juan	—
345	XXXVI.— El día de San Juan	—
346	XXXVII.— El día de San Juan	—
347	XXXVIII.— El día de San Juan	—
348	XXXIX.— El día de San Juan	—
349	XL.— El día de San Juan	—
350	XLI.— El día de San Juan	—
351	XLII.— El día de San Juan	—
352	XLIII.— El día de San Juan	—
353	XLIV.— El día de San Juan	—
354	XLV.— El día de San Juan	—
355	XLVI.— El día de San Juan	—
356	XLVII.— El día de San Juan	—
357	XLVIII.— El día de San Juan	—
358	XLIX.— El día de San Juan	—
359	L.— El día de San Juan	—

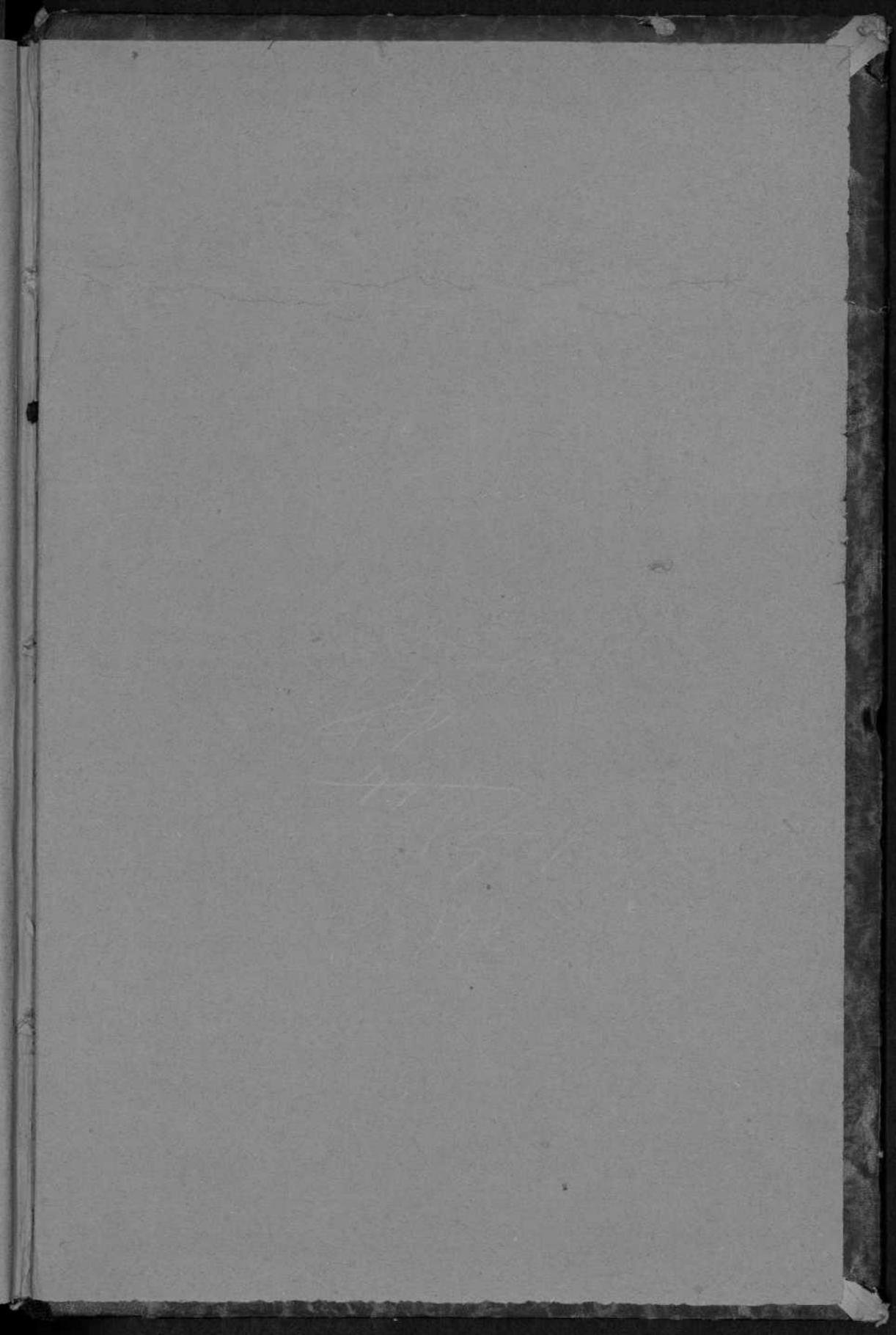












16

VASCANO



EL

MOSEN

16.632